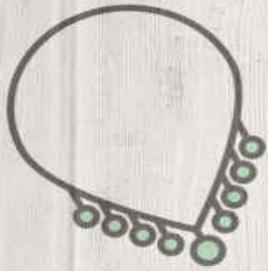


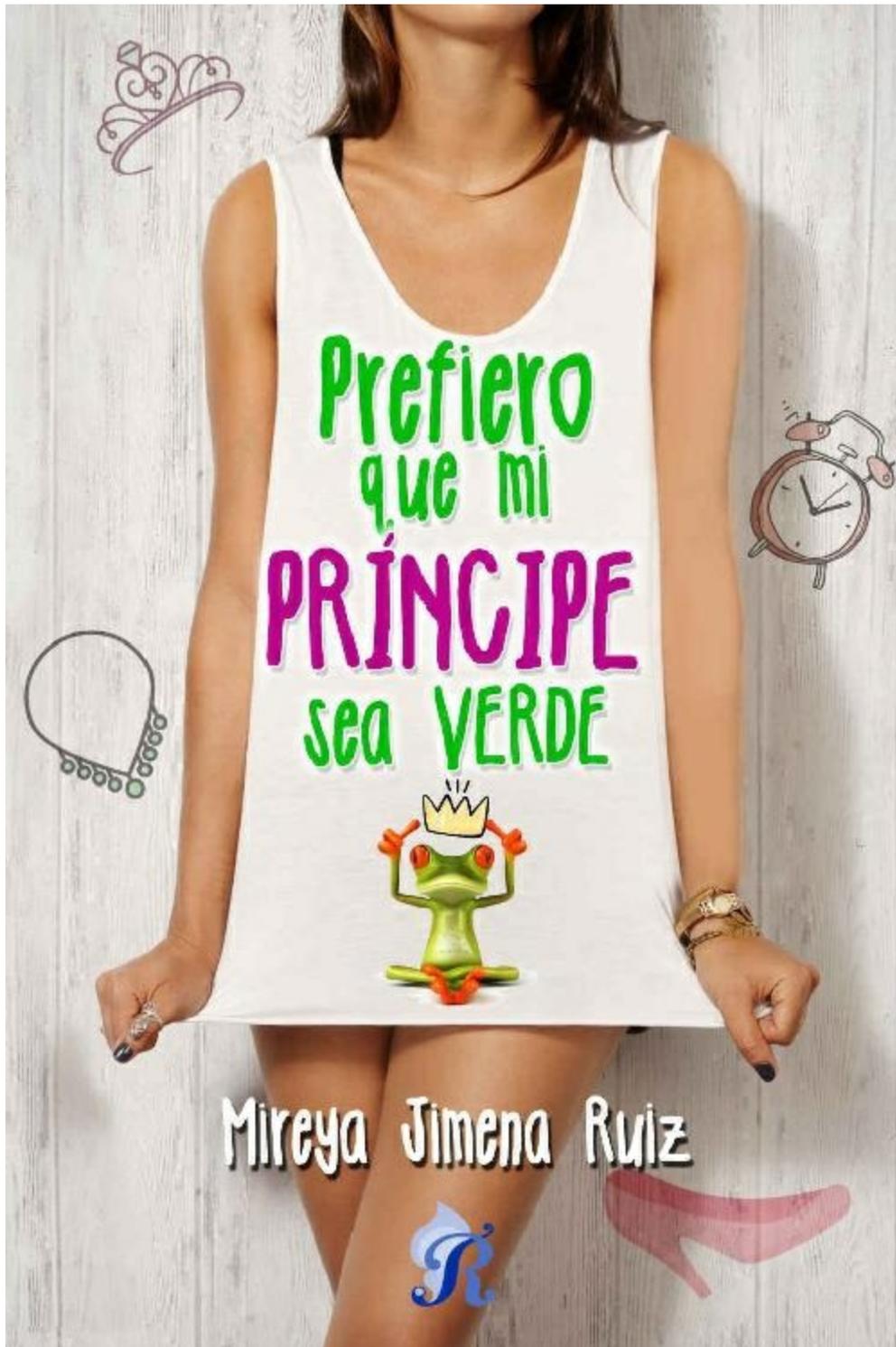


Prefiero
que mi
PRÍNCIPE
sea VERDE



Mireya Jimena Ruiz





La vida de Clara está en orden. Salvo porque...

No soporta a su jefa.

Su mejor amigo está fuera de la ciudad.

No tiene pareja.

La relación con su familia es algo especial.

Y... en realidad nada parece encajar.

No sabe que una sola llamada puede provocar que todo su mundo se ponga patas arriba.

Hace tiempo dejó de creer en los cuentos de príncipes azules con finales felices... ¿Estará preparada para los cambios que se avecinan? ¿Será capaz de conseguir salir airosa de ellos? ¡Estás a punto de descubrirlo!

Prefiero que mi príncipe sea verde

Mireya Jimena Ruiz

Primera edición en digital: septiembre 2017

Título Original: *Prefiero que mi príncipe sea verde*

©Mireya Jimena Ruiz 2017

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada : @ kantver @ julos

Diseño de portada: SW Dising

ISBN: 978-84-16927-57-9

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares

del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



A mi pequeña estrella.

CAPÍTULO 1

—Me quedaré en el coche.

—Está bien pero que sepas...

—Déjala. Está bien, Clara. Vamos, entremos ya.

Era domingo y muy temprano. Clara había llevado en su coche a los cuatro pasajeros que ahora se bajaban de él. Su madre Sofía, Carlos, el marido de esta, su tía Carmen y hermana de Sofía, y su marido Juan. Clara consultó su reloj: las nueve de la mañana. Sin duda muy temprano para hacer lo que su madre en ese momento se disponía a hacer, llamar a la puerta de la casa más bonita de una de las zonas más caras de la ciudad. ¿El motivo? Su querida hermanastra...

Ve cómo se acerca Carlos. Se pregunta qué querrá ahora.

—Será mejor que vengas Clara. Esto nos va a llevar tiempo y no quiero que estés aquí sola.

Clara no tiene intención de discutir, así es que sale del coche y le acompaña. Mientras camina junto a él hacia la puerta, piensa que debe hablar seriamente con Carlos, aunque ahora no es el momento.

El resto ya estaban pasando al interior de la casa.

—Necesito agua y un par de aspirinas. Seguro que así por lo menos podré... no, así tampoco creo que entienda qué estamos haciendo aquí.

Carlos la deja pasar primero. Al traspasar la puerta la visión de la casa hace que Clara emita un silbido.

—¿Te gusta?

A su derecha alguien ha hablado y deduce que es la dueña de la casa. Lleva chándal, al menos no parece que la hubieran despertado.

—Perdona, soy Mercedes —dice la mujer presentándose.

Ahora Clara ve al resto de su familia que permanece callada junto a la mujer.

—Ya lo creo que me gusta. Soy Clara. Siento todo esto Mercedes, de verdad.

Sus palabras son acogidas por Mercedes con una sonrisa, aunque pierden interés al notar que alguien baja las escaleras en ese preciso momento. Todos se vuelven a mirar.

—Hola cariño, han venido a hablar de Borja. Este es mi marido Ramón.

Todos hablan casi a la vez recibiendo con sus palabras al recién llegado. Todos menos Clara que se enfada aún más. El tal Ramón ha bajado con una bata que cubre su pijama y una cara de recién levantado que le da pena. Lo han despertado y odia despertar a la gente y más si es por tonterías.

—¿Le ha pasado algo a nuestro hijo? —consigue decir al fin el pobre Ramón.

Clara es la primera en responder:

—No se alarme Ramón, todo está bien. Es que... —Mercedes la interrumpe.

—Será mejor que pasemos al salón y nos sentemos. Tomaremos café mientras hablamos.

Los seis siguen a la mujer hasta el salón. Es una estancia muy espaciosa. Una gran mesa con ocho sillas en un lateral parece la parte del comedor, mientras que unos grandes sofás dividen el resto del espacio en varias zonas. Una está centrada por la televisión y una bonita chimenea. Otra zona, donde se sientan, está más cerca de las puertas correderas que dan al jardín. Está todo iluminado por la luz que entra a través de ellas. Clara se acopla en una esquina, apoyándose en la parte superior del sofá. Sin duda sabe mejor que nadie que si llega a sentarse no habrá quien la levante después. Está muy cansada. Además, desde allí puede observar mejor la escena que va a tener lugar en breve.

Al cabo de unos minutos, Clara piensa con cierto desagrado que no se equivocaba. Nota cómo su madre se pone derecha y muy seria. Su momento ha llegado. Ha estado jugueteando con la taza de café que le había servido Mercedes y ahora la apoya en la mesa.

—Nuestra hija Sofía no ha venido a pasar la noche en casa. Llamamos a su amiga Valle, con la que había salido y, tras insistir, nos contó que se fue con su hijo Borja. No la localizamos. —Sofía mira brevemente al techo como intentando evitar que las lágrimas le broten de los ojos.

—¿Es mayor de edad? —pregunta el padre de Borja.

—¡Cariño! —grita alarmada su mujer.

—Lo siento, pero es que...

—Sí, es mayor de edad —le corta Sofía.

—Entonces no veo cuál es el problema.

Sofía respira hondo antes de contestar. Clara se da cuenta del esfuerzo que hace por no ponerse a gritar a ese hombre que, a juicio de su madre, le está haciendo esas estúpidas preguntas.

—Se fue el jueves. Desde entonces no ha contactado con ninguno de nosotros.

—Sigo sin ver el problema —reitera Ramón.

Clara piensa que está en su derecho a decir esas cosas, pero el pobre no sabe a quién se enfrenta. Su madre podría estallar en cualquier momento.

—El problema es... nunca antes ha hecho una cosa así. Estamos muy preocupados.

Alguien que hasta ahora había permanecido apartado de la escena y que no había sido presentado habla, rompiendo la tirantez del momento.

—Si mi hija se fuera con Borja, yo también estaría preocupado.

—¡Cariño no digas eso! —le espeta Mercedes—. Este es nuestro hijo Héctor, el hermano mayor de Borja.

Clara sonríe al comentario del recién llegado, aunque no está del todo de acuerdo con él.

Piensa que si ella fuera la madre de Borja también tendría que preocuparse. En fin, su hermanastra Sofí tiene un carácter bastante especial.

Clara aparta la mirada de Héctor. Es algo mayor que ella, piensa mientras lo hace. Pelo negro, moreno de piel, alto, excesivamente guapo. Lleva un pantalón de chándal que se ajusta a sus caderas con un cordón y una camiseta que, aunque no le queda ceñida, deja entrever lo fuerte que está. Parece muy molesto. Clara no puede culparle, ella también lo está y no han irrumpido en su casa unos extraños.

—Creo que deberían llamar a su hija... —Sofía no deja terminar de hablar a Héctor.

—Ya lo hemos intentado, pero no contesta. ¿No cree que antes de venir la hemos llamado unas cien veces?

—No lo sé, no les conocemos.

—Héctor cariño, por favor —le dice su madre suplicante.

Ahora es la madre de Clara la que replica de nuevo.

—No nos presentaríamos aquí si no creyéramos que es nuestra última opción antes de ir a la policía.

Clara está atónita, no da crédito a lo que su madre acaba de decir.

—Eso no va a ser necesario. Son dos adultos...

—Héctor por favor, es cosa de padres.

—Si ya. Voy a por café —dice este algo resignado.

—Clara cariño, ¿no necesitabas agua? —Es Carlos que, girándose hacia Clara, le ha hablado.

Esta observa asombrada cómo todas las miradas se dirigen ahora a ella.

Héctor empieza a caminar hacia la cocina no sin antes hacer un ademán a Clara para que le acompañe. Abre la puerta y antes de entrar deja que ella pase primero. Buenos modales, piensa Clara, aunque ella no los tiene, así es que refunfuña.

—¿Algún problema? —dice él mientras le mantiene la puerta.

—¿En serio?

Clara nota cómo un poco del enfado de la mirada de Héctor se esfuma.

La cocina es enorme. En la encimera de granito descansa la cafetera. Héctor se va hacia ella y se sirve una taza de café. Sin volverse a mirarla, habla:

—¿Qué clase de señorita se pone una camiseta como esa para venir a mi casa a estas horas?

Clara se mira su camiseta de mangas largas que eligió para la ocasión. En cuanto colgó de hablar con Carlos ya sabía cuál debía ponerse. En ella puede

leerse “Los domingos son sagrados, no me moleste coño”.

Ahora contesta a Héctor:

—Una que no es una señorita.

Permanecen un rato en silencio. Ella espera que termine de beberse el café.

—¿Puedes darme agua, por favor?

—Sí, disculpa. ¿Quieres café?

—Agua es suficiente, gracias.

Saca del bolsillo de los vaqueros una tableta de aspirinas y se toma dos.

—Joder, no sé qué tiene de malo mi camiseta.

Le suena el móvil. Clara ve que se trata de Sofí, la que ha formado todo ese lío. Hace una señal a Héctor y se aleja un poco. Descuelga.

—Dime.

—¿Estás con papá y mamá?

—Sí, estoy con ellos y con tus tíos. Todos en casa de los padres de ese amigo tuyo. Espero que los polvos merezcan la pena, te va a caer una buena de tu madre. Me has jodido el puto domingo.

—No hables así, Clara. Estamos en París, esto es precioso. Volveremos mañana.

—Te odio.

—Anda por fi, habla con los papis para que no se enfaden mucho y no se preocupen. ¡Ah!, y que los quiero.

—Está bien.

—A ti también, gracias hermanita.

—Sí, ya.

Al colgar se gira, allí está Héctor mirándola fijamente.

—¿Y bien? —le dice este.

—¿Y bien qué?

—¿Todos los domingos te despiertas de tan buen humor?

—Aún no me he acostado. No me han dejado.

—Pues para ser alguien que ha estado de marcha no parece que hayas pasado una buena

noche.

—He tenido una noche de mierda que está terminando aún peor.

—Cada vez estoy más intrigado. Prométeme que si nos volvemos a ver me lo contarás.

Clara sopesa las palabras de Héctor mientras le observa. Está apoyado cómodamente con la cadera en la encimera, tomándose el café. Por un lado, no entiende qué le puede importar a él la noche que ha pasado y por otro, si le dice que sí, qué más le da a ella, si total, no cree que se vuelvan a ver. Así es que asiente. Entonces antes de que digan nada más la puerta de la cocina se abre y es Carlos, que entra hasta ponerse junto a ella.

—Clara, ¿estás mejor?

Antes de contestarle le compone una mueca con la boca.

—Tu hija me acaba de llamar. Está bien. Vuelve mañana.

Carlos parece sorprendido.

—¿Por qué no me ha llamado a mí? ¿O a tu madre?

—¿De verdad me preguntas eso? Mejor no te contesto. Aún no sé cómo tú me has llamado para esto, de verdad Carlos. Has perdido puntos.

—No cogías el teléfono a tu madre y...

—¿Y? Mira, paso. Toma las llaves. Me voy. Esto no ha sido buena idea.

—Lo siento cariño, ya conoces a tu madre. Además... no me dejaba conducir.

Clara le sostiene la mirada a Carlos, que de pronto mira al suelo algo incómodo.

—¿Ahora estás inválido? Joder Carlos, que te acabas de jubilar coño.

—No digas...

—Venga ya, ahora eres mi madre. Esto... —Clara coge aire sonoramente— me voy.

Adiós. —Y sale disparada de la cocina, echando chispas por los ojos.

Además, antes de salir ha observado a Héctor que, aunque había permanecido en silencio todo el tiempo de la conversación entre Carlos y ella, ¿parecía divertido o solo sonreía ante lo que acababa de pasar?

Carlos sigue a Clara fuera de la casa y una vez en el jardín la alcanza.

—Espera Clara, hablemos por favor.

—¿Qué quieres?

—¿Qué te ha dicho Sofía exactamente? Tengo que darle más detalles a tu madre.

Se hace el silencio entre ambos que se observan fijamente.

—Suéltalo Clara.

—Está en París y vuelve mañana. Que os quiere mucho y que lo siente, pero no se ha podido resistir.

—¿Eso es todo?

—Sí. Me voy.

—Espera, ¿seguro que no ha dicho nada más?

—Joder, ¿qué más quieres que diga?, ¿que se está poniendo morada y por eso no te ha llamado?

—No te pongas así, ella no ha hecho esto nunca y estábamos preocupados. No seas mala conmigo.

—Yo no he sido la que me he ido sin avisar. Además... —Clara levanta la cabeza para mirarle directamente a los ojos— esto es una locura y lo sabes. Imagina que la madre de

alguno de los rollos de tu hijo se hubiera presentado en tu casa un domingo a estas horas.

O mejor, que se hubiera presentado su suegra.

—No me lo puedo ni imaginar, tienes razón. Pero Sofía es distinta.

—Sí, ya... la princesita es muy distinta. Ahora sí que me voy y no sé si volveré a cogerte el puto móvil, que lo sepas.

—Gracias cariño, lo siento.

Clara se gira y se dirige a la verja de entrada de la mansión. Al salir, pasa por al lado de su coche. Ya lo recogerá más tarde. Empieza a andar. Sigue dándole vueltas a todo lo ocurrido, aunque se niega a ir más allá del momento en el que le ha sonado el teléfono, justo cuando abría la puerta de su casa. Desde entonces solo tuvo tiempo de ducharse y recogerlos.

Iba totalmente absorta en sus pensamientos cuando un coche se pone a su lado.

—¡Señorita! ¡Señorita, pare por favor!

Al fin capta la atención de Clara que mira el coche como si no hubiera reparado en él antes. Su ocupante sale del vehículo. Es el guardia de seguridad privada del recinto.

—¿Dónde va señorita?

—No voy, vuelvo.

—¿Y de dónde vuelve?

—No le importa.

Clara va a empezar a andar cuando el de seguridad se pone delante de ella.

—No puedo dejarla que siga merodeando por esta propiedad privada.

—No estoy merodeando, solo andaba. Ni siquiera estaba mirando a mi alrededor.

—Muéstreme la documentación.

—No es policía. No tiene autoridad para ello, así es que deje de hablar como en una serie de televisión.

—Debo pedirle que se detenga.

—No voy a detenerme. Es más, debería apartarse.

—Voy a llamar a la policía.

—De acuerdo, llámela. Monte un escándalo aquí, seguro que a los vecinos les encantará que les molesten a estas horas un domingo. A ver cuánto dura en su puesto.

El de seguridad arruga la frente. Sabe perfectamente que no le gustaría a nadie del vecindario ni a sus propios jefes, que ante todo abogan por la discreción. En ese momento escucha su radio.

—Espere aquí. Por favor —añade ante lo convincente de las palabras de la mujer.

Está claro que no está de humor y puede amargarle a él la mañana e incluso la vida.

Escucha atentamente las instrucciones que le dan por la radio y pide confirmación. No puede creerse que esté ante la persona de la que le están hablando. Según la centralita debe esperar con ella hasta que llegue el taxi. Estupendo, se dice así mismo, es mi día de suerte.

—¿Es la señorita Clara Jiménez?

Clara asiente, preguntándose qué estará pasando.

—Debemos esperar aquí a que llegue el taxi.

—No he pedido ningún taxi.

—El señor Extremera lo ha hecho por usted.

—¿El señor Extremera? —pregunta Clara algo confusa.

—Sí, don Héctor Extremera.

—A esperar entonces —añade ella en tono conciliador.

No tiene ganas de seguir discutiendo con él, sabe que solo hace su trabajo.

Vaya con el señor Extremera, se dice Clara para sí misma, a la lista de cosas a apuntar sobre Héctor ahora tiene que añadir: detallista. Quizás es que le gusta tener todo controlado, bueno en ese caso detallista-controlador con el signo de interrogación.

Aguarda Clara, no creo que tengas oportunidad ni ganas de descubrir cuál de

las dos cualidades tiene el tal Héctor, se dice mientras cruza los brazos sin apartar la vista del bordillo.

Cuando llega el taxi ambos están agradecidos de verlo. Por fin el de seguridad puede volver a su trabajo y Clara marcharse a su casa y empezar de verdad el domingo. Le da al taxista la dirección.

Tardan diez minutos en llegar, no hay apenas tráfico.

—¿Cuánto es? —le pregunta Clara al taxista.

—Ya está pagado.

Clara visualiza la lista en su cabeza y tacha el signo de interrogación, ambas son válidas.

El hecho de que llamara y pagara el taxi le ha cabreado. Se baja sin despedirse. Le ha vuelto el dolor de cabeza. Al llegar a su casa mira el reloj y piensa que por fin va a poder realizar lo que se disponía a hacer cuatro horas antes, acostarse. Aunque esta vez piensa hacerlo con ropa y todo.

CAPÍTULO 2

Suena el despertador. Clara se tapa la cabeza con la almohada, odia los lunes.

Cuando está a punto de salir recuerda que no tiene coche, se lo dejó a Carlos. No le gusta llegar tarde así es que, antes de bajar, llama a un taxi.

Una vez en el trabajo saluda a sus compañeras. No ha sido la última en llegar. La oficina donde trabaja está ubicada en un piso en el centro. Es una asesoría laboral, fiscal y contable, de vez en cuando hacen algún que otro trabajo de auditoría. Es una empresa pequeña pero que se ha ido ganando con los años a un gran número de clientes, en su mayoría otras empresas pequeñas. El piso está dividido en tres despachos. El salón, que es donde ella trabaja junto a tres compañeras más (Ana, Silvia y Natalia); el dormitorio principal que es el despacho del jefe de Clara y dueño de la empresa, Arturo Sandoval; el otro dormitorio que es el despacho de Raquel Sandoval, la hija del jefe; y por último la cocina que se transformó en recepción y almacén. Ahí es donde

trabaja de secretaria—

repcionista, María. Ella es la que llega siempre la última y, por supuesto, cuando ha entrado Clara aún no estaba en su sitio. Eso siempre la enfurece y hace que piense que si la empresa fuera suya no se lo permitiría. Uno de sus deberes es abrir por la mañana, recoger el correo, poner a funcionar el teléfono, revisar faxes... Pero se lo toma a su ritmo y sin prisas. En realidad, no le prestan mucha atención, siempre hace lo que quiere porque es la mejor amiga de la hija del jefe y no pretenden tener problemas con ella, no merece la pena.

A la hora de comer, Clara decide ir a casa de su madre, tiene que recoger el coche. Su padrastro Carlos se le adelanta y a la hora de salir la llama para decirle que la está esperando abajo.

—No tenías que molestarte Carlos, pensaba ir ahora a recoger el coche y así comer con vosotros —dice Clara una vez dentro.

—No tenía nada mejor que hacer —le contesta Carlos con una sonrisa y añade—: Además, me gusta conducir y he encontrado la excusa perfecta.

Clara le sonrío, sabe que cuando a su madre se le mete una cosa en la cabeza es muy difícil persuadirla de lo contrario y si ahora está convencida que su marido no puede conducir... el pobre no tiene nada que hacer.

—Tu hermana ya está en casa.

—Genial.

Clara nota cómo Carlos la mira y abre la boca para decir algo, aunque en el último momento la cierra y sigue conduciendo.

Cuando llegan a su casa la mesa ya está preparada.

—Hola, hermanita.

—Hola, chica a la fuga.

Sofía se ríe. La atmósfera en la casa es respirable, el drama familiar ya no es

para tanto.

La niña ha vuelto sana y salva y eso es lo importante.

Saluda a sus tíos y abre el frigorífico.

—Clara, vamos a comer ya —le recrimina su madre en ese instante.

En realidad no quiere coger nada pero es una manía que tiene, sabe que a su madre no le gusta que lo haga.

Se sientan a la mesa y Sofía les cuenta algunas cosas de su escapada. A Clara siempre le sorprende la capacidad que tiene su hermana de persuadir a sus padres. Estaban como locos hacía unas horas y, mientras ella le hablaba de la Torre Eiffel y el Arco del Triunfo, todo se les había olvidado y comentaban con ella la visita.

Sus padres y sus tíos fueron una vez a París, hacía ya algunos años. Clara lo recuerda con cariño, era un gran momento que salieran del país y parecía como si se fueran para siempre, sin billete de vuelta.

Después de almorzar, Clara se sienta en la terraza, necesita unos momentos a solas para descansar. Carlos aprovecha para ponerse a su lado.

—Cariño, te pido disculpas por lo de ayer, pero estaba muy preocupado.

—Lo sé. No tienes la culpa, pero prefiero que la próxima vez no me metas en esos líos vuestros.

Carlos sonrío a Clara.

—Los señores Extremera se portaron muy bien con nosotros, dadas las circunstancias. Al final nos invitaron a comer y todo. Tenemos amigos y gustos comunes y bueno, ya sabes, hablar de los hijos siempre une a las personas.

—Increíble. Tuvisteis suerte, otros os hubieran mandado a la mierda en cuanto llamaran al timbre. Yo lo hubiera hecho.

—Menos mal que no topamos contigo. —Ambos se ríen.

Hablar con Carlos siempre pone de buen humor a Clara. Aunque no es su padre y nunca

lo ha llamado así, ese hombre ejerce en ella una gran influencia y le quiere como si lo fuera.

Clara se muere de ganas por contarle toda la historia a Lorenzo, su mejor amigo. Siempre se reían mucho con estas cosas, pero no está y por email pierden gracia. Piensa por un momento en apuntarlo para acordarse cuando él vuelva, bueno si vuelve, se dice algo apenada.

CAPÍTULO 3

Es miércoles por la mañana cuando a Clara le llama su jefe al despacho. Consulta su reloj, son las once y piensa, ¿qué querrá Arturo a estas horas?

Cuando entra se da cuenta que su jefe tiene compañía. Le mira sorprendida aunque no dice nada.

—Clara, él es el señor Héctor Extremera. Aunque bueno, supongo que ya os conocéis.

¿Por qué lo supone?, piensa inmediatamente. Ambos se saludan con un leve apretón de

manos. Clara se encuentra un poco descolocada pero se sienta. No solo es por verlo allí sentado con un traje azul oscuro con la corbata a juego y una camisa blanca nuclear, casi parece otra persona a la que conoció el domingo en chándal, sino también porque el contacto al apretarse las manos le ha provocado una leve descarga eléctrica.

—El señor Extremera quiere que le realicemos un trabajo de auditoría para determinar la viabilidad de una de sus empresas y ha pedido que lo hagas tú —continúa Arturo sacando a Clara así de sus ensoñaciones.

¿Quiere que trabaje para él? Clara está confundida, pero antes de que siga con esos pensamientos, Héctor la interrumpe.

—Espero que no haya ningún problema. —Y le mira sonriendo.

Clara está aún más confundida. Además, se ha perdido un poco con su sonrisa, su boca...

Antes de que pueda contestar, es su jefe el que lo hace por ella.

—Ninguno, por supuesto.

—Es un trabajo de dos semanas. Hay veces, como esta, que necesitamos una visión de fuera de la empresa y nos gusta contar con asesorías independientes.

Esto lo dice Héctor mirando a Arturo, aunque Clara sabe que va dirigido a ella directamente, ha debido seguir el hilo de sus pensamientos.

Continúa hablando:

—Será en nuestras oficinas y empezaremos el próximo lunes. Es muy importante la confidencialidad de los datos y, al firmar el acuerdo, se comprometerá a no decir nada, incluso a su jefe.

Ahora se ha vuelto a Clara y la mira directamente.

—No podrá sacar ninguna documentación de nuestro despacho, pues será allí donde trabaje. Le proporcionaremos todo el material necesario. ¿Alguna pregunta?

—No —contesta Clara.

Aunque en su cabeza se han agolpado muchas, no quiere formularlas en voz alta y mucho menos delante de su jefe.

En ese momento se abre la puerta. Es Raquel Sandoval.

—Buenos días, papá. ¡Ah! No sabía que estabas reunido.

Sí ya, piensa Clara poniendo los ojos en blanco, como si María no la hubiera

avisado. Es su espía y siempre la llama cuando hay algo interesante en la oficina. Su padre hace las presentaciones y le explica que van a trabajar para él.

—Estaré encantada de supervisar el trabajo. Todo se hará a la perfección.

Clara mira al techo, esa mujer siempre consigue sacarla de sus casillas. Que le gusta aparentar que es la responsable de que la empresa funcione cuando en realidad no hace nada, piensa mientras mira ahora fijamente a su jefe.

—No será necesaria su participación señorita Sandoval. Firmarán un contrato de confidencialidad y solo la señorita Jiménez podrá trabajar y acceder a la documentación.

Raquel se ofende y, aunque parece que va a ponerse a echar humo por la nariz, se repone rápidamente para seguir hablando.

—Mi padre... —Y mira al aludido— le habrá dicho que yo estoy más cualificada para este trabajo, cursé los estudios en... —Héctor no le deja terminar.

—Entiendo, si es así buscaré otra empresa que sea capaz de satisfacer mis exiguas peticiones.

Arturo se ha puesto blanco, no puede perder a este cliente por culpa de los caprichos de su hija.

—No será necesario señor Extremera, Clara realizará el trabajo —dicho lo cual fulmina con la mirada a su hija.

Clara sigue divertida la escena. No le gusta la idea de trabajar para él, pero aparte de que parece no tener otro remedio, ser testigo de lo que acaba de ocurrir le ha dado puntos. Ha conseguido subirle el ánimo y saborear por unos momentos la gloria.

Héctor extiende la mano y le acerca una tarjeta a Clara, evitando esta cualquier tipo de contacto, no quiere perder de nuevo el hilo de la conversación. Hace lo mismo con Arturo que reacciona y le da una suya.

—Tome señor Extremera, esta es la de Clara.

Ella le hace un gesto a su jefe en señal de agradecimiento, en ese momento no lleva ninguna encima.

—Mi secretaria les pasará en los próximos días el contrato. Creo que no hay nada más que añadir. Si no necesitan otra cosa de mí, debo marcharme. Tengo una reunión en unos minutos.

Todos se levantan. Hay apretones de manos y Raquel muy solícita se apresura a acompañar a Héctor a la puerta.

Clara se queda en el despacho con su jefe y cuando se ha cerciorado que ya no pueden oírles mira a Arturo a la cara. Este se encoge de hombros y añade:

—Lo siento Clara, es mi hija.

Clara no puede recriminarle nada, ha sido bastante explícito.

—Necesito que hablemos Arturo. No sé cómo nos vamos a organizar. Dos semanas es mucho tiempo. Es casi final de mes y de trimestre, tenemos mucho lío.

Su jefe hace un ademán con la mano.

—Encárgate por favor, Clara. Hablaré con Raquel para que... —Clara no le deja terminar.

—Espero que merezca la pena tener al señor Extremera como cliente.

Tras decir esas palabras se levanta y abandona el despacho.

Arturo suspira y piensa que ojalá su hija fuera como ella, así hubiera podido jubilarse ya y disfrutar de la vida.

Clara se reúne con sus tres compañeras y se organizan el trabajo. Ana es la segunda de a bordo y la más cualificada para sustituirla. Y, aunque tiene familia, siempre está dispuesta a echar más horas si es necesario. Silvia y Natalia son muy trabajadoras y organizadas, las cuatro forman un gran

equipo. Estas ya estaban en la empresa cuando Clara llegó y, aunque son más jóvenes que su jefe, llevan desde los inicios con él. Ana y ella son la savia nueva de la empresa y las que tiran del resto.

Por la tarde mientras está en el trabajo, Clara recibe un mensaje en el móvil: “¿Puedes cenar mañana conmigo?” No tiene identificado el número y, aunque no le hace falta mirar la tarjeta que Héctor le ha dado esa misma mañana para saber que se trata de él, lo comprueba y sonríe. No se ha equivocado. “Sí” le contesta, aunque se arrepiente en ese mismo momento, debería haberlo pensado mejor. “Un coche pasará a buscarte a las 9”.

“Dime dónde, tengo coche”. “Restaurante Rouge”. “Ok”. Clara piensa que no es de muchas palabras, aunque enseguida se dice que ella tampoco, no le ha dejado muchas opciones. Empieza a darle vueltas al asunto aunque debe parar, tiene mucho trabajo y decide pensar que la cena es para hablar de más trabajo, no tendría sentido otra cosa.

Clara sale de la oficina. Vuelve a mirar el reloj, son las 8.30, llegará temprano. Sopesa la idea de pasar por casa pero la desecha, puede que entonces se lo piense mejor y no sea capaz de moverse para la cena con Héctor. Aparca. Antes de salir del coche mira la fachada del restaurante. Parece muy lujoso. Bueno, si ya he llegado hasta aquí... se dice antes de bajar. Está un poco nerviosa, no sabe muy bien a qué viene la cena y eso la incomoda.

—He quedado con el señor Extremera —dice al hombre enchaquetado que la recibe al entrar en el restaurante.

—Acompañeme señorita Jiménez. Le está esperando.

Creía que llegaba temprano y parece que él se ha adelantado aún más. Héctor está sentado y consulta su móvil.

—Señor Extremera.

Héctor levanta la cabeza y mira sorprendido a Clara.

—Gracias José.

El tal José se marcha, no sin antes asentir con la cabeza.

—Has llegado pronto, Clara.

—No tanto como tú, Héctor.

Clara se quita la chaqueta y, antes de que pueda girarse para colocarla en su silla, aparece un camarero muy solícito que se la recoge y desaparece con ella. Esto es rapidez, piensa Clara.

Héctor se levanta y parece que está a punto de acercarse para darle dos besos. Esta se queda por un momento sin saber qué hacer. Es reacia a ese contacto, va a ser su jefe las próximas dos semanas así es que se sienta rápidamente. Héctor la imita y hace una pequeña mueca que no le pasa desapercibida a ella. Entonces hace una señal al camarero y le pregunta a Clara si quiere vino tinto para beber. Asiente. Antes de irse el mismo camarero ha dejado las cartas del menú sobre la mesa.

—No sé muy bien a qué viene esto, pero... —dice Clara mientras ojea una de ellas.

—Es solo una cena —contesta Héctor.

Clara levanta la mirada por encima de la carta y le replica:

—No me refiero a eso.

Aparece otro camarero para tomarles nota.

—He pedido unos entrantes, espero que no te importe —le dice Héctor a Clara.

Ella niega con la cabeza.

—En ese caso pediré “coulant orange avec des framboises”.

Clara levanta la mirada y cierra lentamente la carta. Espera unos segundos. Ni el camarero ni Héctor dicen nada. Sabe que ha pedido un postre pero quiere ver cómo reaccionan. Sonríe y vuelve a abrir la carta. El camarero parece que

lo está pasando mal aunque no se atreve ni a respirar.

—Mejor “poulet farsi aux champignons”. ¿Es pollo no es así?

Clara se centra en el camarero que respira aliviado y asiente.

—Lo mismo para mí —dice Héctor que le da la carta al camarero.

Cuando este ya se ha ido se miran directamente.

—Me sorprende que te hayas resistido a decir algo. ¿Caballeroso? —le dice Clara a un Héctor que sonrío antes de hablar.

—Estaba esperando a ver qué hacía el camarero. Eres mala.

—Sí, el pobre lo ha pasado mal. No tiene la culpa de que a sus jefes no se les haya ocurrido poner la carta en español. —Clara sonrío.

—Bueno, si no es por la cena, ¿por qué has dicho “no sé a qué viene esto”?

—comenta Héctor.

—Por el trabajo.

—Nos hace falta una empresa...

—Sí, ya. Aparte de que os haga falta una empresa... supongo que tendréis unas cuantas asesorías. ¿Por qué dónde trabajo? Y no me digas que fue casualidad, por favor.

—No, no iba a decirlo. Supongo que por curiosidad.

—¿Por ver cómo trabajo?

Héctor parece meditar la respuesta, por lo que Clara es la que vuelve a hablar:

—No contestes si no quieres. Por ver la cara que puso Raquel ayer cuando la cortaste hasta te invito a cenar aquí.

—Por supuesto que no te voy a dejar que pagues la cena. Y siento curiosidad

no por ver cómo trabajas sino por el motivo que tuvieras tan mala noche el sábado.

—¡Ah! Es eso, joder.

Clara se calla y sopesa la respuesta. Toma un sorbo de vino antes de contestar:

—Es algo personal, pero...

—Te recuerdo que me dijiste que si nos veíamos otra vez me lo contarías.

—Lo dijiste tú, aunque yo asentí. Lo voy a mantener. Además, te agradezco que no me hicieras contarlo delante de mi jefe. Es solo que...

—No esperabas que nos volviéramos a ver.

—Listo.

—Pues te toca hablar.

—Está bien. —Clara se interrumpe para coger aire y continúa hablando—: Tenía una especie de rollo o algo así. Se estaba poniendo un poco pesado y empecé a mantener las distancias. El sábado salí con unas amigas y apareció este con una tía. Otra amiga mía que, aunque me había comentado que estaba con alguien, no creí que fuera el mismo.

—Te molestó —le interrumpe Héctor.

—La verdad es que no.

El camarero se acerca y deja una ensalada sobre la mesa. Parece que va a servirla cuando Héctor le hace un gesto y este se marcha con un leve asentimiento de cabeza. Clara aprovecha para tomar un poco de vino antes de seguir con la historia.

—Seguí bebiendo y pasándolo bien con mis amigas. Supongo que eso enfureció a ese cabrón. Se paseó con la pobre chica para darme celos, pero yo no los sentía. Terminó encarándose conmigo y... bebí más de la cuenta. Eso

es todo.

Héctor le pone ensalada en el plato y después se sirve él.

—Una noche de mierda. Mucho alcohol y una bronca, ese es el resumen. No fue una buena noche, no. Y no mejoró por la mañana.

—¿Está acabado?

—Era un polvo de vez en cuando, solo eso.

El camarero regresa para llevarse el plato de la ensalada y dejar unas setas con jamón.

Clara mira el plato.

—Espero que te gusten —le dice Héctor.

—Sí. —Y esta vez es Clara la que sirve—. Creo que estoy algo incómoda por la conversación. El lunes tengo que trabajar para ti y te estoy hablando de cosas que no te importan.

—En realidad sí que me importan, te he preguntado.

—Cierto, pero no deberían importarte.

Héctor asiente para enseguida preguntarle a Clara si quiere más vino.

—Sí, por favor. Y no.

—¿No? —La mira sorprendido.

—No me vas a llevar a mi casa, puedo conducir.

—No estaba pensando eso.

—Por si acaso. Además, por cantidad, dos copas de estas son en realidad una. Puedo tomarme un par de ellas más.

Héctor sonríe.

Traen los platos. Clara los mira atentamente y piensa que tienen muy buena pinta.

—Parece que tienes apetito.

—No he tenido tiempo de comer.

—¿No has tomado nada desde el desayuno?

—En realidad... he desayunado dos veces.

Ambos sonríen.

—¿No necesitas preguntar nada más Héctor?

—Por ahora no, pues supongo que tu hermana llegó bien.

—Sí, sana y salva. Creo que el cuarteto se quedó a comer en tu casa. Menuda paciencia la de tus padres.

—No te creas, por lo visto tenían cosas en común. Tu padre...

—Carlos no es mi padre. Los míos se separaron hace tiempo y él es el marido de mi madre.

—Tu padrastro.

—No le llamo así. Ya tengo un padre. Sofía es su hija, a ella sí me gusta llamarla hermanastra, sobre todo porque a ella no.

Héctor asiente.

—Creo que lo pasaron bien. Por lo menos no fue una cita normal. Que te lleven en avión privado a París no es habitual.

—Supongo que no.

—¿Supones? Ya, es la técnica de los hermanos Extremera. ¿Lo usas mucho?
—pregunta

curiosa Clara.

—Sí. Por trabajo.

Y añade ante la cara que ella ha puesto:

—Me suelo mover con él, es más cómodo.

—Sí, ya. Eres de esos de trabajo, trabajo y más trabajo.

—¿Es malo?

—Yo soy más de trabajo, trabajo y diversión. ¿Es malo?

Ambos se quedan mirándose un rato. Clara rompe el contacto visual para concentrarse en su plato.

—No te conozco y te he contado cosas personales. No hace falta que tú hagas lo mismo, pero...

—No es caballeroso, ¿no?

—Es una mierda. Parece que te estoy contando mi vida y tú...

—Lo siento, no suelo hacerlo.

—Yo sí, con todos los que me encuentro por la calle o en el trabajo.

Héctor sonríe.

—Ellos sí son mis padres y Borja es mi único hermano. Es un poco...

—Coñazo, ¿no? Parece que es lo que hay.

—Parece que sí.

—¿Trabaja?

—No, y... ¿tu hermana?

—Tampoco. Tal para cual. Parece que tenemos algo en común, los hermanos pequeños que no dan palo al agua.

Ambos se ríen.

Vuelven para retirarles los platos.

—¿Postre? —pregunta Héctor a Clara.

—Sí, ahora sí que quiero el coulant.

El comentario de Clara hace que hasta el camarero sonría.

—Tomaré café con leche, largo de café por favor.

El camarero se retira y Clara aprovecha para seguir hablando.

—Estoy hecha polvo. No he parado en todo el puto día.

—Espero que yo no tenga la culpa.

—Algo sí que tienes que ver, pero bueno, sobreviviré.

—Eso espero.

Le traen el café a Héctor y el coulant a Clara. Antes de marcharse, ella le pide una cucharilla adicional y comenta:

—Creo que por la pinta ha merecido la pena la espera.

Tanto Héctor como el camarero se ríen y este último añade:

—Espero que le guste señorita.

—Vamos a ver.

Clara tiende la cuchara extra a Héctor y toma una para probarlo. Sonríe.

—Umm, está riquísimo. Me estoy arrepintiéndome de haberte pedido una cucharilla. —El comentario hace que Héctor se ría.

—¿Puedo?

Clara le mira y hace como si lo meditara.

—Bueno... adelante.

—Sí, está bueno.

—Está más que eso.

Al terminar, Héctor le pregunta divertido a Clara si quiere algo más.

—No, estoy bien gracias.

—¿Segura?

—Sí, segura.

—Está bien. —Héctor consulta su reloj—. Mañana será un día largo.

Ambos se levantan y le traen las chaquetas. Se acercan a la puerta y el maître les acompaña a la salida, preguntándoles por la cena.

Una vez fuera, Héctor, que sigue con su mano en la espalda de Clara, le pregunta:

—¿Quieres que te llevemos? —Y mira al chofer que abre la puerta de su coche.

—No gracias, tengo el mío. Lo he pasado muy bien Héctor, gracias por la cena.

—Gracias a ti, Clara. Yo también lo he pasado muy bien.

Esta vez Héctor toma la iniciativa y se acerca a Clara para darle dos besos.

Espera a que ella se meta en su coche para luego hacer lo mismo. Su chofer cierra la puerta para después arrancar y marcharse.

Clara piensa en los dos besos que se han dado antes de despedirse, Héctor huele muy bien y su contacto ha sido muy agradable.

CAPÍTULO 4

Es viernes y Clara está terminando de trabajar. Son las seis de la tarde y está muy cansada.

Ya ha terminado de cerrar los temas más urgentes con Ana y, tras asegurarse esta que todo va a ir bien y que la llamará o enviará un email o mensaje si hay algo urgente y repetirlo tres veces, la ha mandado para casa. Revisa una vez más el correo antes de irse. Justo cuando sale recibe un mensaje: “Si te apetece comer conmigo mañana te recojo a las 12.30

en la puerta de tu casa, Héctor”. Clara no le contesta inmediatamente como la vez anterior.

Tiene que pensarlo, el lunes empezará el trabajo y... a la mierda el lunes y a la mierda el trabajo. Héctor le gusta y no quiere dejarlo pasar. “A las 12.30 estaré preparada”. Piensa en enviarle la dirección, pero si no se la ha preguntado es que ya debe saberla. Tiene pinta de ser de esa clase de tíos que le gusta controlarlo todo.

A las 12.30 está ya preparada y saliendo del portal. En la lista mental que lleva de Héctor cree que debe añadir puntual pues allí está, parado delante de ella, en un flamante coche rojo descapotable. Le sonrío.

—Menudo coche.

—Gracias.

—¿Sabes conducirlo?

—Anda, sube.

Clara le hace caso. Lleva unos vaqueros, una blusa y la chaqueta. Para ser principios de abril no hace demasiado frío. Se fija en la ropa de Héctor y sonrío. También lleva unos vaqueros, menos mal se dice, pues no sabía qué ponerse. Además, los fines de semana le gusta vestirse con ropa informal. Saca del bolso unas gafas de sol.

—No recuerdo haberme montado nunca en un descapotable —dice Clara mientras se ponen en marcha.

—Como hace buen día, he pensado que estaría bien.

Clara asiente.

—¿Cuánto corre?

—Aquí pone 310 km/h.

—¿La has alcanzado?

—No. —Héctor sonrío ante las preguntas de Clara.

—¿Dónde vamos?

—Al puerto deportivo. Hay un rastrillo de antigüedades y quiero echar un vistazo. ¿Te parece bien?

—Sí.

Ambos tienen que gritar un poco para hacerse escuchar pues ya han entrado en la autovía.

Al poco, Clara nota cómo el coche empieza a ganar velocidad, ya están en la autopista.

Héctor sigue acelerando. Es una sensación agradable, piensa Clara, que sonrío. Se siente libre con el aire en su cara.

Cuando llegan al puerto y aparca, Clara se compone un poco el pelo con la mano y se baja del coche. Al hacerlo nota cómo Héctor suspira. Se acerca a

ella y le dice muy cerca:

—Me gustaría haber abierto tu puerta.

—Sé hacerlo sola, gracias. —Clara sonríe, para preguntarle inmediatamente:

— Has llegado a 310?

Héctor no le contesta pero sonríe divertido. Le hace una señal con la mano y empiezan a andar, a unos metros está el mercadillo.

—No había venido nunca —dice Clara observando lo bonito que est  el puerto.

— Te gustan las antigüedades?

Clara se gira para mirarle a la cara.

—Depende.

— De qué?

—De si son bonitas o no.

Héctor asiente.

— Y en general?

—No s , es como comprar cosas de segunda mano. No me convence mucho, pero supongo que dependerá del objeto en cuestión.

Asiente de nuevo Héctor.

—En realidad en este mercadillo hay una parte de subasta. Estoy interesado en un par de cosas.

Así siguen hablando mientras empiezan a ver los puestos. Algunos son auténticas tiendas con mostradores y vitrinas en las que se puede encontrar de todo. Héctor le explica a Clara que había visto en el catálogo unos cuadros y

algún mueble que le parecían interesantes y de valor.

Están dando una vuelta cuando Clara habla:

—No está mal, aunque la gente es jodidamente estirada.

Héctor sonríe, para añadir:

—¿Yo soy un jodido estirado?

—No sé, dímelo tú.

—No, no lo creo.

—Menos mal.

De pronto se encuentran de frente a un matrimonio mayor que los observa descaradamente, sobre todo a Clara.

—¡Hola Héctor!

—Hola señor López, señora López.

—Sabía que te encontraríamos aquí. No sueles resistirte.

—Me han pillado.

Héctor hace un gesto para despedirse, pero es ahora la mujer la que habla:

—¿Tus padres no han venido?

—No. Me alegro de verles —dice algo cortante para dar por zanjada la conversación, no está dispuesto a que le sigan haciendo preguntas.

—Gracias hijo, salúdalos de nuestra parte.

—Así haré.

Clara hace un gesto para despedirse, entonces Héctor muy serio añade:

—Sí, son unos jodidos estirados. —Y ambos rompen a reír.

—Clara, espera un momento por aquí por favor. Voy a hablar con Emilio, mi ayudante. —

Ella asiente y se pone a dar una vuelta mirando las cosas de los puestos.

En uno de ellos una pieza de madera llama su atención. Se acerca para verla mejor. Es una especie de cofre-joyero. Cuando va a tocarlo sale como de la nada un dependiente, que hace que Clara se sobresalte.

—¿Puedo ayudarla señorita?

—Solo quería verlo.

—Es un cofre del siglo XIX. Perteneció a Catalina Mendoza, una noble de la época. Ella le tenía mucho cariño y se mantuvo en la familia durante bastante tiempo. En la subasta saldrá por... —no puede terminar la frase, Héctor lo interrumpe.

—No seas grosero Antonio, la señorita no te ha preguntado el precio.

—¡Hombre, señor Extremera! Cuánto tiempo sin verle. Creía que ya había perdido el interés por nuestros productos.

—He estado liado.

El tal Antonio se vuelve hacia Clara y se disculpa.

—Lo siento señorita...

—Jiménez —le contesta Héctor.

—Lo siento, señorita Jiménez, no era mi intención importunarla.

Clara mira de reojo a Héctor, no le gustan que contesten por ella. Es una cuestión de

principios, no quiere que todo el esfuerzo y lucha de la mujer por sus

derechos y por la igualdad, se esfumen de un plumazo.

Hace intención de irse cuando el dependiente, Antonio, coge el cofre y lo abre, mostrándoles a ambos su interior.

—Es precioso —dice Clara bastante maravillada con la pieza.

Ambos asienten. Pese a ser sencillo su exterior, el interior sorprende aún más a Clara. Es muy espacioso y huele a madera antigua. Puede imaginarse a la tal Catalina guardando las joyas dentro. El pasar de los años no le ha hecho perder su estilo.

—Gracias —le dice Clara a Antonio—, no era tan difícil.

—No, no lo era —responde el dependiente, que le sonrío.

—Ya nos vamos, Antonio. —Héctor le tiende la mano y este se la aprieta.

—Adiós señor Extremera, adiós señorita Jiménez.

Clara se despide con un gesto de la mano y ambos salen de sus dominios.

Una vez fuera de su alcance, Clara mira directamente a Héctor.

—No me gusta que hablen por mí, sé hacerlo.

—Lo sé y lo siento, no era mi intención molestarte. Pero...

—Sí, el tal Antonio ha sido un poco... De todas formas, no era para tanto.

Clara le sonrío mientras calibra hasta qué punto Héctor siente lo que ha hecho.

Siguen dando vueltas por el puerto viendo objetos y más objetos.

—Si tienes que volver a hablar con Emilio no me importa —dice Clara.

Héctor la mira y sonrío.

—Él realizará la subasta por mí. Sabe lo que me gusta y...

—Si quieres podemos ir.

—Es un poco aburrido, mejor nos vamos a comer.

—Como quieras Héctor.

Este sonrío... cómo le gusta que ella diga su nombre.

—¿Te gusta navegar, Clara? —dice al llegar a la dársena.

—No.

—Qué rotunda.

—Carlos tiene un barco. No es muy grande, pero está bien. Lo he intentado, créeme, pero he tenido que desistir. Siempre me mareo. No puedo navegar, es superior a mí.

—Entiendo. Te quería enseñar mi barco, pero...

—¿Ibas a presumir de barco?

—Culpable.

—Pues vas a tener que cambiar de estrategia.

—Nada de barcos.

—Nada de barcos —repite Clara sonriendo.

—¿Comemos?

—Sí, vayamos.

—He reservado ahí —dice Héctor señalando el restaurante que hay al final del puerto.

Clara mira y sonríe. No esperaba menos del señor Extremera. Parece el más lujoso de todos. Seguro que ahí también le conocen, piensa mientras siguen caminando. Se siente a gusto con él. Su mano descansa en su espalda y a Clara le reconforta y le gusta ese contacto.

Los ubican en una mesa con vistas a la bahía.

— Tienes frío?  Calor?

—Estoy bien, gracias —le contesta Clara.

— Te gusta de todo?

—Todo no, pero supongo que hablamos de marisco,  no?

Héctor sonríe divertido.

—S , hablamos de marisco.

—Es sábado, mi día de descanso, así es que dejo que elijas la comida.

Héctor arquea una ceja.

—No s  si eso es bueno o malo.

—Depende de lo que pidas —le dice Clara.

—Un examen.  Vino blanco?

Clara asiente y sonríe.

Héctor habla con el camarero mientras que ella observa el paisaje, quiere que la comida sea una sorpresa.

—Me encantan las vistas de este sitio —dice Héctor irrumpiendo los pensamientos de Clara.

—Sí, son cojonudas.

—Buena palabra para describirlas.

—¿Maravillosas? ¿Gloriosas? ¿Sublimes? Me hacen apreciar el sentido de la vida...

¿Mejor?

Héctor hace el gesto como si lo meditara para añadir:

—No, mejor cojonudas.

Se ríen. Aunque a Héctor al principio le chocó la forma de hablar de Clara, en su fuero interno le gusta. Siempre encuentra la palabra correcta, sea una palabrota o no. Ella se expresa abiertamente y sin tapujos.

El camarero les sirve el vino y al poco empiezan los platos de comida. Que si mejillones, conchas finas...

—Héctor, creo que te has pasado pidiendo comida, voy a explotar.

—¿No vas a poder con el postre? —añade divertido.

—No he dicho eso. —Clara sonrío.

De nuevo el camarero aparece esta vez con un café con leche y una tarta de chocolate con dos cucharitas.

Héctor, al ver que Clara observa la tarta le dice:

—Espero que compartas.

—Esta vez la probaré primero. —Le sonrío.

Clara, tras terminar de comer le pregunta a Héctor:

—¿Te apetece dar un paseo por la playa? O si tienes que hacer algo...

—No, un paseo me parece bien.

Héctor saca el móvil y lo consulta.

—¿Emilio ya ha conseguido todo lo que querías?

Él compone una media sonrisa y la mira directamente a los ojos.

—Parece que sí.

—Tienes...

—¿Qué?

—Verás, hago una lista sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Sí. Detalles como es puntual, no hay que molestarlo los domingos por la mañana y cosas así.

—¿Y es muy larga?

—No. Acabo de añadir consigue lo que quiere.

—¿Te gusta lo que hay en ella?

—Por ahora sí. Aunque nunca se sabe.

Sonríen.

—Cuando la tengas terminada me gustaría que la comentáramos. Solo para asegurarme que sea correcta.

—Control, añadido.

Héctor se ríe.

—Si quieres puedo empezar una lista de ti.

—No, mejor no, seguro que no me gusta.

De nuevo se ríen.

Clara mira a su alrededor.

—Este sitio es precioso. Me encanta la playa.

—Y a mí —le contesta Héctor.

Clara se para y se quita las zapatillas y los calcetines, hundiendo los pies en la arena.

—Esto es tan agradable... —Se remanga entonces los vaqueros y se acerca a la orilla.

Héctor la observa sin perder detalle.

—¡Joder! Qué fría está. —Aunque Clara permanece con los pies en el agua.

—Anda ven, o puedes resfriarte.

—Sí, mamá.

—Clara, no seas mala por favor.

Ella se ríe. Siguen andando. Al cabo de un rato, le pregunta a Héctor:

—¿Nos sentamos?

—Adelante.

Dan unos pasos alejándose de la orilla y se sientan. Clara hunde de nuevo los pies en la arena seca y lo mira fijamente mientras que habla.

—Héctor, me gustó la cena del otro día y... me ha gustado mucho el día de hoy.

Él no dice nada. Permanecen un rato en silencio hasta que ella de nuevo rompe ese silencio:

—Me gustas Héctor, aunque el lunes vas a ser...

Él se gira para mirarla directamente a los ojos y se acerca.

—Yo también lo pasé y lo estoy pasando muy bien.

Se pone a escasos centímetros de ella, que nota su cálido aliento.

—Tú también me gustas, Clara.

Se acerca aún más. Sus labios se tocan dulcemente y se besan. Clara contiene la respiración. Ahora la lengua de Héctor se abre paso a través de su boca y busca la suya.

Ambas se encuentran y, por un momento, se entrelazan en un baile lento y delicado.

Héctor se retira y Clara abre los ojos sonriendo. Él, que la estaba mirando hace lo mismo.

De pronto, fija su atención por encima de ella y la cara se le cambia. Hay algo que no le ha gustado, deduce Clara. Decide girarse para ver lo que le ha cabreado cuando Héctor se levanta de golpe y empieza a andar. Ella no entiende nada de su comportamiento. Coge sus zapatillas y sale corriendo tras él. Le cuesta seguirle el paso, da zancadas muy grandes.

—¡Héctor, para! —casi le grita Clara.

Él no se detiene.

—¿Qué coño pasa? ¿Tan mal beso? ¡Joder, Héctor para!

Entonces él por fin le hace caso y se para, volviéndose hacia ella. Señala con la cabeza un punto y Clara se vuelve para mirar en la dirección que le está indicando. Ve a alguien parado en el paseo. Sigue confusa y le pregunta:

—¿Le conoces?

—Es un fotógrafo. —Es lo único que dice Héctor.

Entonces ella se gira y el mencionado tipo al ver que le observan sale corriendo.

—Ya tienes lo que querías, ¿no?

—¿Qué? —Clara está perpleja y no puede salir de su asombro.

—Supongo que mañana saldrá en la prensa la foto del beso.

Clara se queda horrorizada y añade:

—¿Mañana, qué? —pregunta en alto, aunque no consigue respuesta.

Ahora hace un leve repaso de las palabras de Héctor “ya tienes lo que querías”.

—¿Piensas que...? —dice casi en un susurro.

—Es tarde. Te llevo a tu casa —le corta él.

—No, gracias. Si piensas eso de mí ni te molestes, ya me voy por mi cuenta.

Ahora Clara está muy enfadada, no le ha gustado nada el cariz que ha tomado el paseo tras el beso.

—No —dice Héctor— yo te he traído, yo te llevo. No hay más que hablar.

Clara todavía molesta, asiente. Está demasiado confusa para añadir nada. Hace unos segundos se estaban besando y ahora... la situación le parece de locos.

Vuelven al coche sin decir palabra. Antes de subirse en él, Clara se limpia los pies y se pone las zapatillas. Ambos llevan sus gafas de sol y evitan mirarse.

Durante todo el camino de vuelta, Clara no deja de observar por la ventanilla. Sus pensamientos van entre la pregunta más obvia de que a qué clase de mujeres está acostumbrado él, hasta lo cabrón que es por pensar de ella eso. No la conoce para juzgarla de esa manera. Le ha demostrado que no merece la pena, aunque... besa de maravilla. Si no llega a ser por el puto fotógrafo...

De pronto el coche se para, ya han llegado a su destino. Ella abre la puerta y se baja. No dice nada ni se gira para mirarlo. Se aleja mientras saca las llaves del bolso.

Una vez en su casa decide prepararse un baño. Se sirve una copa de vino tinto y se sumerge en el agua, quiere olvidar a ese capullo.

CAPÍTULO 5

De nuevo lunes. Clara no quiere verle la cara a Héctor. Espera que por lo menos tenga el detalle de no aparecer. Al despertarse ha comprobado su móvil y tiene un par de llamadas y mensajes de él. No los ha leído, no tiene ganas de recordar lo que pasó.

Cuando llega a la empresa y pregunta en el mostrador de la entrada, le remiten a la segunda planta, allí la esperan. Arruga la frente y se repite una y otra vez mientras sube: que no esté él, que no esté él.

Entra y se encuentra con otro mostrador donde una amable recepcionista le atiende.

—Buenos días, señorita Jiménez.

—Buenos días. Llámame Clara, por favor.

—Buenos días Clara, soy Estefanía. Le voy a acompañar a su zona de trabajo.

—Tutéame Estefanía. Gracias.

Esta asiente. Clara le ha caído bien inmediatamente, no es una de esas estiradas que contratan en la empresa de vez en cuando.

La acompaña a una gran sala de reuniones con una mesa en un lateral.

—Te he puesto todo el material que he podido en los estantes, el resto no he tenido más remedio que ubicarlo en el suelo. Si necesitas que te haga alguna fotocopia, imprimirte algo o cualquier cosa, estaré aquí fuera.

—Gracias, Estefanía.

La chica sale del despacho y Clara mira a su alrededor, hay mucho material.

—Manos a la obra —se dice en voz alta.

Decide empezar por el principio y ordenar toda la documentación. Saca de su bolso algunas cosas que necesita. Su móvil, botella de agua y poco más.

Al cabo de unas horas sale del despacho y le pregunta a Estefanía:

—¿El baño por favor?

—El pasillo a la derecha.

—Gracias.

Pegan a la puerta. Estefanía entra en la sala.

—Señorita... Clara —se corrige ante la cara que le ha puesto—, me marchó ya. Es tarde.

Clara mira su reloj que está sobre la mesa, son las nueve.

—Lo siento Estefanía, no me he dado cuenta de la hora que era.

—No te preocupes, puedo quedarme un poco más si quieres. De todas formas, hasta las diez están abiertas las oficinas, luego la seguridad cierra el edificio.

—No por favor, supongo que ya te habrás quedado más tiempo del que te corresponde. Lo siento, se me ha pasado volando. Si me das un minuto recojo y salgo.

—Por supuesto, espero fuera.

—Gracias.

En cuanto sale Estefanía, Clara se estira. No ha parado ni un momento, no

puede creerse que haya pasado todo el día sin darse cuenta, y solo ha empezado con el trabajo. Recoge sus pocas cosas. Cuando sale no está Estefanía, en su lugar Héctor la espera.

—No hace falta que te quedes tan tarde en el trabajo, puedes irte antes.

Clara asiente y empieza a andar.

—Me gustaría enseñarte las oficinas —dice Héctor.

—En realidad... —no la deja terminar.

—Lo siento Clara. Te he llamado varias veces y te he mandado mensajes. No debí pensar que...

—Las he visto y no quiero que me enseñes las oficinas. Se ve que no has hecho los deberes. —Héctor la mira confuso, así es que añade—: Hice unas prácticas aquí antes de terminar la carrera.

Ahora está sorprendido, así es que Clara aprovecha esa pequeña ventaja para despedirse.

—Me voy, ha sido un día largo y...

—Lo siento, Clara.

—Eso ya lo has dicho. —Ella ahora lo mira por primera vez desde que se han encontrado.

Ha intentado mantenerse fuera de su contacto pero poco a poco está cediendo, Héctor le atrae y no puede resistirse.

—Te acompaño al coche y sí, imagino que sabes llegar sola, pero insisto.

Clara asiente.

—No sé con qué clase de chicas estás acostumbrado a salir, pero entre mis amigos no tengo a ningún fotógrafo, ni me gusta salir en la prensa. Ni siquiera he visto si han publicado las putas fotos.

—No, no han salido.

Héctor no le dice nada, pero justo cuando ellos se iban, Emilio persiguió al fotógrafo y le quitó las fotos, pagándole una cantidad de dinero antes. Le preguntó si conocía a la chica que estaba con el señor Extremera y este lo negó, por lo que cuando se lo contó se sintió fatal, había metido la pata con ella.

—Mejor.

Llega el ascensor y bajan al aparcamiento.

—De todas formas —sigue hablando Clara—, realizaré mi trabajo y después no tendrás que volver a verme.

Al abrirse las puertas y justo cuando ella va a salir, Héctor añade:

—Espero que eso no sea así.

Clara no dice nada y va a por su coche.

Cuando llega a su casa está hambrienta, no ha comido nada desde el desayuno. Es de las veces que el trabajo le hace olvidarse de todo.

No tiene ganas de prepararse nada, por lo que decide acostarse, demasiadas cosas en las que pensar y pocas ganas de hacerlo.

Cuando llega a la oficina, Estefanía ya está sentada en su sitio.

—Buenos días, Clara.

—Buenos días, Estefanía. Si tienes que irte antes de que haya terminado avísame por favor. Ayer me sentí fatal.

—Lo haré, pero no te preocupes, de verdad Clara —le contesta con una sonrisa.

Ella asiente y entra. Se da cuenta nada más hacerlo que han puesto una mesa con zumo, agua, sándwiches y galletas. Se ve que Estefanía se ha chivado

que no salí ayer a comer, piensa Clara mientras se pone a trabajar.

Está en materia. Conocía la empresa, pero no podía imaginar que estuviera tan jodida.

Tiene que hacer una auditoría completa que le llevará su tiempo. Al igual que ayer tiene un portátil conectado, aunque hoy decide encenderlo. No le gusta no poder trabajar con sus cosas, pero es lo que hay, piensa resignada.

De pronto abren la puerta.

—Hola, soy Marco.

—Hola.

—¿Cómo va el trabajo?

Clara no contesta, no tiene ni idea de quién es.

—¿No me has escuchado?

—Perfectamente.

—¿Entonces?

—No sé quién eres —le dice Clara tranquilamente.

Apenas ha levantado la vista del ordenador.

—Te lo he dicho.

—¿Y?

—Soy el director adjunto.

—Pues no te conozco, director adjunto Marco, y no puedo hablar del trabajo con nadie.

—Conmigo, sí.

—No me lo han dicho así es que no lo haré.

Marco está enfadado aunque eso a Clara le da igual. Parece que está pensando qué hacer, así es que decide no prestarle atención y sigue trabajando. Marco, cuando se cansa, sale del despacho dando un portazo. ¿Qué coño le pasa?, se dice Clara.

Ahora pegan a la puerta y Clara levanta la cabeza de los papeles, es Estefanía.

—Lo siento son las ocho y me voy.

—Sí, sí, recojo y...

—No hace falta, el señor Extremera dice que ahora baja y cierra. Hasta mañana, Clara.

—Hasta mañana, Estefanía y gracias por eso —dice señalando la mesa con la comida.

Estefanía asiente y sonríe mientras sale del despacho.

Clara sigue trabajando, tiene que aprovechar el tiempo lo mejor posible. Abren de nuevo la puerta y esta vez es Héctor. Este mira a Clara y su mesa de trabajo, luego se gira para ver los aperitivos y se vuelve de nuevo a ella.

—Gracias, seguro que ha sido cosa tuya.

—Trabajar aquí no quiere decir que no puedas salir a comer.

—Supongo, pero es que estoy liada y se me pasa el tiempo. Tengo un jefe que es un capullo.

Héctor sonríe. Clara está recogiendo.

—Marco me ha dicho que ha venido a verte antes y que no le has contado nada del trabajo.

—No le conozco.

—Él es como mi mano derecha en la empresa.

Clara asiente.

—Conoce tu trabajo aquí.

—Si vuelve le contestaré entonces.

Clara termina de apagar el ordenador y coge el bolso. Ambos salen del despacho y van hacia el ascensor.

—¿Siempre sales el último?

—Siempre no. —Pone una media sonrisa.

Mientras esperan el ascensor, Héctor añade:

—Ese jefe de personal no duró mucho en la empresa, no supo apreciar tu currículum.

Clara asiente y sonríe.

—No era rubia y no quise teñirme.

Entran en el ascensor.

—¿Te han llamado mucho de tu trabajo?

—Algunas veces.

—Si ayer hubiera sabido que no habías comido...

—¿Me hubieras obligado?

—No, bueno... a lo mejor sí. Te hubiera invitado a cenar.

—¿Hoy tienes hueco en tu agenda?

—Cena de trabajo, aunque... —Consulta su reloj—, aún tengo algo de

tiempo.

—¿Quieres una cosa rápida?

Héctor sonríe, para añadir:

—Me conformo.

—Vale, te llevo y pago yo. Por favor —añade Clara ante la cara que le ha puesto Héctor.

Está muy guapo con un traje gris claro, camisa blanca y corbata azul oscuro, piensa ella.

Ambos se montan en el coche. Clara conduce hasta un puesto de hamburguesas que hay

cerca de su casa.

—No me mires así, Héctor. Mézclate con la gente de la calle por un momento. Dos perritos completos por favor, y dos colas —le dice Clara al dependiente mientras saca la cartera y le paga.

Una vez con sus perritos se sientan en un banco que hay justo al lado.

—Esto sí que es rapidez.

—Te lo he dicho, te iba a dar tiempo.

—No está mal para ser comida de la calle.

Clara sonríe.

—Te queda mucho que aprender, chaval.

Se comen los perritos y al poco Héctor coge el móvil.

—Me recogen, tengo que irme ya. Gracias por el perrito.

—Un placer.

Héctor se acerca a Clara y le da un beso en la mejilla. Pitan y es Emilio que lo espera.

—Hasta mañana.

—Adiós, Héctor.

Llevaba Clara un rato hablando por teléfono cuando la puerta del despacho que ocupa se abre. Es Estefanía que con una voz firme pero suave le dice desde la puerta:

—La señorita Sandoval ha venido a verla.

—Salgo enseguida Estefanía, gracias.

Le dice a Ana, con la que hablaba, que tiene que colgar pues la jefa se ha presentado sin avisar. “Miedo me da”, le comenta Clara antes de colgar, ambas se habían reído. Sale y allí está Raquel.

—Aún no entiendo por qué no me ha dejado entrar.

—Es documentación confidencial, ya lo sabes —le dice Clara acercándose.

Raquel lo había dicho algo apartada de Estefanía, pero lo suficientemente alto para que esta la escuchara.

—Pues ha sido muy desconsiderada por su parte.

—Hace su trabajo. ¿Qué quieres?

—He venido a ver cómo te iba. Ya sabes que siempre estoy pendiente de vosotras y del trabajo.

Clara no contesta, no serviría de nada, piensa mirando a su jefa directamente.

—¿Sabes dónde está el señor Extremera?

—Última planta, pero debes hablar con ella —dice Clara señalando a Estefanía, guiñándole el ojo sin que Raquel la vea.

Ya sabía yo que no había venido a interesarse por mi trabajo.

Raquel pone cara furiosa pero después compone su sonrisa más falsa y se dirige a Estefanía. Clara sonrío, debe tragarse ahora un poco del orgullo herido. Antes mira a la pobre chica y se encoge de hombros a modo de disculpa. Se vuelve al trabajo.

A los cinco minutos, Clara recibe un mensaje: “¿Tanto me odias?”.

“¿Por?” contesta, es Héctor.

“Tu jefa ha venido a verme, me la has mandado tú”.

“Ha preguntado por ti”.

“¿No se cansa nunca?”.

“Es incansable”.

“He tenido que aceptar comer mañana con ella”.

¿Qué? Piensa Clara sin escribírselo, pues sí que ha sucumbido pronto.

“Es broma. La he despachado, aunque ha amenazado con volver”.

“Qué suerte tienes”.

“Estaré unos días fuera”.

“Lástima, quería cenar temprano”.

“Te tomo la palabra, otro día esa irresistible oferta”.

“Que tengas buen viaje”.

“No trabajes mucho”.

CAPÍTULO 6

Es viernes y Clara va muy atrasada en su trabajo. Hay mucho que hacer todavía, así es que aprovecha que Estefanía no está para coger y guardarse el portátil en el bolso. Añade una serie de documentación que puede necesitar. Piensa en darle un empujón el fin de semana y así poder terminar a tiempo o incluso antes de lo previsto.

Le suena el móvil y se sobresalta, no está acostumbrada a robar. Sonríe. Además, no puede decirse que sea robar lo que está haciendo.

Una vez en el coche respira hondo. Ya está hecho, piensa.

Al llegar a casa saca las cosas de la oficina y se prepara unos macarrones. Coge el móvil y llama a su padre, no le había cogido la llamada.

—¡Hola, papá!

—Hola, Clara.

—Antes me has pillado conduciendo —se disculpa Clara.

—No importa hija. Te llamaba para ver si te venía bien quedar el próximo domingo para almorzar.

—Perfecto. ¿Dónde siempre?

—Sí.

—¿Qué pasa papá? —A Clara le ha sorprendido lo callado que se ha quedado su padre.

—Quiero que...

—Suéltalo, Antonio.

—Es que quiero que conozcas a alguien y te quería preguntar si no te importaba que viniera a comer con nosotros.

—¿No será Esperanza?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Ya era hora, joder papá. Por fin te has lanzado.

—Bueno es que... —empieza a hablar Antonio, aunque duda y Clara lo interrumpe.

—Papá, me alegro. El domingo nos vemos y hablamos.

—Te quiero cariño.

—Y yo.

Clara cuelga el teléfono y sonrío. Por fin su padre y Esperanza están juntos. Llevaban años siendo amigos y tras la separación, ella siempre se había mantenido junto a él. No le gustaba verlo solo y, aunque eran buenos amigos, mejor así.

Otra cosa que contarle al capullo de Lorenzo, piensa Clara poniéndose de pronto triste.

Una semana más y ese cabrón sigue perdido, ni una llamada. Seguro que se lo está pasando tan bien que ni se acuerda de mí, sigue pensando mientras saca los macarrones del horno. Se sirve una copa de vino. Le mete mano al trabajo.

Es tarde cuando apaga por fin la luz.

Cuando solo parece que han pasado unos minutos, a Clara le despierta el sonido de su teléfono. Enciende la luz y mira instintivamente la hora que es antes de ver quién le llama.

Son las tres de la mañana. Clara se asusta, ¿qué habrá pasado? Entonces ve el nombre que aparece en la pantalla del móvil “capullo”. Le da a silenciar y apaga la luz. ¿Qué coño querrá? Vuelve a mirar el teléfono. No había tenido noticias de Alberto desde el día en que conoció a Héctor. Se acuerda de la incursión en su casa y sonrío. Nota cómo de nuevo le parpadea la pantalla, el

capullo la está volviendo a llamar. Seguro que está de marcha y se ha acordado de ella. Se vuelve al otro lado y se tapa con el nórdico la cabeza, no quiere pensar en nada que tenga que ver con él.

Por la mañana cuando coge el teléfono tiene seis llamadas perdidas y varios mensajes, todos del mismo. Clara arruga la frente, no le gusta nada que vuelva a su vida.

Pasa todo el sábado trabajando. Por la noche se vuelve a repetir la historia, Alberto la llama despertándola a las tres de la mañana. De nuevo pone el móvil en silencio. Esta vez se enfada y espera que a ese capullo no le dé por llamarla todos los días a la misma hora.

Cuando se despierta y mira el móvil tiene un montón de llamadas de él y unos cuantos mensajes que Clara borra sin leer. No quiere saber nada de lo que le escribe. Pasa de lo que el capullo piense ahora, aunque esto le hace levantarse de mal humor.

Está a punto de desayunar cuando suena el portero electrónico de su casa. Es Sofí, la hermana de Clara, le abre la puerta.

—Hola —le dice mientras la deja pasar.

—Hola Clara, qué mala cara tienes.

—Gracias.

—¿Te acabas de levantar?

—Sí.

—Es tarde.

—Ya.

—¿Saliste anoche?

—No, ¿y tú?

—No, tengo una relación formal y estuvimos en su casa tranquilos.

Clara mira a su hermana a la cara.

—¿Una relación formal? Llevas cuánto... ¿dos semanas?, ¿ya es una relación formal? Me sorprendes Sofí.

—No seas mala. ¿Te doy envidia?

—Sí, mucha. —Ambas se ríen divertidas.

—Vengo a pedirte un favor.

—A ver —le dice Clara.

—En realidad...

—¿Qué quiere tu madre?

—¡Cómo eres Clara! No es eso.

—¿Seguro?

—En realidad sí, pero...

—Desembucha.

Clara le da un sorbo a un té que se acababa de preparar.

—Quiere que comamos todos juntos.

Clara gruñe ante el comentario.

—Ella ha dicho que dirías eso.

—Paso, tengo trabajo. Y no me pongas esa cara.

—Tienes que venir. Yo también sé gruñir.

Clara suelta una carcajada. Por lo menos la visita de su hermana hace que se

olvide de las llamadas de Alberto.

—Venga Clara, dúchate que nos vamos.

—¿No has dicho que es una comida?

—Quiero llevarte a un sitio antes.

—¿Tengo que preocuparme?

—No, venga... ponte en marcha.

—Está bien, pero tengo que volver pronto.

Clara se ducha y se mete en sus vaqueros y zapatillas. Elige una camiseta de mangas largas de una serie de televisión. Va a ir a comer con su madre y los demás, pero a su manera. Antes de salir coge la chaqueta.

Cuando bajan al portal, Sofí le señala dónde ha aparcado y se dirigen al coche. Se bajan junto a un bar de tapas al que a veces solía ir con Lorenzo.

—Quiero que conozcas a alguien —le dice Sofí.

Al entrar un chico las saluda con la mano. Se acercan. La hermana de Clara besa al chico en la boca y después los presenta.

—Clara, este es mi novio, Borja. Borja, ella es mi hermana Clara.

Se dan dos besos.

—Tenía ganas de conocerte Clara. Tu hermana no para de hablar de ti.

—Espero que bien.

Los tres se ríen. Clara observa a Borja y decide que no se parece mucho a Héctor. Es alto, aunque no tanto como su hermano. Es castaño, su piel no es tan morena y el color de sus ojos también es diferente. Mientras que los de Héctor son de un marrón oscuro muy intenso, Borja los tiene mucho más claros. Si no supiera que son hermanos no encontraría gestos que los

identificaran como tales.

Piden unas cervezas y pican algo mientras hablan. Le cuentan su viaje a París y que desde entonces pasan la mayor parte del tiempo juntos. Clara no les menciona nada de que ha vuelto a ver a su hermano ni que trabaja, al menos por el momento, para él. Piensa que de todas formas qué les va a decir, ¿que se han visto un par de veces fuera del trabajo y que él creía que era una cazafortunas arruinando el mejor beso que se ha dado con un tío? ¿El mejor beso? Clara deriva sus pensamientos en eso. ¿En verdad lo he pensado?, se dice mientras bebe cerveza y asiente con la cabeza ante el comentario de su hermana.

—Es la hora. Tenemos que irnos —dice Sofí.

—Bueno, si eres un novio formal vendrás a la comida.

Clara sonrío a Borja que le contesta:

—Es demasiado pronto, no estamos preparados para eso aún.

—¿No tendrás miedo de mi madre, verdad? —Sonrío maliciosamente ante su comentario

y la cara que ha puesto su hermana Sofí.

—Es que desde que se presentó en mi casa, me impone un poco de respeto.

Se ríen.

—Encantada de conocerte, Borja.

—Encantado de conocerte, Clara.

Este se acerca, pero en lugar de darle dos besos para despedirse, la abraza levemente.

Clara se sorprende. El trato de Borja es algo más desenfadado que Héctor, en realidad mucho más. Será porque no trabaja ni se mueve en el mismo mundo que él, piensa a modo de disculpa.

Sofí vuelve a besar a Borja cuando de pronto le suena el teléfono. “Sí mamá, en cinco minutos estamos ahí”.

—Tenemos que irnos. Luego nos vemos. —Y vuelven a besarse.

Las dos hermanas van a por el coche de Sofí y acuden a la cita con su familia.

—Se os ve bien juntos. Me alegro mucho por ti, Sofí.

—Gracias hermanita.

La comida con su familia normal, como siempre, piensa Clara mientras coge un taxi para volver a casa. Su madre hablando sin parar de Sofí mientras que la pone en ridículo a ella entre medio. Le ha vuelto a recriminar que debe salir más y dejar de trabajar tanto, que mira lo bien que está su hermana... poco más. Su padrastro le ha dado las gracias por acudir a la comida y le ha preguntado que cómo le iba. Sus tíos tan amables y cariñosos con ella como siempre.

Se pone a trabajar en cuanto se cambia de ropa.

Antes de acostarse decide ponerle a Héctor un mensaje.

“He conocido a tu hermano. Sofí ha venido por mí y nos hemos tomado unas cañas. Es majo”.

“Causa ese efecto en todas”.

“No se parece en nada a ti”.

“¿No soy majo?”.

“Ja, ja, ja. Majo no está en mi lista”.

“Ja, ja, ja”.

“Tengo que decir que son tal para cual, lo mismo hasta duran algo”.

No hay respuesta de Héctor. Clara se pone triste, le ha gustado intercambiar

mensajes con él. Bueno, es hora de que me duerma, piensa mientras se tumba. Entonces le suena el teléfono, es Héctor, sonrío.

—Hola.

—Hola, me he cansado de los mensajes.

—¿Muy mayor para ellos?

—Algo así, aunque... ¿cuántos años crees que tengo?

—Héctor Extremera Navarro nacido el 14 de marzo de 1975. Se graduó con matrícula de

honor en Administración, Dirección de Empresas y Derecho. Su primer trabajo fue en la empresa de su padre...

—Vale, vale. Has leído algún artículo sobre mí.

—He hecho los deberes. Además, buscar sobre ti es fácil, hay mucho material circulando por Internet.

—Y más si es de prensa rosa... mis conquistas como las llaman.

Clara permanece callada, ese tema no le gusta, sobre todo desde que creyó que había llamado a un fotógrafo.

—¿Qué piensas? —pregunta Héctor ante su silencio.

—Nada.

—Siempre se piensa algo.

—No lo había pensado.

Ambos se ríen.

—No me gusta la prensa rosa —dice finalmente Clara.

—A mí tampoco. Son muy pesados.

—¿Cómo llevas el viaje? —Necesita cambiar de tema.

—Se ha complicado más de lo previsto. Hasta el martes por lo menos no volveré. No hace falta que te alegres por mi vuelta.

—Si quieres te preparo una fiesta de bienvenida. Puedo llamar a Raquel, a...

Héctor suelta una carcajada.

—Mejor no Clara, me conformo con una cena los dos solos.

—Que sea a eso de las nueve, que el capullo de mi jefe sigue presionando.

—Ni te he preguntado cómo lo llevas.

—Es verdad, me sorprende.

—Prefiero esperar a ver el resultado.

—Me gusta.

—¿El qué?, ¿el trabajo?

—No, bueno el trabajo está bien, pero me refiero a que me dejes hacerlo. Lo valoro mucho.

—Te gusta trabajar a tu aire, ¿no es eso?

—Puede ser, no es malo creo. Si sabes lo que tienes que hacer y lo haces bien, no veo el problema en dar libertad.

—¿Tú lo haces bien?

—¿Esa es una pregunta laboral señor Extremera?

Ambos rompen a reír.

—¿Cena el martes a las nueve? —dice Clara.

—Cena el martes.

—No trabajes mucho.

—Lo mismo digo, Clara. Adiós.

—Adiós, Héctor.

Este tío me gusta, piensa Clara mientras termina de apagar el teléfono. Repasa la conversación mantenida y sonríe ante la idea de tener de nuevo una cita con él. Necesita hablar con Lorenzo. Decide ponerle un email. Le cuenta que está trabajando mucho, que Sofí tiene “una relación formal” según ella y le regaña por no ponerse en contacto. Seguro que si ataca su vena sensible le contestará. Le insulta en alto y vuelve a pensar que seguro que es jodidamente feliz y por eso no se acuerda de ella.

CAPÍTULO 7

Lunes de nuevo. Cuando Clara apaga el despertador, protesta, aunque se levanta rápidamente. Tiene que llegar a la oficina antes de que lo haga Estefanía. Lo consigue y lo primero que hace es colocar el ordenador y los papeles como si no se los hubiera llevado.

Al sentarse, piensa que ha avanzado mucho pero que debe dar un empujón final para terminar pronto. Es casi final de mes y tiene que cerrar muchas cosas en su trabajo.

El martes a última hora y antes de que Estefanía entre a despedirse, sale para hablar con ella.

—He terminado el trabajo y como no puedo imprimir ni mandar correos, prepara por favor la documentación para enviarla y hacer tantas copias como asistentes a la reunión haya.

Todos los archivos los he metido en esta carpeta. —Señala el portátil—. Y esta hoja es el resumen ampliado con las conclusiones. Ponle por favor un email al señor Extremera cuando esté listo el material y confírmale que he

terminado. Sé que es tarde Estefanía, no te preocupes, déjalo para mañana. Ya me avisas cuando sepas la hora de la reunión. Si puedes, necesitaré venir antes, te lo agradecería mucho, no quiero presentarme sin repasar los datos.

Estefanía asiente y añade:

—¿Necesitas algo más Clara?

—No, muchas gracias por todo Estefanía.

Cuando Clara está bajando al aparcamiento recibe un mensaje de Héctor:

“No llego a tiempo para cenar, vamos a tener que dejarlo para otro día”.

Clara le contesta:

“No te preocupes”.

“Lo siento”.

“Y yo”.

Clara no puede más que maldecir por lo bajo, piensa que le hubiera venido bien verle y hablar con él. Resignada se va a su casa y decide acostarse, piensa que mañana será un día muy largo, de nuevo.

A primera hora, Clara va directamente a su trabajo. No quiere pensar en las llamadas perdidas que aparecen en su móvil por la mañana, así es que pone la radio. Estas le vienen a la cabeza una y otra vez. Decide que cuando tenga un hueco investigará cómo bloquear el número.

Al abrir la puerta de la oficina descubre que no es la primera, Ana ya está en su sitio y parece estresada.

—No sabía que vendrías, Clara.

—Ayer terminé el trabajo.

—Qué rapidez.

—Qué remedio Ana, no quería dejarte todo el marrón. Ayer me llamó Pepito al móvil.

Odia llamarme al móvil, pero no conseguía localizarme en la oficina. Le prometí que tendría sus impuestos a primerísima hora de la mañana, ya sabes cómo es.

—Están listos, toma.

—Gracias. Los reviso, ¿vale?

—Clara, sin problemas. Además, me quedo más tranquila. Ese hombre solo se entiende contigo, es tan quisquilloso...

Ya no siguen hablando, Clara se ha puesto a revisar los papeles.

Cuando termina llama a su cliente desde la oficina y se los envía.

—Te los acabo de mandar Pepito. Sí, los he revisado. Ha sido lo primero que he hecho.

Pues claro, eres mi cliente favorito. —Clara cuelga el teléfono—. Capullo.

Ambas se ríen.

—Solo te he escuchado a ti Clara, pero ese hombre es insufrible. Toma, aquí tienes el resto. Repásalos y ya me dices.

Clara está concentrada cuando le suena el móvil. Al cogerlo mira la hora, las 10.30, aún le queda mucho por hacer. Es Héctor.

—Buenos días.

—¿Buenos días? No has venido a trabajar. ¿No quedó claro que eran dos semanas de trabajo exclusivo?

Clara no sale de su asombro, la reacción de Héctor es lo último que se esperaba esa mañana.

—¿Sin palabras?

—Cafetería La Luna, frente a mi trabajo. —Clara cuelga.

Piensa que no sabe qué coño se habrá creído él, pero ni le gusta que le griten por teléfono ni que se ponga su trabajo en entredicho.

—¿Todo bien, Clara? —le pregunta Ana algo alarmada.

—Sí. Voy a desayunar. ¿Quieres algo?

—No. No te preocupes, por aquí todo controlado.

Clara asiente, aunque tiene la cabeza en la conversación recién mantenida con Héctor.

Será capullo, piensa casi en alto. Ni ha reparado en Silvia ni en Natalia que no levantan la cabeza del ordenador.

Al llegar a la cafetería saluda al camarero y le pide un café con leche, largo de café para Héctor, y un zumo y un bocadillo para ella. Tiene hambre, se dice oliendo a pan tostado, ni siquiera había reparado en eso.

A los cinco minutos llega él, que se sienta frente a ella. Parece enfadado y casi ni mira a Clara. Mientras, el camarero sirve lo que ha pedido.

—¿Quieres algo de comer? —le dice solícito a Héctor mientras que termina de poner el zumo sobre la mesa.

—No, gracias.

Se da media vuelta y los deja solos.

Clara mira a Héctor que mantiene el tipo. Piensa que está muy guapo así, se da cuenta que lo había echado de menos. Lleva una semana fuera de viaje. Desvía la mirada y se concentra en su zumo, le ha pillado observándolo.

—No sé qué cojones te pasa hoy Héctor, pero no creo que merezca ese tono por teléfono.

—Le para con un gesto de la mano antes de que él pueda replicarle.

—Ayer a última hora le entregué a Estefanía la documentación terminada y, supongo, que cuando la prepare te avisará. En eso quedamos. Te recuerdo que no podía hacer copias, ni imprimir... así es que ella tiene que rematar el trabajo.

Clara aprovecha para tirar un bocado, no puede resistirse por más tiempo. Mastica tranquilamente para que él pueda asimilar lo que le ha dicho.

—Has terminado muy pronto.

—Tengo otras obligaciones. Hoy es día de impuestos y tenía que revisar el trabajo.

—¿Eso no lo hace Raquel?

—Ella no hace nada, creo que te lo dije.

Clara tira otro bocado. Héctor se toma su café mientras suaviza sus facciones.

—Parece que tenías hambre.

—Sí, me falló el plan de la cena. Ahí pensaba decirte lo del trabajo.

Héctor asiente y coge el móvil. Lee un mensaje que acaba de recibir.

—Es el email de Estefanía, ya tiene lista la documentación.

Clara se termina el zumo y hace para levantarse.

—Lo siento Héctor, tengo que seguir trabajando.

Él se termina el café y se acerca a ella.

—Te has acordado.

—¿De qué?

—De cómo me gusta el café.

—Tengo buena memoria.

—Soy un imbécil.

—Entre otras cosas, sí. Tu lista... —Clara mueve negativamente la cabeza.

Héctor sonríe. Ambos se levantan y se acercan a la barra.

—Pago yo, por favor. Estás en mis dominios —dice Clara cortando el gesto de él hacia el camarero.

Salen a la calle.

—Lo siento Clara, de verdad.

Ella asiente y cruza al trabajo.

Sobre la una recibe un email de Estefanía: “Mañana reunión a las nueve. Yo estaré a las ocho, ¿tendrás tiempo de prepararte la documentación?”. Clara le contesta que sí y le da las gracias.

Es tarde cuando Clara cierra por fin la puerta del despacho. Justo cuando empieza a bajar le suena el móvil. Es Héctor, lo coge.

—Hola.

—Hola, Clara. ¿Te apetece cenar conmigo?

—¿Es una cena de trabajo o de disculpas?

—De disculpas, me he portado como un...

—Cabrón —le interrumpe Clara, que en ese momento sale al exterior.

—Sí, eso. Estoy...

—Delante de mí, ¿no?

—Sí.

Justo se abre la puerta de un coche que se ha parado delante de ella. Héctor le tiende la mano a Clara para ayudarla a meterse en el vehículo. Su contacto le reconforta, es fuerte y le gusta.

—Estoy hecha polvo, así es que no quiero una cena coñazo.

—¿Una cena coñazo? —pregunta Héctor.

—Sí, en un sitio de esos estirados. Por favor, algo normal y tranquilo.

Él asiente divertido.

—Ya has oído a la señorita Emilio, a un sitio normal y tranquilo.

—¿Ricardo? —dice Emilio mirando por el retrovisor.

—Sí, parece una elección que se ajusta a su definición —le contesta Héctor devolviéndole la mirada.

—Ya me estoy arrepintiendo —suelta Clara.

Ambos hombres sonrían.

—¿Mucho trabajo?

—Sí, estoy muy cansada.

—Si quieres te dejamos en tu casa.

—No, necesito comer algo.

—Desde el desayuno, ¿no?

Clara asiente. Héctor saca su móvil y escribe algo. Ella nota cómo vibra su bolso, le ha llegado un mensaje. Saca el teléfono curiosa.

Él le ha escrito: “Buen trabajo”.

Clara le mira de reojo antes de seguir leyendo. “Lo siento, no paro de meter la pata contigo”.

—Creo que prefiero irme a mi casa —dice Clara en alto.

Héctor la mira sorprendido, lo último que le apetece es separarse de ella ahora.

Clara le escribe: “Solo si tú vienes”.

Entonces Héctor mira el móvil y luego a Clara, para regresar al móvil.

Ella lo toma como que está dudando, así es que decide volver a escribirle.

Antes de que le dé tiempo, recibe un nuevo mensaje de Héctor: “SÍ con mayúsculas”.

—Emilio, por favor, ya has oído a Clara.

Este asiente buscando la mirada de Héctor por el retrovisor. Asienten. Emilio tiene que girar el coche en una zona prohibida para retomar el camino a casa de ella.

Clara se está poniendo nerviosa, no es que se haya arrepentido, pero es que hasta ahora ha mantenido la única regla que tiene con respecto a los ligues, nada de llevarlos a casa.

¿Cómo he podido pedirle que venga?, piensa mientras mira por la ventana. Guarda el móvil y lo pone en silencio, no quiere que le suene de madrugada como las últimas noches, no ha tenido tiempo al final de hacer lo que tenía pensado.

—¿Todo bien? —le pregunta Héctor cerca de su oído.

—Muy bien. —Y Clara le sonrío mientras piensa que no sabe qué le pasa con este tío, pero le gusta.

Una vez el coche se ha parado delante del bloque de Clara, Emilio se baja y, antes de que ella reaccione, le abre la puerta y se dirige a hacer lo mismo con

la de Héctor, con el que intercambia unas palabras. Vuelve al coche, arranca y se marcha.

De nuevo Héctor cerca de Clara, le habla:

—¿Estás segura?

Clara le mira a los ojos.

—Sí.

Él le apoya la mano en la espalda y ambos entran en el portal. Con las llaves en la mano, Clara nota cómo pierde parte del valor inicial, piensa seguramente que le parece un piso ridículo, pero... es de ella y eso es lo que hay, se dice para recuperarse. Héctor se le ha acercado mientras, besándola en el cuello.

—Abre ya la puerta por favor Clara, no sé si voy a poder resistirme más tiempo —le dice casi en un susurro.

Clara sonrío.

Lo hace por fin y ambos entran. Va dejando en el suelo sus cosas. Se quita la chaqueta y el bolso. Nota cómo se le acelera el pulso. Héctor le imita y empieza a quitarse la chaqueta acercándose a ella. Clara se gira y le ayuda, recreándose con su contacto. Él se pone con la corbata. Se quita los zapatos y sus bocas se buscan, empiezan a besarse. Clara le desabrocha la camisa y se la echa para atrás. Sus manos se van a sus brazos; son fuertes, piensa mientras se va a su cuello, a su pelo... Héctor la acerca a él. Siguen besándose, cada vez con más fuerza. La coge de la cintura y empieza a subirle la blusa. Ella levanta los brazos para que no se entretenga con los botones. Lleva sus manos a su espalda y comienza a desabrocharle el sujetador. Sin dejar de besarle, Clara lleva a Héctor a su habitación, tirándolo sobre la cama. Se quita los pantalones y se acerca a él, poniendo sus manos en su cintura. Le besa en el pecho mientras le desabrocha los pantalones y entonces se desata entre ellos la pasión contenida desde el beso en la playa.

Están recuperando la respiración cuando Héctor apoya el codo en la cama y

se sujeta la cabeza, mirándola directamente a los ojos.

—¿El baño?

Clara no habla, señala con la mano. Está dentro de la habitación.

Antes de levantarse le da un beso en los labios. Clara sonrío.

—Ahora vuelvo.

Mientras espera, destapa la cama y se mete dentro, le ha dado un poco de frío. Se pone a pensar, ¿qué hacer ahora? Llegados a este punto... no termina sus reflexiones, Héctor sale del baño y se mete en la cama. Como ella no ha dejado de observarle, pregunta sonriendo:

—¿Qué?

—Estás buenísimo, aunque supongo que eso ya lo sabías.

Ahora Héctor es como un niño pequeño al que le han dado lo que quería. Su sonrisa le ilumina la cara. Está totalmente relajado.

—¿Quieres quedarte? —le suelta entonces Clara.

—¿Quieres que me quede?

—Contestas una pregunta con otra pregunta, eso no vale. ¿Quieres algo de comer o de beber?

Héctor niega con la cabeza. Entonces sin dejar de mirarla habla:

—Seguro que tienes reglas para que me quede o algo de ese estilo ¿no?

Clara medita la respuesta, no sabe si decirle la verdad.

Toma la decisión de arriesgarse, no le quiere ocultar nada a Héctor.

—En realidad... solo tengo una regla, pero hace un rato que la hemos roto.

—¿Y es?

—No traer tíos a casa. Es la primera vez que lo hago, no sé muy bien qué hacer ahora.

Héctor la mira sorprendido, eso no se lo esperaba.

—Me siento halagado, aunque...

—No quiere decir que tengamos que casarnos ni nada de eso —le interrumpe Clara.

Él sonríe.

—Lo que iba a decir es que quiero quedarme.

Ahora parece que duda si Clara aceptará o no, pero ella asiente con la cabeza y se acerca a él, que levanta el brazo para que pueda acoplarse. Lo hace y descansa la cabeza sobre su pecho. Se besan lentamente.

—Nada de boda —dice Héctor al separarse.

Ambos se ríen. Al cabo de unos segundos se duermen, ha sido un día largo.

CAPÍTULO 8

Suena el despertador. Clara protesta, aunque enseguida se da cuenta que no está sola, Héctor la está abrazando. Los detalles de la noche anterior vuelven a ella y hacen que sonría. Héctor le habla cerca del oído.

—Es temprano. No tenemos reunión hasta las nueve.

—He quedado con Estefanía a las ocho, tengo que repasar la documentación.

Héctor protesta pero se acerca a ella, besándola en la nuca. A Clara se le eriza la piel.

Sigue besándola. Su mano empieza a acariciar su pecho y ella jadea.

—No quiero salir de aquí —dice Clara.

—Eso puedo arreglarlo —le contesta un Héctor divertido.

Ahora le besa el hombro mientras se acerca aún más a ella. Puede notar todo su cuerpo.

Clara se deja llevar y ambos se funden de nuevo en la pasión.

—Creo que ya estás lista para empezar el día. Venga, que seguro que hoy tienes una mañana muy interesante.

Clara se ríe mientras le da un beso en la mejilla.

—Espero que no tengas que arrepentirte —le habla de nuevo Héctor.

—¿De ir a ver a mi jefe capullo? —contesta ella.

Ahora es Héctor el que se ríe.

—No, de romper tu regla.

—Ya lo he hecho.

—¿Tan pronto?

Se ríen divertidos.

—Creo que... me voy a la ducha. —Y Clara sale corriendo al baño, no quiere pensarlo, si no, no se levantará de la cama.

No le apetece separarse de su lado. Le parece una sensación agradable pero extraña a la vez. Piensa que no le pasaba desde... decide dejarlo ahí, no quiere recordar eso y menos en ese momento.

Clara se ducha y, cuando sale, Héctor no está en la habitación. No ve su ropa y ha colocado encima de la cama la suya.

Una vez en el salón, Clara lo ve sentado en uno de los taburetes de la cocina,

habla por teléfono. Se acerca y él cuelga. Su piso es pequeño, con un salón abierto y unido al comedor y a la cocina, con una encimera que separa los espacios.

—No tienes café.

—Lo siento, no tomo y no esperaba visita.

—¿Qué desayunas?

—Tengo que hacer la compra, ando liada últimamente. —Clara le contesta intuyendo que ya ha mirado y visto que no tiene nada de comida.

Añade:

—Tengo que irme, Héctor.

—Bajo contigo. Aunque... no tienes coche.

—Cogeré un taxi. ¿No quieres ducharte?

—Emilio me está esperando, me pasará por mi piso.

—¿Vives en un piso?

—Sí, ¿te sorprende?

—Creía que vivías en aquella casa.

—Es la de mis padres. De vez en cuando me paso por allí.

Clara asiente.

—Tengo que irme ya, no me gusta llegar tarde y necesito estudiar un poco.

—Ni que tuvieras un examen.

—¿Ah, no?

Héctor sonríe para añadir:

—No estaremos solos, Marco asistirá a la reunión.

—Esto mejora. Menos mal que...

—¿Qué?

—Que he tenido buena noche.

Él sonríe y añade:

—¿Y buena mañana?

Clara hace como que lo medita, pero sonríe.

—También.

Antes de salir del ascensor se besan.

Al llegar a la oficina ya han pasado las ocho y quince. Clara se disculpa con Estefanía, que lo tiene todo preparado.

A las nueve en punto se abre la puerta y aparecen Héctor y Marco. Clara levanta la mirada y piensa que, aunque no han hablado cómo comportarse, debe mantenerse en su sitio. Se le hace un poco rara la situación.

Él no duda y toma asiento frente a ella. Marco hace lo mismo.

—Empecemos —dice Clara.

Así están cuatro horas en un interrogatorio de tercer grado en toda regla. Le hacen un sinfín de preguntas, comparan datos y repasan las conclusiones que ha resaltado Clara. Al salir del despacho ella se encuentra de cara con Raquel.

—Hola Clara. Espero que todo haya salido bien —dice dirigiéndose a Héctor —, como no me habías informado de la hora de la reunión... —Ahora mirando a Clara.

—No tenías que estar —le contesta esta sin inmutarse.

Clara se va hacia la mesa de Estefanía y le da las gracias por todo.

—Caballeros, para cualquier cosa ya saben dónde localizarme. —Y da por terminada la reunión, por lo que sale de las oficinas.

Antes de hacerlo, ve cómo Raquel se ha abalanzado sobre Héctor. Decide no seguir mirando.

Cuando llega a su coche coge el móvil. Tiene unos cuantos emails y mensajes. Les está echando una ojeada cuando le entra uno nuevo.

Es de Héctor:

“Buen trabajo”.

“Ya me lo dijiste”.

“Sí, pero la reunión ha sido impresionante”.

“¿Dudabas de mí?”.

Al notar que tarda unos segundos en responder añade:

“No hace falta que contestes”.

“Perdona, tu jefa no me deja en paz. Menos mal que ha venido Marco, si no, no me hubiera controlado”.

“¿Eso es un cumplido?”.

“Sí, estabas tremendamente sexy hablando de ratios y cifras”.

“Tú y tu traje gris... esa mesa...”.

“Tengo otra reunión en veinte minutos”.

“Aguafiestas”.

“Ja, ja. Luego te llamo”.

Clara le pone una cara sonriente con un beso.

Mientras se mete en el coche decide que pasa de ir a trabajar. Le manda un mensaje a su jefe informándole que se toma la tarde libre. Ha estado muy ocupada y necesita desconectar. Además, piensa en la presencia de Raquel y se pone mala, menuda cara que tiene.

Clara va a hacer la compra y cuando llega a su casa la coloca y abre una botella de vino.

Le apetece cenar lasaña así es que la prepara y la mete en el horno. Se ducha y se acopla en el sofá. Le entra frío y se echa la manta por encima. Coge el libro que está leyendo para darle un empujoncito, lo tiene olvidado últimamente con tanto trabajo.

De pronto le suena el móvil. Algo desorientada, Clara mira a su alrededor y coge el teléfono.

—Hola.

—Hola, ¿estás bien?

—Me he quedado sopa en el sofá. Huele a... ¡mierda, mi lasaña! Espera que creo que se

me va a quemar. ¿Qué hora es? —Clara se levanta y abre el horno.

—Son las ocho y media.

—Creo que estaba demasiado cansada. Uf, menos mal, no ha sufrido daños mayores.

—¿Te has dormido con el horno encendido?

—Sí, menos mal que lo puse a baja temperatura.

—Clara...

—No me regañes, no me he dado cuenta. Menuda siesta.

—Se ve que alguien ha tenido mejor tarde que yo.

—¿Acabas de terminar la reunión?

—Hace un rato. Tenía trabajo.

—Espera un segundo Héctor, voy a gratinar esto.

Suelta el teléfono sobre la mesa y prepara el queso. Vuelve a meter la bandeja en el horno.

—Listo. Menuda hambre tengo, este olor...

—¿Huele bien o ha quemado?

—Huele bien, ¿quieres?

—¿Lasaña?

—Sí.

—No sé si fiarme, ¿eres buena cocinera?

—Lo tienes que decidir cuando la pruebes, mi opinión no cuenta. ¿Tardas en llegar?

—Creo que no.

Suena el timbre. Clara sonrío y cuelga el teléfono. Abre la puerta. Héctor se acerca y se besan antes de entrar.

—Huele bien, ya te diré si está buena o no. Pero por favor Clara, ten cuidado. Dormirse

con el horno encendido...

—Ya vale papá, no lo volveré a hacer.

Héctor frunce el ceño.

—Joder, es que la ducha me ha dado sueño. Anoche no dormí mucho. —
Ahora Clara sonrío, para añadir—: Ponte cómodo.

Héctor empieza por la chaqueta, deja el móvil sobre la mesa y se quita la corbata. Clara, aunque estaba sacando del horno la mencionada lasaña, le mira de reojo, sigue pareciéndole muy guapo con ese traje gris. Coge una copa de vino y le sirve.

—No sé si te gustará, no entiendo de vinos. Pero este me gusta mucho.

Héctor la mira divertido y toma la copa. Lentamente se la acerca a la nariz y la huele, mientras Clara le observa.

—Está bien, me gusta.

—Listillo. Añadido a la lista.

Héctor sonrío. Ve la copa vacía de Clara y la rellena.

—¿Bebiendo por la tarde? —Y arquea una ceja.

Ahora observa la encimera y ve la cafetera que Clara ha comprado.

—¿De compras?

—Sí, a ambas cosas. ¿Comemos aquí? —dice señalando la encimera de la cocina.

Héctor asiente.

—No pongas esa cara Héctor, por favor.

—¿Qué cara?

—La de mi madre.

—¿Tengo cara de tu madre?

—Es la cara que pone cuando viene aquí.

—No te sigo Clara, lo siento.

—Joder, pues la de que no le gusta nada de lo que ve.

Héctor se levanta.

—Eso no es cierto.

Se acerca a ella y la coge por la cintura.

—Me gusta mucho lo que veo.

La acerca a él y la besa. Al terminar, apoya su frente sobre la de Clara.

—Lo siento, no era mi intención...

—Da igual. Supongo que no es muy grande, pero para mí es más que suficiente. —Clara

baja la mirada al suelo, para añadir—: Y mío.

Se retira y pone la lasaña en dos platos. Héctor ha vuelto a sentarse en el taburete.

—¿Eso era para ti sola?

—No, esperaba visita. —Sonríe—. Cuando me da por cocinar preparo para un par de días, nunca se sabe la próxima vez que tendré ganas de nuevo.

—¿Te gusta cocinar?

—Sí, pero no siempre me apetece.

—Clara, antes no quería...

—Da igual. Me gusta mi casa y para mí está bien.

—A mí también me gusta tu casa.

—No seas pelota, de todas formas, la parte más grande es para mí. Tengo mucha hambre.

—No has desayunado.

—No he tenido tiempo.

—Pero en la reunión...

—Sí, claro, hablando y masticando. ¿Qué querías, que os salpicara con trocitos?

—Muy gráfica, Clara.

Ambos se ríen.

—Además, al salir tomé unas tapas.

—Y fuiste a comprar.

—Y cociné y dormí siesta.

—Muy completa.

Héctor coge el tenedor y prueba la lasaña. Clara espera el veredicto.

—Está muy buena. —Sonríe.

Entonces Clara hunde el tenedor en su plato y comienza a devorarla.

—El piso es tuyo. ¿Lo tienes pagado?

Clara levanta una ceja antes de responderle.

—No, tengo hipoteca, desgrava.

—Desgrava —repite Héctor.

Siguen comiendo.

—Quiero que trabajes para mí, Clara.

—No.

—¿No?

—No.

—No me esperaba una respuesta tan contundente. Sin pensártelo. No sabes lo que te voy a ofrecer.

—No quiero trabajar para ti. Además, ¿no sabes ese refrán de “donde tengas la olla no metas...”? —Héctor se ríe.

—Siempre tan directa.

—¿Quieres un poco más? —le dice Clara para cambiar de tema.

—Sí.

Le echa lo que queda.

—Gracias.

Cuando terminan se trasladan al sofá con las copas y lo que ha quedado de botella.

—Carlos es amigo de mi jefe. Fue el que me consiguió el trabajo —dice Clara antes de coger la suya y darle un sorbo—. Él tenía una asesoría laboral y quería que yo me quedara con ella. Era grande, pero yo no me había preparado para eso y acababa de salir de la universidad, primero tenía que aprender a trabajar. Además... era el fruto de su trabajo, no era para mí.

—¿Qué hizo?, ¿la vendió?

—Sí. Tiene un hijo de una relación anterior, Miguel, es de tu edad. Ni él ni Sofí la querían así es que dividió las ganancias.

—¿Qué hiciste con el dinero?, ¿te metiste en el piso?

—Nada, no lo quise. No es mi padre.

—Más cosas que añadir a mi lista.

—¿Ahora también tú tienes una lista?

—No ibas a ser la única. ¿Te gusta tu trabajo?

—Déjalo.

—¿El qué?

—No me vas a convencer. Si te he contado esto es porque a mí me gusta ganarme la vida sin depender de nadie. No quiero que me regalen nada.

Héctor asiente.

—¿Te gusta a ti tu trabajo? —pregunta Clara.

—Sí, mucho. Siempre había querido seguir con el negocio familiar y bueno, ampliarlo y mejorarlo. —Sonríe.

—Entiendo. ¿Tu padre sigue currando?

—Es miembro del consejo de administración de algunas empresas, así permanece activo.

—Es lo mejor, si se jubilan y no saben qué hacer...

—Así se mantiene ocupado. Además, siempre ha sido muy bueno y sigue siéndolo.

—¿Tu hermano?

—Nada, no hace nada. De vez en cuando mi padre lo vuelve a intentar, pero es imposible.

¿Y la tuya?

—Dice que quiere seguir estudiando, pero ni se matricula ni nada. Por no dar ni golpe no sabe qué inventarse. Pero es hermanastra, recuerda.

—¿Te llevas mal con ella?

—No, es especial, pero nos llevamos bien.

—Y tu “hermanastro”, ¿a qué se dedica?

—En realidad... no es “hermanastro”, no me toca nada. Es familia indirecta porque es el hermanastro de mi hermanastra.

Ambos se ríen.

—Estudió fuera, conoció a su mujer y se casaron. Trabaja en un estudio como perito, aunque en realidad es arquitecto. Hoy pareces el señor preguntitas. — Clara lo dice de forma traviesa— . Toda la mañana y ahora también.

Dicho esto se levanta y coge otra botella de vino. La abre y la pone sobre la mesita tras servir en las copas. Antes de sentarse le da la suya a Héctor.

—Por las preguntitas. —Y le tiende la copa para brindar.

Héctor se ríe y beben. Entonces Clara pone su copa sobre la mesa y después hace lo mismo con la de Héctor, que permanece sentado y apoyado en el sofá. Se gira hacia él y se quita la camiseta. Hace lo mismo con los pantalones que lleva. Se sienta sobre él y le besa.

La toma de la cintura y ella le rodea el cuello con sus brazos, cogiéndole del pelo.

Suena el despertador. Clara protesta. Héctor se acerca y le da un beso en la espalda. Ella vuelve a protestar y él a darle otro beso.

—Puedo estar así todo el día —dice Clara.

Héctor la rodea con el brazo y ella le besa la mano antes de darse la vuelta y

ponerse frente a él.

—¿Tiene que trabajar señor Extremera?

Él la mira meditando la respuesta, así es que Clara sigue hablando:

—Paso de ir al trabajo, voy a seguir durmiendo. Me gustaría que te quedaras.

Él sonrío y asiente.

—Necesito hacer unas llamadas, pero... luego, más tarde.

Es Clara la que sonrío ahora. Le da un beso en los labios y luego en la barbilla, en la mejilla, le busca la oreja...

—Clara... —dice Héctor en un susurro.

—Un poco tarde para desayunar, Clara.

—¿No tienes hambre?

—Sí, pero podíamos...

—¿Irnos a algún sitio el finde?

—Si es lo que quieres, sé el lugar perfecto.

—No tengo ganas de pensar, soy toda tuya —dice ella mientras deja las tostadas encima de la mesa, junto con el café.

—Clara...

Ambos sonrían y se dan un beso. Héctor coge el móvil y se pone a teclear. Al cabo de unos minutos habla.

—Todo listo. Ya podemos irnos. —Y se mete una tostada en la boca.

—Genial —dice Clara con mucha energía.

—Eso déjalo para cuando veas el sitio.

Clara asiente y añade:

—Pero nada de chorradas formales. No tengo ganas de nada. Solo un fin de semana tranquilo y para nosotros.

Héctor asiente.

—Asiente mejor porque no me has convencido.

Él sonrío.

—Lo he entendido y me ha gustado eso de “para nosotros”, suena muy bien.

Clara prepara una bolsa de viaje y, cuando sale al salón, Héctor no está.

—¿Héctor? —pregunta.

Entonces él sale de su despacho, la segunda habitación del piso.

—¿Cotilleando?

—Informándome. —Y sonrío para añadir—: Lees mucho.

—Bueno, que tenga libros no quiere decir que lea, aunque... sí, me gusta leer. Estoy lista.

Llaman a la puerta.

—Es Emilio, me trae ropa.

Cuando Héctor está también preparado, bajan y cogen el coche que Emilio les ha dejado en la puerta. Clara piensa que el tal Emilio es algo más que su chofer, es como su hombre para todo y muy eficiente.

Están en el coche cuando a Clara le suena el móvil. Es su padre.

—Hola, papá.

—Hola, cariño. Te llamo para recordarte la comida del domingo.

—Lo había olvidado, estoy saliendo para pasar el fin de semana fuera.

—Bueno no importa, a ver cuándo podemos volver a quedar. Además, tampoco era importante.

Clara nota la decepción en la voz de su padre.

—Está bien papá, joder lo siento, he tenido unos días muy intensos y se me había pasado.

—Te he dicho muchas veces que trabajas demasiado. Pero no te preocupes, lo dejamos para otro día.

Clara sonríe, su padre ni se imagina que todo no ha sido trabajo.

—Ni se te ocurra cambiarlo, el domingo donde siempre y... seremos dos. Adiós, papá.

Clara cuelga sin dejar ni siquiera que su padre se despida. Le ha soltado la bomba y no quería que le hiciera preguntas. Además, lo que de verdad le importa es lo que dirá Héctor, así es que permanece callada con el móvil en la mano y mirando por la ventanilla.

—¿Todo bien? —le pregunta Héctor.

—Sí.

¿Cómo le he podido decir que seremos dos?, piensa Clara, que no aparta la mirada de la carretera. Se dice que no está preparada para eso, es una locura.

—Cambio de planes, Héctor. El domingo comemos con mi padre y su novia.

No ha apartado la vista de la ventana, aunque nota que él la mira de reojo y permanece callado.

—Es opcional, aunque... Da igual joder, le voy a llamar y decirle que lo dejamos para otro día.

Clara va a darle a rellamada, cuando Héctor estira el brazo y lo pone sobre el móvil y su mano.

—Está bien Clara, iremos si es lo que quieres.

—Sé que es un coñazo pero... verás, mi padre por fin se ha decidido a dar el siguiente paso con ella. Se llama Esperanza y son amigos desde siempre. Cuando mis padres se separaron le ayudó mucho, sobre todo con las cosas de la casa y conmigo. Es algo así como mi tía. Creo que mi padre tenía miedo por el hecho de que su primer matrimonio fracasara, pero ella se lo merece, ha estado siempre pendiente de él, lo ha cuidado durante todo este tiempo. Me gusta la idea, no quería que se quedara solo. Esa mujer tiene una paciencia infinita, yo hace mucho que lo hubiera mandado a la mierda.

—Si es tan importante y prefieres que no vaya a la comida... lo entiendo.

—Mis dudas son otras.

—¿Dudas?

Ahora Clara se ha vuelto y mira a Héctor que la observa de reojo, pues no puede dejar de

fijarse en la carretera.

—No quiero que te asustes o algo así. Ya conoces a mi madre y a su séquito. Ahora a mi padre...

—Entiendo, pero tú también conoces a mis padres y a mi hermano. —Héctor sonríe.

—Eso es verdad. Si te arrepientes de aquí al domingo me lo dices, por favor.

—Vale, aunque ya le has dicho que irás acompañada.

—Cierto, pero esperará a otra persona.

Ahora sí que Héctor mira a Clara durante unos segundos para después volver a fijar la mirada en la carretera.

—No pongas esa cara. Lo más seguro es que crea que voy a ir con Lorenzo, mi mejor amigo.

—Me encantan los mejores amigos —dice Héctor algo molesto.

—Deja que luego te cuente más despacio.

—Tenemos tiempo, queda un rato para llegar.

—Está bien. Hace años conocí a Lorenzo y se convirtió en mi amigo. También es mi vecino, justo el del piso de al lado. Nos lo compramos a la vez, fue muy divertido. Ahora está en Londres o en algún lugar cercano. Conoció a un tío hace un tiempo y...

—¿Un tío? —dice Héctor interrumpiéndola.

—Sí, un tío. Llevaban unos meses saliendo y todo les iba muy bien cuando a su novio le trasladaron en el trabajo. Le pidió que se fuera con él y Lorenzo, que es muy especial, ya lo conocerás, bueno o no si no vuelve, tenía que decidir irse o quedarse.

—Y se fue.

—Exacto. Me costó sudor y lágrimas convencerle, pero finalmente lo conseguí.

—¿Tú le convenciste?

—Sí. No quería soportarlo después de unos años y que se hubiera arrepentido por no haberlo acompañado. Tendría que aguantarlo yo, ni hablar. Era el momento de liarse la manta a la cabeza y arriesgarse.

—¿Eres de esas?

—¿De esas?

—Sí, de las que se lanzan sin importar nada más.

—No, no creo que sea así.

—Pues ahora sí que no lo entiendo.

—No tienes que entenderlo, o mejor, no tienes que entenderme del todo, puede que no te guste como soy.

Dicho esto, Clara vuelve a mirar por la ventana del coche. No quiere seguir hablando, el cariz que ha tomado la conversación no le gusta y además, recordar a Lorenzo le pone

triste, no sabe nada de él desde hace tiempo. ¿Qué coño estoy haciendo?, piensa. Rompió la primera regla llevando a Héctor a su casa y ahora está a punto de romper la segunda, bueno la consecuencia de la primera. Si no lleva tíos a casa, no hay tíos que presentar a su familia. El domingo...

—Ya falta poco —dice Héctor como para romper el silencio que se ha instalado en el coche.

Clara asiente.

Cuando Héctor aparca el coche y se bajan, este coge las bolsas del maletero.

—¡Guau! Menudo sitio. Esto es una pasada —dice Clara.

Mira a su alrededor y le gusta todo lo que ve. Es un hotel no muy grande y algo perdido de la carretera principal. Está en lo alto de un acantilado. Se pone la chaqueta y sonrío.

—Sabía que te iba a gustar —dice Héctor.

—Listillo, ah eso ya estaba en la lista. —Se ríen.

Ambos se acercan a la puerta y entran. Clara no pierde detalle del sitio. En ese momento, un chico del hotel le coge a Héctor las bolsas. En la recepción le dicen dónde subirlas.

—Encantado de volver a tenerlo con nosotros, señor Extremera.

Héctor le ha puesto la mano en la espalda a Clara y ambos se acercan al mostrador de recepción. Ella tiene arqueada una ceja, no le ha gustado eso de

“volver a tenerlo”. Se pregunta con quién habrá estado antes en el hotel. Héctor que la observa de reojo le pregunta cerca del oído:

—¿Todo bien?

Ella asiente, aunque mantiene la ceja arqueada.

—¿Han tenido buen viaje? —les pregunta el recepcionista mientras que le tiende a Héctor la llave de la habitación.

—Sí, muy agradable.

—Todo está preparado. Espero que tengan muy buena estancia.

—Gracias.

Ahora se dirigen al ascensor, es transparente. Aunque desde fuera podía hacer pensar que era un hotel algo rural, por dentro está totalmente reformado y muy moderno. Hay tres plantas. Su habitación está en la última. Cuando salen solo hay dos puertas. Héctor se acerca a la que ya está abierta y entran. Clara no deja de mirarlo todo y al entrar se le ha quedado la boca abierta.

—¿Te gusta? —le pregunta Héctor con una sonrisa.

—Es espectacular.

Una habitación muy amplia a modo de salón. Parece un apartamento en sí, con su chimenea presidiéndola. Mira a un lado donde se ven unos balcones y junto a ellos una

puerta.

—El dormitorio —le dice Héctor que ha seguido su mirada.

La puerta se abre y es el muchacho que ha subido las bolsas, las ha dejado en la habitación. Clara sonríe, pues espera que no las haya deshecho y colocado la ropa en el armario.

—Espero que tengan buena estancia.

—Gracias —contesta Héctor mientras que le da una propina.

—Me siento un poco... desconcertada —dice Clara acercándose a los balcones.

—¿Por qué? —le pregunta Héctor que la sigue.

—El sitio es... no tengo palabras y además... tengo celos, por las veces que has venido aquí y... joder, ¿todo esto lo estoy diciendo en voz alta?

Sale a ver las vistas y de nuevo se le abre la boca.

Héctor se acerca a ella y se pone a su lado. La roza levemente y observa a Clara que no aparta su mirada del paisaje.

—¿Qué coño estoy haciendo?

—¿Por qué dices eso, Clara?

Ella no contesta. Abre la puerta de la habitación y entra. Se queda muy quieta, las vistas desde allí son aún mejores. Se ve toda la bahía.

—Es... —Clara no tiene palabras para describirlo.

—Sí, me encanta —dice Héctor que ahora se acerca, poniéndose junto a ella.

Vuelve a hablar:

—Siempre he venido solo, de verdad Clara. Es un lugar para desconectar del mundo.

Ella sonrío y le mira.

—No sé por qué me he sentido así, yo...

Héctor la coge de la cintura y la atrae hacia él. La besa y Clara sonrío de nuevo, contagiándose a él, que añade:

—Vamos a comer. Hay un restaurante abajo en la playa que te va a encantar.

Clara asiente y vuelve a besarle.

—Gracias.

El hotel tiene una salida directa a la playa por la parte baja. Es un trayecto corto el que tienen que andar, pero Clara decide quitarse las zapatillas para hacerlo. Héctor la observa cuando ella le guiña y le dice:

—Me encanta andar por la arena. —Entonces Héctor la imita y se los quita.

Cogen los zapatos y empiezan a andar. Están muy juntos cuando él la coge de la mano.

Clara las mira de reojo, es una sensación tan agradable... piensa mientras camina.

Al llegar al restaurante el dueño los recibe.

—Buenas tardes señor Extremera, su mesa ya está preparada. —Y les hace una señal para que entren.

Héctor suelta la mano de Clara y esta protesta con un ruido muy bajito, pero que le hace sonreír. Piensa en lo divertida y espontánea que es, nada a lo que él esté acostumbrado. Le gusta.

—No me acordaba de los zapatos, ¿es posible comer fuera? —suelta Clara.

El metro la mira sorprendido y después pasa a Héctor, como esperando su decisión.

—Sí, es buena idea, ¿es posible?

—Claro, un momentito que la preparamos.

—Gracias —dice ella antes de que se vaya.

Héctor se vuelve a mirarla y Clara encoge los hombros a modo de disculpa.

—No tengo ganas de ponerme los zapatos.

Él sonrío.

Cuando tienen la mesa lista, se sientan. Clara no espera a que la ayuden a hacerlo, esto de los buenos modales no va con ella. El camarero se ha quedado un poco sin saber qué hacer, pero le da igual y mira a su alrededor, dejando los zapatos bajo la mesa. Antes de que pidan les traen una botella de vino blanco.

—¿Prefieres tinto, Clara?

—No, blanco está bien.

—¿Qué te apetece comer?

—Te dejo que vuelvas a elegir, pero no te acostumbres. —Sonrío.

No tiene ganas de ponerse a mirar la carta.

—Está bien, sin que sirva entonces de precedente —le contesta Héctor suspicaz.

Como le han servido una copa, se pone a probar el vino mientras que mira hacia la playa.

El restaurante está en el extremo contrario del hotel, ambos la flanquean dejando una cala muy particular. Es muy pequeña y seguro que exclusiva de ambos. Clara piensa que no puede pedir más, en la playa, buen vino, los pies en la arena y... por supuesto, Héctor.

Sonrío.

—¿Qué? —dice él que no sabe por qué sonrío Clara.

—Nada. Es un sitio cojonudo.

—No podrías expresarlo mejor. —Y ambos rompen a reír.

—Gracias por traerme aquí, Héctor.

—La comida, buenísima. Además...

—¿Sí? —le pregunta Héctor.

—Has pedido la cantidad correcta. Yo para eso soy un desastre, siempre pido de más.

Aunque falta una cosa.

—Está pedida. —Y sonrío mientras hace una señal al camarero que le lleva tarta de chocolate.

A él le dejan un café con leche.

—Salvado. —Ahora es Clara la que sonrío.

—¿Quieres algo más?

—No gracias, estoy llenísima. Creo que el paseo de vuelta me va a venir bien.

Al empezar a andar hacia el hotel, Clara se remanga los vaqueros.

—Vamos, anímate Héctor.

Este la imita y la sigue, ella se ha acercado a la orilla.

—¡Joder qué fresquita! —Se ríen.

—Creo que deberías contarme algo de ti.

—¿De mí? —dice Héctor algo confuso.

—Sí, no sé, como de que necesitas desconectar para venirte aquí.

—El trabajo puede ser muy absorbente. Además... está lo de la vida social.

—¿Vida social? Suena a una agenda muy apretada.

—La tengo, aunque siempre que puedo evito actos en los que no estoy interesado.

—¿Eso pasa mucho?

—Más de lo que crees.

—Entiendo. ¿Vas a algunos que no quieras ir?

Héctor mueve afirmativamente la cabeza.

—Menuda mierda. —Sonríe para añadir—: ¿Nos sentamos un rato?

—¿Aquí en la arena? —pregunta él de pronto.

—Si quieres llamamos a alguien para que le traiga al señorito con la agenda llena una tumbona.

Héctor parece ofendido, aunque de pronto mira a Clara con cara traviesa.

—No me gusta esa cara...

—Te lo has ganado “señorita”.

Clara se pone a correr y él la persigue. Cuando no han corrido más que unos metros ella se vuelve, manteniendo las distancias.

—No te acerques o lo lamentarás —dice en tono amenazante aunque juguetón.

—¿Es una amenaza? —le desafía él.

—Sí, en toda regla.

Entonces Héctor empieza a acercarse y ella le salpica de agua. Parece sorprendido, aunque se recupera rápidamente y la coge en brazos, poniéndola al hombro como si fuera un saco de patatas.

—Te has pasado, creo que necesitas un baño.

—¡No! ¡Bájame, Héctor!

Clara se pone a patalear e intentar escapar de su abrazo.

—No sigas Clara, no tienes suficiente fuerza. —Y se ríe.

Héctor se mete hasta las rodillas y parece que se prepara para lanzarla.

—¡No, Héctor por favor! ¡Está muy fría!

—¿No te gustaba el agua? Además, haberlo pensado antes.

Se dispone a lanzarla cuando en el último momento para y la coge en brazos, apretándola contra su pecho. Clara suspira aliviada, aunque está un poco mojada de los salpicones.

Ella pone su mano en la cara de Héctor y le sonrío. Antes de besarlo le mueve con la mano el pelo, tenía unas gotas de agua en las puntas.

—Estás loca, Clara.

—Nada, a la lista que tienes de mí. —Y sonrío.

Se vuelven a besar.

—Creo que ya puedes dejarme en el suelo.

—Cierto, aunque me estoy pensando seriamente en tirarte al agua. —Pone una sonrisa traviesa.

—Te arrepentirías al instante, podría coger una pulmonía y sería por tu culpa.

Héctor se pone serio de pronto.

—No habías pensado en eso, ¿no? Bueno, para ser casi finales de abril no hace mucho frío.

Héctor deja a Clara en el suelo y coge el móvil. Ella ve que escribe algo, aunque no dice nada.

—¿Todo bien?

—Sí, sigamos. —Y la coge de la mano.

Clara sonríe de nuevo.

Al cabo de unos minutos aparece Emilio con toallas. Clara le pega un golpecito a Héctor en el pecho.

—¡Eh! —protesta él.

—Gracias, Emilio —le dicen ambos casi a la vez.

Cuando ya no puede oírles, Clara se vuelve hacia Héctor y le dice:

—¿Y las tumbonas?

Lo ha dicho tan seria que él evalúa si es de verdad lo que le acaba de preguntar. Clara se ríe y añade:

—Eres imposible.

Ahora es Héctor el que se ríe.

—Nada, a la lista que tienes de mí.

Se secan un poco y deciden sentarse. Están uno junto al otro y ella posa su cabeza en el hombro de Héctor, que le besa en la frente.

—¿Tienes frío? —le dice él.

—No. Estoy... no se me ocurre un sitio mejor donde estar.

—Tenemos que volver a la playa —dice Clara al traspasar la puerta del hotel.

Héctor la mira sin decir nada, aunque puede leerse en su rostro la pregunta no formulada.

—Es que me he dejado las zapatillas.

—Te compraré otras.

—Me gustan las mías y están nuevas. Además no tardo, ve subiendo si quieres.

Héctor la coge de la cintura y niega con la cabeza, mientras saca el móvil.

—De verdad que eres imposible —dice Clara.

Una vez en la habitación del hotel, Clara le coge la toalla a Héctor y abre la puerta del baño de la habitación.

—¡Coño!

—¿Todo bien, Clara? —Héctor asoma la cabeza detrás de ella.

—¡Joder! ¡Qué pasada! Está de puta madre.

—Me habías asustado. ¿Te gusta?

Ahora le habla muy cerca, Clara puede notar su aliento en la nuca. Sonríe.

Hay una enorme bañera con jacuzzi y un ventanal que ocupa toda la pared. Clara piensa que estar allí metida debe ser maravilloso, observando el mar y toda la playa donde hace un momento han estado.

—Me encanta. Desde aquí creo que veo mis zapatillas.

Héctor se acerca un poco más y la abraza.

—No te preocupes por tus zapatillas. —Y le da un beso en la nuca.

Entonces ella se gira, poniendo sus labios en los de él.

—¿De qué hablábamos? —Héctor sonríe.

Empiezan a besarse. Clara lleva sus manos al cuello de él, que pone las suyas en su cintura, atrayéndola hacia sí.

—Clara... —dice en un susurro.

Ella se para a mirarle y justo cuando va a hablar, le da un beso rápido en la boca evitando que articule palabra. Así varias veces hasta que él la separa suavemente antes del siguiente beso. Clara emite un sonido de disgusto.

—¿Me has gruñido?

—¿Y tú no quieres mis besos?

—Me gustan mucho tus besos señorita y no, no he olvidado el primero.

Ambos se miran y sonríen. Ella no dice nada. La mención al primer beso y al hecho de que le gusten sus besos le hace recordar el incidente con el fotógrafo. Héctor la coge en brazos.

—Solo quería preguntarte si te apetecía un baño.

—Creo que ahora mismo lo que me apetece es... —Es ahora Héctor el que la interrumpe

con un beso.

Clara no puede seguir hablando ni pensar en nada. Se están besando apasionadamente.

Héctor apoya su frente sobre la de ella, que abre los ojos. Él le sonrío. Empiezan a andar para entrar en el cuarto, tropezando con la puerta, se ríen, aunque no dejan de besarse.

Ahora, mientras llegan a la cama, él empieza a quitarle la camiseta. Están casi sin aliento, no dejan de buscar la boca del otro, como si necesitaran cada beso para seguir respirando.

Ella empieza a desabrocharle los vaqueros, él sonrío. Cuando lo ha conseguido le empuja, aunque no consigue moverlo de su sitio. Héctor niega con la cabeza y la levanta, poniéndola a su altura. Clara se abraza con las piernas a su cintura.

Exhaustos se quedan dormidos abrazados.

CAPÍTULO 9

La luz del amanecer despierta a Clara. Se sorprende al verse rodeada de los brazos de Héctor, ella está acurrucada en su pecho. Aspira su olor, siente su calor. Sonríe. Le gusta.

Se siente feliz y tranquila, hacía mucho tiempo que no se sentía así con un hombre, mucho tiempo.

Lleva un buen rato despierta, así es que decide moverse un poco hasta que consigue separarse de Héctor. Se levanta y se pega al cristal. Las vistas son casi mejores que las del atardecer, piensa mientras observa el vaivén de las olas. Desde la habitación solo se ve la inmensidad azul del mar y la espuma que se forma. Aspira en un acto reflejo de intentar olerlo, pero todo está cerrado. Nota un movimiento a su espalda. Héctor se ha despertado y la mira, ella sonríe.

—Ven.

Clara vuelve a la cama y él la abraza. En silencio ven cómo el sol se alza en el horizonte.

Clara se vuelve hacia Héctor y le habla.

—Tengo un hambre de co... —Él no la deja terminar, le ha plantado un beso en la boca

que ha hecho que Clara pierda la respiración.

Sonríen. Él le acaricia el pelo y le besa en la frente.

—Vamos a desayunar, anda —le dice.

Cuando salen de la habitación ambos llevan los albornoces blancos del hotel. Sobre la mesa tienen una variedad de alimentos para tomar. Fruta, tostadas, donuts... incluso una cafetera con café recién hecho.

—¡Ummm! —dice Clara cogiendo un donut de chocolate.

Héctor sonrío y se prepara una taza de café. Ella está con su segundo donut, cuando él le pregunta:

—¿Qué te apetece hacer hoy?

—Nada —responde ella con una sonrisa.

—¿Nada?

—Relax —lo dice mientras coge el mando de la tele y se tumba en el sofá.

Héctor la mira divertido y coge su móvil. Ahora Clara ve sus zapatillas en el suelo.

—Gracias —dice señalándolas.

Él la mira y mueve la cabeza.

—Creo que deberías venir a que te dé las gracias personalmente —le dice Clara desatando su albornoz y abriéndoselo para que él pueda verla.

—En realidad las ha traído Emilio —aunque lo dice levantándose y yendo hacia ella.

Héctor se queda de pie mirando el cuerpo desnudo de Clara para después echarse sobre ella. Le pone sus manos a ambos lados de la cara y le dice en el oído y en un tono muy juguetón:

—¿Seguro que no quieres hacer nada?

Ella sonrío y lleva sus manos a su cintura, tirando del cordón del albornoz de él.

—Nada que no sea... —Y empieza a besarle el cuello.

Héctor sigue sobre Clara en el sofá cuando pegan a la puerta.

—Señor Extremera —dice Emilio mientras abre la puerta.

Clara se ha quedado muy quieta, en cambio Héctor levanta la cabeza para ver al recién llegado.

—Emilio, no es un buen momento —le dice, aunque Clara no opina lo mismo y le susurra al oído:

—Creo que es un gran momento. —Lo que provoca la risa de Héctor.

—Lo siento señor, la reserva del restaurante ya está hecha y...

—Está bien Emilio, dame cinco minutos.

Esto hace que su ayudante cierre de nuevo la puerta de la habitación.

—¿Solo cinco minutos? —protesta Clara.

No le contesta, se ha concentrado de nuevo en su cuerpo desnudo y aferra entre sus dientes el pezón de uno de sus pechos.

—No me apetece moverme pero tengo que hablar con Emilio. Si quieres dúchate mientras, Clara.

—¿Me hace falta una ducha? ¿Tan mal huelo? —le contesta esta un poco alarmada.

Intenta tirar de su albornoz para levantarse, pero el cuerpo de Héctor se lo impide. Él suelta una carcajada.

—No hace falta que te duches si no quieres.

La mira directamente a los ojos y la besa dulcemente en los labios. Ella suspira.

—No seas tonta, hueles muy bien.

Le tira un pequeño mordisco en el cuello para añadir:

—Sabes muy bien.

Clara sonríe y le coge el culo a Héctor con las dos manos.

—Anda guapo levanta, o no s e qu e es lo que har e contigo.

Ambos sonríen.

— No pensarás ir así? —le dice Héctor divertido.

— Alg n problema? —Clara se repasa con la mirada para añadir—:  No te gusta mi camiseta?

 l termina de salir de la ducha y se acerca a ella.

—Tienes a un tío medio en pelotas en ella y no soy yo.

— Quieres que me haga una con tu foto así? —Y le pone una medio sonrisa traviesa.

— La llevarías?

—Eh, creo que... No, pensándolo bien no la llevaría. No te quiero compartir.

Héctor sonríe.

—Pero es sábado y te pedí un fin de semana informal,  es demasiado informal mi camiseta?

Héctor hace una mueca y la mira a los ojos.

—Lástima que no haya traído la mía de play boy.

Clara le mira y sonríe.

—Entendido, pero en realidad...

— S ? —le corta Héctor.

—A mí no me importa que te la pusieras, pero no te imagino con ella, la verdad.

—Ni yo. La tuya en cambio te queda bien Clara, pero ese tío...

—Vale, vale, me cambio de camiseta pero que sepas que no la voy a tirar.

Héctor sonríe ante esa pequeña victoria y le responde:

—Bueno, si la encuentras.

Clara suelta una carcajada y se vuelve al armario para buscar otra. Coge una de Popeye el Marino. Cuando la tiene puesta se vuelve para Héctor y le pregunta:

—¿Mejor?

—Sin duda. Siempre me han gustado las espinacas. —Y ambos rompen a reír.

A lo que añade:

—No me mentías con lo de tu colección de camisetas.

—Pues aún no has visto nada, chaval. —Vuelven a reírse.

Caminan por la playa cogidos de la mano hacia el restaurante del día anterior. Clara se aprieta contra Héctor.

—¿Estás bien? —le pregunta este.

—Sí, hoy hace un poco más de frío.

Héctor asiente y añade:

—¿Prefieres comer dentro?

—Lo vamos a volver loco.

Héctor sonríe.

—¡Eh! —le dice Clara golpeándole en el hombro—, no me gusta esa sonrisita tuya.

Se ríe aún más.

Al llegar al restaurante el mismo encargado los recibe y, tras saludarlos, les pregunta educadamente dónde quieren almorzar.

—Dentro, por favor —dice Clara con una leve sonrisa.

—Por supuesto, hoy la brisa es mucho más fresca que ayer —añade el encargado.

Clara se siente agradecida por el comentario, sabe que ayer le tuvo que joder bastante el que ella prefiriera comer fuera.

—Todo buenísimo —dice Clara al salir del restaurante, apretándose de nuevo contra Héctor.

—Ven aquí —le dice este haciendo que se acerque aún más; la abraza.

—¿Todo bien?

—Sí, muy bien —le contesta Clara que se ha vuelto y apoya su nariz en el cuello de él.

Le rodea la cintura sin soltarle la mano. Huele tan bien. Su olor le parece tan agradable y reconfortante, le hace sentirse segura y como si no necesitara nada más.

—Creo que has perdido el tiempo viniendo solo a este sitio. Es precioso.

—Estaba esperando a la persona adecuada para ello —le contesta Héctor, que hace que por un momento Clara pierda el compás de su respiración.

Sonríe y Héctor lo nota aun sin mirarle a la cara. Le gusta Clara y, mientras busca sus labios, solo piensa en las cosas de su mundo que puede compartir

con ella.

Una vez en la habitación, Héctor coge el móvil y se sienta en el escritorio.

—Tengo que trabajar un rato, ¿te importa? —le dice a Clara.

—No. —Va hacia él y le da un beso—. Aprovecharé para usar ese baño tan cojonudo.

Pero no tardes mucho.

Héctor sonrío y le da un beso.

Clara se mete en el cuarto de baño. Aún le sigue pareciendo increíble. Las vistas desde el jacuzzi son espectaculares y no puede más que sonreír. Empieza a abrir el grifo cuando nota que Héctor se ha acercado a ella.

—No vas a perder el tiempo, ¿eh?

Clara no le contesta y en su lugar empieza a quitarse la ropa.

—No seas mala, espera que me vaya.

Sonríe traviesa.

—Aquí tienes jabones, espuma de baño... para por favor, tengo que trabajar.

—¿Qué? Solo estoy preparándome.

Héctor suspira y cuando está a punto de salir, Clara se abalanza sobre él y le da un beso.

—Puedes tardar lo que necesites, va a ser un baño muy largo. —Le sonrío y Héctor aprovecha para acercarla a él y besarla fuertemente.

Sin respiración, ella le susurra:

—Bueno, tampoco te vayas a entretener mucho.

Héctor sale definitivamente del baño con una sonrisa. Clara se vuelve y vierte espuma para el baño. Se termina de quitar toda la ropa y sale al salón, donde se va directa para el mueble bar. Héctor la observa mientras abre el portátil.

—¿Necesitas algo?

Clara coge un par de botellitas y se las muestra. Héctor levanta una ceja.

—¿Un vaso con hielo?

—Estupendo —le contesta antes de volverse al baño.

Toca el agua con la mano, está muy caliente. Se sienta en el borde y cierra los ojos, aspirando por un momento el olor a vainilla de la espuma de baño. Cuando los abre, allí está Héctor de pie observándola. Agita el vaso con hielo y se lo deja en una esquina de la bañera.

—Gracias, guapo —le dice sin dejar de mirarlo.

—Unos emails y...

—Estaré bien, no te preocupes.

—Mejor que yo, seguro. —Héctor sonrío.

Justo en la puerta se para y mira a Clara.

—Esa consola es para poner música.

Ella asiente y se pone a tocar los botones antes de sumergirse completamente en el agua.

¿Podré ver la tele desde aquí?, piensa mientras que suena una música tranquila por todo el baño. Mejor no preguntar, se dice. Seguro que de la pared sale algo, solo de imaginárselo se ríe. Prueba el licor de almendras que le deja un regusto amargo en la boca, le gusta.

Al cabo de un rato el agua deja de caer del grifo de forma automática, ha llegado al tope del jacuzzi. Se acopla cómodamente y cierra los ojos. Entra en

una especie de sueño ligero.

Clara abre los ojos algo desorientada. El olor a vainilla impregna todos sus sentidos.

Parpadea un par de veces.

—Siento haberte despertado.

Clara se recupera al ver esos ojos marrones que tanto le gustan, mirándola.

—¿Has terminado? —le pregunta a Héctor que asiente.

—¿Llevas todo el tiempo dormida?

—Bueno, me he dormido, pero... no sabría decirte cuándo.

Este asiente de nuevo y se pone de rodillas junto al jacuzzi. Deja un vaso lleno en una esquina y retira el otro ya vacío.

—Gracias —le dice Clara que no ha dejado ni un momento de mirarle a los ojos.

Entonces Héctor se quita la camiseta y se acerca lentamente a su oído.

—Creo que te debo compensar por haberte dejado tanto tiempo sola.

—Tienes razón. Además, no me he encontrado nada a gusto. —Ambos sonrían.

Héctor mete la mano en el agua y la acerca a un pecho de Clara. La acaricia mientras va bajando por la barriga, las caderas. Busca sus labios sin dejar de mirar la reacción que provoca su contacto. Ella emite un gemido de placer y él llega entre sus piernas donde no se detiene.

Tumbada en la hamaca de la terraza con el albornoz, observa a Héctor encender las estufas colocadas en la misma. Se acopla junto a ella.

—¿Podemos cenar aquí?

Héctor se acerca y le besa suavemente.

—Podemos hacer lo que queramos.

Se levanta y llama al servicio de habitaciones.

A los quince minutos llaman a la puerta.

—Enseguida vuelvo.

Al cabo de unos segundos, Héctor regresa con una bandeja que pone sobre la

mesita.

—Me muero de hambre —dice Clara.

Degustan la comida y el vino mientras hablan de un sinfín de cosas.

Agotados, regresan al dormitorio.

CAPÍTULO 10

Clara respira hondo.

—¿Estás bien? —le pregunta Héctor que la mira de reajo mientras conduce.

—Sí, solo es que por fin va a presentármela formalmente.

Ella sonrío, aunque no lo suficientemente creíble como para que él no detecte que algo le preocupa. Le pone su mano sobre la suya y Clara se queda observándolas, enseguida se siente mejor, aunque... si supiera que en realidad a lo que le da vueltas es a la idea de presentarle a su padre. Seguro que si se lo dijera él tampoco estaría tan tranquilo, ¿o sí?, piensa Clara mientras mira por la ventanilla. Seguro que sí, es un tío que sabe comportarse en situaciones de todo tipo, lleva un imperio, por dios, esto no debe ser nada para él.

Cuando llegan se bajan del coche y caminan juntos. Héctor no ha apartado su mano de la espalda de Clara que no puede más que sentirse agradecida y reconfortada por ese contacto, le gusta. Antonio, el padre de Clara ya los ha visto y parece sorprendido. Clara sonrío, sabía que él se imaginaría que aparecería con Lorenzo y Héctor le ha dejado descolocado. Esperanza parece reaccionar antes y se levanta, sonrío y hace un gesto para que Antonio también lo haga.

—¡Hola, Clara! —dice Esperanza.

—Hola, Esperanza, hola papá. Por dios, ¡cierra la boca!

Todos se echan a reír, momento que aprovecha Clara para hacer las presentaciones.

—Bueno, por fin este viejo se ha decidido. Creí que nunca lo haría —dice ella mientras se sientan.

—¿Tú lo sabías cariño?

—Por favor papá, ¿crees que soy tonta?

—No, siempre he sabido que no tenías ni un pelo de tonta.

Héctor sonríe ante la escena, ha sido divertida la forma en que su padre ha reaccionado ante su presencia. Se pregunta si Clara no estará rompiendo otra de sus reglas al presentarlo a su familia. Seguro que sí.

—¿A qué te dedicas, Héctor? —dice Antonio mientras esperan la comida.

—¡Papá! —protesta Clara.

Héctor le sonríe y contesta a su padre.

—Soy director de una empresa.

—¡Qué modesto, señor Extremera! —suelta de pronto Esperanza sorprendiendo al resto.

—¿Quién? —pregunta Antonio.

—Querido, ¿de verdad no sabes quién es Héctor Extremera?

Él la mira negando con la cabeza y algo confundido, no puede creerse que ella lo conozca. También Clara y Héctor se han quedado callados y sorprendidos.

—¿Qué? —dice ella—. Sale en las revistas que leo.

Se queda callada para añadir a continuación:

—Portada de julio, creo.

—Se ve que ese número de play boy no lo he visto. ¿Sale en pelotas? —dice

Clara mirando a Esperanza.

Todos se ríen menos su padre, que de pronto se ha quedado muy serio y parece tenso.

—Esto es una broma, ¿no? —añade.

—Sí, papá. No es un estríper ni nada de eso, por lo menos que yo sepa. —Y mira de reajo a Héctor que le reprocha con la mirada.

—Sale en las revistas que yo leo, es empresario. Y, ¿qué coño de revistas lees tú, Esperanza? Me has dejado intrigada.

—Revistas de cotilleos, de esas del corazón —le contesta, tocando cariñosamente el hombro a Antonio.

Clara asiente y mira de reajo a Héctor que añade:

—Ese número era mentira. —Y cambia de tema, preguntando al padre de Clara a qué se

dedica.

—Bueno, ya estoy jubilado. Vendí mi despacho de abogado, Clara no quiso dedicarse a eso y...

—No empecemos otra vez papá, por favor.

—No, no empezaré otra vez, pero si no llega a ser por Jorge ahora tendrías tu propio despacho de abogados y muchas más oportunidades que con esa estirada de Raquel.

Clara se ha quedado callada y muy tensa, por un momento no sabe cómo reaccionar.

Decide no contestar. Esperanza le da un codazo a Antonio.

—¿Qué? —dice este molesto.

Ella le mira enfadada para después seguir con la conversación de las revistas.

—No suelo creerme lo que pone en ellas Héctor, pero salías muy guapo.

Héctor le da las gracias y mira a Clara que parpadea y sonrío. Piensa que quizás no se haya dado cuenta de lo que ha pasado con su padre, solo mencionar ese nombre...

El resto de la comida pasa sin incidentes. Para cuando han terminado con los temas de trabajo y familia, ya están en los postres. Antonio algo achispado suelta una bomba.

—¿Sabías Héctor que mi hija se escapó dos veces de casa?

—¡Papá! Ese tema es muy interesante, realmente interesante. No sé cómo puedes con este

viejo —dice algo irritada a Esperanza, la cual se ríe.

—La primera vez tenía once años y se fue porque no quería comprarle un perro. ¿Te lo puedes creer, Héctor?

El aludido sonrío y asiente. Por supuesto que se lo puede creer. Conoce desde poco a Clara, pero desde luego es una mujer que sabe lo que quiere y que es capaz de hacer todo lo que se proponga.

—¿Has tenido alguna vez un perro, Clara? —vuelve su padre a la carga.

—No, claro que no. Y no fue porque no me compraras el perro. Ninguna de tus explicaciones para no hacerlo, fueron muy convincentes.

—Ah, claro, que no es lo mismo.

—No, no lo es —le replica Clara.

—¿Y la segunda? —interviene Héctor curioso.

—Cuando empezó la facultad.

—Papá, técnicamente no me marché de casa, dije que me iba a la universidad y así lo hice

—dice Clara con una sonrisa.

—Sí, pero no mencionaste que te quedarías allí.

—No me lo preguntaste.

—T tecnicismos cariño, todo se reduce a eso, ¿no?

—Así es, todo son tecnicismos. —Y rompen a reír.

—¿Me acompañas al baño, Clara? —le pregunta Esperanza, ella asiente.

Antes de levantarse mira a Héctor y le pregunta:

—¿Estarás bien?

Ambos sonrén. Clara aprieta el hombro de Héctor antes de marcharse con Esperanza.

—Muy guapo tu novio, Clara.

—Gracias Esperanza, aunque no sé si la palabra “novio” se ajusta demasiado, pero bueno.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—En realidad no, pero estábamos pasando el fin de semana en la costa y... no quería perderme tu presentación. Por fin Esperanza, enhorabuena.

—Gracias cariño. Pero volviendo a Héctor...

—Venga, suéltalo.

Clara conoce muy bien a Esperanza, ella siempre ha estado ahí cuando la ha necesitado.

Ha sido como una constante en su vida desde que sus padres se separaron.

—Es sorprendente que lo hayas traído.

—Me apetecía hacerlo, ¿es raro, verdad?

—En ti, sí. —Y ambas se ríen.

Antes de volver a la mesa, Clara comenta en alto a Esperanza:

—Me he quedado con la curiosidad de ver la portada de la revista, la buscaré en Internet.

—No le hagas mucho caso, salía... bueno, podrías ponerte celosa.

Clara se ríe.

—No lo haré, me da un poco igual el pasado.

—Haces bien.

Cuando llegan a la mesa, ambos hombres están hablando de fútbol. Clara sonríe a Héctor, no sabe cómo, pero ha dado con el pasatiempo preferido de su padre. Siempre pensó que él hubiera preferido tener un hijo y que se dedicara al fútbol o al menos una niña a la que le gustara un poco ese deporte, cosa que no sucedió.

—Cariño, no te he preguntado por tu hermana, ¿está bien?

—No te lo vas a creer. Dice que tiene novio formal. —Clara sonríe.

—Tienes razón, no me lo creo.

—Pues dice que es el amor de su vida.

—Sí, como aquel chico... ¿cómo se llamaba? Ese que le duró una semana.

—Mira que era tonto el pobre.

—¿Lo conociste? A mí no me dio tiempo.

Ambos se parten de la risa.

—No seáis malos —les recrimina Esperanza.

—Pero es que aún hay más. Resulta que un jueves se fue con él y no daba señales de vida, así es que su madre se preocupó mucho y...

—¿Y? —pregunta Antonio muy curioso.

—Pues que el domingo yo estaba llevando al cuarteto a casa de ese chico. Imagina la cara de los padres cuando nos vieron aparecer. No me lo podía creer.

—¿Y cómo te convencieron para eso, cariño?

—Esa misma pregunta me hago yo.

Esta vez, todos se ríen.

En ningún momento Clara pierde detalle de las expresiones de Héctor, no quería meter la pata mientras contaba la historia.

—Y no sabéis lo mejor.

—¿Hay más?

—Pues que los padres del chico los invitaron a comer. Se ve que aún queda buena gente

por el mundo. —Más risas.

—Qué paciencia la suya.

—No eres madre cariño, pero... que te molesten un domingo, no sé, no sé. Dime al menos que no te quedaste a comer.

—Por supuesto que no, yo ya me había ido.

Terminan de reírse y deciden dar por concluida la reunión.

En el camino al coche, Héctor, que sigue con su mano en la espalda de Clara, le dice cerca del oído:

—Vamos a mi casa.

Clara sonrío, aunque lo ha dicho como si fuera una afirmación más que una pregunta, nota un pequeño destello de duda en su voz. Asiente sin hacer ningún comentario al respecto.

Una vez en el coche, Héctor le pregunta a Clara:

—¿Te arrepientes de que te llevaran a casa de mis padres?

—En absoluto —le responde ella de forma alegre.

—¿Entonces?

—Les he contado cómo nos conocimos sin que lo sepan, tenía ganas de hacerlo. ¿Te ha molestado? —le pregunta ahora muy seria.

—No.

—Pero querías que les dijera que eran tus padres, ¿no es así?

—Me da igual.

Pero Clara no está muy conforme, ha tardado en responder.

—¿Quién es Jorge? —le suelta Héctor y Clara se queda callada de golpe.

Vuelve la cabeza hacia su ventana.

—Luego te lo cuento, ahora no me apetece hablar de eso —dice casi en un susurro.

Héctor nota que Clara no se encuentra a gusto con el tema y decide no insistir. Aunque siente curiosidad, prefiere esperar a que ella esté preparada

para contárselo.

Cuando llegan al parking, Clara se va hacia el maletero para sacar sus cosas.

—No te preocupes, se encargará Emilio.

Ella asiente.

Mientras suben en el ascensor, Héctor no deja de mirar a Clara, no se quiere perder ni un detalle de sus expresiones, es tan...

—¿Qué? —le dice ella que lo ha pillado observándola descaradamente.

Se acerca y la besa en los labios.

El ascensor se para y cuando entran en el piso de Héctor, Clara no puede más que soltar un:

—¡Guauuuu! Joder, pero si mi casa cabe en tu salón. ¡Madre mía! ¡Menudas vistas!

Clara se ha acercado a los ventanales que hay en lugar de pared. Son panorámicos, desde el suelo al techo. Héctor va hacia las puertas que dan a una terraza y las abre.

—Ven —le dice a Clara tirando de ella hacia el exterior.

Sale y se queda mirando alrededor, hay unas vistas increíbles. Él se acerca por detrás y la abraza, poniendo su cara junto a la de ella.

—¡Es precioso! No me extraña que no te gustara mi piso, comparado con este...

—Me gusta tu piso, Clara —le dice casi en un susurro al oído, ella se estremece.

—Sí, ya.

—En serio. Es tuyo.

Entonces gira a Clara para cogerla de la cintura y besarla en los labios.

—Tengo que hacer unas llamadas, ¿estarás bien?

—Perfectamente.

Antes de dejarla sola, Héctor le dice:

—Como en tu casa.

Ella asiente aunque piensa, sí claro, como tres o cuatro veces mi casa mejor, y sonrío.

Quiere asomarse y se acerca a la barandilla de cristal que separa la terraza de la nada, aunque se lo piensa mejor, le da un poco de vértigo. Parece como si no hubiera distancia entre ella y el vacío.

Entra en el salón y cierra las puertas, hace frío. Está atardeciendo y no quiere perderse el momento, así es que se sienta en el suelo apoyándose en el lateral del sofá, bueno en realidad de uno de los sofás. El suelo del piso es increíble, madera oscura que contrasta con la claridad que entra por los ventanales. Estos ocupan toda la longitud del salón, haciéndolo parecer aún más grande. El resto del salón es blanco y hay cuadros por todas partes, lo ha podido comprobar desde que entró al piso. Es una casa muy moderna y masculina aunque sin pasarse, pues hay algún que otro detalle retro como para equilibrar el ambiente del interior. Seguro que se lo han decorado.

Allí sentada ve cómo se apaga el día y empieza la noche. Sigue siendo maravilloso contemplar el paisaje pues, aunque está céntrico, no hay muchos edificios y ninguno a la altura del ático, por lo que las vistas son diáfanas. Me encanta, piensa Clara. Se pueden ver las montañas al fondo de la ciudad, un contraste encantador.

—¿Clara?

Levanta la mano, para añadir:

—Estoy aquí.

Héctor enciende las luces del salón y se acerca a ella.

—¿Qué haces sentada en el suelo?

—Admirando las vistas. —Sonríe, aunque al mirar hacia arriba tiene que parpadear un par de veces, estaba acostumbrada a la penumbra de la estancia.

—¿Y no puedes hacerlo desde el sofá?

—Estoy bien aquí.

—¿Quieres algo de beber? ¿Necesitas alguna cosa?

—No —le contesta Clara y da unas palmaditas en el suelo para que Héctor la acompañe.

Él lo hace, acoplándose a su lado.

—Sí, es un buen sitio, nunca lo había probado. —Sonríe.

Permanecen un rato en silencio antes de que Clara decida hablar:

—Jorge fue mi novio en la universidad.

No mira a Héctor, pero nota cómo tiene su vista fija en ella.

Continúa hablando:

—Nos conocimos en una fiesta el primer año y empezamos a salir. Yo compartía piso con un par de chicas y enseguida nos hicimos muy buenas amigas. Con él todo iba muy bien, nos entendíamos perfectamente, o eso al menos era lo que yo creía. Al terminar los cuatro años de la licenciatura prácticamente vivíamos juntos. Él estaba solo en un piso, así es que poco a poco había ido trasladando mis cosas allí. Decidimos seguir estudiando al siguiente curso y nos matriculamos en el máster de auditoría, realizaríamos las prácticas en la empresa de su padre o en la de algún conocido suyo. Lo tenía todo pensado, así después podríamos trabajar juntos. No estaba muy convencida de eso y ese verano probé hacer prácticas en otra empresa, aquí. ¿Adivinas cuál?

Sonríe aunque sin mirarle, no está preparada aún para eso.

—En fin, que como eso no salió bien volví e hicimos el máster y las prácticas de auditoría, eso sí, en empresas separadas, no quería trabajar con él en la de su padre, era demasiado para mí. El caso es que cuando terminamos debíamos decidir qué hacer, aunque él ya lo tenía todo muy organizado. Vinimos a pasar unos días de vacaciones a casa de mi madre y... uno de esos días, me fui de compras con Sofí. Pasamos todo el día fuera y cuando llegamos habían organizado una fiesta sorpresa y era en mi honor. En realidad... era una fiesta de pedida. Jorge la había organizado con la ayuda de mi madre y de la suya. Allí estaban todos. No me lo podía creer. Mi familia, mis amigos, nuestros amigos, su familia...

Clara se calla de golpe para tomar aire. Transcurridos unos minutos retoma la historia.

Héctor no ha querido interrumpirla, entiende que debe ser difícil para ella contarle ese capítulo de su vida.

—Yo siempre le había dicho que no quería casarme, que no creía en el matrimonio. La separación de mis padres no fue fácil para mí y no quería atarme a nadie de ese modo. No debió de escucharme o no sé. En fin, que le dije que no, no acepté la proposición y me

marché de allí. Salí corriendo y al día siguiente me enteré de que la fiesta había sido todo un espectáculo. Las familias intentando hablar con los presentes, mi madre disculpándose con la madre de él, todo un caos. Además, al final de la noche él terminó acostándose con una de mis compañeras de piso.

Clara vuelve a quedarse callada. Sigue mirando al frente, aunque ahora tiene recogidas las piernas y se está agarrando con las manos los tobillos. Es Héctor el que esta vez decide romper el silencio creado.

—Lo siento.

—¿Por qué? —Ahora Clara se ha vuelto y le mira directamente a los ojos.

—Te hizo daño.

Ella asiente, aunque añade:

—Yo no lo siento. Pasó y punto. No me gusta hablar de ello, pero no porque me siga doliendo o que sienta algo por él. Fue un capullo, pero es pasado.

Se vuelve para mirar de nuevo al exterior.

—Fuiste muy valiente, Clara.

—¿Valiente? —Le mira ahora muy sorprendida.

—Sí, valiente. Te lo dije en público porque sabía lo que pensabas y quería forzarte a aceptar. El no hacerlo muestra que fuiste muy valiente. Te mantuviste fiel a lo que sentías y no a lo que dirían.

Clara medita la respuesta de Héctor y sonrío.

—Nunca me habían dicho que lo que hice se considerara valiente, más bien al contrario.

De hecho, mis padres no me lo perdonan, aunque la peor es mi madre. Constantemente me recuerda que lo que hice fue un error, que nadie me va a querer como él, que perdí la oportunidad de mi vida... la verdad es que lo pasé muy mal.

—Los padres a veces son así.

—Todos no. Carlos lo entendió y, junto con Miguel, fueron los que más me ayudaron.

Recogieron mis cosas y me las trajeron. Se encargaron de todo. No tuve que ir, ni volver a verle. Sin preguntas, sin reproches. Incluso me buscaron a través de un amigo de mi hermano un piso de alquiler, no quería ir a mi casa.

Héctor hace un apunte mental, agradecer a Carlos y Miguel lo que hicieron por Clara.

Además, ahora sí que le ha llamado “hermano”, seguro que inconscientemente.

Cobra sentido su principal regla de no llevarse a casa tíos, no confía en ellos. Piensa en la comida con su padre y se reafirma en su pensamiento inicial de que ha tenido que infringir otra al presentarlo. Debe haberlo pensado mucho y gustarle de verdad para que lo haya hecho. Entonces un sentimiento de agradecimiento y de orgullo se le forma en su interior, le gusta, se dice. Quiere sonreír aunque lo piensa mejor, no es el momento.

Permanecen un rato en silencio hasta que Clara se levanta.

—¿No vas a terminar de enseñarme tu piso?

Él la imita y, haciendo un gesto con la mano, hace que ella le acompañe.

Le muestra la cocina, está junto al salón. Tiene una puerta que también da a la terraza y con una pequeña mesa. Clara no se imagina a Héctor desayunando allí. Siguen por un pasillo.

—Esta es la biblioteca.

Clara entra y justo en ese momento piensa que le gusta mucho esa habitación. Está enmoquetada y con estanterías oscuras hasta el techo, repletas de libros. Repasa con la mano algunos, aunque sin pararse a leer los títulos, espera tener tiempo para hacerlo. Se ve que a él también le gusta leer. Al fondo hay un par de sillones orejeros de lectura y unos ventanales, de nuevo, panorámicos. Ya se imagina Clara cogiendo un libro para pasar un rato allí sentada.

—Me gusta mucho.

Héctor tira de ella para seguir con el tour. Avanzan por el pasillo.

—Cuarto de invitados. Cuarto de baño y...

—¿Tu habitación?

—Cuarto de invitados.

En realidad, piensa Héctor que Clara casi acierta. Es su dormitorio cuando trae visitas a casa, no le gusta que se queden en su rincón privado.

—La mía está más al fondo.

Siguen por el pasillo y hay una puerta. Al abrirla se ve una estancia enorme. Con un despacho en un lateral y un pequeño gimnasio en el otro. Clara piensa que a Héctor le gusta cuidarse, pero en casa. Se da cuenta que hay unas escaleras y una especie de loft arriba. Él, que ha seguido la mirada de Clara, añade:

—Ese sí es mi dormitorio.

Casi toda la estancia es de cristal, con ventanas por todas partes. Se ve desde distintos ángulos la ciudad. Tiene una consola junto a la entrada. Clara deduce que las persianas deben ser eléctricas. Todo con la última tecnología y muy moderno. También hay unos cuantos cuadros, aunque advierte que ninguna foto personal.

—Arriba hay otro baño. —Y entra para dirigirse a las escaleras.

—Menuda habitación —añade Clara una vez arriba, no deja de mirar a todas partes.

Hay una gran cama en el centro y todo el lateral está ocupado por puertas.

—Tu vestidor, supongo —dice señalando el lateral.

Héctor asiente.

Se acerca a una puerta y al abrirla, Clara ve que se trata del cuarto de baño.

—¡Guau! —Se le escapa nada más entrar.

—Sabía que te iba a gustar —le dice él—. Cuando vi tu cara por el baño del hotel pensé...

—Es fabuloso. No, no está nada mal tu pisito.

Héctor se acerca a Clara y la coge por la cintura, acercándola aún más a él.

—Esperaba una mayor nota señorita, no está mal no es suficiente.

—Es que aún no he probado nada —dice Clara cerca del oído de Héctor.

—Eso tendremos que remediarlo.

CAPÍTULO 11

Cuando suena el despertador, Clara protesta como de costumbre. Odia cuando suena el despertador. Héctor la abraza para decirle al oído:

—Gruñona.

Sonríen.

—Venga arriba, una nueva semana comienza.

—No entiendo cómo puedes estar tan animado, es lunes. Odio los lunes —le reprocha ella.

—¿Todos los lunes?

Héctor atrae a Clara, que le contesta:

—Creo que sí.

Clara termina de recoger sus cosas mientras Héctor la observa con una taza de café.

—En serio Clara, ¿vas a ir así a trabajar?

—Muy gracioso y sí, voy a ir así. Hoy no tengo ninguna cita, espero que no se le ocurra aparecer a ningún cliente. No tenía pensado quedarme aquí anoche, esto es lo que tengo.

—Y se mira los pies instintivamente.

Lleva los vaqueros y las zapatillas.

—Fin de semana informal.

Sonríe Héctor, para añadir:

—Venga te llevo...

—¡Es verdad! Tampoco tengo mi coche. ¡Vaya mierda!

—Te dejo en el trabajo y después te recojo para comer y coger tus cosas.

—¿Planeándome el día?

—Bueno si quieres, también puedo llamar un taxi si lo prefieres.

Clara mira a Héctor, quiere comprobar en su rostro algún indicio de lo que él quiere. Lo mismo ya se ha cansado de ella y la está despachando, piensa mientras busca algo que le indique lo contrario. Entonces Héctor que se da cuenta de que Clara no le quita la vista de encima, se levanta lentamente y recoge su taza, poniéndola en el fregadero. Se acerca, le da un beso y le dice:

—Vamos, no querrás llegar tarde.

Ella sonríe y asiente aliviada. No, no la está despachando.

Una vez en el trabajo, Clara comienza una jornada tranquila. Está revisando una

documentación que ha preparado Ana y se ponen al día.

Sobre las once, la puerta del despacho se abre y es Raquel, que al ver a Clara dice en alto:

—¡Por fin trabajando! ¿Cómo es que has venido por aquí? —Y sale hacia el despacho de su padre, cerrando fuertemente la puerta.

No ha esperado a obtener respuesta. Todas se miran, están pensando lo mismo, ha llegado con ganas de bronca. Tarda un minuto en sonarle a Clara

el teléfono interno, es su jefe.

Seguro que ya le ha calentado la cabeza, piensa mientras que contesta.

—Voy.

Se levanta y añade en alto antes de dirigirse al despacho:

—Empezamos bien la semana.

Sus tres compañeras se ríen para añadir una de ellas:

—Pues te perdiste cómo terminó.

—Qué pasa, ¿se aburre?

—Parece que sí, y Clara... paciencia.

—Uf, no tengo ninguna.

Una vez dentro del despacho, su jefe le dice:

—Siéntate por favor, Clara.

—Estoy bien de pie, gracias.

Ahora es Raquel la que toma la palabra.

—No viniste ni el jueves ni el viernes. ¿No quieres trabajar aquí?

Clara mira directamente a su jefe, eso siempre hace que Raquel se mosquee mucho.

—El jueves fue la exposición del trabajo realizado y terminamos tarde, tu hija puede decirte lo tarde que era, estaba allí. Me tomé el viernes libre, como te comenté, por las horas que había echado de más los últimos días, aunque en realidad es menos de lo que me correspondía, pero tengo trabajo.

Él asiente, lo que hace que ella se incomode más.

—A mí no me dijiste nada.

Clara no le contesta.

—Mírame cuando te hablo —le reprocha ahora Raquel.

Es la gota que colma la paciencia de Clara.

—¿Esto es realmente necesario, Arturo? Me pedisteis que realizara un trabajo, lo hice y tuve que echar horas extras para llegar a tiempo con los impuestos de nuestras empresas.

Una vez terminado me tomé un día libre.

Clara mira directamente a su jefe a los ojos para añadir:

—¿Necesitas algo más?

Raquel responde por él.

—¿Algo más? Eso es gracioso. Parece que trabajas para ti, tienes jefes, ¿sabes?

Clara sigue sin responderle, así es que continúa con el discurso.

—Es imposible hablar con ella, papá. Esto tiene que acabarse.

Clara se mueve hacia la puerta. Está claro que Arturo no quiere decir nada y ella tampoco.

Estos estallidos de su hija son cada vez más frecuentes y él parece que no tiene fuerzas para discutirle.

Raquel que sabe que Clara se va a ir y añade de nuevo:

—¿Ninguno dice nada? ¿Es que todo lo tengo que decir y hacer yo?

—Eso sí que es gracioso, creía que era yo la que lo hacía todo —dicho lo cual abandona el despacho.

Tiene claro que no va a tolerar más tonterías de la mimada de su jefa. Se sienta en su sitio y respira profundamente.

Está bebiendo un poco de agua cuando Raquel sale del despacho de su padre y pasa como un torbellino para desaparecer en el suyo, no sin antes dar un sonoro portazo. Todas miran a Clara, que se encoge de hombros. Siguen trabajando, ninguna se atreve a decir nada.

Sobre las doce vuelve a sonarle el interno a Clara, de nuevo su jefe.

—Va a ser un día muy... pero que muy largo —añade antes de ir hacia el despacho.

Tiene la sensación de estar en el colegio y que la llama el director porque le han pillado haciendo algo malo. Sonríe ante la idea.

Una vez dentro no dice nada, pero se sienta frente a su jefe.

—Clara, quiero y necesito que te lleves bien con Raquel. No me mires así, sé que...

bueno, te lo pido. No me encuentro bien en estas situaciones.

Clara asiente con la cabeza y añade:

—¿Algo más?

—Solo que...

—¿Qué Arturo?

—Nada, Clara.

—Tengo trabajo. —Y sale del despacho sin intercambiar ni una palabra más.

El chantaje emocional no le va a servir de nada, piensa Clara mientras va al servicio.

Al volver comprueba el móvil, tiene un mensaje de Héctor. No puede

recogerla para comer juntos, Emilio pasará por ella para que pueda ir a por su coche. Clara le contesta dándole las gracias. No tiene muchas ganas de escribir, sobre todo tras leer que aún sigue empeorando su lunes.

La tarde no le ha ido mejor a Clara que está recogiendo sus cosas del despacho. Decide ir a casa de Héctor. No lo tenía decidido, se había pasado las horas del almuerzo haciendo y deshaciendo la bolsa. ¿Qué debería coger? ¿Cuánta ropa? ¿Sería demasiada? ¿Qué pensaría ella si le viera a él parado con una bolsa llena de ropa en la puerta de su casa?

Estas eran unas de las mil preguntas que habían rondado su cabeza. El trabajo había conseguido que se olvidara de ellas, pero ya era hora de salir de allí y Clara había respirado hondo antes de lanzarse a por él.

Al aparcar ya no estaba tan decidida, pero de todas formas sale del coche y coge su bolsa y un traje que lleva doblado en el maletero. Vamos allá, se dice para darse ánimos.

Cuando pega, le abren pero sin hablar. Sube, le sudan las manos, está nerviosa. No sabe si se está pasando, no ha vuelto a tener noticias de Héctor.

Al entrar en el piso la recibe una mujer que se presenta:

—Buenas tardes señorita Jiménez, soy Marga, cuida del hogar del señor Extremera.

—Hola Marga, encantada. Pero llámame Clara, por favor.

—De acuerdo Clara, pase y...

—Tutéame.

—Pasa, el señor Extremera está haciendo ejercicio.

—Gracias, Marga.

Clara entra dubitativa, Marga la mira con cariño y cierra la puerta tras ella.

Se dirige a la habitación de Héctor y se queda en la puerta unos segundos,

antes de dejar la bolsa en el suelo. Está corriendo en la cinta y no parece que se haya dado cuenta de la presencia de Clara. La música está puesta, aunque ella no reconoce el grupo. Avanza y se sienta en el suelo cerca de Héctor, que ahora la mira y sonríe.

—Termino enseguida —dice él, a lo que ella contesta:

—No tengo prisa. —Sonríe.

Héctor está jadeando ante el esfuerzo. Suda y tiene la camiseta pegada al cuerpo. Clara añade:

—Disfruto con las vistas.

Héctor sonríe y en unos segundos apaga la cinta y se acerca a ella, le da un beso en los labios.

—No sabía si vendrías —dice él recuperando la respiración.

Ha visto la bolsa de Clara y está sonriendo.

—Yo tampoco. No quería...

—¿No querías venir?

—No quería venir sin que me lo dijeras.

—Te iba a mandar un mensaje, pero no pretendía agobiarte.

—¿Por qué?

—He estado liado, pero he pensado en ti y me apetecía verte.

—Yo he tenido un lunes de mierda y solo quería estar contigo.

—Bueno, pues creo que podemos hacer algo que queramos y mejore nuestro día —dice Héctor con una media sonrisa juguetona.

Clara se levanta y tira de él hacia la ducha.

—Me gusta que hayas venido.

—Y a mí.

—El miércoles tengo que irme de viaje un par de días, espero estar de vuelta para el fin de semana.

Clara asiente.

—¿Por qué has tenido un mal lunes?

Ella arruga la frente, no le apetece hablar de su trabajo.

—Tu amiga la jefa que se aburre, no para de tocarme las narices. Pero menos mal que me lo has salvado.

—Me alegro. Creo que hay algo en la nevera para cenar.

Es miércoles por la mañana y Clara y Héctor están terminando de arreglarse para salir.

—No tienes que llevarme al aeropuerto Clara, Emilio...

—Sí, ya lo sé. No lo hago por ti, así llego antes al trabajo. Ayer alguien me sacó a comer y ya no pude volver.

Héctor asiente y sonríe. Piensa en lo fácil que es pasar el tiempo con Clara. Ayer mismo la recogió para comer y cuando se dieron cuenta ya estaba atardeciendo. No recuerda la última vez que le pasó o si en realidad le ha pasado con alguna mujer antes. Él siempre tiene su trabajo como prioridad aunque con Clara todo es distinto.

—Vamos, que vas a llegar tarde —le dice ella dándole una palmadita en el trasero.

Ambos se ríen.

—Clara, puedes quedarte aquí, te lo digo de verdad.

—Lo sé Héctor, pero prefiero irme a mi casa. Tengo mis cosas y además, ¿qué voy a hacer aquí sin ti?

—Como quieras, pero podrías quedarte.

—Sí y esperarte detrás de la puerta. —Le sonrío.

Héctor la besa.

—Al final voy a llegar tarde.

Cuando Clara llega a casa es de noche, se ha entretenido en el trabajo. Una vez dentro, deshace su bolsa y se tumba en el sofá. Recibe entonces un mensaje de Héctor.

“Vaya día de reuniones. Ahora cena”.

“Yo acabo de llegar a casa. Estoy viendo la tele”.

“Qué día más largo. Te echo de menos”.

“Y yo. Bueno, así me cogerás con más ganas”.

“No lo creo”.

Clara se queda mirando las últimas palabras del mensaje de Héctor, ¿qué quiere decir?

Como no contesta él añade:

“Más ganas es imposible”.

Ahh, piensa aliviada mientras le contesta con un emoticono de cara sonriente.

“Creo que mientras tomas tu cena fantástica, me voy a dar un baño”.

Ahora es Héctor el que tarda en contestar. Al fin lo hace.

“Eres mala”.

“Con espuma. ¿Escuchas cómo suena el vino en mi copa?”.

“No sé si ahora seré capaz de concentrarme en la cena. No me apetece escucharlos hablar y encima voy a imaginarte en el baño”.

“A ver lo que vas a imaginar”.

“Mejor no te lo digo”.

“Mejor no. Bueno, espuma de vainilla, corto y cambio”.

“Je, je”.

“Besos y ánimo Héctor, tú puedes”.

CAPÍTULO 12

Sobre las doce, a Clara le suena el teléfono interno en la oficina. El jefe quiere verla.

Menuda semanita de charlas, qué querrá ahora, piensa mientras se dirige al despacho. Solo es jueves, pero se le está haciendo la semana muy larga.

Nada más entrar se da cuenta que Arturo no está solo y en ese momento repara en quién le acompaña. Casi le da un infarto. Allí está Alberto. Se queda callada, no tiene palabras, está en estado de shock. Él sonrío al ver la cara que ha puesto.

Arturo toma la iniciativa y los presenta. Clara no mueve ni un músculo. Alberto baja la mano, ante el no gesto de ella.

—Siéntate Clara, por favor. El señor Muñoz quiere contratar nuestros servicios de auditoría. Su empresa se llama Muñoz y Asociados.

Clara no le está escuchando, se ha quedado en “quiere contratar”. No puede ser que se haya enterado del trabajo que le hizo a Héctor y ahora... descarta esos pensamientos, es casualidad, solo eso.

Su jefe le sigue hablando:

—Ha pedido que realices el trabajo en su empresa.

¿Casualidad? No, no lo creo, se dice Clara. Esto no me está pasando. Mira a uno y a otro.

Alberto parece un corderito que no deja de mirarla, sonriendo muy amablemente, ni siquiera ha hablado aún. Le deja el trabajo a Arturo que insiste.

—Clara, tenemos que organizar...

—No sé de qué va todo esto —le corta Clara que ha podido hablar por fin.

Él reacciona y la mira fríamente. Sí, así lo recuerda ella, esa mirada que pone a veces...

Vuelve a hablar:

—Arturo, tendremos que ver si podemos hacer este trabajo. Tenemos mucho pendiente y... —Clara mira a su jefe y él parece entender que allí está pasando algo, no sabe qué, pero decide apoyarla.

—Bien, veámonos el lunes de nuevo Alberto. Así tenemos tiempo de organizarnos un poco y ver si le podemos atender.

Aunque quiere hablar con Clara, no está dispuesto a perder a un cliente.

—Estupendo Arturo, me parece buena idea. ¿El lunes a las diez os viene bien? —Entonces se gira y mira directamente a Clara.

Esta no le presta atención y sigue junto a la puerta, ni siquiera ha entrado por completo en el despacho. Algo en su fuero interno le dice que debe salir corriendo de allí. No quiere estar cerca de ese hombre.

—Entonces, el lunes a la diez. Gracias Clara, ya puedes volver al trabajo —añade Arturo que es consciente de la incomodidad del momento.

Clara asiente y sale disparada del despacho. Se sienta en su puesto de trabajo y nota que la miran sus compañeras, pero ninguna dice nada. Tiene la vista

fija en la pantalla de su ordenador, aunque no mueve ni un dedo. Empiezan a formársele preguntas en la cabeza.

¿Qué coño hace Alberto aquí? ¿Cómo se ha enterado del trabajo que le hice a Héctor?

Porque seguro que lo sabe, no es posible tanta casualidad. ¿Quiere que trabaje para él?

Pero si nunca hablamos de trabajo, ni siquiera sabía que tenía una empresa. Mierda. Esto no puede estar pasándome. No quiero hacerlo y no quiero volver a verlo. Es un cabrón y no voy a ceder en esto. Todo eso da vueltas en la cabeza de Clara mientras coge el móvil y se va al servicio. Entra y cierra el pestillo. Necesita respirar. Se queda delante del lavabo.

Decide ponerle un mensaje a Héctor.

“Vaya mierda de día”.

Enseguida le contesta.

“¿Estás bien?”.

“Creo que sí”.

Le suena el teléfono, es él.

—No quería molestarte, Héctor.

—No me molestas. ¿Qué te pasa?

—Llevo una semana de mierda en el trabajo, pero esta mañana la supera a todas. No sé si están probando mi paciencia, pero... no me queda mucha.

—Deberías trabajar para mí.

Ahora sale con esas, piensa Clara. Sobre todo, ahora que Alberto quiere lo mismo. ¿Qué les pasa a los tíos?

—Héctor, por favor.

—Lo siento.

—¿Estabas en medio de una reunión?

—Sí.

—Lo siento de verdad. Yo solo quería...

—No pasa nada Clara, puedes mandarme mensajes o llamarme siempre que quieras.

—Gracias. Solo es que... te echo de menos. ¿Es posible?

—Me alegra oír eso. Yo también te echo de menos, aunque no es que tenga mucho tiempo para poder hacerlo.

—Eso me hace sentir mejor, Héctor.

—Perdona, ha sonado peor de lo que quería decir.

—Te he entendido.

—Hablamos esta noche Clara y me cuentas cómo termina tu día, espero que mejore.

—Ya lo ha hecho. Un beso.

—Un beso, Clara.

Ella cuelga y sonrío. Ha sido extraña la conversación, pero tampoco quería decirle lo que había pasado. Este hombre consigue que se emocione, es leer un mensaje suyo u oír su voz y el pulso se le acelera. No esperaba hablar con él y eso le hace sonreír de nuevo, ha estado muy, pero que muy bien.

Se mira al espejo y respira profundamente un par de veces. Voy a ser capaz de salir de aquí y enfrentarme a lo que sea, se dice en alto para convencerse.

En la oficina nadie dice nada el resto del día, ni su jefe se ha atrevido a hablar con ella después de la reunión en su despacho. Se ve que le está dando tiempo a Clara para que sea ella la que hable con él.

Las chicas le han ofrecido parte de su almuerzo, ella no se ha llevado nada y no ha querido salir. No tiene hambre, aún le hierve la sangre por el encuentro con Alberto.

Todas están recogiendo cuando entra en el despacho Raquel. Se va directa para la mesa de Clara y se cruza de brazos delante de ella.

—¿Ya te vas? Tu horario... —Clara no la deja terminar.

—Revisa mi contrato y mis condiciones y luego me lo cuentas. —Y sin decir nada más ni darle tiempo a que le conteste, coge el bolso y se marcha de la oficina.

Ana ha sido rápida y la ha alcanzado en las escaleras.

—Respira hondo, Clara. No sé qué te ha pasado en el despacho del jefe, pero...

—Se han propuesto joderme la vida.

—Bueno eres muy radical, seguro que solo... bueno, joderte en el trabajo.

Ambas se ríen. Clara mira a Ana ahora de reojo, que le dice:

—Entiéndelo, la pobre se aburre.

—No es solo eso. Verás, los clientes no la quieren a ella y creo que no lo lleva nada bien.

—Ahí tienes las de perder. No creo que nunca la quieran.

Y rompen a reír.

—Vamos a tomarnos algo, Clara.

—Gracias Ana, pero sé que te están esperando en casa.

—Pueden esperar un poco, ¿sabes?

—Sí, ya, tus niñas tienen mucha paciencia.

Se vuelven a reír.

—Parece que como todos últimamente.

Asiente Clara.

Están ya abajo en el portal cuando Ana le vuelve a hablar:

—Cuenta conmigo para lo que quieras Clara, de verdad.

—Gracias Ana, de verdad.

Ambas se despiden y tiran cada una para un lado.

Clara piensa mientras se mete en su coche que casi acepta la propuesta de Ana, hace tiempo que no hablan fuera del trabajo, pero sabe que pasa mucho tiempo separada de su familia y que no lo lleva bien. Además, con todo el trabajo extra de ella la pobre ha tenido que pasar más tiempo en la oficina.

Al montarse en el coche le suena el móvil. Es Miguel.

—Hola.

—Hola, hermanita. ¿Qué tal todo?

—Bien.

—Eso no ha sonado muy convincente.

—Un mal día en el curro. ¿Y tú?

—Ahora volviendo a la normalidad. Me estoy recuperando de una conversación con Sofí.

Tu hermana me ha vuelto loco en un momento.

—Dirás tu hermana.

Ambos se ríen. Clara piensa que le hacía falta un poco de su vida normal.

—¿Qué le pasa ahora?

—Borja, o mejor dicho el hombre de su vida y ella han terminado para siempre, han cortado.

—Pues me extraña que no me haya llamado.

—Creo que...

—Miguel, suéltalo.

—Creo que va camino de tu casa.

—Bueno, gracias por avisar. Me da tiempo de mentalizarme. Es lo que me faltaba para completar un día perfecto.

—¿Estás bien, Clara?

—Sobreviviré o eso creo. Aunque sé que te pasa algo Miguel, así es que desembucha.

—Verás, es que...

—Dime.

—Puede ser que Julia esté de nuevo embarazada.

—Eso es bueno, ¿no?

—No es seguro, ya la oyes protestar, pero tenemos un retraso y...

—Entonces no me alegro aún, ni la enhorabuena ni nada.

—Es que...

—Por favor Miguel, ¿qué pasa?

—Es que últimamente no estoy muy bien en el trabajo y todo esto nos ha caído como un jarro de agua fría.

—Todo saldrá bien Miguel, ya lo verás. Si es el dinero lo que os preocupa...

—Clara, por favor.

—Es que no quiero que eso os traiga de cabeza.

—No quiero tu dinero.

—Lo sé y no te lo estaba ofreciendo.

—No seas mala, por favor. Solo estamos nerviosos.

—Pues no lo estéis y contad conmigo, sé que últimamente no os hago mucho caso...

—Lo sé, Clara. De hecho, eres a la primera que se lo cuento. Julia se lo ha dicho a su hermana, pero es que estamos muy agobiados.

—No sé por qué Miguel. Mira, no se me ocurren unos padres mejores que vosotros y si

ahora viene el niño, pues mejor.

—Tú siempre tan buena y tan positiva.

—¡Coño! Que me voy a poner a llorar.

Ambos se ríen.

—En serio, si necesitáis algo me lo decís. Por cierto, ¿cómo están mis sobrinas preferidas?

—Como siempre, no paran ni un momento. Preguntan por ti.

—A ver si me organizo que ando liada. Ya te contaré cómo me ha ido con tu hermana y

mira las noticias por si sale que la he tirado por la ventana.

Risas.

—Adiós, Clara.

—Adiós, Miguel y no os preocupéis.

Es tarde cuando Clara pone un mensaje a Héctor.

“Hola. Se acaba de ir Sofí con un problema que va a colapsar el mundo. Lo ha dejado con tu hermano”.

Espera un rato y, como no obtiene respuesta, Clara se cambia de ropa y se tumba en el sofá, está muy cansada.

Está dándole vueltas a todo lo que le ha pasado en el día cuando le suena el móvil, es Héctor.

—Hola.

—Hola, Clara. Acabo de terminar mi cena reunión y creo que no ha sido tan trascendental como la tuya.

Clara se ríe.

—Menos mal que tenía vino porque si no, me hubiera tirado por la ventana.

Ahora es Héctor el que se ríe.

—Ha sido el broche final para un maravilloso día.

—Entiendo, la tarde no ha mejorado.

—La verdad es que no.

—Por cierto, estoy intrigado, ¿qué ha hecho ahora mi hermanito?

—Creo que no le dijo guapa mirándole a los ojos o algo así.

—Venga ya.

—En realidad es que no me he enterado muy bien. A la segunda copa me he abstraído bastante. No dejaba de hablar. ¿Te he dicho que la primera me la tomé de un trago?

Ambos se ríen.

—Mañana será mejor el día, seguro.

—¿Vienes?

—Me temo que no.

—Pues seguirá siendo una mierda.

—Si pudiera evitarlo...

—No te preocupes, es solo que me gustaría estar contigo.

—Y a mí. Descansa y mañana hablamos.

—Hasta mañana. Un beso.

Clara mira el móvil en su mano y sonríe. Después se va a la cama.

CAPÍTULO 13

Por fin viernes, piensa Clara mientras se ducha.

La mañana pasa tranquila en la oficina hasta que le suena el teléfono fijo. Es María.

—No me pases la llamada.

—Dile lo que quieras, de todas formas es lo que haces.

Clara cuelga. No piensa fingir con ella, ya no. Alberto se ha empeñado en fastidiarle el fin de semana y por ahí no pasa, no quiere hablar con él.

De pronto entra Raquel y le habla:

—Vamos al despacho de mi padre. —Y tal como ha entrado sale, sin decir nada más.

Clara se levanta y suspira.

—Qué he hecho yo para merecerme esto. —Sus compañeras se ríen.

Una vez en el despacho de su jefe, este le pregunta:

—¿Te has pensado lo del trabajo con el señor Muñoz?

—Sí.

—Estupendo, sabía que...

—Sí, me lo he pensado —le corta Clara.

—¿Y?

—No lo voy a hacer.

—¡Esto es increíble! ¿Quién te crees que eres para decidir algo así? Si te digo... si te decimos que lo hagas... —Clara interrumpe su discurso.

—Creo recordar que la esclavitud se abolió hace años. Además...

—¿Qué? —Arturo le habla más calmado.

—En este trabajo no voy a ceder, no lo voy a hacer y no tengo nada más que decir.

Clara se levanta para marcharse, pero Raquel se pone en su camino.

—¿Cómo qué no lo vas a hacer y que no vas a decir nada más? Para empezar, dime por

qué no lo quieres hacer.

—No es asunto tuyo ni vuestro —dice esto último mirando a Arturo.

Quiere dejarlo bien claro.

Raquel vuelve a la carga.

—El lunes, Alberto vendrá y le diremos que haremos ese trabajo para él.

—Yo no voy a verlo el lunes y mucho menos voy a hacer ningún trabajo para él, ya lo he dicho antes. Además, no tengo que decirle nada puesto que no es mi cliente.

—Esto es el colmo. Papá...

—Espera fuera cariño, por favor.

Raquel se ha quedado de piedra, no se esperaba que su padre le dijera eso.

Se marcha no sin antes dirigirle a Clara una rápida pero asesina mirada. Esta ni se inmuta, aunque decide volver a sentarse.

—Clara, no sé qué te pasa con el señor Muñoz pero debes entender que puede ser un buen cliente y no le podemos rechazar.

—Lo entiendo, pero no quiero recordarte las últimas condiciones que tú y yo acordamos.

No voy a trabajar para ese tío y no tengo nada más que decir. Que lo haga tu hija. Y de verdad Arturo, me estoy cansando de ella, pierdo la paciencia por momentos. Si sigo trabajando aquí es por ti. No pienso dejar que me vuelva a gritar o que me amenace. Esto no tiene sentido.

Arturo asiente y suspira.

—¿No puedo hacer que cambies de opinión?

—No. Si quieres, dale largas a ese tío a ver si se aburre, pero yo no pienso hacer ningún trabajo para él. Si no quieres nada más...

—Sí Clara, necesito que intentes llevarte mejor con Raquel. Sé que está verde en esto, pero...

—¿Que está verde? No me jodas Arturo, no hace nada.

Clara decide que ya ha escuchado suficientes tonterías y se levanta, dejando a su jefe en sus reflexiones. En cuanto sale por la puerta, Raquel que estaba esperando fuera, vuelve a entrar dando un portazo.

Decide salir a desayunar. Clara coge el móvil y su bolso.

—Ahora vuelvo —dice antes de abandonar el despacho.

En la cafetería, Clara le pone un mensaje a Héctor.

“Otra mañana de mierda, aunque espero que sea la última”.

“¿Y eso?”.

“Mañana estarás conmigo”.

“Eso espero. Llegaré tarde esta noche, sobre las doce o así”.

“Mierda”.

“Esa boquita”.

Como Clara no contesta, Héctor vuelve a escribirle.

“¿Te ha molestado?”.

“No mamá, estaba pidiendo el desayuno”.

“Je, je. Es un poco tarde, ¿no?”.

“Tenía que salir de la oficina, no quería matar a nadie”.

“Estoy empezando a cabrearme con ese trabajo tuyo, deberías aceptar mi oferta. Te lo digo en serio, Clara”.

“Hay días malos en todos los trabajos”.

“Eso es cierto, pero por lo menos tu jefe sería buena gente”.

“No saldría bien, hazme caso. Podría mandarte a la mierda y no me lo perdonarías”.

“¿Eso has hecho con tu jefe?”.

“Con mi jefa, sí”.

“Tengo que entrar de nuevo a la reunión, quiero que acabe ya, si no... voy a terminar asesinando a alguien”.

“Ja, ja. Si quieres puedo ser tu sicaria, ese trabajo no me importaría hacerlo para ti”.

“No es mala idea”.

“Besos”.

“Besos”.

El resto de la mañana pasa sin interrupciones y, aunque las chicas no saben qué pasa, sí que intuyen que Clara no quiere hablar de ello y no dicen nada.

El móvil de Clara ha sonado un par de veces, pero no le ha hecho caso. Era Alberto, lo que le ha puesto de peor humor, si eso era posible. Decide llamar a la compañía telefónica para que restrinjan las llamadas entrantes de ese número. Tenía que haberlo hecho cuando empezó, piensa mientras consigue que se lo bloqueen.

Cuando llega a su casa se da una ducha y se acopla en el sofá con el mando de la tele, una cerveza y unas patatas fritas. No quiere pensar en el trabajo ni en nada. Le puso un mensaje a Héctor diciéndole que estaría en su casa, lo necesitaba.

A media tarde llama a Sofía para ver cómo sigue. Aún está hecha polvo pero se encuentra algo mejor. Seguro que mañana ni se acuerda, piensa Clara mientras se levanta a por otra cerveza. Tuvo que hacer la compra al salir del trabajo, pues últimamente tiene la casa un poco descuidada.

Le suena el móvil. Duda antes de cogerlo, pero aliviada comprueba que es Héctor el que la llama.

—Hola.

—Hola. ¿Por qué no te has ido a mi casa?

—Necesitaba pasar por aquí, como te he puesto en el mensaje. ¿Vendrás cenado o preparo algo?

—Llegaré cenado, pero con hambre de ti.

—Me gusta cómo suena eso. Ya estoy impaciente.

—¿Seguro?

—Sí, ¿por?

Clara no escucha la respuesta, han pegado a la puerta de su casa.

—Espera Héctor un momento, llaman al timbre.

Al comprobar quién es por la mirilla, la abre y sonrío.

—Tengo que dejarte Héctor, ha venido alguien muy importante a verme.

Cuelga y vuelve a sonreír. Allí parado ante ella está Héctor, que cuelga también su móvil.

Se quedan unos segundos sin decir ni hacer nada, hasta que él da un paso y se acerca a Clara, cogiéndola de la cintura. Sus cuerpos están ahora pegados.

—Por fin —dice Clara casi en un susurro.

Héctor le contesta en el mismo tono.

—Yo también te he echado de menos y eso que solo hace dos días que nos vimos.

Héctor pone su mano en la mejilla de Clara, se acerca aún más y la besa. Al separarse están sin respiración. Ella cierra la puerta. Héctor se quita el abrigo y entra en el salón.

Mira la mesita y ve el festín de patatas fritas y cerveza que Clara tiene esparcido y la mira de reojo. Ella se encoge de hombros y añade:

—¿Quieres una cerveza?

Él asiente. Abre el frigorífico y saca una. Va a dársela cuando repara en que Héctor está sacando sus cosas de los bolsillos y dejándolas sobre la mesa. Ahora se quita la corbata y hace lo mismo con ella. Clara no deja de mirarle.

—Creo que deberías seguir quitándote cosas. —Y sonrío.

Héctor la imita.

—¿No quieres poner música?

Clara rompe a reír. Él se quita la chaqueta, los gemelos... Entonces Clara se lanza sobre él.

—No puedo esperar más.

CAPÍTULO 14

—Viene a recogernos Emilio para irnos a mi casa, tengo que pasar a firmar unos papeles por la oficina y...

—Yo no voy, tengo un plan.

—¿Un plan? —le pregunta algo confuso y sorprendido Héctor.

—Te vas a tu casa y quedamos en “plan” cita. Este fin de semana elijo yo, y ponte ropa informal.

—Qué mandona te has levantado hoy.

Héctor sonrío a Clara antes de darle un fuerte beso en los labios.

—Me voy ya, no quiero llegar tarde a mi cita.

—En realidad... te recojo a las 12:45.

Héctor rompe a reír, para añadir:

—Está bien, salgo pitando de aquí.

En el coche camino a casa de Héctor, a Clara le ha sonado el móvil un par de veces, a cuál de las dos más sorprendente. La primera llamada ha sido de Ana. Su jefe quería saber si ella conocía a Alberto Muñoz y por qué Clara no quería trabajar para él. A Clara casi le da un infarto, no entiende a qué cree que está jugando Arturo. La segunda la ha dejado descolocada del todo. Era Carlos para preguntarle lo mismo. Se ve que su jefe está poniendo todas las cartas sobre la mesa en este asunto, pues lo lleva claro. No quiere saber nada más de nadie ni mucho menos del trabajo así es que apaga el móvil al darle el toque a Héctor para que baje.

Al verlo salir del portal, Clara no puede evitar mirarlo descaradamente. Lleva unos vaqueros, camiseta oscura y chaqueta de cuero. Contrólate Clara, se dice ella.

Al montarse en el coche ambos se miran y sonrían. Se dan un beso.

—Estoy nervioso por la cita, ¿dónde me vas a llevar?

—Un poco de paciencia, por favor. Estás muy guapo con la ropa informal.

Héctor sonrío satisfecho. A Clara le cuesta no mirarlo de reojo.

—Creo que es la primera vez que una chica me recoge para ir a una cita y encima sorpresa.

Clara sonrío y arranca.

—Vamos a ir al centro comercial. Comida basura, espero que te guste y luego al cine.

—¿Al cine?

—Sí, ¿te gusta, no?

—Supongo, hace años que no voy al cine. Va a ser una tarde interesante.

—¿Es que no lo son todas conmigo, Héctor?

Este sonrío y añade:

—Comida basura...

—No me lo digas, hace mucho tiempo que no la comes.

Ambos ríen.

—Si un perrito caliente se cuenta como comida basura, entonces desde...

—¿Ese perrito comida basura? No sé qué voy a hacer contigo Héctor, ¿estará todo perdido? —Y ahora sí que rompen a reír.

Cuando llegan al centro comercial y, una vez aparcado el coche, se dirigen a la zona de restauración.

—En realidad es día de comida basura, helado y palomitas.

—Me encantan las palomitas.

—Pues si te portas bien...

—¿Más? —dice Héctor cogiendo de la mano a Clara y acercándola a él.

—Palomitas y... te meteré mano viendo la película.

—La cita tiene muy buena pinta, prometo ser bueno.

Vuelven a reírse mientras se besan.

En el camino de vuelta, Héctor mira a Clara y le dice:

—Lo he pasado muy bien. Ha sido una gran cita.

—Aún no ha terminado, el plan continúa todo el finde. Para ser una auténtica cita te voy a llevar a tu casa, aunque... me quedo, bueno, si quieres.

—No te voy ni a contestar.

—Bien. No es malo hacer cosas normales, ¿no, señor Extremera?

—¿Es normal meterse mano en el cine a nuestra edad?

Ambos rompen a reír.

—La verdad es que siempre que he ido al cine a nuestra edad ha sido con Lorenzo, así es que no sé qué decirte. A Lorenzo le encanta, pero con su rollo de mantener la figura no quiere compartir palomitas.

De nuevo Clara se acuerda de su mejor amigo y de nuevo piensa en él como un capullo

que ni ha llamado ni contestado al email que le mandó.

—Parece que hace buen día, mejor.

—¿Para? —le pregunta Héctor desperezándose.

—Una nueva cita, aunque esta vez no te voy a recoger.

Ambos se ríen.

—¿Dónde tienes pensado llevarme?

—Sorpresa.

Una hora más tarde están cogiendo el coche de Clara para pasar el domingo.

—Déjame que conduzca.

—Me toca a mí llevarte, disfruta del viaje.

Clara pone música y prepara el tomtom con la ruta.

—Vamos a tardar un poco —dice Héctor que no le ha quitado ojo a los movimientos de

Clara en el coche.

—Somos domingueros. —Y sonrío.

Se encuentra de muy buen humor. Pasar el tiempo con Héctor le hace estar contenta y olvidarse del trabajo y... en la carretera, Clara se repite para no dejar divagar sus pensamientos por ahí.

Durante el viaje charlan de todo un poco, hasta que llegan a su destino.

—Es la hora perfecta para dar una vuelta y buscar un sitio para comer.

—Bonito pueblo, pero ¿no habías venido nunca?

—No, lo he buscado por Internet. Tengo info en el móvil para hacerte de guía. —Clara le guiña el ojo a Héctor que le sonrío, antes de salir ambos del coche.

Es un pueblo pequeño a un par de horas de la ciudad, de esos lugares con encanto.

Recorren lo que parece el centro y encuentran una posada que ofrece comidas, muy auténtica y peculiar. Allí degustan platos caseros típicos y se toman un chupito de un color sospechoso y que hace exclamar a Clara:

—¡Coño! Esto sabe a detergente para lavar los platos.

Héctor rompe a reír.

Salen y dan una vuelta cogidos de la mano, antes de volver.

—Interesante fin de semana —dice Héctor en el ascensor de su casa.

Clara sonrío y le contesta:

—No pongas esa cara, el finde que viene eliges tú.

Él la abraza y le parpadea mirándola fijamente.

—¡Eh! No me pongas ojitos...

Héctor rompe a reír y le susurra a Clara:

—Han sido dos citas increíbles, va a ser difícil de superar.

Ella sonrío y este le da un beso de los que a Clara parece que el corazón le deja de latir.

CAPÍTULO 15

Clara está ante su mesa de trabajo. Mira la pantalla del ordenador, aunque solo puede concentrarse en una cosa, lo que pasa en el despacho de su jefe. Allí están reunidos con Alberto. Sabe que le están dando largas, excusándose por no tener ahora tiempo para poder hacerle el trabajo, aunque le están dejando la puerta abierta y... a Clara eso no le parece buena idea. Ha decidido no trabajar para él. Raquel no lo va a hacer, aunque no tenga más remedio, es increíble. En esos pensamientos está cuando Alberto ha entrado en la oficina. Ella no se ha movido de su sitio ni ha hecho el más mínimo intento para acercarse, por lo que él, ante la incomodidad del momento, ha saludado brevemente y se ha despedido. No lo ha hecho de forma rápida, se ha tomado su tiempo, lo que ha enfurecido aún más a Clara, que piensa en lo mucho que le odia.

No se ha quedado tranquila tras la visita de Alberto, así es que decide poner

un mensaje a Héctor para ver cómo lleva la mañana. Cuando este le contesta, parece que a él tampoco le va mucho mejor, aunque quizás lo haga para animarme, piensa Clara relejendo las palabras de Héctor.

Antes de salir del trabajo, Arturo le ha recordado el seminario al que está apuntada Clara el miércoles. Mierda, piensa esta mientras baja en el ascensor, no se acordaba y además no le apetece nada.

Cuando llega al coche recapacita sobre el seminario, va a ser un día entero fuera de la oficina, así es que se anima de camino a casa de Héctor.

Una vez ha aparcado llama al portero. Es Marga quien le abre y quien la deja entrar al interior de la casa, informándole al momento:

—El señor aún no ha llegado. ¿Desea alguna cosa?

—No gracias, Marga y por favor tutéame.

Esta asiente para desaparecer después.

Clara se cambia de ropa y se pone con el ordenador en el salón, quiere revisar el horario del seminario.

Cuando Héctor llega la observa antes de acercarse.

—Hola.

—Hola, Héctor.

Cuando está junto a ella la besa. Sonríen.

—¿Trabajando en casa?

—En realidad no, estaba echando un vistazo, tengo el miércoles un curso.

—Parece interesante... no tendrías que ir a cosas de estas. Podrías decidir quién enviar en tu lugar y después que te hiciera un resumen. Otra cosa que tendrías a tu favor si aceptaras mi oferta —le dice mientras lee por encima.

—En realidad... mucho hablar de tu oferta, pero no me has hecho ninguna.

—No me dejaste.

—Tienes razón. —Sonríe colgándose de su cuello.

—No me distraigas, señorita...

—Tampoco te voy a dejar ahora.

—Bueno, cuando sea el momento me lo dices. No estás tomando nada, me cambio de ropa

y cenamos.

—¿Mucho trabajo?

—Sí, ha sido un día largo, aunque... mucho mejor ahora.

Se vuelven a besar. Héctor sonríe mientras se dirige a su habitación. Piensa que le ha gustado llegar a casa y encontrarse a Clara en el salón, tranquila y como si perteneciera a su hogar.

El miércoles, Clara tiene el seminario.

Tras el almuerzo decide irse, no tiene ganas de más charla. Se encuentra con un antiguo profesor y hablan un rato. Como es temprano va a comprar. Se presenta en la casa de Héctor con varias bolsas del supermercado y Marga la interroga con la mirada, para añadir:

—Si necesitas algo Clara, solo tienes que decírmelo.

—Gracias Marga, pero es que he salido pronto y me apetecía dar una vuelta.

—Se encoge de hombros mientras las deja en la encimera.

Se cambia de ropa y medita la expresión de Marga al verla con las bolsas, no sabe muy bien cómo interpretarla. Le pone un mensaje a Héctor diciéndole que ya está en su casa.

Este no tarda en contestar, aunque no con buenas noticias pues no sabe a qué hora volverá.

Clara coge el portátil y las bolsas y se pone en la terraza, aún da el sol.

Decide probar en la cocina a ver si Marga se ha marchado, tiene que meter unos botellines de cerveza en el frigo. No tiene suerte, allí está ella que le pregunta:

—¿Quiere alguna cosa?

—Si no te importa, una cola por favor.

—¿Light?

—Normal, gracias.

Ya equipada sale de nuevo a la terraza donde se pone con el ordenador, ha descuidado su correo personal. De nuevo se sorprende de no haber recibido ninguno de Lorenzo. Abre una de las bolsas y saca un paquete de patatas fritas, le encantan.

Le entra un poco de frío, ya se ha ido el sol y refresca bastante. Se mete dentro de la casa y no encuentra dónde ponerse. Aunque es muy cómoda, cuando está sola no sabe muy bien

qué hacer. No es su casa y se siente algo insegura con Marga por allí. Va al frigorífico y esta vez coge ella misma una de las cervezas que había puesto a enfriar. Hace calor dentro, debe estar la calefacción puesta. Se quita la sudadera.

—Me marchó ya Clara, pero si antes necesitas algo...

—No gracias Marga, estoy bien. —Y le muestra la cerveza que lleva en la mano.

Marga asiente y se despide.

Ahora que sabe que está sola, coge sus provisiones y se sienta en el suelo,

apoyándose en el lateral del sofá y mirando cómo se va apagando el día. Sigue pareciéndole un espectáculo increíble las vistas desde el ático.

—¿Clara?

Esta levanta la mano.

—Estoy aquí.

Héctor se acerca.

—Esto Clara... ¿no te gusta ninguno de los sofás o de las sillas?

Ella se ríe.

—Me gusta este sitio.

Ahora Héctor se fija en las bolsas desparramadas por el suelo. En ese momento comprende la pregunta de Marga cuando lo ha llamado y sonrío. Estaba sorprendido, no podía entender a qué se refería cuando le ha comentado que creía que a Clara no le gustaba ella. Le parecía imposible. Marga trabaja muy bien y nunca le ha fallado.

—¿Bebiendo tan temprano?

—Es una cervecita.

Héctor se sienta a su lado y le da un beso.

—¿Cómo es que has llegado tan temprano, Clara?

—Me he escapado, aunque me ha salido el tiro por la culata. Ya en la puerta me he encontrado con un antiguo profesor que me ha hecho prometerle dar unas charlas en unos cursos que está dando. No he podido decir que no.

—¿Podré asistir?

Clara le da un codazo y Héctor se ríe.

—No te rías, va a ser un desastre.

—No lo creo.

—Bueno, a parte de beber cerveza, ¿qué haces aquí?

—Disfrutando de las vistas.

—Y de un montón de chucherías, ¿no?

—Sí, ¿quieres? Están buenas de verdad, no es la comida sana y equilibrada a la que estás acostumbrado, pero de vez en cuando...

Héctor sonríe.

—Verás, el truco está en comer estas gominolas intercaladas. Una con azúcar, otra sin azúcar y así.

Él la mira divertido y ella coge un puñado y se pone a horcajadas sobre él.

—Señorita...

—Calla. —Y le mete una con azúcar en la boca.

—¡Ummmm!

No le deja decir nada más, ahora le toca una sin azúcar. Mientras, le quita la corbata y la deja en el suelo.

—Estas se llaman besos de fresa.

Sonríen y él la coge de la cintura para, de forma rápida y sin previo aviso, girarla y tumbarla colocándose sobre ella. Están detrás del sofá.

—Están muy buenas.

Ella sonríe y le mete otra de azúcar.

—¿Señor?

Ambos se quedan parados, es Emilio el que lo ha llamado. Clara se pone colorada y Héctor la observa.

—¿Sí, Emilio?

—Esto... siento molestarle, pero... Marco ha insistido en que tiene que hablar con usted.

—Dame un minuto.

Clara va a protestar cuando Héctor le da un beso en la boca.

—Ahora vuelvo.

El jueves, Clara tiene pocas ganas de trabajar así es que sale temprano y decide irse a su casa, quiere hacer la colada y coger ropa. Le pone un mensaje a Héctor. Se pone con el libro que lleva un tiempo leyendo, quiere terminarlo ya. Recibe un mensaje.

“Ya he terminado”.

“Estoy acoplada en el sofá de mi casa, ¿vienes y traes algo de cena?”.

“Servicio a domicilio”.

“Si no quieres... dame un rato y voy a tu casa”.

“Bromeaba, llego en veinte minutos”.

“Ok”.

“Pero mañana te recojo del trabajo y no pisas tu casa en todo el fin de semana”.

“Me gusta cómo suena eso. Acepto”.

“¿No te he dicho lo que vamos a hacer?”.

“Lo dejo a tu elección, te toca, yo lo hice el finde pasado”.

“Cierto. No tardo”.

“Impaciente”.

CAPÍTULO 16

—Te llevo al trabajo.

—No hace falta, Héctor.

—Ponte ropa informal, te recojo cuando salgas y así no tienes que preocuparte por tu coche.

—Está bien. ¿Ropa informal?

Héctor le sonrío y se la contagia a Clara que termina haciendo lo mismo.

La mañana se le está haciendo muy larga, así es que le pone un mensaje a Héctor a ver si la anima.

“¿Puedes darme alguna pista del plan de hoy? Me aburro”.

“Es un plan genial, seguro que te gusta”.

“Eso no vale”.

“Vamos a ir a comer”.

“Menos mal, morir de hambre no es agradable”.

“Anda, que no me dejas concentrarme y mi jefe se va a molestar”.

“Ja, ja, muy gracioso. Bueno voy a seguir currando que creo que estoy poniendo cara de tonta en mitad de la oficina”.

“Otra cosa que no harías si aceptaras mi oferta, despacho propio”.

“¿Con secretario?”.

“Eso seguro... que no”.

“Je, je”.

“Luego nos vemos”.

“Recógeme sobre las dos, no voy a aguantar mucho más”.

“Besos”.

“Besos”.

—Chicas, buen fin de semana —dice Clara a sus compañeras mientras apaga el ordenador y recoge sus cosas.

—¡Pues sí que tienes prisa! —le recrimina Ana—. ¿Has quedado?

—¿Por? —le contesta Clara que se siente como si la hubieran pillado copiando o algo así.

—Nunca tienes tanta prisa. Es eso, ¿no?

—No.

—Me lo contarías.

—Por supuesto.

Y ambas sonrían, imposible esconderle nada a Ana, piensa Clara mientras se dirige a la puerta.

—Adiós.

—Adiós, Clara.

Cuando baja ya está Héctor esperándola, sonrío. Este espera a que ella le dé un beso para arrancar.

—¿Dónde me vas a llevar? Tengo mucha hambre.

—Genial, pero espera que ya mismo lo verás.

—Me traes y me recoges del trabajo... podría acostumbrarme. —Clara sonríe.

—Si tú quisieras...

—Es broma, tonto.

—Yo no bromeo.

—Ya, bueno, seguro que en tu oferta tengo incluido el chofer.

—Un punto en la negociación, lo incluiré.

Clara le pega un manotazo en el hombro.

—Señorita, no me distraiga mientras conduzco. —Y sonríe ampliamente.

—Eres imposible, Héctor.

—Ya hemos llegado.

Un aparcacoches les espera y les ayuda a bajar, para desaparecer después con el coche.

—Este sitio no es normal, Héctor —le recrimina Clara.

—Sí, para mí. Recuerda que yo elegía. —Clara asiente.

Héctor le pone la mano en la espalda y la conduce al interior.

—Te va a gustar, lo sé —le dice muy cerca del oído mientras entran en el restaurante—.

¿Estás bien, Clara? —añade.

Ella sonríe, ha debido notar el estremecimiento que le han producido sus palabras.

—No me hables tan cerca que me podría derretir.

—¿En serio? —Héctor se acerca aún más como para decirle algo pero le interrumpe el metre.

—Señor Extremera, su mesa está preparada. Si me acompañan por favor...
—Él asiente.

Están recorriendo el restaurante y mueve la cabeza en forma de saludo un par de veces, aunque no presta mucha atención. Está lleno.

Al fin llegan a una mesa apartada y con unas maravillosas vistas de parte de la ciudad y del mar.

—¡Guau!

Clara está con la boca abierta mientras Héctor sonrío.

—Te lo dije —se lo vuelve a decir muy cerca del oído.

—No seas malo, por favor.

Héctor sonrío y la ayuda a sentarse, después lo hace él.

Un camarero trae vino blanco que le da a probar a Héctor, este asiente. Les llevan un plato tras otro sin tener que pedir nada. Clara sospecha que al hacer la reserva ha pedido la comida, sonrío ante eso, es tan detallista... así no tienen que molestarse ni en mirar la carta.

—¡Ummm!, todo está riquísimo, aunque eso no sé si probarlo.

—Son búsanos.

—Tienen un aspecto un poco raro, no sé yo...

—Espera.

Entonces Héctor coge uno y le saca la carne, le echa limón y se lo acerca a la boca. Clara duda un momento, pero la abre y finalmente se lo come.

—Es un sabor a mar muy fuerte, pero está rico. —Héctor asiente.

Pasan un gran almuerzo y disfrutan de café con tarta y una copa, Clara no se quiere mover de allí, las vistas la tienen encantada.

—Me ha faltado chuparme los dedos.

—Te he visto, lo has hecho. —Y Héctor le pone una amplia sonrisa a una Clara que se ha sonrojado.

—Tienes razón. Gracias por la comida, Héctor. —Se acerca a él con los codos sobre la mesa y él la imita.

Se besan.

Dan una vuelta en coche y regresan a casa de Héctor.

—Ponte cómoda, mira lo que tengo. —Y le enseña a Clara un cubo de palomitas.

—Tenemos peli en casa, ¿algo normal, no? —añade.

—Sí, y...

—No lo digas, pienso meterte mano mientras la vemos.

Ambos rompen a reír.

Héctor despierta a Clara dándole besos en la espalda.

—Ummm... —dice ella y nota cómo se acerca más.

Ahora tiene todo su cuerpo apretado contra el suyo.

Cuando bajan a desayunar ya es tarde.

—Hoy tengo un plan que puede estar bien o ser un auténtico rollo, pero no puedo faltar.

Lo siento.

—¿Y es?

—Cena de recaudación de fondos. Vamos un rato y nos volvemos.

—¿Y si lo pasamos bien?

—No has estado en ninguna fiesta de este tipo. Hazme caso, no creo que lo pasemos muy bien, pero...

—De acuerdo, estar un rato y nos volvemos.

Clara repite las palabras de Héctor y ambos sonrían.

—A las cinco vendrá Lorena y te ayudará.

—¿Lorena?

—Es una estilista que te peinará, maquillará... te preparará para la fiesta.

Clara va a decir algo, pero Héctor la interrumpe.

—Hazme caso por favor, es mejor y te dejará perfecta.

—Creía que ya lo era.

Lo ha dicho tan seria que Héctor se ha quedado callado, no sabe qué decir. Entonces Clara empieza a reírse y él la imita. En realidad, a ella no le hace gracia el hecho de que una desconocida la prepare para una fiesta pero bueno, no sabría qué ponerse o cómo arreglarse, así es que piensa que puede que no esté tan mal al fin y al cabo.

—En el armario de la habitación de invitados hay unos cuantos trajes de fiesta, espero que te gusten.

—Es demasiado...

—Nada es demasiado —vuelve a decírselo pegado a su oído, está detrás de

ella y la coge de la cintura.

—No hagas eso, no vale.

Clara nota cómo sonrío Héctor antes de darle un beso en el cuello.

—Eres un tramposo.

—Aprovecho las debilidades. —Y vuelve a sonreír y a darle un beso.

—Voy a hacerte de comer.

—¿Seguro?

Héctor pone cara de ofendido para añadir:

—Seguro, no lo hago nada mal, ya lo verás, pero necesito concentración.

—¿Me estás echando?

—Sí. —Y sonrío.

—Pues tendrás que darme algo a cambio.

Se acerca a ella y le ofrece una copa de vino. Clara levanta una ceja, aunque la coge. Él la aprieta contra él y la besa en los labios.

—Vete ya o no podré hacer de comer.

—Estaré en la biblioteca.

Ambos sonríen.

Una vez en la biblioteca, Clara ojea las estanterías. Hay muchos libros y algunos le suenan, otros los ha leído, pero la mayoría le son desconocidos. Elige uno y se sienta en uno de los sillones que está en el fondo de la habitación y que dan a unos enormes ventanales. Entra mucha luz a esa hora del día.

—La comida está casi lista.

—¡Coño, qué susto! —dice una Clara que acaba de pegar un bote en el sillón.

Héctor se ríe.

—¿Qué lees?

Ella le enseña el libro.

—¿Te gusta?

Asiente, añadiendo:

—Tú lees mucho.

—En realidad lo que puedo, no tengo apenas tiempo.

Héctor se sienta en el otro sillón y se pone a mirar por el ventanal. Clara deja el libro en el suelo y se sienta encima de él.

—¿Qué has hecho de comer?

—Espaguetis.

—Eres un tío muy completo, todo un partido diría yo.

Clara le besa y se abraza a él. Así permanecen un rato hasta que ella añade:

—Tengo hambre.

—Vamos a comer.

A las cinco en punto llaman a la puerta, es Lorena la estilista de la que había hablado antes Héctor. Este hace las presentaciones y las deja solas para que prepare a Clara. Ambas entran en la habitación de invitados y Lorena deja el maletín sobre la mesita. Clara se sorprende de la cantidad de cosas que tiene cuando ella lo abre.

—¿Sabes qué vestido te vas a poner?

Piensa Clara en lo extraña que es esta chica. No es que le moleste, pero no está acostumbrada a que alguien que trabaje para Héctor la tutee y le hable de esa forma.

Clara se acerca al armario y enseguida decide, los otros tienen un escote... y son tan largos que no cree que pueda sentirse cómoda con ellos.

—El azul —dice y se acerca al tocador.

—Empezaré por las manos.

Clara asiente.

Lorena le hace la manicura y le pinta las uñas de un azul muy parecido al del vestido. A ella le gusta. Bueno, no vamos mal, piensa mientras termina con ellas.

Lorena añade:

—Ahora toca el pelo y el maquillaje. Primero el pelo. ¿Te importa que te corte un poco?

—Prefiero que no, me gusta así.

—Como quieras.

Clara se lo ha dicho más para llevarle un poco la contraria que porque sea verdad, pues tenía pensado ir a cortárselo en algún momento cercano en el tiempo.

Lorena está acabando con su pelo y ella aún no ha visto nada.

—Maquillaje.

—No llevo nunca así es que no quiero nada recargado.

—Déjame a mí, sé lo que a Héctor le gusta.

¿Qué? ¿Cómo?, piensa Clara mientras intenta que no se le note el efecto de esas palabras.

Le han sentado como si le acabaran de pegar una patada en el estómago. Como un baño de realidad porque eso es lo que han sido, palabras verdaderas. Ella no sabe casi nada de Héctor, de su vida, de si a esta se la habrá tirado o a cuántas como esta. Decide respirar profundamente, no quiere pensar en esas cosas y menos con Lorena delante.

Al terminar con el maquillaje coge un espejo grande y hace que Clara se mire en él. Esta lo hace y asiente, aunque no se reconoce.

—Lista. ¿Quieres que te ayude con el vestido y los complementos?

—No gracias, ya termino yo.

Lorena asiente y se pone a recoger, Clara ni la mira mientras lo hace.

Cuando ya se ha marchado, se levanta y se va al armario. Mira las cosas que hay y coge el vestido. Ahora se da cuenta de lo ajustado que es, no cree que pueda meterse dentro. Junto a él están todos los complementos de los que hablaba la zorra de la estilista, sonrío ante ese comentario suyo. Hay medias con un tono oscuro aunque leve, una chaqueta corta, un coqueto bolso y unos tacones. ¡Mierda! Dice Clara en alto. Son unos tacones muy altos, no los había visto, si no, no hubiera escogido el vestido. Mira el resto de zapatos a juego con los vestidos y se da cuenta que todos tienen la misma altura, daba igual la elección.

Cada vez está más segura de lo mal que va a ir todo y de lo certero que ha sido Héctor al decir que podía ser un rollo la fiesta, aunque ella cree que se ha quedado bastante corto.

Saca todas las cosas y las apoya en la cama. Se sienta junto a ellas y se pone a respirar, no quiere que le entre un ataque de pánico en esos momentos.

No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando pegan a la puerta.

—¿Estás bien? —pregunta Héctor desde el otro lado.

—No —dice Clara casi en un susurro.

Héctor abre la puerta y entra en la habitación.

—¿Qué te pasa? ¿Aún estás así?

Clara está en ropa interior y mirando hacia él.

—¿Es necesario ir a la fiesta?

Héctor está parado cerca de ella, no sabe muy bien qué está pasando. ¿Será todo esto demasiado para Clara?, piensa mientras que decide actuar, no quiere que salga corriendo.

—Espera, que te ayudo.

Entonces Clara se levanta y coge el vestido. Muy despacio, mete un pie y después el otro y se lo sube. Héctor se lo abrocha y la besa en el cuello suavemente.

—Estás preciosa.

Clara suspira. Él la lleva ante el espejo de cuerpo entero que hay en la puerta del armario para que se vea.

—Estás increíble.

Como Clara no mira, él le coge la barbilla y se la sube para que pueda ver lo mismo que él. Ella al fin observa el espejo y el reflejo que ve es de un Héctor muy guapo con alguien que no conoce.

—De verdad, estás preciosa.

Héctor sabe que tiene que hacer algo para que ella se sienta como él la ve, así es que se lo dice de nuevo junto a su oreja. Eso sí que es un golpe bajo, se dice Clara pero ya es tarde y

se ha perdido en Héctor. Entonces él se separa y coge una cajita que acerca a Clara. La abre.

—A ver si te gusta.

Saca algo que Clara no ve pero que se dispone a colocárselo en el cuello. Es un colgante con una enorme piedra azul del mismo tono que el vestido. Ella lo observa y lo toca con delicadeza, como si el solo hecho de rozarlo pudiera hacer que se rompiera.

—Menudo pedrusco, joder, es enorme.

Héctor sonrío aunque tímidamente, no sabe muy bien interpretar las expresiones de Clara.

Él saca algo más de la caja y se los pone a cada lado de sus orejas, son unos pendientes a juego y de gran tamaño.

—Es demasiado. No me siento muy cómoda llevando esto —dice tocando de forma reverencial la piedra del colgante.

Héctor sigue sin perder detalle de la cara de Clara.

—Está bien, nada de collar. ¿Pendientes?

Clara niega con la cabeza.

—Lo siento, yo...

—Bueno, pues zapatos y nos vamos —le corta Héctor, sabe que no lo está pasando bien en estos momentos.

—Dirás, armas letales.

Héctor sonrío ante el comentario, por fin algo de la Clara que conoce.

—De todas formas, no creo que este vestido pegue con mis zapatillas. — Ambos sonrían.

Héctor hace que se siente y le pone un tacón y después el otro. Le da la mano y consigue que Clara se levante.

—Demasiado alta.

Clara hace una mueca y añade:

—No sé si llegaré viva al final de la noche.

Héctor se acerca lentamente y le susurra:

—En cuanto me lo digas nos vamos.

Clara asiente.

—Vamos, preciosa.

Ella sonrío y, aunque Héctor tiene que ayudarla a que pueda caminar, este se siente un poco más confiado en ir a la fiesta, no le ha hecho mucha gracia verla así antes.

Cuando el coche se para, Emilio se baja primero y abre la puerta de Héctor. Este va enseguida a abrirle a Clara y le tiende la mano para ayudarla a salir. Esta contiene la respiración.

—¡Joder, qué pasada! Menuda mansión, o lo que sea esto.

—Anda, cierra la boca y vamos dentro.

Héctor le ofrece a Clara su brazo y ella lo coge con fuerza.

—Reza para que no haga el ridículo más grande de mi vida. Bueno... o uno de ellos.

—No lo harás. Pasos firmes y decididos.

Ella asiente y empiezan a caminar.

Hace un poco de frío y la chaqueta corta que lleva Clara ahora le parece insuficiente. Se estremece y Héctor la atrae un poco hacia él.

Al llegar a la puerta los recibe un hombre con pinganillo y una lista. Al

verlos, asiente y habla a alguien a través de él. Entonces y nada más entrar, les asalta una rubia en un vestido color champán.

—¡Querido, has venido!

—Te dije que lo haría.

La mujer asiente y en ese momento repara en que Héctor lleva cogida del brazo a una mujer.

—Y ella es...

—Clara Jiménez. Clara, te presento a Alexandra Zavala.

Clara no sabe qué hacer, ¿cómo coño se saluda en estos sitios? Se está preguntando esto cuando Alexandra hace un movimiento lento y se acerca a ella, mirándola en el camino de arriba abajo.

—Encantada.

—Igual. —Y ambas se dan dos besos, aunque a Clara más bien le han parecido dos caricias pues apenas se han rozado.

Hecho esto, la rubia coge del brazo libre a Héctor tirando de él.

—Vamos querido, te voy a presentar a unos amigos, están locos por conocerte.

Ahora se lo lleva y él se suelta del abrazo de Clara y sigue a Alexandra.

Clara se queda allí parada sin saber muy bien qué hacer. Héctor ni siquiera ha vuelto la cabeza para mirarla. En ese momento un camarero pasa por su lado y le ofrece una copa de champán. Ella la coge, ¿por qué no?, piensa mientras le da un sorbo. Puag, se dice mientras espera no haberlo dicho en alto.

—¿Te ha gustado? —Se gira para mirar quién le está preguntado.

Ante ella aparece un tipo alto, rubio y guapo, en un traje completamente negro, camisa blanca y pajarita. Va vestido de forma similar a Héctor, ese

capullo... piensa Clara. Él le sonrío.

—La verdad es que no.

—¿Qué prefieres?

Clara mira a su alrededor, parece que todo el mundo bebe champán.

—Pide lo que quieras.

—Tinto.

Él hace una señal a un camarero y enseguida vuelve con dos copas de vino.

—Soy Alonso Zavala.

—El anfitrión de la fiesta, ¿no?

Genial, el hermano de la rubia, se dice Clara mientras le da un sorbo a su copa.

Este sonrío y le tiende la mano.

—Perdona, soy Clara Jiménez.

Se estrechan la mano y él no se la suelta, sino que se la pone en su brazo y se pega a ella.

—Te voy a enseñar esto. Y no.

—¿No?

—No soy el anfitrión de la fiesta, es mi hermana a la que ya has tenido el placer de conocer, como he visto. Y la que se ha llevado a tu... acompañante.

Mientras dice estas últimas palabras mira de reojo a Clara que asiente.

En realidad, ella no sabe cómo llamar a Héctor más que eso, Héctor. Es pronto para ponerle nombre a lo que están viviendo. De nuevo piensa en lo

que le ha dicho antes de entrar... “pasos firmes y decididos”.

—Hay mucha gente en la fiesta.

—Así es, hay muchos a los que les encantan las fiestas y sobre todo las de mi hermanita.

Son buenas y sirven para... —Clara lo corta hablando rápidamente.

—Sacarles dinero.

Alonso se ríe divertido.

—Así es. Ella es muy... convincente. —Y le señala más adelante.

Allí está y sigue del brazo de Héctor. Clara maldice en su cabeza.

—Bueno... y, ¿a qué te dedicas Alonso? —le pregunta más para cambiar de tema y distraerse que por interés real.

Alonso se ha parado y la mira sorprendido.

—No eres de este mundillo, ¿no?

Clara niega con la cabeza.

—Se supone que te tengo que conocer.

Entonces él pone cara de enfadado, aunque se ríe divertido.

—Se ve que no lees las revistas del corazón ni...

—No y no creo haberte visto en... Sí, espera ya sé quién eres. Del Grupo Zavanda, ¿no?

—Así es, aunque solo lo llaman de esa forma... no puede ser.

—¿El qué?

—Además de guapa, inteligente. Ese capullo siempre ha tenido suerte.

Siguen andando. Alonso se pone a contarle los detalles de la mansión, que pertenece a su familia desde siempre. Entonces una mujer muy elegante se les acerca.

—Lo siento cariño, quiero presentarte... qué maleducada soy. ¿No me presentas a esta joven?

—Sí mamá, es Clara Jiménez viene con Héctor Extremera.

—Ya veo. —Y mira con reproche a Alonso mientras le tiende cortésmente la mano a Clara.

—¿Se lo pasa bien querida?

—Sí, gracias, ¿y usted?

Sonríe.

—También. ¿Te importa si me lo llevo?

—En absoluto. Un placer, señora Zavala.

—Eugenia, por favor.

Clara mira a Alonso que se encoge de hombros para perderse con su madre entre la multitud.

Bueno, es hora de ir al baño, piensa mientras se mueve lentamente ahora sin el apoyo de nadie. Encuentra a un camarero que le ofrece un canapé. Clara le pregunta por el servicio y le da las indicaciones.

En cuanto entra se queda con la boca abierta. ¡Menudo baño! Es una estancia que parece una habitación, incluso tiene muebles, seguro que son antiquísimos. En una pared hay unos enormes espejos y delante de ellos, a un lado de los bonitos grifos con las iniciales de la familia, unas cestas con toda clase de complementos que pueda una chica necesitar en un año, exagerando poco, piensa Clara mientras se mete en una de las puertas de la estancia.

Al salir se tuerce el pie derecho. Ha estado a punto de gritar de dolor, pero se ha podido contener, menos mal, piensa mientras que da gracias por haber dejado la copa antes de entrar. ¡Mierda! Ve unas sillas que parecen cómodas y se sienta en una de ellas. Solo ha dado un par de pasos, pero le han parecido todo un calvario. Le duele mucho, aunque menos mal que no está roto, piensa mientras se masajea la sien. Esto es una auténtica pesadilla, no sabe si podrá salir de ahí. Se quita los tacones e intenta apoyar el pie. Un pinchazo le hace cambiar de opinión. ¡Joder! Tendré que aguantarme y disimular, no puedo permanecer aquí todo el tiempo, se dice. Tiene que darse ánimos para ponerse de nuevo los tacones y levantarse. Poco a poco Clara, poco a poco.

Sale del baño como puede y se cuela por un lateral. Alguien llama entonces su atención.

Es un hombre mayor de unos 60 años, Clara lo ha reconocido. Se acerca, aunque manteniendo las distancias, no quiere interrumpir la conversación animada que mantiene con otros hombres.

—Hola, Clara. —Aunque se sobresalta, se recupera rápidamente y mira en la dirección del que le ha hablado.

Es Alonso que sonrío.

—Voy a tener que regañar a Héctor por dejarte sola, o mejor no, así puedo disfrutar de tu compañía.

Este tío es un poco... no, mejor bastante presuntuoso, se dice Clara volviendo la cabeza al grupo de antes.

—Estoy celoso Clara, a él sí que parece que le conozcas.

Ella asiente.

—Es mi tío. Ven y te lo presento.

Vuelve a tenderle el brazo a Clara que coge agradecida. Disimula como puede el dolor del pie, no es momento para eso.

—Hola, tío —interrumpe Alonso al grupo— te presento a la señorita Clara

Jiménez, te conoce.

—Seguro que por las fotos de mi tercera boda. —Entonces se ríe y el resto le imita.

—Vaya, no sé qué les pasa a los hombres de esta familia con las fotos en las revistas.

Todos se vuelven hacia Clara.

—Lo he dicho en alto, genial. —Piensa que al menos de vez en cuando debe morderse la lengua y este era un caso de esos.

Alonso se ríe.

—Tío verás, además de guapa... —El tío asiente— es lista.

—¿En serio? Y, ¿viene contigo?

Alonso parece ofenderse aunque relaja el rostro y cuando habla lo hace como si le molestasen sus propias palabras.

—No, con Héctor.

—Ya veo. Entonces, ¿de qué me conoce señorita Jiménez?

Alonso se vuelve a Clara esperando su respuesta, lo mismo que el resto del grupo allí congregado.

—He estado en varios seminarios suyos sobre microeconomía y su teoría del caos en el pequeño mercado. No me dio clases en la universidad, pero...

—Si no me acordaría —la interrumpe el tío de Alonso.

Todos se ríen.

—Lo dudo, no solía asistir así a clase.

Más risas. Alonso suelta el brazo a Clara y llama a un camarero. Al cabo de

unos segundos aparece con dos copas de vino tinto.

—Gracias —le dice Clara.

Entonces Santiago, que así es como se llama el tío de Alonso, retoma la conversación:

—A favor o en contra de mi teoría.

—A favor por supuesto, tengo que ser políticamente correcta.

Pone una amplia sonrisa que todos imitan.

—Siéntese con nosotros por favor, ¿puedo llamarla Clara?

—Por favor —contesta, mientras piensa que cómo, si uno de los más prestigiosos economistas del país le pregunta una cosa así, puede decirle que no.

—Entonces Clara, ha ido a mis charlas, ¿le gustaron?

—La primera a la que fui resultó una auténtica lata, aunque no por usted. Había un pesado en las primeras filas que no paraba de preguntar.

—Lo recuerdo. Y, ¿la segunda?

—No fue hace mucho tiempo, estuvo muy bien aunque no duró más que una hora, tuvo

que marcharse.

—Sí, mi segunda esposa quería tirarme todas mis cosas por la ventana de la casa.

Todos comenzaron a reír.

—Parece que su teoría está basada un poco en su vida personal.

Todos se ponen serios y miran a Santiago, todos menos Alonso que no ha

dejado de reírse.

—Otra vez lo he dicho en alto.

—Qué directa Clara. —Santiago se queda serio un momento para después soltar una carcajada.

Clara suspira aliviada, no pretendía meter la pata en la reunión.

—Si quisieras ahora mismo nos podríamos ir y te convertiría en mi cuarta esposa.

Clara se sonroja y le da un sorbo a su copa.

—Silencio, bueno al menos has mejorado la fiesta, ¿no les parece caballeros?

Todos asienten antes de que Santiago vuelva a hablar:

—Sobrino, será mejor que te busques una de estas, son más interesantes.

El sobrino mira a Clara y le sonrío.

—Tío, una de estas como tú dices no quiere tipos como nosotros.

Rompen a reír.

—Cierto, muy cierto. ¿Has leído mi libro, Clara?

—Entero, no.

—¡Joder, chica! Me estás sorprendiendo. Y, ¿por qué entero no?

—Es demasiado...

—Sí anda, busca la palabra políticamente correcta.

Clara sonrío y busca en Alonso un aliado, aunque cuando le mira, este se encoge de hombros. Está bien, estoy sola en esto, se dice para así.

—No es lectura ligera, por así decirlo.

—No, la verdad es que no. Una de mis exesposas me lo tiró una vez a la cabeza y casi pierdo el conocimiento, gracias a dios no tenía muy buena puntería.

Rompen todos a reír, Clara sonrío además, aliviada.

—Hola caballeros, Clara. Veo que se lo pasan bien. —Es Héctor el que ha entrado en la escena.

—Hola, Héctor.

Santiago se levanta y le tiende la mano.

—Enhorabuena por esta mujer, nos está cautivando a todos. —Y le guiña un ojo complacido.

—Espero que no mucho, caballeros.

Todos sonrían. Alonso se ha quedado serio.

—¿De dónde la has sacado granuja?

—Es un secreto, Santiago.

—Malo... anda siéntate con nosotros.

—Me temo que no y tengo que robaros a Clara.

Santiago protesta, pero es Alonso el que habla:

—¿Temes que se lo pase mejor con nosotros, Héctor?

No le contesta directamente y en su lugar dice:

—Es tarde y tenemos que irnos.

—No es tarde, pero si aún no han dado las doce.

—Tío déjalo, ¿no ves que puede perderla entre tanto caballero interesante?

Se ríen y Héctor también, aunque cuando le mira a los ojos lo hace de una forma fría y algo falsa. Se vuelve hacia Clara para decirle:

—Cariño tenemos que irnos, ¿recuerdas?

Clara asiente y piensa, ¿en serio me ha llamado cariño? ¿Es que está celoso? No creo, tiene pinta de no llevarse bien con Alonso, algo habrá pasado entre ellos.

Mierda, tengo que ponerme de pie. Entonces se levanta con cuidado y aprieta los dientes, le duele más que antes, se ve que al enfriarse va a ser mucho más molesto y doloroso salir de allí.

—Ha sido un placer, caballeros.

—El placer ha sido nuestro. Tenemos que quedar un día para seguir hablando de mi teoría.

Clara sonrío y asiente. Mira a Alonso directamente y le da las gracias con una sonrisa, este se la devuelve con un leve asentimiento de cabeza.

Héctor ya se ha puesto junto a ella y le tiende el brazo, al que Clara se aferra para evitar en la medida de lo posible que se le note la cojera.

Una vez fuera ven a Emilio que los está esperando justo debajo de las escaleras. Clara se echa a temblar, el mero hecho de andar ya es motivo de dolor, pero bajar todas las escaleras... sabe que le va a doler a rabiar.

—¿Tienes frío?

Ella niega con la cabeza, aunque no le mira.

—No puedo dejarte ni un momento sola, los buitres se te echan encima.

—No ha sido un momento.

Héctor aprieta la mandíbula sin decir nada.

Emilio le abre la puerta a Clara y ella se mete en el coche. Lo primero que hace al entrar es quitarse los tacones. Intenta disimular las muecas de dolor mientras que Héctor ya está a su lado.

—¿Te apetece ir a algún sitio?

De nuevo Clara niega con la cabeza, aunque no deja de mirar por la ventana, no se encuentra con fuerzas suficientes para contestarle o para siquiera mirarle a la cara.

Héctor le hace una señal a Emilio y este pone el coche en marcha.

—¿Te lo has pasado bien, Clara?

Ella se aferra a la chaqueta que lleva y sin mirarle le hace una mueca.

—Está bien, sin palabras.

Héctor parece cada vez más molesto y decide no abrir la boca y, aunque no deja de observar a Clara por el rabillo del ojo, disimula mirando por su ventana.

No hay tráfico, así es que llegan pronto a casa de Héctor.

Aún con el motor en marcha, Clara abre la puerta y sale al parking lo más disparada que su tobillo le permite. No se ha molestado en coger los zapatos ni en esperar que le abran la puerta. Está andando descalza y ya no puede evitar cojear. Si no estuviera tan enfadada seguro que no podría hacerlo, pero la rabia es una ayuda muy poderosa en esos momentos.

—¡Clara, espera! —dice un Héctor algo confundido.

Justo cuando se abren las puertas del ascensor y Clara entra, Héctor ya la ha alcanzado y lo hace tras ella. Él pulsa el botón del piso. Clara mira al suelo y no tiene intención de decir ni una sola palabra. Héctor no deja de mirarla y dice algo, pero ella no le presta atención, solo quiere salir de allí.

En cuanto se abren las puertas del ascensor, Clara sale a toda prisa y, al ver que la puerta de la casa está abierta, entra sin vacilar.

—¿Qué pasa, Clara?

Ni le mira, va directa al sofá donde se sienta. Apoya los codos en sus rodillas y se sujeta la cabeza. Tiene que pensar cuál es el siguiente paso a dar, nunca mejor dicho. No puede recoger sus cosas sin más, su pie no le va a dejar y...

—¿Algún problema? —dice Héctor que se ha parado delante de ella con los brazos cruzados, está enfadado y eso le hace parecer más alto aún, sobre todo cuando Clara está sentada y se ha hecho casi un ovillo.

—Clara, soy yo el que debe y está enfadado y tu actitud...

—Mi actitud... tiene gracia Héctor que digas eso.

—A mí no me hace ninguna gracia, Clara.

—Mira no sé por qué coño deberías estar tú enfadado. Me llevas a una fiesta “estamos un rato y nos vamos”. Nada más entrar te asalta una rubia champán y resulta que no solo es la organizadora de la fiesta, sino que es tu exnovia... creías que soy tan gilipollas que no me iba a enterar, ¿no?

A Héctor se le cambia la cara, no se esperaba que Clara lo descubriera. Va a decir algo, pero ella le interrumpe y le hace una señal con la mano para que se calle, no quiere oír lo que tiene que decirle.

—Déjalo, es tarde. En realidad, sí que soy gilipollas. Me llevas a una fiesta que organiza tu ex y no tienes la decencia de decírmelo. Yo, yo te he contado cosas, me he abierto a ti y tú...

Clara mueve la cabeza, está no solo enfadada, sino derrotada. Héctor lo nota y se le hace un nudo en la garganta. Ella toma aire y continúa:

—Nada más entrar te vas con ella y me dejas plantada, sabías que no conocía a nadie pero no te importó. Me dijiste que “si no te lo pasas bien me lo dices y nos vamos” pero ¿cómo te lo iba a decir si estabas con ella? Sabía que esto no iba a funcionar, pero... me lancé de cabeza y ahora me doy cuenta de lo imbécil que he sido. Me lo he pasado muy bien contigo este tiempo, pero ha llegado el momento de enfrentarnos a la realidad. Es obvio que somos de

mundos distintos y lo nuestro no va a funcionar. Quiero irme a mi casa y...

Clara ha terminado hablando en un susurro, las palabras que ha dicho le dolían mientras salían de su boca. Pero está decidida a marcharse. Se pone en pie y se arrepiente enseguida. Se tambalea y debe agarrarse a Héctor para no caerse. Él, que seguía cada una de sus palabras y de sus movimientos con detalle, se ha dado cuenta que algo no iba bien y se ha acercado a ella justo cuando parecía que se iba a caer. Ese contacto hace que Clara se

estremezca.

—¿Qué te pasa en el pie?

—Esa mierda de tacones, ¿acaso me has visto alguna vez llevar ese tipo de zapatos?

¡Joder! “Pisa fuerte y decidida”. Y una mierda.

Héctor la mira ahora horrorizado.

Ella se sienta de nuevo y se toca el tobillo. Héctor aprovecha para cogerle la pierna y ponérsela encima de la mesa. Toma un cojín y se lo pone debajo. Se marcha a la cocina para volver enseguida con algo en las manos. Se lo coloca en el tobillo, es una placa de hielo. Se queda allí de rodillas delante de Clara.

—¿Te has caído?

—No, me lo he torcido. No te preocupes, no te he dejado en ridículo. No me ha visto nadie.

Héctor compone una mueca, como si a él le importara algo de lo que digan, piensa mientras intenta respirar hondo. Mira a Clara a los ojos y esta aparta la mirada, no quiere el contacto visual. Bueno, se dice Héctor, me lo tengo que ganar.

—Clara, siento no habértelo dicho, en realidad no lo creí importante.

—Ya, no era importante. La pareja perfecta del mundo perfecto no era una cosa que tendrías que haberme contado. Como tampoco el hecho de que lo

que te gusta es...

—Lo que me gusta es... sigue hablando, no pares —le dice un Héctor que no quiere que

se detenga, necesita oír todo lo que ha pasado por la cabecita de Clara durante la noche.

—Lo que te gusta es un tipo de mujer, que vaya con estos vestidos, este tipo de peinados, maquillaje hasta que ni se descubra al mirarse en el espejo y esos tacones letales. Una tía que vaya a ese tipo de fiestas y ponga la más falsa de sus sonrisas como si todo fuera maravilloso. Yo no soy así Héctor, no me gusta ponerme la ropa de otra y no me gusta que quieran que me parezca a nadie. No soy una...

Clara no puede seguir hablando, una lágrima resbala por su mejilla. Tiene un nudo en la garganta y piensa que si dice algo más puede no parar de llorar y no quiere hacerlo delante de Héctor. Aunque toma aire y añade:

—En cuanto pueda me voy, no quiero seguir hablando y no quiero estar aquí. ¡Joder!

¡Pero si no sé dónde está mi puto coche!

De nuevo otra lágrima resbala por su mejilla, esta vez la contraria.

Héctor, que no se ha levantado de delante de ella estira la mano y con un dedo atrapa una de sus lágrimas. Clara se aparta, no quiere su contacto, no cree que pueda soportarlo.

—Héctor por favor, solo quiero irme. Una vez me prometí a mí misma que ningún tío me iba a humillar de nuevo y... —Ahora Clara sí que tiene que apartar la mirada y concentrarse en un punto del salón.

No está dispuesta a que le siga haciendo daño.

—Clara, lo siento. Por favor, mírame. No era mi intención portarme como un imbécil

contigo. Si no te dije lo de Alexandra fue de verdad porque no le di importancia. Su hermano me quitó una novia y desde entonces rivalizamos en todo. Salí con ella un par de veces, pero solo para fastidiar a Alonso. Cuando te vi con él yo... me puse muy celoso.

Dices que te dejé sola y es cierto, pero no te costó nada encontrar a gente con los que hablar y lo hiciste y nada más y nada menos con los más interesantes de la fiesta. En cambio, yo... no creo que seas gilipollas, eres la mujer más inteligente que he conocido y de hecho así lo demostraste en la fiesta. Me enfadé porque de verdad me puse celoso al ver que ellos se reían con tus comentarios ingeniosos, te quiero para mí. —Ahora es Héctor el que toma aire, mientras recoge otra lágrima de la cara de Clara.

—Por favor, no llores. La ropa es nueva y era para ti. Mi estilista la escogió y yo no pensé en lo de los zapatos, la verdad. Sabía que te pasaba algo cuando tardabas en vestirte, pero no creí que podrías sentirte tan mal, lo siento mucho Clara. Soy un auténtico imbécil.

—Un capullo —suelta Clara rápidamente y entre hipidos por el llanto.

Él sonrío y siente que por fin la está recuperando, no quiere que se vaya.

Se acerca a ella un poco más y la toma de la mano.

—Clara, no era mi intención que te sintieras mal, de verdad. Yo solo le pedí a Amanda que te eligiera unos vestidos para la fiesta. Pensamos que no te gustaría ver el precio y ella le quitó las etiquetas. No quieres que pague todo cuando salimos ni que te lleve a sitios caros...

—Yo solo quiero estar contigo, Héctor.

—Y yo Clara, pero en una fiesta de este tipo...

—Ya, debo ir como a ti te gusta.

—¿Por qué dices eso? Antes has mencionado que quiero que seas otra persona, pero eso no es así, no lo entiendo.

—Lorena me dijo que no me preocupara por nada, que ella sabía lo que tenía

que hacer para dejarme como a ti te gustaba. Yo...

Clara no puede continuar, las lágrimas comienzan a salir con más rapidez y continuidad.

—Seguro que ella prepara a tus ligues o ella es uno de ellos. Debería haberme ido, soy...

Héctor suspira y piensa en Lorena, tendrá que hablar con ella o... mejor no, puede que no sea nada agradable así es que lo hará con Amanda directamente. No la quiere volver a ver en su casa ni cerca de Clara y no va a dejarla que siga en esos derroteros.

—Por favor Clara, deja de llorar. Siento todo lo que ha pasado, soy un capullo y no he hecho nada bien esta noche. Yo te aseguro que no le he dicho nada a Lorena de cómo debía arreglarte y mucho menos he estado con ella. Se ha extralimitado en su cometido. A mí me gustas Clara y, aunque estás radiante así vestida, casi que te prefiero con tus vaqueros y esas camisetitas tuyas.

Se acerca aún más y apoya su frente en la de ella.

—Deja de llorar por favor, Clara.

Ahora ella le mira directamente a los ojos.

—¿Casi?

—Es que el azul te sienta muy bien.

—Cariño.

Héctor la mira interrogante, no sabe por qué ha dicho eso.

—Me llamaste cariño en la fiesta, delante de todos.

—¿Te ha molestado? —le pregunta con una leve sonrisa en la boca.

—Nunca lo habías hecho.

—Estaba muy celoso.

Clara asiente.

—¿Puedes decirme si he hecho algo bien esta noche?

Por fin Clara sonríe. Se termina de limpiar las lágrimas y Héctor suspira. Piensa que menos mal que está consiguiendo que ella se calme y vuelva a sonreír, no le gusta nada verla sufrir y menos por su culpa.

—Estabas muy guapo.

—¿Estaba?

Héctor sonríe y Clara le imita. Se pone serio y la besa en los labios.

—Lo siento mucho Clara, créeme por favor. Me he portado fatal y solo quería llevarte a una fiesta y luego quitarte ese bonito vestido que te queda muy bien y...

—Aún puedes hacer eso último.

Clara le mira y sonríe. Como ve que no dice nada, añade:

—Bueno, si quieres.

—Quiero, pero no me siento bien sabiendo que querías irte y que te he hecho daño.

—Quería irme porque no me encontraba a gusto Héctor. Yo... yo no sé muy bien cómo encajo en tu vida y esto ha sido una prueba de ello.

—No lo creo, hoy ha sido una prueba de lo gilipollas que soy. He cometido un error tras otro y tú te has mantenido ahí y te has integrado en la fiesta mejor que yo, pero si todos estaban encantados contigo.

Héctor deja de hablar y coge de la barbilla a Clara.

—Me gustas Clara y quiero pasar el tiempo contigo.

—Tú también me gustas Héctor y creo que no solo estabas muy guapo con ese traje, sino que sigues estándolo. —Sonríe ahora, traviesa.

Se besan y se toman su tiempo en ello.

Cuando se separan ambos están respirando con dificultad. Héctor se levanta y cuando va a tenderle la mano a Clara se acuerda de su pie. Le quita la placa de hielo y lo mira.

—Siento lo de tu pie, Clara. No pensé en los tacones y no se me ocurrió decirle nada a Amanda de que llevabas habitualmente zapatos planos. Lo siento.

—No eran tacones, eran...

—Sí, armas letales, lo recuerdo.

Ambos se ríen.

—No te preocupes Héctor, sobreviviré.

Va a levantarse, pero él se lo impide.

—Está hinchado, será mejor que te lleve.

No era una pregunta. La coge en brazos. Hunde su cabeza en el cuello de Clara y añade:

—Lo siento, cariño.

Clara sonrío. Héctor lo nota y la imita, le encanta cuando sonrío.

La lleva por el pasillo hasta su habitación.

Una vez allí, la deja con dulzura sobre la cama, teniendo cuidado con el pie. Héctor la mira con fuerza, con pasión. Muy lentamente empieza a quitarse la chaqueta, se deshace el nudo de la pajarita. Le llega el turno a los gemelos, los zapatos, los calcetines... Clara nota cómo el pulso se le acelera. Uno a uno se desabrocha los botones de la camisa. Le gusta cómo ella lo mira, con

deseo y desde allí siente el calor y la electricidad que se ha desatado entre ellos.

Cuando ha terminado con su ropa, se acerca muy despacio a Clara. Sube sus manos por

las piernas de ella, por debajo del vestido. Clara jadea de placer, cree que se va a desmayar. Empieza entonces a besarla en el tobillo y va subiendo por las rodillas, los muslos... lamiendo todo a su paso.

Clara se despierta y hace una mueca, le duele el pie. No quiere hacer ruido, pero ve complicado levantarse sin tropezar, así es que enciende la luz de la mesita de noche.

—¿Clara?

—Lo siento Héctor, sigue durmiendo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Nada, no te preocupes.

Clara se incorpora y cuando echa el pie al suelo suelta una maldición.

—Espera Clara, ¿qué necesitas?

—Mi bolso. Creo que tengo algo para...

—¿Te duele el tobillo?

Clara asiente aunque no se lo ha preguntado.

—Espera, tengo en el baño.

Ella le hace caso, no cree que pueda andar.

Cuando vuelve, Héctor lleva una botella de agua y un analgésico. Arruga la frente mientras se pone de cuclillas junto a Clara.

—Gracias —consigue decir ella casi en un susurro.

Ahora él le coge el tobillo para comprobar que está más inflamado que cuando se acostaron. Gruñe por lo bajo antes de volverse a acostar.

—Llámame si necesitas algo, por favor Clara.

—Está bien, gracias Héctor. —Y apaga la luz.

Este se acerca a ella y la abraza, dándole un beso en la frente.

—Lo siento.

—Ya lo has dicho —le contesta Clara suavemente al oído.

—Sí, pero tu pie...

—No te preocupes, se pondrá bien.

CAPÍTULO 17

—Buenos días.

Clara abre los ojos lentamente y se encuentra con la mirada dulce de Héctor.

—Buenos días.

Él sonrío y ella le besa.

—¿El pie?

—Supongo que ahí está.

Héctor tuerce el gesto.

—¿Te duele?

—Un poco.

—Voy a por el desayuno, no te muevas de aquí.

—Puede que salga corriendo.

Héctor que se había levantado, se gira para mirar a Clara, que le guiña un ojo.

—Voy a aprovechar para ir al baño —añade.

—Espera, te llevo.

—¿A caballito?

Héctor sonrío a Clara que lo mira divertida.

—A caballito.

Vuelve a la cama dando saltitos, no quiere apoyar el pie.

Al cabo de unos minutos aparece Héctor con una bandeja en la que no falta ni un detalle.

—Ummm, qué bien huele. Tengo hambre, anoche en la fiesta no probé nada.

Héctor arruga el entrecejo y añade:

—Bizcocho de chocolate de Marga.

—¡Pero si está recién hecho! No estará aquí en domingo, ¿no?

Clara mira alarmada a Héctor que añade:

—Viene a hacer de comer. Tú no puedes y yo tengo que cuidarte.

—¿Cuidarme?

—Sí, hoy es mi misión.

Héctor lo dice muy serio pero Clara sonrío.

—Me gusta esa misión.

Ahora tiene la boca llena de bizcocho cuando añade:

—¡Qué rico está!

—Marga cocina muy bien.

—Estoy llena. Gracias por el desayuno. Ahora necesito una ducha.

—Creo que debería acompañarte, no vayas a hacerte daño.

Clara le mira divertida y sonrío.

—Sí, creo que necesito tu ayuda. —Ambos se pierden en el cuarto de baño.

—¿Dónde la llevo señorita?

—¿Sofá?

—Sofá, entonces.

—Espera Héctor, se me ha olvidado deshacer la bolsa con la ropa. Mañana va a estar un poco...

—¿Mañana? No sé, no sé. Con ese pie así...

—¡Venga ya!

—Bueno, de todas formas ahora el médico dirá.

—¿El médico?

—Sí, llegará en un rato.

—¡Joder, Héctor! ¿Un médico también en domingo?

—Es Andrés.

Clara asiente, es uno de los mejores amigos de Héctor, aún no lo conoce pero le ha oído hablar de él.

Marga se asoma al pasillo y los ve.

—Buenos días, Clara.

—Buenos días Marga, el bizcocho muy bueno, gracias.

Héctor la deja en el sofá y le pregunta:

—¿Necesitas algo? —Ella le hace señas con un dedo para que se acerque.

Él la obedece y ella le da un beso.

—Porfi, el libro que empecé ayer, gracias. —Y sonrío antes de que Héctor conteste.

Al rato suena el timbre y Marga abre la puerta. Héctor aparece por detrás cuando están entrando en el salón. Ambos amigos se dan un abrazo.

—Me vas a tener que invitar a comer. Esta visita a domicilio me ha costado despedirme de... bueno, que me he quedado sin plan para comer. Huele muy bien Marga, ¿qué estás

haciendo?

—Paella.

—Lo dicho, me quedo a comer. —Y sonrío a Marga que le contesta con un leve movimiento de cabeza antes de desaparecer en la cocina.

Héctor mira a Clara y se encoge de hombros. Ella sonrío.

—Bueno doctor, ¿vas a mirarle el pie o no?

—Ya voy, no seas impaciente.

Héctor hace las presentaciones. Entonces Andrés se acerca y le coge el tobillo.

—¿Seguro que eres médico? —dice Clara.

—Sí, cuando te pases por mi consulta como el resto de pacientes lo verás.

—Ya tengo un médico, gracias. ¡Ah!

—Lo siento. Pero seguro que tu médico no te atiende un domingo.

—Cierto, aunque nunca lo he llamado. A decir verdad, a ti tampoco te he llamado.

—Cierto. Héctor me sorprendes, además de que sabe leer no parece tonta.

Clara le pone una mueca a Andrés ante este último comentario. Héctor se pone serio.

—¿Cómo lo ves?

—Esguince.

—¿Esguince? Qué diagnóstico más raro. ¿Seguro que eres médico?

Andrés pone los ojos en blanco y va a por el maletín que ha dejado en la entrada.

Héctor observa divertido la escena.

—Este amigo tuyo, ¿qué clase de consulta tiene? ¿Es cirujano plástico?

Héctor rompe a reír.

—Señorita, la estoy escuchando. Y, ¿por qué dices eso?

—No sé, tienes pinta de ser de ese tipo de médicos.

Héctor suelta una carcajada.

—Tú no te rías, que me sorprende que estés con una chica así.

Héctor parece satisfecho aunque se pone serio para hacerse el ofendido. Guiña a Clara un ojo mientras que Andrés empieza a vendarle el tobillo.

—Anda gracioso, ve preparándome una copa mientras le vendo el pie a la

listilla esta.

—Vale, pero ¿el veredicto, doctor?

—Debe estar dos o tres días con la venda puesta y sin apoyar el pie.

—¿Dos o tres días? Imposible, tengo que ir a trabajar —dice Clara alarmada.

—Voy de sorpresa en sorpresa, además trabajas. ¿En qué? Si puede saberse.

Héctor pone la copa encima de la mesita y echa una mirada furiosa a su amigo.

—No te pases doctor, no te pases.

El aludido sonrío y mira a Clara, que decide contestarle.

—Trabajo en una asesoría.

—Héctor, ahora en serio, ¿dónde la has conseguido? Quiero una de estas. Divertida, lista y trabaja.

Ahora sí que se pone serio Héctor y añade:

—Venga doctor, dime qué has bebido esta mañana. Estás inusualmente gracioso.

—Bueno, esto ya está. Te voy a mandar antiinflamatorios y analgésicos para el dolor.

Mañana te preparo una baja.

Andrés recoge las cosas que ha utilizado y las devuelve al maletín.

—Ya en serio, espero no haberte ofendido Clara.

—En absoluto. Pareces un capullo, pero si Héctor es tu amigo y confía en ti como médico yo no tengo nada que decir.

—Muy graciosa —lo dice mientras se levanta.

Héctor se ríe de la escena.

—Volviendo al pie, deberías guardar reposo un par de días.

Clara asiente con la cabeza.

—Te dejamos que sigas leyendo —dice Andrés.

Héctor se le acerca para preguntarle:

—¿Necesitas algo?

Clara sonríe para añadir:

—Si fuera posible mi móvil... está en mi bolso.

Él asiente y le da un beso rápido.

—Ahora mismo, señorita.

Héctor se aleja y Andrés que ha seguido la escena, mira a Clara algo sorprendido.

—¿Qué doctor? —le dice ella.

—Nada, nada.

—Habla...

—Héctor parece... no sé. Creo que está...

Héctor entra en el salón con el móvil en la mano.

—Tu amigo parece que se ha quedado sin palabras.

Sonríen ante el comentario de Clara.

—Sí, es que me parece que el señor Extremera se ha enamorado.

Clara y Héctor se quedan sin decir nada. Andrés pasa la mirada de uno a otro, observando sus reacciones.

—Lo siento amigo, pero es que te veo muy bien —añade ante el silencio instalado.

—Anda, vamos. —Y se acerca a su amigo al que golpea en el brazo.

Ambos avanzan por el pasillo y cuando casi están desapareciendo, el doctor se gira y le guiña un ojo a Clara, la cual no puede más que sonreír.

¿Lo ve enamorado? Clara se sorprende de la confesión de Andrés y en el fondo nota cómo su corazón está latiendo más rápido y con mayor fuerza. Le ha hecho mucha ilusión escucharlo decir esas palabras. Yo también estoy enamorada. ¿Qué? Se pregunta inmediatamente. ¿Acaso acabo de pensar yo eso? ¿Cómo es posible? Tranquilízate Clara, será mejor que respires hondo, se dice mientras apoya la cabeza en el sofá.

Una vez que se ha calmado, decide revisar el móvil. Parece que su corazón ya ha recuperado el compás habitual. Tiene cuatro llamadas perdidas, todas de su madre. La llama.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Ahora te has levantado?

—No mamá, es que tenía el móvil en silencio.

Decide no contarle nada a su madre, no tienen esa clase de relación en la que le informa de todos sus pasos.

—El viernes es el cumpleaños de Carlos y vamos a celebrarlo. Una comida.

—De acuerdo, cuenta conmigo. Yo salgo a las dos.

—Vienen Miguel y las niñas. Tus tíos también estarán y seguramente esté Arturo, así es que tienes que venir.

—Te he dicho que iré mamá.

—La fiesta le va a venir bien a tu hermana, la pobre lo está pasando fatal con lo de Borja.

Tenemos que mimarla cariño, la familia tiene que arroparla y que se sienta a gusto.

—¿Te hace falta ayuda con los preparativos? —dice Clara para cambiar de tema.

Lo que menos le apetece es una disertación de su madre sobre su hija pequeña.

—No, tu tía me va a ayudar y...

—Está bien mamá, entonces el viernes nos vemos.

—Esto... sí cariño, el viernes nos vemos. Adiós Clara, hija.

—Adiós, mamá.

Odia cortar a su madre pero si no lo hace, puede convertirse en una conversación agotadora y con minutos y minutos de charla. Hablar con ella siempre la altera, así es que respira hondo. Es capaz de hacerle perder la poca paciencia que tiene solo con la forma de decirle “hola, cariño”.

Clara piensa en Miguel, no sabe nada de él desde la llamada en la que le había hablado de la posibilidad de un nuevo embarazo de su mujer. Decide llamarlo.

—Hola, capullo.

—Hola, hermanita.

—¿Todo bien?

—Julia está embarazada.

—Entonces lo siento, pero tengo que daros la enhorabuena.

—Sí, eso parece. Es un poco raro, deberíamos estar muy contentos y sin embargo...

—Os amoldaréis, lo sé. No entiendo por qué estáis aún conmocionados, pero... ¡a superarlo, coño!

—Tenemos un lío mental de esos, muchas responsabilidades, el tiempo, el dinero... no sabemos cómo se lo van a tomar las niñas y estamos muy preocupados.

—Por favor, dejad de preocuparos por tonterías, pero si las niñas son un cielo.

—No son tonterías.

—Sí lo son. Hazme caso por una vez Miguel, todo va a salir bien y por favor, te repito lo del otro día, contad conmigo para lo que necesitéis.

—Gracias hermanita.

—Sabes de sobra que solo te quiero por mis sobrinas así es que esto puede hacer que te quiera más y si es un niño... seguro que a tu padre le hace muy feliz. Bueno, al menos aún puedo hacer que te rías, no está todo perdido contigo.

—Creo que el viernes nos vemos, ¿no?

—Así es, yo me encargo del regalo.

—No sabemos si decirlo el viernes, depende de si hemos reunido el valor de contárselo a las terremotos.

Clara rompe a reír.

—¡Eh! Que estás hablando de mis sobrinas.

—Esto es un lío, Clara.

—No te pongas plasta y no te preocupes más, todo va a salir bien. ¿Están mis

chicas por ahí? Me he cansado de hablar contigo.

Clara nota cómo Miguel se ríe y suena un ruido, parece que anda con el móvil en la mano.

—¡Tita, tita! —Escucha ella por el auricular.

—Y mis princesitas, ¿cómo están?

—Bien, tita. El viernes es el cumpleaños del abuelo.

—Sí, nos vemos en su casa.

—Queremos un regalo, tita.

—¡Pero si no es vuestro cumpleaños!

—Ya, pero... queremos uno.

Clara rompe a reír.

—Está bien, ya veremos.

—Tita, un día voy a bailar con mi clase subida en un escenario.

—Oye, dile a tu madre que me llame que no quiero perdérmelo.

—¿De verdad, tita?

—¿Cómo voy a faltar?, pero si sois mis chicas preferidas.

Ahora ellas rompen a reír y empiezan a pelearse por el teléfono. Suena la voz de su padre y un golpe, parece que se ha caído algo al suelo.

—Ya han salido corriendo, Clara.

—No pasa nada Miguel, nos vemos el viernes.

—Un beso, hermana.

Clara se queda mirando la pantalla de su móvil. ¡Uf, tita de nuevo! Le preocupa escuchar a Miguel hablar así de su situación, no le gusta nada que lo pase mal y menos por culpa del dinero. Tendrá que hablar con él seriamente, se dice mientras lo coloca encima de la mesita.

En ese momento entran en el salón Héctor con Andrés, parece que están de muy buen humor. El doctor se sienta en el sofá y mira a Clara fijamente.

—Voy a rellenar las copas. ¿Quieres alguna cosa, Clara? —dice Héctor.

—No, gracias.

Andrés aprovecha el momento para empezar a hacerle preguntas:

—¿Dónde trabajas, Clara?

—Ya te lo he dicho, en una asesoría fiscal.

—Era para asegurarme. ¿Cómo se llama la empresa en la que trabajas?

—Asesoría Sandoval y no, no tienes por qué conocerla. Es una empresa pequeña.

—Bien, ¿qué estudiaste y cuándo?

—Qué forma más elegante de preguntarme la edad. Eso no te importa, ¡será posible!

—¿Tienes hermanos? ¿Tenemos amigos comunes? ¿Cómo os conocisteis?

Héctor aparece con las copas llenas y las pone encima de la mesita. Clara aprovecha para escaparse.

—¡Salvada! Sácame de este tercer grado.

Ambos hombres se ríen. Héctor mira a Andrés y este se encoge de hombros.

—Al baño, por favor —dice Clara para llamar su atención.

El doctor rompe a reír, para añadir:

—No te vas a escapar tan fácilmente.

Héctor se acerca a Clara y la coge en brazos. Ella se abraza a su cuello.

—¡Pues sí que es grave! He dicho reposo, pero... —dice Andrés ante la visión de su amigo llevando a la chica en brazos.

—No me deja andar, doctor.

Héctor va a protestar, pero Clara sonrío y todos la imitan.

—¿Ya habéis rajado de mí? —le dice ella acariciando con su nariz el cuello de Héctor.

—Cosas de chicos. —Sonríe.

—Espero que buenas. —Y le besa en la mejilla.

Héctor emite un sonido de placer, le gusta cuando Clara se muestra cariñosa. Es tan espontánea que aún se pregunta cómo pudo fastidiarla tanto anoche en la fiesta.

—Cuando hemos entrado parecías preocupada —le dice para espantar sus pensamientos.

—Acababa de hablar con Miguel.

—¿Malas noticias?

—En realidad no, aunque parece que para ellos por ahora sí. Voy a ser de nuevo tita.

—Pues no parece nada malo.

—Necesito entrar al servicio, luego hablamos, ¿vale?

Héctor no se mueve de la puerta y mira divertido a Clara que se desespera.

—¡Eh! ¿En serio?

—¿Te molesta?

—Bueno, a ver Héctor que voy a...

—¿Y? —la interrumpe él.

—Sal ya.

Héctor sonríe travieso antes de salir y dejarla sola.

—¡Lista, guapo! —le grita Clara.

No tarda en aparecer Héctor por la puerta y de nuevo la coge en brazos, acercándola todo lo posible a él. Clara nota todos los músculos de sus fuertes brazos, el pecho, sus increíbles abdominales...

—¿Estás bien cariño? —le dice él que ha notado el estremecimiento de ella ante el abrazo.

—Eres muy malo. Sabes el efecto que tienes en mí y...

—¿Sí? —la interrumpe colocándole los labios cerca de su oreja y rozándoselos levemente.

—Tenemos que buscar otro medio de transporte —dice Clara casi en un susurro.

—¿No te gusta?

—Mucho, pero... puede que quiera...

No termina de hablar. Se acerca más a Héctor y apoya su boca junto a la de él.

—Entiendo —dice Héctor cerrando los ojos y emitiendo un pequeño suspiro.

—Anda, volvamos cherpa —le dice ahora con una sonrisa y añade—: es un

poco vergonzoso que me acompañes a mear.

Héctor suelta una carcajada.

—Cómo eres Clara.

Ella sonríe sin apartar sus labios de la piel de él.

—Creo que tú también sabes el efecto que tienes en mí.

—¿De verdad? —le dice ahora pasando su nariz por todo su cuello.

—Clara... —Héctor cierra un momento los ojos antes de continuar hablando
—: Le preguntaré a Andrés si nos deja unas muletas. Lo mismo hasta se ofrece a llevarte él mismo.

Clara le mira esperando que se lo explique.

—Le gustas.

—No lo creo pero bueno, tendré que tener cuidado con él, es todo un mujeriego, ¿no?

—El que tendrá que tener cuidado soy yo, ¿no? —le contesta ahora Héctor que sonríe.

—¿De qué tienes que tener cuidado? —interrumpe Andrés.

Ya han llegado al salón.

—Más bien de quién —dice Héctor con una sonrisa.

El doctor que lo ha cogido al vuelo añade:

—Seré bueno, lo prometo.

—Sí, ya —le contesta Héctor en tono serio.

Todos se ríen.

—¿Me puedes dejar muletas, Andrés?

—¿Ya te has cansado de tu porteador?

Héctor está dejando a Clara en una de las sillas.

—No vamos a estar todo el día así —le contesta ella.

—Te haré llegar unas junto con la baja.

—Gracias.

Al cabo de un rato, aparece Marga en escena.

—La paella está lista. ¿Quieren que prepare la mesa?

—Sí, por favor —le contesta Héctor.

Mientras la comida y la sobremesa, Andrés cuenta a Clara cómo se conocieron los tres amigos en la universidad y cómo traían a todos de cabeza.

—¿Conoces a Marco?

Clara hace una mueca.

—Por tu cara diría que te ha mostrado su lado más capullo.

Sonríe ante el comentario.

—No parábamos de liarla —continúa hablando el doctor—, donde quiera que fuéramos.

Los tres... bueno tu novio no, por supuesto.

—Por supuesto —repite Clara y deja que continúe.

—Los tres siempre estábamos metidos en líos de faldas. Algunas veces teníamos que salir corriendo de los sitios, pues en la mayoría de las ocasiones se nos olvidaba preguntar si iban solas o acompañadas.

Clara suelta una carcajada. Héctor la observa sin perder detalle, no sabe cómo va a reaccionar ella ante los comentarios de su amigo.

—Me imagino —dice cuando deja de reír.

—A ver señorita qué se imagina, comparte a ver si aciertas.

—No sabes lo que has dicho, amigo —le dice Héctor divertido, sabe lo intuitiva que es Clara y cómo va a acertar con lo que diga.

—Dime si acierto entonces. Tres hijos de papá van a la universidad, ante ellos se abre todo un mundo de posibilidades. No se pierden una fiesta. Al final no saben cómo lo hacen pero terminan aprobando y sacando buenas notas. Tú seguiste los pasos de tu padre, médico y ahora llevas su clínica. Héctor lo sé, también sigue en la empresa familiar. Del que tengo un poco más de dudas es de Marco, pero supongo que no optó por lo mismo que su padre, lo que le llevó unas cuantas discusiones, rebeldía... y ahora trabaja con Héctor.

—Creo que mi amigo ya te había contado nuestra vida. —Y sonrío.

Héctor niega con la cabeza, para añadir:

—Estoy tan sorprendido como tú, aunque... bueno, yo sí que estudiaba durante el curso.

Clara le está mirando divertida y curiosa, quiere saber todo lo que tenga que ver con él y su mundo.

—Mi turno —dice interrumpiendo el doctor.

—Adelante —le reta Clara.

—Chica de mamá que era una empollona consumada. No iba de fiesta en fiesta, sino que era el vivo orgullo de su padre también asesor. No tenía tiempo para rollos, lo que a mi entender fue un desperdicio. Ibas a misa los domingos...

—Joder, no puede ser. ¿Así de puritana me ves?

—Te estaba tomando el pelo en el final, pero ¿he acertado con el resto?

—¿Ha acertado tu amigo? —le dice Clara a Héctor.

—No has dado ni una —contesta este negando con la cabeza.

Andrés permanece unos segundos evaluando si su amigo dice la verdad y luego vuelve su mirada a Clara.

—Eres más joven que nosotros, aunque... no me digas que pudimos coincidir en alguna

de las fiestas.

Clara niega con la cabeza y añade:

—No estudié aquí.

—Me sorprendes, quiero la historia completa.

—Mejor me cuentas algunas de vuestras anécdotas, seguro que son más interesantes —le dice Clara con un brillo en los ojos.

—Accederé para ser galante, pero sobre todo para dejar a mi querido amigo en ridículo ante ti. Disfruto con eso.

Los tres sonríen, aunque Héctor está un poco inseguro de lo que su amigo puede contar y si a Clara le gustará o no conocer más detalles de su pasado alocado. Tiene que relajarse, Andrés ha empezado y va a ser difícil que pare.

—Una vez llevábamos tal cogorza que se quedó dormido en el portal del piso de una chica. Llamamos y ella bajó a por él, aunque no fue capaz de moverlo de allí. Lo dejó dormir y le bajó una manta, para que el pobre no pasara frío.

Risas.

—Creo que ese no fui yo —dice conteniéndose Héctor—. Fue Marco.

—Puede ser, aunque íbamos todos muy borrachos —añade Andrés y hace

como que lo medita.

—No fui yo porque me acuerdo que me desperté en el suelo del garaje de mi casa.

Más risas.

—Otra vez terminamos corriendo a las cuatro de la madrugada porque los hermanos y primos de una chica se habían ofendido cuando intentábamos ligar con ella. Aunque la mejor fue la vez que cogimos un tren nocturno con camas y acabamos en la otra punta.

Eso fue demasiado, creo que me perdí algo... no recuerdo...

—La boda de tu padre —contesta Héctor con una sonrisa.

—Ah, es verdad. La tercera boda del gran doctor. Menos mal que me hizo caso y no me

dio los anillos.

Los tres se ríen a carcajadas.

—Vaya trío —dice Clara con una lágrima de la risa.

—No lo sabes bien. Que no te engañe esa fachada de hombre respetable que ahora lleva.

Era un juerguista consumado —lo dice Andrés mientras controla de reojo a su amigo.

—La gente madura —le reprocha Héctor, que se vuelve para mirar a Clara.

Se ríen.

—Bueno chicos, ha sido un placer, pero mañana tengo que trabajar. —Sonríe y se levanta Andrés, mientras su amigo le imita. Añade:

—Te mandaré la baja y unas muletas.

—Emilio las recogerá mañana a primera hora.

—Mejor Héctor, así no se me olvidará. —Compone una amplia sonrisa.

—El miércoles te veo Clara, esta vez en mi consulta, así aprovecharé para enseñarte mis títulos.

Clara sonrío ante el comentario, le parece muy divertido y además ha disfrutado con la tarde que han pasado hablando de forma relajada sobre Héctor y sus años locos.

—Gracias, Andrés.

—A tu novio, que es el que va a pagar la factura.

Clara se sonroja, es la segunda vez que dice la palabra “novio” y Héctor no la ha negado, aunque ha notado cómo la ha mirado para ver su reacción.

—Date por pagado. Comida, copas y dejarme en ridículo delante de Clara...

—Sí, me doy por pagado. —Y se ríe.

—Hasta el miércoles, Clara.

—Encantada de conocerte, doctor.

—Ha sido un placer.

Se despide de ella dándole dos besos. Héctor lo acompaña a la puerta.

—Menudo capullo —dice Héctor cuando vuelve junto a Clara.

—Esa boca juerguista... —Le sonrío—. Menuda decepción, yo había creído que eras el hermano centrado y responsable de la familia y ahora...

—Eso parezco, ¿eh?

—Anda, cuéntame más cosas de tu juventud.

Así terminan de pasar la tarde acurrucados en el sofá.

Una vez en la cama, Clara le pregunta a Héctor:

—Mañana, ¿me puedes llevar a mi piso?

Héctor la mira sorprendido para contestar:

—¿Otra vez te quieres ir? ¿Tan mal te trato?

—No es eso. Cuando te vayas a trabajar... ¿qué hago yo en tu casa?

—Lo que quieras. Leer, ver la tele. Aunque... ¿quién te ha dicho que me voy a ir a trabajar?

—¿No vas a ir? —pregunta curiosa y sorprendida Clara.

—Para algo soy el jefe. —Y se acerca a ella.

—Entonces... no me lles a mi piso. —Sonríen.

—Creo que...

—Que... —le anima Clara.

—Deberías, cuando puedas hacerlo y te apetezca...

—Dilo de una puta vez, Héctor.

Él sonrío y niega con la cabeza ante el comentario.

—Deberías traerte tus cosas y trasladarte aquí. —Observa la reacción de sus palabras en la cara de Clara, no sabe cómo lo va a hacer. Añade—: Tu coche ya está en el parking y en el llavero tienes el mando. También...

—¿Sí...? —contesta Clara que tiene los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—También tienes las llaves del ático en tu bolso. —Sonríe tímidamente.

—Eres terrible, Héctor. Sabía que no te gustaba mi piso.

Lo ha dicho muy seria y él se ha quedado también muy serio. Entonces ella rompe a reír y le contagia la risa. Ambos se sienten felices. Acercan sus bocas y se besan.

—¿Traerás tus cosas? —dice Héctor para asegurarse.

—Me lo pensaré. No estoy segura de que me trates del todo bien. Creo que...

No la deja terminar, le ha dado un beso en el cuello.

—No vale distraerme. Estaba diciendo que...

La vuelve a besar. Esta vez su mano se va hacia el pecho de Clara y lo aprieta fuertemente. Ella se derrite por ese contacto.

CAPÍTULO 18

—No sé cómo prefieres esas muletas a mis brazos —le dice un Héctor divertido.

—Un poco de independencia. Así no tienes que estar todo el rato pendiente de mí.

—¿No te gusta?

—La verdad es que... me encanta. —Clara le muestra una amplia sonrisa a Héctor—.

Pero tarde o temprano tendrás que trabajar, y...

—Vale, lo he cogido. Quieres irte por ahí.

—¡No seas tonto! Quiero ir al baño sola.

—Espero que no sea para ducharte.

Ambos rompen a reír.

Ha sido toda una odisea el aseo por la mañana, intentando que no se mojara la venda del tobillo. Les ha faltado poco para que ambos terminaran en el suelo.

Cuando llega Marga, Clara ya está en el sofá.

—¿Cómo se encuentra esta mañana?

—Tutéame por favor Marga. Bien. La paella estaba ayer riquísima.

—Gracias Clara. ¿Qué te apetece comer hoy?

—Lo que tuvieras pensado, me gusta casi todo.

Entra Héctor en el salón.

—Hola, Marga.

—Hola, señor. ¿Alguna preferencia para comer?

—¿Clara?

—Lo que veas Marga, de verdad.

Esta asiente y se marcha a la cocina.

—Me acaba de entrar un email de Ana, tengo que revisar unos informes. ¿Es posible que me dejes tu ordenador? No traje el mío.

—Sí, ahora te lo traigo. Cuando vayas a por tus cosas...

—No se me olvida, lo cogeré —le dice Clara sonriendo.

—Aprovecharé para hacer unas llamadas, si no te importa.

—Tú, como en tu casa. —Héctor sonrío y se acerca a ella, dándole un cariñoso beso en la mejilla.

Cuando vuelve con el ordenador, Clara está hablando por el móvil con su jefe. Héctor se queda a distancia escuchando la conversación, aunque solo tiene la parte que habla Clara.

—Sí Arturo, faltaré un par de días... No, no tiene nada que ver con eso, en serio... Es la verdad. Me he torcido un tobillo y no puedo andar. Ana ya tiene la baja... Revisaré unos informes que me ha mandado, para cualquier cosa

me llamas al móvil... Ella, mejor no...

Adiós.

Clara suspira y deja el móvil a un lado. Se da cuenta en ese momento que Héctor está parado frente a ella y tiene el ceño fruncido.

—¿No tiene nada que ver con eso? —dice él repitiendo la respuesta de Clara a su jefe.

Esta le mira con cara de decir que no quiere hablar.

—No estás bien en tu trabajo. Podrías dejar que te hiciera una oferta y...

—Por favor Héctor, déjalo. Sabes lo que opino de trabajar para ti, no quiero hablar de eso.

—Pero podrías contarme qué te pasa, igual te puedo ayudar.

Clara medita la proposición de Héctor y asiente.

—Verás, cuando empecé a trabajar para Arturo, el negocio no le iba del todo mal, pero estaba un poco limitado. Dos chicas le ayudaban para pasar la contabilidad de las empresas y él estaba solo como asesor. No podía abarcar más trabajo. Conmigo enseguida se animó e imagina, con todo el tiempo que tenía libre y que quería mantener la cabeza ocupada, empezamos a aceptar más empresas, algunas de un tamaño superior incluso.

Necesitaba algo de ayuda y contratamos a Ana, pero el trabajo seguía creciendo. No se podía permitir más gente, pero ella fue una gran ayuda, es muy válida y eficiente. Cuando Raquel terminó de estudiar empezó a “trabajar” en la empresa. Realmente sigue haciendo lo mismo, nada. Así es que hace dos años me planté y le dije que no quería seguir a ese ritmo, que la empresa no era mía y que no estaba dispuesta a trabajar por él, su hija y encima las chicas tenían reducción por maternidad. Estaba muy estresada. Conseguí que cambiara el horario de trabajo para que las tres pudieran echar más horas y conciliar su vida laboral y yo tenía flexibilidad, de forma que cuando hiciera falta echaría más horas y menos, cuando no. Cada vez tiene

menos ganas de trabajar, todos sus amigos se jubilan y él ve que si no lo hace pronto, su hija nunca lo va a dejar marchar. Yo le entiendo, pero no es mi problema. No pongas esa cara. Todas las condiciones la firmamos en un contrato nuevo, no quería problemas después con su hija. Ella cree que engañé a su padre y que hago lo que quiero. Le come la cabeza a mi jefe con tonterías y últimamente no para de joderme en el trabajo. Sé que la empresa no es mía, pero...

—La has trabajado tú. Te entiendo, Clara.

Esta asiente, pues sabe que Héctor no se ha perdido un detalle de lo que ha dicho. Está agradecida porque no le haya interrumpido.

—Esa zorra...

Ambos se ríen.

El miércoles, Héctor lleva a Clara a la clínica de Andrés. En cuanto entran a su consulta, él los está esperando.

—Tenía la esperanza que vinieras sola —les dice con una sonrisa.

Clara se la devuelve, mientras se acerca para saludarlo. Héctor se mantiene a su lado y le compone una mueca a su amigo.

—Imposible, Andrés. Desde tus confianzas no le dejo solo, no vaya a ser que le venga de nuevo la vena fiestera y se me escape.

Andrés suelta una carcajada y Héctor no puede hacer otra cosa más que imitarle.

—A ver ese tobillo.

—Sí, anda mírale el tobillo —le dice Héctor, divertido.

El médico le quita la venda y añade:

—Tiene mejor aspecto, aunque...

—¡Ah!

—Lo siento, Clara. Está inflamado y aún te sigue doliendo. Deberías ir poco a poco.

Mantenlo todo el tiempo posible en reposo y te voy a dar una cremita para que este te la eche.

—¿No se lo vendas?

—No, mejor le voy a dar una tobillera. Es más cómoda, sé que ducharse es lo peor. —Y le guiña un ojo a Clara.

—Gracias, Andrés.

—Bueno, tenemos que quedar un día para cenar —añade el doctor.

—Ni loco —contesta rápidamente Héctor.

Todos rompen a reír. A Clara le encanta la risa de Héctor, podría pasarse el día escuchándola. Está pensando eso cuando el doctor le da un golpecito cariñoso en el hombro.

—Anda, no querrás pasar todo el día mirándolo en mi consulta, ¿no?

Clara se pone colorada. Para suavizar su comentario, Andrés añade:

—Te voy a dar el alta.

—¿Puede ser a partir de mañana?

Sonríe a Clara antes de rellenarle el papel y entregárselo.

—Poco a poco, ve soltando las muletas. Crema y reposo.

—Gracias, Andrés.

Este le guiña de nuevo un ojo y le estrecha la mano a Héctor, que asiente.

Cuando están fuera de la clínica, Héctor ayuda a Clara a meterse en el coche.

—¿Dónde quiere que la lleve señorita? —le dice mientras se pone el cinturón de seguridad.

—Nada de trabajar. Necesito comprar unos regalos. Tenemos una fiesta de cumpleaños el

viernes.

—¿Tenemos?

—Sí, mi madre le organiza una comida a Carlos por su cumpleaños. Estarán todos.

Héctor mira sorprendido a Clara, que añade:

—Bueno, si quieres venir. Habrá barbacoa.

Clara está nerviosa por cómo reaccionará Héctor que hace como que lo medita para responderle:

—No puedo resistirme a una barbacoa. —Y le regala una amplia sonrisa.

Clara se acerca y le da un beso en los labios.

—Gracias, Héctor.

—Aún no he ido.

—Bueno, pero gracias.

Después de comprar se van para el piso de Héctor. En el trayecto, Clara suelta de pronto:

—Deberíamos haber pasado por mi casa para coger “cosas”.

Héctor sonríe.

—Mañana después del trabajo nos pasamos.

Clara asiente.

El jueves, Clara llega al trabajo con las muletas.

—¿Estás bien? —le preguntan sus compañeras nada más verla.

—Mejor, aunque aún tengo que llevar esto —contesta Clara señalando sus muletas.

—Pues sí que te hiciste una buena torcedura —dice Ana.

—Sí, la verdad y es un fastidio.

Al llegar Raquel a la oficina mira a Clara y le dice:

—Dichosos los ojos que te ven.

Clara compone una sonrisa y le contesta:

—Buenos días a ti también, Raquel.

Viendo que no va a poder con ella, se pierde en su despacho.

—Vino el lunes y hasta hoy —dice Natalia para apaciguar los ánimos.

—Nada, que tiene ganas de tocarme los cojones —añade Clara.

Su comentario hace reír al resto de sus compañeras.

—Vamos a ir a desayunar —dice Natalia.

—¿Queréis que os traigamos algo? —pregunta Silvia.

—No gracias, chicas —contesta Clara.

—Yo me quedo y si eso luego voy —añade Ana.

Justo cuando están en la puerta, llega un mensajero con una cesta con donuts,

muffins y otros dulces junto con un termo de té. Ambas entran con él para ver mejor de qué se trata.

—Clara, es para ti —dice Silvia, que le acerca la documentación para que firme.

En ese momento Ana coge la nota que estaba pegada al envoltorio.

—¿Un admirador secreto? Anda, lee la nota —le dice bromeando a Clara.

Esta se sonroja y coge la nota. “Ni se te ocurra salir de la oficina. Un beso, Héctor”.

Sonríe.

—¿No nos la vas a leer? Bueno por lo menos, ábrela que desayunemos —dice Ana ante la negativa de Clara, todas se ríen.

Clara quita el papel transparente que envuelve la cesta y coge un donut, ofreciendo al resto de compañeras. Coge su móvil y le manda un mensaje a Héctor:

“Vaya cesta. ¿Quieres engordarme para navidad?”.

Recibe contestación:

“Espero que te gusten y puedes compartir, si quieres”.

“Donut en la boca, riquísimo. No me han dejado elección, ya están comiendo. Gracias, guapo”.

—Bueno, ¿de quién se trata? —dice Ana con la boca llena.

—No le conocéis.

—Venga ya Clara, danos una pista o algo más de información —continúa Ana curiosa.

—A mí nunca me han mandado nada al trabajo —suelta Natalia algo

apenada.

—Ni a mí antes —añade Clara con una sonrisa.

Están rellenando las tazas con el té cuando sale Raquel.

—¿Y esto?

—Una cesta. Se la han traído a Clara —le contesta Ana.

Y añade, antes que a ella le dé tiempo de decir nada:

—Se la ha mandado un chico misterioso, no quiere soltar prenda.

Raquel mira a Clara y a la cesta simultáneamente. Parece que va a decir algo cuando se lo piensa mejor y se marcha a su despacho. A Clara le han entrado ganas de decirle que se la

ha mandado Héctor. Le hubiera gustado verle la cara al decírselo, pero se lo ha pensado mejor, no tiene ganas ni de hablar con ella.

CAPÍTULO 19

Viernes. Al salir del trabajo, Héctor ya la está esperando.

—Hola, ¿qué tal la mañana, Clara? —le dice dándole un beso en los labios.

—Bien, la pécora hoy no ha venido. Aunque mi jefe va a la comida.

—¿Y eso?

—Carlos le ha invitado. No me apetece nada la verdad, pero bueno, por lo menos sé que no va su hija.

Una vez en la puerta de casa de la madre de Clara, esta le pregunta a Héctor mirándolo directamente a los ojos:

—¿Seguro que quieres entrar? Aún estás a tiempo. Te advierto que no se lo esperan y que vas a tener ganas de salir corriendo. Yo ya las tengo, con

muletas y todo.

—Mira que eres exagerada, Clara —le contesta Héctor con una sonrisa.

—Seguro que en peores me he visto —añade.

Clara sonríe y asiente. Se gira y espera a que Héctor se baje y la ayude a salir del coche.

—Ya me contarás después si exagero o no. Pero recuerda “si no te lo pasas bien nos vamos”.

Ante el comentario, Héctor compone una mueca, son las palabras que le dijo a Clara antes de la dichosa fiesta y la culpable del mal estado del tobillo de ella.

—Vamos, además ya me conocen.

—Sí, eso es cierto, aunque en una situación diferente.

Clara coge las muletas y se dirigen a la puerta. Saca las llaves y Héctor abre.

—La comida es en la parte de atrás. En el porche.

Él asiente.

Pasan por el salón y, cuando entran a la cocina, allí está la madre de Clara sacando comida de la nevera.

—Hola, mamá.

—Menos mal que has llegado, hija. Arturo hace ya un buen rato que está aquí.

Esto lo dice sin levantar la cabeza de los platos.

—Él es el jefe —le contesta.

—Sí, sí... anda pasa, y...

—Mamá, ¿puedes mirarme?

—Estoy ocupada...

—Mamá —le dice ahora Clara en un tono más enérgico.

Entonces esta no tiene más remedio que levantar la cabeza y al hacerlo repara en que no está sola. Héctor le sonrío apoyado en el marco de la puerta. Sofía no dice nada. Clara sonrío ante ese hecho, no cree recordar la última vez que su madre se quedó sin palabras.

No quiere ser mala con él y le dice:

—Mamá, Héctor. ¿Te acuerdas de él? Lo conociste en la casa de...

—Sí, sí. En la casa de Mercedes y Ramón. El hermano de Borja. Pero pasa, pasa, Héctor.

—Se acerca a él y le da dos besos.

Clara sigue divertida la escena. A eso que Carmen, la tía de Clara, entra en la cocina.

—Hola, cariño.

—Hola, tía. Él es... —empieza a decir pero su madre no la deja terminar.

—Es el hijo de Mercedes y Ramón, Héctor. ¿Te acuerdas? Al pobre lo despertamos.

Clara mira al cielo y suspira, pues piensa que esto solo acaba de empezar.

—Ven Héctor hijo, que te voy a presentar al resto —le dice muy solícita Sofía.

Héctor, muy considerado, pone la mano en la espalda de Clara.

Carmen repara entonces en que ella lleva muletas y le pregunta:

—¿Qué te ha pasado? ¡Por dios, Clara!

—Tía, deja a dios en paz, solo es una torcedura de tobillo.

—¿Seguro que estás bien?

A Clara no le da tiempo de decir nada más, Sofía ya ha salido al jardín y reclama la atención de todos.

—Él es Héctor Extremera, el hijo mayor de nuestros amigos Mercedes y Ramón.

Clara pone los ojos en blanco. Ha visto una vez a sus padres y ya son amigos, no puede creérselo. Además, no ha dicho nada de que va con ella. No le importa en realidad, pero podría haberlo mencionado. Se ha dado cuenta también de que al decir el nombre ha mirado a Sofí con ternura y como pidiéndole perdón por presentarlo. Héctor, al que todos están mirando ahora, saluda. Carlos que estaba junto a la barbacoa, se acerca y le tiende la mano.

—Gracias por venir Héctor, me alegro de volver a verte.

—Igualmente Carlos y felicidades.

—Vamos, al resto ya los irás conociendo.

Asiente. Entonces las dos sobrinas de Clara sueltan un grito.

—¡Tita, tita! —Y se lanzan a por ella.

Como las ha visto acercarse, suelta justo a tiempo las muletas apoyándolas en la pared.

—¡Hola, monstruitos! —les dice abrazándolas.

—¡Tita! —protesta Paula, la mayor.

—¡Joder! Cómo habéis crecido —añade Clara.

—No digas palabrotas, tita —le dice ahora Andrea, la más pequeña—. Te

vamos a tener

que castigar.

—¿Castigar? ¿A mí? —Y antes que pueda contestarle, la coge en brazos y empieza a hacerle cosquillas en la barriga.

—¡Qué hambre tengo! Aún no he comido así es que voy a empezar por este renacuajo.

La niña se parte de la risa. Clara la suelta en el suelo.

—Creo que me he quedado con hambre. Sí, aquí hay otro renacuajo.

Coge a la mayor y le hace lo mismo.

Andrea le tira ahora de la camisa y le dice:

—¿Y el regalito, tita?

—Eres... será posible. Solo me quieres por el regalito.

El resto ya está a lo suyo. Héctor vuelve junto a Clara, tuvo que apartarse para saludar a Carlos.

—No os lo vais a creer. Venía para comer y un hombre muy guapo y fuerte me los ha quitado.

—¡Tita, no! —contestan en un grito ambas niñas.

—Quería vuestros regalos.

—Nooooo —dicen a la vez.

—¿Pero sabéis lo que he hecho?

—¿Qué tita? ¿Qué?

—Me lo he traído conmigo.

Entonces las dos niñas se dan cuenta de que se trata de Héctor y que en su mano izquierda tiene las bolsas con los regalos. Se abalanzan a por él.

—Bolsa roja Paula, y bolsa verde Andrea —le dice cerca del oído.

—¿Eres mi tito? —pregunta entonces la pequeña.

Ambos se ríen divertidos y las ayudan a abrir los regalos.

—¡Ah! ¡Mamá! —dice ahora Paula.

Las dos salen corriendo en busca de su madre que las coge antes, pues ya se acercaba a ellas.

—Clara, me las malcrías.

—Son mis únicas sobrinas, déjame hacerlo —le replica ella guiñándole un ojo.

—Dadles las gracias a la tita, son las muñecas que queríais. Y bien pensado, las dos iguales.

—Siempre se pelean —le dice Clara a Héctor, mientras hace las presentaciones.

Se les ha unido Miguel.

—No habéis abierto el otro regalo, ¿no chicas?

—Es ropa mamá —dice la mayor sin intención de hacerlo.

—Ábrelo listilla —añade Clara.

Le hacen caso y cuando consiguen sacarlos del papel de regalo, se les ilumina la cara.

—No me lo puedo creer, Clara —le dice Julia que la mira atónita.

—A juego con las muñecas —responde ella encogiéndose de hombros.

—¡Son disfraces! —reconoce ahora Andrea con una amplia sonrisa.

Las sobrinas se les enganchan a las piernas de Clara agradecidas.

—¡Vamos a comer! —grita entonces Carlos.

Miguel mira a Clara y le dice:

—Sentaos con nosotros.

Las niñas que lo han oído añaden:

—¡Sí, tita!

—Será lo mejor —contesta ella.

Cuando se acercan a la mesa, Sofí se levanta y se acerca a Clara.

—Que sepas que estoy enfadada contigo hermanita. Yo contándote lo de su hermano...

Es el momento en el que Héctor se escabulle y se sienta donde Miguel le indica.

—Yo no le he dicho nada, Sofí.

—¿Por qué no me lo has contado, Clara?

Esta encoge los hombros y añade:

—¿Está aquí, no?

—Sí, pero...

—Nada de exclusivas, todos de golpe.

Sofí hace una mueca y se va para Héctor a saludarlo. Cuando Clara se sienta a su lado, él le sonrío.

—Sí que se parece a mi hermano.

Ambos se ponen a reír.

Miguel ya le había dado una cerveza a Héctor y ahora le tiende una a Clara. Cuando la

abre y empieza a beber se da cuenta que él la está mirando, tiene una ceja arqueada.

—¿Qué?

—Las pastillas...

—¿En serio?

Carlos se acerca con una bandeja de carne y Sofía les obliga a coger varias veces de distintas fuentes que hay repartidas por la mesa. Clara las rehúsa, prefiere la carne que va sacando Carlos.

—Las ha hecho tu tía —le reprocha su madre.

—Muy bien, mamá. Ya lo he entendido la primera vez que me lo has dicho.

—Cómo te pones Clara, hija. ¿Quieres más, Héctor?

—No señora... —le está contestando cuando le interrumpe.

—Sofía, nada de señora, que me haces muy mayor.

Sonríe y Héctor la imita. Clara sabe que le ha caído bien a su madre y no se sorprende de que él sepa cómo tratarla, no le pasa como a ella.

—Toma, Héctor —dice Carlos echándole unas chuletas en su plato.

—Empieza a decir que no, o no te vas a poder levantar nunca —le comenta Miguel cariñosamente.

Todos se ríen.

Ahora las sobrinas reclaman a Clara para que se vaya a jugar con ellas.

En el jardín hay una zona solo para juegos. Antes de irse, le pregunta a Héctor cerca del oído:

—¿Estarás bien?

Este asiente y le sonrío. Clara le da un beso en la mejilla.

Cuando lleva un rato con sus sobrinas, Clara busca a Héctor con la mirada. Lo encuentra hablando con Carlos y Arturo. Un escalofrío le recorre la columna vertebral, espera que no le cuenten la aparición de Alberto y lo del trabajo. Lo último que quiere es tener que volver a hablarle de él a Héctor. No le apetece nada. No es agradable que a la persona con la que estás le acose un anterior rollo y mucho menos que siga tus pasos para recuperarla.

Todo esto está en la cabeza de Clara mientras tiene que levantar de vez en cuando el pie, le molesta. No ha dejado de columpiar a las niñas, parecen no cansarse nunca. Pueden estar horas así, les encanta.

—Relevo —dice una voz a la espalda de Clara.

No tiene que volverse para saber quién es. Esa voz la reconocería en cualquier sitio.

—Anda, sube que os empujo.

Ahora se gira y le da un beso a Héctor en los labios, este sonrío.

Ha podido por fin escaparse de la charla de Carlos y Arturo. El padrastro de Clara le cae bien pero su jefe... Si por él fuera ahora mismo haría una llamada y le cerraría la empresa.

No puede soportar la idea de que no traten bien a Clara.

—Chicas, dejadme sitio. Ha venido un hombre muy fuerte que dice que nos va a empujar a las tres.

—¡Bien! —gritan a la vez las dos niñas.

—¡Sube ya, tita! —le recrimina la pequeña impaciente.

Así están hasta que Sofía les reclama para la tarta.

—Vamos, que al abuelo le toca soplar las velas.

—Tenéis que ayudarle —añade Clara a las niñas.

Ambas salen corriendo.

Héctor apoya la mano en la espalda de Clara, acompañándola a la mesa. En el corto trayecto levanta una ceja y la mira.

—Debes sentarte un rato, te duele el pie.

No le ha preguntado, lo que desconcierta un poco a Clara que cree que no se le nota mucho la cojera.

—Toma, tita —le dice Andrea a Clara, entregándole un táper.

—Las hemos hecho nosotras. Bueno, mamá nos ha ayudado —añade Paula, que mira a su

madre que está junto a ella.

Héctor y Miguel también están cerca. Las niñas están mirando a Clara a ver lo que dice.

Coge una y se la mete en la boca, entonces se pone a gritar, agarrándose del cuello:

—¡Puag! ¿Esto qué es? Están malísimas. Creo que tengo ganas de vomitar.

Están horrorizadas. Cuando se dan cuenta que su tía parece que va a vomitar sobre ellas se ponen como locas a gritar, corriendo a esconderse tras su padre.

—¡Papá, papá! ¡La tita quiere vomitarnos encima!

Todos se ríen y Clara en ese momento coge otra galleta y se la come,

sentándose un rato para descansar. Ahora le tiende el táper a Héctor para que coja una.

—Eh, monstruitos, ¿puede Héctor comerse una?

Ambas responden que sí con la cabeza, aunque permanecen escondidas entre las piernas de Miguel.

Carlos apaga las velas, les dan los regalos y todos comen tarta.

—Hija, ¿puedes ayudarme en la cocina?

Clara mueve afirmativamente la cabeza. Mira a Héctor que le sonrío.

—¿Quieres otra cerveza? —Es lo último que escucha ella antes de coger platos de la mesa y marcharse a la cocina.

Una vez dentro, su madre la mira muy seria.

—Deja de comportarte como una tonta. Estás con Héctor Extremera.

—¿Para eso me has llamado, mamá? —le contesta más seria Clara.

—¿Cómo ves a tu hermana? —añade cambiando de tema.

—Con los ojos —suelta Clara.

—¿Puedes tomarte algo en serio, hija? —le reprocha su madre.

—Sí. Joder, la veo bien, como siempre.

—¿No te parece muy desconsiderado por tu parte venir con el hermano de su ex, al cumpleaños de vuestro padre y no contarle nada?

—La verdad es que no. ¿Te pareció a ti desconsiderado llevarme a su casa para molestar a toda su familia? —Clara no deja que su madre le conteste, añade:

—Además, no sé de qué te quejas. Siempre me estás diciendo que me busque

a alguien y hoy que lo traigo no te alegras. No hay quien te entienda.

—Eres... —es lo único que ha conseguido responder Sofía.

—¿Qué mamá? —le desafía Clara a que le responda.

No puede hacerlo, ha entrado en la cocina Carmen e interviene en la conversación.

—Chicas, ¿podemos tener la fiesta en paz?

Clara se encoge de hombros.

—Yo no he empezado tía. Depende de ella. —Y señala con la cabeza a Sofía.

—Eres imposible, hija.

—Y tú.

Clara decide que ya ha terminado la discusión y sale de la cocina echando chispas. Busca a Héctor que está hablando con Miguel. Mientras que sea con él con el que hable no le importa, se dice buscando con la mirada a Sofí. Se acerca y habla con ella.

—¿Te molesta de verdad que haya traído a Héctor al cumpleaños?

—No, ¿por?

—Tu madre dice...

—¿Qué dice nuestra madre?

—Nada, da igual. Pero si te molesta podemos irnos ya.

—No seas tonta, Clara. ¿Otra vez habéis discutido? Siempre igual —añade sin esperar a que ella se lo confirme.

—No sé de qué te sorprende.

—Tienes razón. Hermanita, me alegro de que por una vez salga algo bueno de una relación mía.

Ahora Clara mira sorprendida a Sofí, no se esperaba un comentario de su hermana como ese. Pensando en alguien aparte de ella misma... esto es para anotar, se dice con una sonrisa. Decide preguntarle por él.

—Dime Sofí, ¿cuándo lo viste por última vez?

—El viernes en una discoteca.

—¿Y hablasteis?

—Él estaba con una chica y yo... también estaba con alguien.

—¿Y? —le pregunta Clara intuyendo que ahí no acaba la cosa entre ambos.

—Que el sábado hablamos por teléfono y quedamos.

—Sofí por dios, ¿otra relación en círculos?

—Odio que las llames así.

—Es que no aprendes.

—Borja es distinto, nuestra relación es...

—Sí, ya, es el amor de tu vida. Sofí en serio, si me necesitas llámame, ¿vale?

Esta asiente.

Clara ve a Carlos que está sirviendo copas.

—Anda ponme una, viejito.

Este se ríe y le sirve.

—Gracias por venir, cariño. Sé que sigues enfadada por lo de ir a su casa aunque...

—¿Sí? —le anima para que continúe.

—Parece que no salió muy mal del todo.

—No, parece que no. Puede que al final hasta te lo agradezca.

Carlos le sonrío y ella añade:

—Vale, ya te lo agradezco.

Sonríe aún más.

—Por lo menos parece que no metí tanto la pata. Algo he hecho bien por fin.

—No te pongas en plan víctima como mi madre, que ya he tenido bastante —
le reprocha

ahora Clara.

—¿Discutiendo otra vez?

—Otra vez.

—¿No os cansáis, hija?

—Yo sí, pero... en fin es mi madre, no voy a abandonarla ahora.

—No seas mala, Clara. ¿Qué te ha dicho si puede saberse?

—Cosas, da igual. Anda, dime el veredicto.

—¿Te gusta, eh? —le contesta Carlos con una pregunta.

Clara asiente. Ambos están ahora observando a Héctor que sigue charlando con Miguel.

Parecen cómodos ambos hombres.

—Me sorprende que lo hayas traído —dice Carlos sacándola de su

ensimismamiento.

—Y a mí. No sé si superará esto.

—No somos tan malos, cariño.

—No lo digo por eso —contesta Clara con una sonrisa.

—La gente supera las presentaciones familiares. Tú lo hiciste hace tiempo.

—Sí y ya ves cómo acabó —dice ahora Clara muy seria.

—Todo va a ir bien. Si no te arriesgas...

Clara asiente.

—Arturo me ha estado hablando de... —dice Carlos cambiando de tema.

Clara le interrumpe y se vuelve para mirarle con el ceño fruncido.

—Trabajo, no.

—Es que está preocupado...

—Por favor Carlos, déjalo. Es viernes y quiero olvidarme del puto trabajo. —
Y dando por zanjada la conversación sale disparada en busca de Héctor.

—¿Todo bien, chicos? —Sonríe para animarse.

—Estábamos intentando encontrar amigos comunes de la universidad.
Creemos que coincidimos en un par de fiestas —le responde Miguel.

—Es verdad, casi se me olvida que sois igual de viejos.

Clara sonríe y ambos la imitan. Es Miguel el que vuelve a hablar:

—Muy graciosa, jovencita. Ahora en serio, pareces...

—Charla con mi madre, luego con Sofí y tu padre... creo que me voy a tomar

esto de un

tirón. —Hace una mueca mientras señala su copa.

—Exageras —dice ahora Héctor que no ha dejado de observarla.

—No, pero si quieres divertirte llama a tu hermano y dile que venga, a ver qué pasa.

—¿Mi hermano?

—Sí, parece que es una catástrofe mundial que no esté junto a Sofí.

—Ya veo —dice ahora Miguel—, parece que tu madre está cada vez peor de su enfermedad.

—Es un caso muy agudo —dice Clara.

—¿Está enferma? —pregunta algo contrariado, Héctor.

—Sofíitis — responden al unísono Clara y Miguel.

Los tres rompen a reír.

—Parece que no tiene cura —añade ella, lo que provoca que se rían aún más.

Las sobrinas pasan por su lado y Clara aprovecha para llamarlas.

—¿Sabéis qué me ha dicho la tita Sofí?

Ambas niñas niegan con la cabeza.

—Que está triste porque no habéis jugado con ella.

—¡Oh! —responden.

—Creo que deberíais ir.

—¿Sí, papá?

Este asiente con la cabeza. Se les ha unido Julia, que golpea a su marido en el hombro.

—A ver cuánto duran con Sofí, mira que sois malos...

—No le doy ni diez minutos —añade Clara.

Los cuatro miran divertidos la escena mientras se ríen.

—Oye, no hemos hablado aún de vuestro nuevo estado —dice ahora Clara mirando seria a su hermano.

—No queremos hablar de eso, aún no. No estamos preparados. Todavía no hemos encontrado el momento oportuno para decírselo a las chicas — responde Miguel, el cual parece no querer hablar más del tema.

Clara asiente y mira a su cuñada.

—Podéis contar conmigo, no te digo más, Julia.

Esta asiente.

Héctor le abre la puerta del coche y, cuando la está ayudando a salir, la coge en brazos sin previo aviso.

—¡Eh! Que puedo andar.

—Lo sé, pero echo de menos ser tu porteador.

Clara le pasa sus brazos por el cuello y apoya su cabeza en su hombro.

—Gracias, Héctor.

—Son solo unos pasos al piso.

—Por ir conmigo a la comida y por aguantar hasta el final.

Héctor sonrío y le da un beso en la frente.

—¿Sabes una cosa? —dice Clara de pronto—. Me encanta tu voz. Cuando estábamos en la habitación con mis sobrinas y le has leído... casi pierdo la compostura.

Ahora la mira divertido y niega con la cabeza. Añade:

—No tienes remedio.

Se lo dice muy cerca del oído.

—No seas malo, sabes que...

—Me apetece un baño —la corta él, esta vez acariciándole con los labios el cuello.

Clara cree que se va a desmayar. Se le ha acelerado el pulso y, cuando entran en el ascensor, ella va directa a por sus labios.

Se quita los zapatos y se sienta en el filo de la bañera para revisar el agua y poderse desatar la tobillera. Cuando está a punto de bajarse los pantalones, Héctor entra y se queja:

—¡Eh, espera!

Lleva dos vasos y le acerca uno a Clara. Ella lo prueba.

—¡Umm! Licor de almendras, te has acordado.

—Tengo buena memoria.

Clara sonrío ante el comentario, es lo mismo que ella le contestó cuando le pidió a él el café.

Héctor le quita el vaso de las manos y lo coloca junto al suyo en el filo de la bañera.

—¿Vainilla? —le pregunta ella.

Héctor asiente, sabe que a Clara le gusta la espuma con ese olor. Se acerca a

ella.

—Creo que voy a ayudarte. —Y le pone las manos en su cintura.

Le termina de desabrochar los pantalones y se los baja lentamente. Después se va por su camisa. La rodea con sus brazos y le desabrocha el sujetador, todo sin tocarla. Ella permanece quieta y desnuda frente a él.

Ahora Héctor empieza con su ropa, mientras, Clara le observa. La coge en brazos y la mete en la bañera.

—¿Está bien el agua? —le pregunta de nuevo en su oído.

Clara asiente y se tumba, cerrando por un momento los ojos.

—¿Cansada?

—Un poco, mis sobrinas pueden conmigo.

Él se tumba, cada uno en una esquina, frente a frente. Beben y disfrutan del baño en silencio.

Clara tiene los pies de Héctor en sus manos y los masajea. Él tiene los de ella y hace lo

mismo, sobre todo el tobillo dolorido.

—Fui un estúpido, creí que todas las chicas sabían usar tacones.

Clara aprieta las plantas de sus pies.

—Aún no te has dado cuenta que no soy una chica normal. —Y sonrío, aunque intenta hacerse la ofendida.

—Sí que me he dado cuenta, cariño —le contesta divertido.

—Eso espero —dice Clara soltando sus pies.

Ella apura su vaso y se acerca lentamente.

—Tengo que darte varias gracias.

Ahora se ha colocado a horcajadas sobre él.

—Gracias por acompañarme.

—Lo he pasado muy bien —le contesta Héctor.

—¡Shusss! Gracias por aguantar a mi familia. —Ahora le pasa las manos por los brazos, los hombros, el pecho...

—Gracias por ser como eres.

Y antes de que él pueda decir algo se va a por sus labios y le besa, llevando sus manos a su pelo.

CAPÍTULO 20

—No quiero levantarme de la cama —dice una Clara perezosa.

—Bueno, podría traerte también el almuerzo.

Ella sonrío ante la respuesta de Héctor. Como no se levantaba para desayunar, le llevó magdalenas y un té a la cama.

—No me tientes... —responde con una sonrisa.

—Tengo que trabajar un poco, ¿te importa?

Clara hace una mueca, pero contesta:

—Mientras que no me pongas a trabajar a mí... no, no me importa. —Y le vuelve a sonreír.

Héctor se ha puesto unos pantalones de chándal que le quedan justo por debajo de las caderas. Se da cuenta de que Clara no le quita ojo y añade:

—¿Te gusta lo que ves?

—Sí, podría estar así todo el día.

—Soy un hombre florero.

Clara suelta una carcajada. Héctor la imita.

—Me voy ya, o no vamos a salir de la cama ninguno de los dos en todo el día.

—Qué buen plan —contesta divertida.

Cuando por fin consigue levantarse, se ducha. Se pone unas bermudas y una de sus camisetas y baja al despacho de Héctor. Allí está de pie mirando por los ventanales y hablando por teléfono. No quiere interrumpirlo así es que se escapa en silencio. Cuando llega a la cocina abre el frigorífico y ve unas bandejas de carne.

—Hola, señorita —le dice él agarrándola por la cintura.

Ella coge el zumo y cierra el frigorífico. Se sirve un vaso y se lo ofrece primero a Héctor que no la ha soltado durante el proceso.

Como sigue con sus manos en Clara, ella tiene que darle de beber. Rellena de nuevo el vaso y bebe.

—¿Plan para hoy? —dice ella.

—Te voy a hacer de comer —le contesta.

Ella tiene que cerrar los ojos por un momento. Nota la respiración de Héctor en su cuello y cómo él se distrae con un mechón de su pelo.

—El plan de no salir de la cama no me parecía mal plan —replica ella.

Nota cómo él se ríe. Aún no se ha girado ni la ha soltado. Tiene que apoyarse en la encimera para no perder el equilibrio.

—Debes ponerte la tobillera.

—Se me ha olvidado doctor.

Ambos sonrén.

—Vete a leer un poco y cuando esté la comida lista voy a por ti.

—Sí, jefe.

—Aún no, pero...

Ahora Clara se gira y le planta un beso en la boca, haciendo que Héctor no siga hablando.

Cuando se separan están sin aliento. Clara se relame los labios, saben a zumo de naranja.

—Sal ya de la cocina, tengo que prepararte algo rico y contigo se me van las cosas de la cabeza —dice Héctor.

Ella se acerca aún más y hace un amago de besarle en la boca para irse a su cuello. Desde allí habla:

—Si me necesitas... estaré en la biblioteca. —Y sonrío, saliendo disparada de la cocina.

Cuando Clara entra en la habitación, recuerda que ya había terminado el libro que empezara el sábado pasado. También Héctor había decidido hacer de comer, vaya, piensa ella, podría acostumbrarme a esto. Sonríe. Se pone a buscar un nuevo libro para leer y repasa las estanterías. Le llama la atención unos títulos de un autor desconocido para ella, decide coger uno. Al leer la contraportada descubre que se trata de poesía erótica. Sonríe.

Se pregunta si Héctor los habrá leído y fantasea con la imagen de él en el sillón orejero...

céntrate Clara, se dice sin dejar de sonreír. No lo suelta, sino que se sienta y comienza a leer.

—Hola.

Clara se sorprende al oír tan cerca a Héctor, estaba muy concentrada en su lectura.

Ella deja el libro en el suelo y lo mira. Le sonrío.

—La comida ya está casi lista. Ven que te llevo. —Y se acerca para cogerla en brazos.

—Héctor, sabes que puedo andar, ¿no?

Él le contesta con una sonrisa traviesa:

—Sí, pero me gusta llevarte.

Ella asiente.

Ya en sus brazos le dice:

—¡Joder! Qué bien hueles.

Él la mira, confuso.

—¿Barbacoa? —añade.

—Pues sí que tienes buen olfato.

Ya han llegado al salón y Clara hace el gesto para que él la baje, pero Héctor continúa hasta la terraza. Allí ha preparado la mesa.

Clara ve ahora que hay un par de hamacas y una gran barbacoa americana de gas. Héctor no pierde detalle de lo que Clara está mirando, esta añade:

—¡Joder!

—Eso ya lo has dicho antes —replica Héctor riéndose.

—¡Menuda barbacoa!

También hay sobre la mesa una ensalada y dos copas de vino tinto.

—Eres imposible, Héctor. ¿Todo lo has montado en una mañana?

Ella le mira directamente a los ojos sorprendida sin dejar de estar agarrada a su cuello.

Aún, Héctor no la ha bajado al suelo.

—Me cunde más que a cierta señorita las mañanas de los sábados. —Sonríe.

—Creo que estás loco, pero me encanta. Anda, suéltame ya en el suelo.

Este se resiste y ella le planta un beso en la boca que le pilla desprevenido y casi pierde el equilibrio.

Comen y beben haciendo la sobremesa en la terraza. Tumbados en las hamacas y con el

sol como compañía. Clara no deja de mirar las vistas que, desde el primer día, le han gustado tanto.

—Este sitio es cojonudo, Héctor.

Ella tiene su mano sobre la de él y se la aprieta.

—Creo que ahora está mejor aprovechado.

Clara está pensando que es el sitio perfecto, con el hombre perfecto. Como ya hace buen tiempo están pasando una tarde al sol y muy tranquila. Ambos tienen sus caras relajadas y algo más sonrojadas, no saben si por el tiempo que llevan allí o por el vino.

Cuando ya está anocheciendo le vibra a Héctor el móvil.

—Tengo que contestar, es mi madre.

Clara asiente y aprovecha para levantarse.

Recoge la mesa y, al volver, él sigue hablando por teléfono, así es que lo coge de la mano y le lleva hasta la biblioteca. Él la mira interrogante, pero

ella no le dice nada. Le hace sentarse en el sillón orejero mientras que ella lo hace en el suelo.

Cuando Héctor termina de hablar, deja el móvil en el suelo. Ella coge el libro, lo había

dejado allí mismo antes de comer, se lo acerca a él y se lo abre por donde se quedó. Él la mira sorprendido y algo divertido, ha reconocido el libro.

—¿Te gusta esta poesía, Clara?

—No había leído nada así antes pero no está mal. Aunque...

—Aunque...

—Quiero que me leas, Héctor.

Él la mira sorprendido, pero al ver la mirada de Clara asiente y, aunque se toma su tiempo para empezar, cuando lo hace ya tiene toda la atención de ella.

Clara está maravillada con la voz de Héctor y la combinación con esas letras la están excitando hasta volverla loca.

Lentamente y para no desconcentrarlo, ella se arrodilla delante de él y empieza a tocar sus pies descalzos. Sube por sus tobillos, los fuertes gemelos, sigue subiendo muy despacio.

Héctor deja de leer y mira excitado a Clara. Esta se para y niega con la cabeza.

—No dejes de leer.

Él la observa y le obedece. Hay un brillo sensual en su mirada.

Clara se sobresalta, está algo desorientada.

—No te preocupes guapa, te llevo a la cama.

Ella sonríe.

Ahora puede ver en la penumbra la puerta de la biblioteca y cómo salen al pasillo. Han debido de dormirse, fuera está todo en total oscuridad, es tarde. Se abraza con fuerza al cuerpo desnudo de Héctor.

CAPÍTULO 21

Clara está trabajando cuando recibe un mensaje. Se sorprende y se queda mirándolo para asegurarse de que es correcto lo que lee. Es su amigo Lorenzo. “Llego a las tres de la tarde. Recógeme”. Lo lee varias veces. Está que no sabe si mandarle a la mierda o pasar de él. Decide no contestarle, es lo mínimo que se merece por no hacerle caso en tanto tiempo. Manda un mensaje a Héctor.

“Recojo a Lorenzo a las tres, lo llevaré a comer. ¿Te apetece venir?”.

“Necesitáis tiempo para ponerlos al día”.

“Es un capullo. Me estoy pensando aún en lo de ir a recogerlo”.

“Clara”. Héctor entiende que está dolida por no tener noticias de él, pero en el fondo se muere de ganas por verle.

“Héctor”.

“No te preocupes, te contaré por qué se ha portado así”.

“Eso espero, aunque no sé si quiero saberlo”.

“No seas mala con él, ahora mismo le compadezco”.

“Grrr”.

“Ja, ja”.

“¿Estás liado?”.

“Para ti no”.

“Buena respuesta. Creo que va a ser un largo día”.

“Nos vemos esta noche, Clara”.

“Ansiosa”.

“Desesperado”.

“Te lo compensaré”.

“Ansioso”.

“Desesperada”.

“Ja, ja”.

“Besos, guapo”.

A las tres, está Clara en la salida del aeropuerto esperando a su amigo.

Lorenzo al verla allí plantada suspira, creía que no iba a aparecer. Seguro que le espera una buena, conoce el carácter de su amiga a la perfección. Cuando se acerca a Clara frunce el ceño. Ella lleva un cartel en el que pone: “Señor Capullo”. El resto de pasajeros

que pasan a su lado se ríen al verlo. Ella no muestra ninguna emoción ni cambia su expresión. Al plantarse delante coge el cartel y sonríe. Lo alza y dice en alto:

—¡Este soy yo!

Una pareja que casi tropieza con él, rompe a reír.

Lorenzo no le quita los ojos de encima a Clara, que tampoco ha apartado su mirada de él.

Entonces ella le coge una de las bolsas que lleva en la mano y se gira, empezando a andar hacia el parking. Bueno, se dice Lorenzo, por lo menos no se ha puesto a insultarme en medio del aeropuerto. Suspira algo aliviado,

aunque sabe que de un momento a otro ella va a gritarle.

Clara no está segura pero cree haber visto a su amigo muy desmejorado. Ha perdido peso y no tiene esa fuerza que le caracteriza.

Cuando llegan a su coche, abre el maletero y mete la bolsa dentro. Este la imita y suelta las dos maletas que llevaba. Antes de que ella baje de nuevo el maletero, él la abraza.

—¡Cariño, te he echado de menos! —Y se pone a llorar.

Clara se ha quedado sin saber qué decir, lo último que se esperaba era esa reacción de su amigo. Se le ablanda el corazón, no puede pensar lo que le ha tenido que pasar para que se comporte así.

Se tiran un buen rato hasta que Clara habla:

—Tienes un ratito en coche para que se te pase antes de que lleguemos a nuestra pizzería.

Allí me vas a contar todo lo que te ha ocurrido y no vas a omitir ni un detalle.

Lorenzo se limpia con la manga de la camiseta las lágrimas y asiente.

Clara, antes de que se metan en el coche, lo vuelve a abrazar.

Una vez sentados en la pizzería, Clara mira a Lorenzo, parece muy triste. Ha pedido una botella de vino y la comida. Él no ha abierto la boca todavía. Ella decide ayudarle a que comience:

—Lorenzo, ya es hora de soltarlo todo y empieza por el principio. —Clara se calla y mira a su amigo.

Este da un sorbo a su copa y muy despacio empieza a hablar.

—Al principio todo fue muy bien. El piso estaba a pocos kilómetros del centro de Londres, en metro eso no era nada. La vida en pareja iba genial, como aquí antes de irnos.

Entonces de pronto todo cambió. De eso hace tres meses. —Se calla por un momento.

Clara echa para atrás en el tiempo y le cuadra la fecha. Coincide cuando su amigo dejó de comunicarse con ella. Lorenzo toma aire y continúa:

—Yo no encontré trabajo, así es que me estaba empezando a desesperar. Esto no ayudaba, pasaba mucho tiempo solo en casa. Pero lo peor vino cuando la jefa de Edu empezó a presionarlo y a acosarlo. Intuía que algo no iba bien hasta que por fin me lo contó. Se estaban acostando juntos. ¿Te lo puedes creer? Se tiraba a su jefa por el trabajo. Pero lo

peor es que empezó a acompañarla a fiestas y reuniones sociales. La muy... no quería que nos vieran juntos y así se lo dijo a Edu, no podía seguir apostando por él si seguía siendo gay. ¿Seguir siendo? Que yo supiera eso es lo que era y es, aunque creo que al final al muy canalla le iba ese rollo. Yo estaba en un segundo plano y metido en casa, imagina, mi cabeza todo el día pensando... —Lorenzo se para y mira fijamente a Clara, que no le ha dejado de observar en todo momento.

Ella no dice nada, no puede. Tiene un nudo en la garganta que le ha impedido comerse su plato. Lorenzo sigue hablando:

—Cada vez era más difícil la convivencia y yo no paraba de reprocharle cosas. Ayer me decidí y saqué el billete. Me he vuelto con las maletas y ni un duro en el bolsillo. Creo que estoy vacío por dentro y por fuera. Estoy solo de nuevo y sin dinero. No me siento bien desde hace tiempo y no he podido superar esta relación. Estoy hecho polvo y no quiero que me regañes. Menudo amigo que tienes. —Ahora se queda callado y mirando a su plato.

Tampoco ha comido mucho. Clara suspira y se pone a hablar:

—No te voy a regañar. Estaba cabreada porque pasabas de mí y ahora lo entiendo. Me duele que no confiaras en mí y me lo contaras. Yo creía que éramos amigos, los mejores.

Por lo menos para mí siempre ha sido así, ¡joder! Ahora...

—¿No crees que sigamos siendo amigos? —le pregunta Lorenzo algo alarmado y triste.

—Ahora solo quiero coger un puto avión y darle un puñetazo a ese cabrón.

Lorenzo sonrío y añade:

—Clara, eres mi mejor amiga.

—Sí, ya, por eso te has tirado tres meses sin dar señales de vida y encima soportando a un capullo.

Llega el camarero a retirar los platos. No piden postre, pero sí una copa.

—Te he echado de menos amiga —continúa Lorenzo—. De verdad —añade ante la cara

de Clara—. No tenía fuerzas para contártelo. Ha sido un auténtico fracaso y ya sabes cómo me pongo cuando las cosas no salen como yo quiero.

—Lo sé y por eso precisamente deberías haber contado conmigo.

—Soy un desastre cariño, pero necesito amor y no que me regañes.

—Otra vez con lo de que no te regañe, ¿soy tu amiga ogro o algo así?

Lorenzo sonrío de nuevo.

—Lo siento Clara, pero es que siempre eres muy directa, lo ves todo tan fácil. Para ti todo es blanco o negro, y...

—Y tú ves tantas tonalidades, Lorenzo... —completa ella—. Que sepas que eres un capullo y debería estar muy enfadada contigo.

—¿Deberías?

—Sí, debería. Estoy muy contenta porque estés de vuelta, aunque... quiero pegarte.

Lorenzo suelta ahora una carcajada.

—Eres increíble cariño y te quiero.

—Pelota... —le contesta una Clara que se ríe aunque intenta disimularlo—. Entonces supongo que... ¿historia acabada? —pregunta ella.

—Historia acabada y enterrada. Necesito reconstruirme.

—Chico, pareces muy maduro. ¿Seguro que eres Lorenzo Vázquez? Lo mismo el que conocí se ha quedado en Londres.

—Muy graciosa, como siempre. Lo echaba de menos. Eso y... los tacos.

—¿De carne y verdura? —le dice Clara burlándose de él.

Ambos se ríen.

—Si llego a saber que no me vas a gritar me vengo antes.

Clara se queda muy seria.

—¿Arrepentido?

Lorenzo medita la respuesta y niega con la cabeza.

—Ya sabes Clara, el que no arriesga... —Ella asiente.

Sabe que su amigo le dice la verdad pero en el fondo se siente culpable por lo mal que lo ha debido de pasar. Es tan sensible.

—Bueno, ya me he cansado de hablar de mí.

—Eso es imposible —le corta Clara.

Ambos se ríen.

—Ahora me vas a contar cómo ha ido todo por aquí, seguro que no ha sido tan... como mi vida, pero estoy intrigado.

—Uf, no sé por dónde empezar. Bueno, sí que lo sé. Mi padre y Esperanza están juntos y me la ha presentado oficialmente.

—Vaya, por fin —le interrumpe Lorenzo.

—Eso mismo le dije yo. Mi madre sigue igual de insoportable que siempre.

Lorenzo se ríe.

—Miguel está embarazado de nuevo y están intentando afrontarlo.

—A por la familia numerosa.

—Sí, aunque están acojonados. Vamos y te sigo contando por el camino.

—De acuerdo, estoy cansado del viaje. Además, hace tiempo que no duermo bien.

Así van por el coche y se dirigen al bloque de ambos.

—Sofí ha encontrado al vigésimo octavo amor de su vida, aunque ahora mismo es su vigésima octava relación en círculos —continúa Clara.

—Cuenta con más detalles.

—Cotilla... —Clara sonrío para seguir con el tema.

—Salió de marcha un jueves y el domingo, como no daba señales de vida, su madre montó una visita a las nueve de la mañana a la casa de ese chico. Imagina, primero el interrogatorio que le hizo a Valle y segundo, la cara cuando llamaron al timbre de esa casa.

Y lo mejor...

—¿Hay más? —pregunta divertido su amigo.

—¿Adivinas a quién le tocó llevar al cuarteto a casa de ese chico?

Lorenzo rompe a reír.

—Sí, muy gracioso. Pues allí estaba yo también a las nueve de la mañana en la puerta de la casa de Borja, que así se llama. Bueno la cosa es que no estaban, se habían ido a pasar el fin de semana a París. Ya te contaré más detalles. —Con ese comentario final ha parado el aluvión de preguntas que sabe que le iba a hacer su amigo.

Han llegado al parking.

—Tu casa... debe estar hecha un desastre. Quédate en la mía mientras la acondicionas. No hay comida, pero... —Clara ha aparcado en su plaza de garaje y apaga el motor del coche.

Sigue parada con las llaves en el contacto. No ha dejado de mirar al frente, aunque sabe que su amigo aguarda mirándola directamente.

—¿Clara?

—No estoy viviendo aquí. Bueno, en realidad...

—¿Cómo? ¿Qué no me cuentas? —Clara sale del coche sin hacer caso a las protestas de

Lorenzo.

Se pone a sacar las maletas.

—Clara Jiménez, cuéntamelo ya.

—Tengo... ¡joder! Estoy con alguien y vivo con él.

Esta última frase la dice Clara de carrerilla, sin tomar aire. No sabía cómo decirlo, pero así le ha salido.

—¿Desde cuándo? —le pregunta ahora Lorenzo.

—No hace mucho. —Clara mira a su amigo que la observa confuso.

—Tenías que haber empezado por ahí. ¡A quién le importaba cómo me había ido en Londres!

—Anda ya, Loren.

—No me llames así, sabes que lo odio.

—¡Joder! Subamos.

Ya en su casa, Clara deja las bolsas de Lorenzo en el suelo y las llaves en la entrada.

—Clara, siéntate ahora mismo y háblame de él —le dice muy serio su amigo.

Ella le obedece.

—Verás, cuando fui a casa de Borja sus padres no estaban solos. ¿Te he dicho que sus padres invitaron a comer al cuarteto?

—No, pero no me distraigas. No estaban solos...

—El hermano de Borja estaba con ellos.

—¡Qué bonito! ¿Habéis salido ya los cuatro por ahí juntitos? —le corta divertido Lorenzo.

Clara sonrío y niega con la cabeza. Se queda callada, así es que Lorenzo añade:

—De nuevo te pregunto, ¿qué no me cuentas?

—Se llama Héctor... Héctor Extremera Navarro.

Dice su nombre completo. Sabe que su amigo no tardará mucho en saber de quién está hablando ella, está al día de los cotilleos y revistas del corazón. Su única duda es si el haber estado fuera ha hecho que se le olviden algunos personajes famosos.

—Héctor Extremera... ¿Ese Héctor Extremera?

—Sí, ese Héctor Extremera.

—¡Dios, Clara! ¡Héctor Extremera! Estoy intrigadísimo. Cuenta más.

Clara le mira a los ojos y sonrío.

—Eres el último en conocerle, así es que no te voy a decir nada más hasta mañana en la cena. —Se calla midiendo el efecto de sus palabras.

Sabe que lo tiene en el bote, así es que añade:

—Los tres.

Lorenzo va a protestar pero se calla, no puede creerse lo que ha escuchado.

—El único que no lo conoce... —repite como para sí.

Entonces pregunta a su amiga:

—¿Va en serio? —Clara sonrío y se levanta.

Cuando ha llegado a la puerta de su piso se vuelve y añade:

—Te mando un mensaje con el sitio. Eres un capullo pero me alegro que estés aquí. Te he echado mucho de menos.

—Sí, ya, me acabo de dar cuenta. —Pero sonrío.

Se alegra de que su amiga haya encontrado por fin a alguien.

Clara aparca en el parking que tiene asignado en el bloque de Héctor. Le ha gustado la cara que ha puesto Lorenzo cuando le ha dicho que estaba con alguien, el recuerdo le hace

sonreír. Por fin tiene a su amigo cerca. No sabe cómo asimilar todo lo que le ha contado.

Está enfadada con él porque no la llamara, pero no puede pensar en eso, sino en lo solo que ha debido de sentirse tan lejos de casa. Recuerda lo mal que se siente uno cuando le defraudan y le rompen el corazón.

En todas esas cosas estaba pensando cuando de pronto se da cuenta que ya está en la cocina del ático. Abre el frigorífico y coge una botella de agua. Un leve movimiento hace que se gire y ante ella está Héctor. Lleva solo un pantalón negro de chándal. Tiene el pelo húmedo, deduce que ha tenido que estar haciendo ejercicio. Además, se le nota en los músculos de sus brazos, de su abdomen... se recrea en las vistas. Héctor a su vez la observa, parecía preocupada, pero al verle ha reaccionado ante su cuerpo. Le gusta provocar eso en Clara y cómo ella parece devorarlo con la mirada.

—No he visto en las noticias ningún incidente, así es que supongo que la comida ha ido bien. —Se acerca a ella lentamente y le coge la botella de agua de la mano.

Le da un trago y la deja sobre la encimera. Ella asiente. Ahora se acerca más y la abraza.

Clara se deja y lo agarra fuertemente de la cintura, acurrucándose en su cuello.

—Nena... —dice casi en un susurro Héctor—. ¿Qué ha pasado? ¿Tan mal ha ido?

Entonces Clara le cuenta todo lo que le ha dicho Lorenzo.

Héctor no ha dejado de abrazarla.

—Te sientes mal por haberlo animado a que se fuera, pero tú no tienes la culpa.

Clara se le queda mirando por un momento. Él ha sabido escuchar la historia sin decir ni una sola palabra y ha sacado la conclusión que a ella le lleva atormentando toda la tarde.

Ni siquiera ha tenido el valor de decírselo a Lorenzo.

—Creo que puedes leer en mi mente, Héctor.

Este sonrío y añade:

—Solo te escucho y puede que te entienda, Clara.

Ahora es ella la que sonríe.

—Le he preguntado si se había arrepentido y...

—Seguro que te ha dicho que no. Tu planteamiento para que se fuera era el correcto. Si no se arriesga...

—Eso mismo dijo él, pero ahora lo veo y me duele. Adem as, no contó conmigo, el muy

capullo...

—Todos necesitamos a veces pensar las cosas por nosotros mismos.

Clara le da un beso en los labios. Héctor sonríe.

—Cariño... —Entonces ella sonríe también.

—Hay más. Le he dicho que estoy contigo y mañana cenamos los tres.  Te parece bien?

—Tengo ganas de conocerle.

— l se muere por hacerlo. Se lo he soltado al final y no le he contado nada de ti. Quiero

que se estruje esa cabecita que tiene y deje de pensar en ese capullo de Edu. Adem as, quiero que te conozca por sí mismo.

Héctor la mira interrogante, no entiende muy bien a qué se refiere con eso.

—Verás, quiero que te vea por sus propios ojos y me diga lo que piensa, yo no soy nada parcial.

— Quieres que te diga que no te convengo y lo mal que le caigo?

—Eso es imposible, eres perfecto.

Héctor la acerca aún más a él.

—¿Perfecto?

—Para mí sí y creo que él va a opinar lo mismo.

Se apoya en su pecho y respira oliendo su aroma a recién duchado.

—¡Ah! Y seguro que ahora está cotilleando en la red todo sobre ti. Le encantan esas jodidas revistitas en las que sales y se está empapando de ellas.

CAPÍTULO 22

Clara le manda un mensaje a Lorenzo con los detalles del lugar y la hora de la cena. Al final del mismo le dice que se ponga guapo.

Héctor ha elegido el restaurante. Sabe que quiere causarle buena impresión a su amigo.

Ella piensa que se llevarán bien, deben hacerlo. Sonríe.

Sale tarde de trabajar, tiene mucho lío. Menos mal que parece que Raquel se ha calmado un poco y no le ha dado el coñazo en la oficina. Le da vueltas a la idea. A lo mejor no quiere aparecer por allí, seguro que se ha enterado de lo suyo con Héctor. Su padre debió contárselo tras el cumpleaños de Carlos. Mejor así, que se haya enterado por fin, aunque le hubiera gustado verle la cara al enterarse.

Al llegar al ático no encuentra a Héctor. Encima de la cama tiene una caja cerrada con un lazo y una nota: “Póntelo esta noche. Besos”. Clara hace una mueca, no le gusta que le haga tantos regalos. Cuando accedió a trasladar sus “cosas” al ático no se podía imaginar que se le multiplicarían, sobre todo la ropa. Cada vez que abre el armario se encuentra más y por mucho que regañe a Héctor, este no parece hacerle caso. Esta vez, encima no está presente. Bueno, menos mal que tiene un gran gusto, se dice resignada al abrirlo. Seguro que le queda genial, como el resto de la ropa que le ha regalado. Mejor incluso que la suya. Es un vestido negro muy elegante pero sencillo. Le gusta.

Se ducha y cuando se está mirando en el espejo de la habitación para ver cómo le queda el regalo de Héctor, este aparece detrás de ella y sonríe.

—Estás preciosa.

Clara amaga una sonrisa y frunce el ceño.

—¿Qué te había dicho de los regalos?

Héctor se acerca.

—No lo recuerdo —le dice en su cuello.

Clara cierra los ojos y suspira.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Ahora bien, ¿y a ti?

—Ahora bien.

Clara suspira y se gira.

—No necesito tantas cosas Héctor, de verdad.

—Lo sé. Si no te gusta...

—Yo no he dicho eso. Me encanta.

—Y te queda genial —añade él.

Entonces se funden en un beso muy apasionado.

—Te he echado de menos. Ha sido un día largo —le dice Clara.

—Yo también. —Pega su cabeza a la de ella y añade—: Me da tiempo de una ducha rápida, cinco minutos y estoy listo.

—Tú siempre estás listo —le contesta Clara sonriendo.

Él se separa de ella y sonrío, perdiéndose en el baño.

Al llegar al restaurante, Lorenzo ya les está esperando con una copa de vino. Clara se va hacia él y lo abraza. Su amigo tiene mejor aspecto, piensa aliviada. Héctor sonrío, le gusta ver a Clara feliz. Ella se aparta de Lorenzo y hace las presentaciones.

—Ganas mucho en persona, Héctor —le dice Lorenzo tras el apretón de manos.

—Te dije que era un cotilla —añade Clara.

—Menos mal que no me sigues en mi hobbies amiga, si no...

—Hubiera salido corriendo de mí —termina por él, Héctor.

Ambos hombres se ríen. Clara compone una mueca antes de sonreír resignada.

—Clara cariño, estás preciosa —dice Lorenzo.

Ella asiente y mira de reojo a Héctor, eso mismo le había dicho al verla.

—Que sepas Lorenzo que este no es el lugar que hubiera elegido yo para este encuentro.

—Lo sé. Al principio me pareció que te tenías que haber confundido al darme el nombre, pero... al final supuse que había sido idea de él —le contesta.

Héctor piensa enseguida que le gusta Lorenzo, parece un tipo agradable.

—Quería ganarte con el sitio. Le he contado que intentabas aficionarme a esta clase de restaurantes —añade Clara.

Ambos hombres sonrían. Héctor imagina lo que tuvo que sufrir para convencerla siquiera de que fuera a uno, lo mismo que a él le pasa.

—Además... —sigue Clara—, ya habrá elegido el menú, así es que solo queda que disfrutes. —Ella mira ahora a Héctor y le guiña un ojo, él sonrío.

Lorenzo asiente y evalúa al novio de su amiga. Ella parece tan distinta... es como si brillara. Siempre le ha parecido una mujer fuerte pero ahora lo parece aún más y sobre todo parece feliz.

—Bueno, Clara me ha contado que llevó al cuarteto a tu casa y así fue como os conocisteis. ¿Es verdad?

Héctor asiente.

—Pues tendrás que hablar más que ella, porque hasta ahí me ha contado. —
Pone cara triste, necesita saber más.

Clara sonrío. Están pasando una agradable velada y se están poniendo al día. Disfruta mucho con el hecho de que ambos hombres se lleven bien, cree que no hubiera soportado lo contrario.

—Chicos, voy al servicio. ¿Estaréis bien? —Sonrío y ambos asienten.

Antes de irse aprieta la mano de Héctor y le guiña un ojo.

Él ve cómo Lorenzo no ha dejado de observar la escena y cuando Clara ya no puede oírles habla.

—Suéltalo, Lorenzo.

—Debes ser muy especial para que ella te haya abierto su casa, su familia, su corazón...

No es una chica normal y no quiero que le hagas daño. Prométeme que no se lo harás.

Héctor suelta la copa de vino sobre la mesa y mira directamente a Lorenzo.

—Tú debes ser un buen amigo y muy especial para que ella siempre hable tan bien de ti.

No puedo prometerte eso, pero sí que no es mi intención y que quiero estar con ella.

—Yo tampoco quiero hacerle daño y fíjate, últimamente me he portado fatal.

—Solo las personas que te importan pueden hacerte daño —añade Héctor muy serio.

Lorenzo asiente. Entiende esas palabras a la perfección y espera, por la forma en que su amiga mira a Héctor, que este no le haga sufrir.

Cuando Clara vuelve, siguen hablando de sus cosas. Lorenzo le hace contar con toda clase de detalles la reacción de su familia al verla aparecer con Héctor.

—Lo mejor fue cuando Sofí me dijo que se alegraba por mí.

—Venga ya, ¿en serio? —le pregunta Lorenzo.

—En serio. Además, me dijo que ya era hora que de una relación suya saliera algo bueno.

—Me tomas el pelo, Clara.

—No y creo que yo tuve que poner esa misma cara.

Héctor sonrío y añade:

—Sois muy malos.

—No lo sabes tú bien —dice Lorenzo.

Y los tres rompen a reír.

—Toma Clara, te he traído esto. —Lorenzo le entrega un paquete a su amiga.

—¡Regalos! —dice Héctor sonriendo.

Clara compone una mueca y abre su regalo.

—De puta madre...

—Cariño, esa boca... —empieza a regañarle Lorenzo.

—¡Cállate capullo! Y que sepas que un par de camisetas para mi colección no va a hacer que se me olvide...

—¡Cállate ahora tú, Clara!

Héctor se ríe divertido ante la escena.

CAPÍTULO 23

Clara llega pronto de trabajar y decide hacer un poco de ejercicio. Es jueves y, aunque ya tiene el tobillo casi recuperado, necesita coger un poco de fuerza en él. Vuelve a maldecir por los tacones.

Al llegar Héctor, ve que Clara está en la cinta y sin hacer ruido se acerca a ella. Se sienta en el suelo.

—Ya termino —dice al verlo.

—No importa, disfruto con las vistas —le contesta él.

Ambos ríen, es la misma situación de hace unas semanas, pero aquella vez era Héctor el que corría en la cinta.

Cuando Clara se baja, él le acerca una botella de agua y la coge de la cintura, llevándola a la ducha.

El viernes, al salir Clara del trabajo un coche la está esperando. Héctor, al verla sale del vehículo y le abre la puerta, no sin antes llevarse un buen beso de ella. Sonríe mientras se va al asiento del conductor.

—Dame una pista de a dónde vamos a ir el finde —le dice Clara poniéndose el cinturón de seguridad.

Héctor niega con la cabeza y añade:

—¿Has pedido el lunes libre?

—Sí —le contesta sonriendo.

Van a pasar el fin de semana fuera, aunque Héctor le quiere dar una sorpresa y no le ha dicho el sitio al que se dirigen. No debe ser lejos, piensa Clara, pues va a conducir él y el lunes estarán de vuelta. Tiene ganas de desconectar de todo, aunque le da un poco de pena dejar a Lorenzo solo, acaba de llegar y ella...

—Estará bien Clara —le dice él sacándola de sus pensamientos.

Ella sonrío.

—¿De nuevo leyendo mi mente?

Héctor le devuelve la sonrisa.

Menos mal que he comido, piensa Clara mirando la hora. Esa mañana, al igual que las últimas, Marga le había preguntado si quería llevarse algo para almorzar. Héctor había contestado por ella, pues la recogería a las cuatro y había unas horas hasta llegar a su destino.

—Queda muy poco —le dice al ver que ella consultaba el reloj.

Clara sonrío.

Han pasado tres horas cuando Héctor aparca ante una casita de montaña.

—Ya estamos. —Y se gira para ver la reacción de Clara.

—¿Es tuya? —le pregunta ella sin apartar la vista de la casa.

—Sí —le contesta apagando ahora el motor del coche y saliendo de él.

Clara le imita y cuando está junto a él, añade:

—Héctor, es preciosa.

Este se le queda mirando.

—¿Qué? —dice ella.

—Esperaba... no sé, algo más...

Clara sonríe y se coge de su cuello.

—Algo más como... ¿es cojonuda?

Héctor se ríe.

—Sí, algo más como eso.

—Me lo guardo para el interior. —Y le besa.

De pronto alguien tose a sus espaldas y Clara se separa algo sorprendida.

—Señor Extremera.

Héctor tira de ella hacia él.

—Hola José, Nieves. —Y asiente con la cabeza en señal de saludo.

Clara se sonroja.

—Ella es la señorita Jiménez.

—Clara —dice esta a la pareja.

—Son los que cuidan la casa —añade Héctor.

—Encantados de conocerla, señorita Jiménez —dicen ambos casi a la vez.

José se va hacia las maletas y las coge, siendo Nieves quien le hace un gesto a Clara para que la siga a la casa. Héctor va detrás con José.

Cuando entran Clara se sorprende, le gusta mucho su interior. Es muy confortable y cálida.

El centro del salón es una bonita chimenea rodeada por un sofá blanco. La

cocina está abierta al comedor y ve unas escaleras con un pasador de madera oscura a juego con el suelo. Más allá del sofá se encuentra con unas cristaleras que dan al jardín.

Clara no deja de mirar a todos lados mientras Héctor habla con José y Nieves, aunque de reojo no ha dejado de observarla. Sonríe, sabe que a ella le ha gustado la casa. Es tan expresiva que sí, a veces, es como si le leyera los pensamientos. Vuelve a sonreír y se despide de la pareja. Clara no repara en que se marchan, absorta en las vistas que hay del jardín.

Héctor se acerca por detrás y la abraza por la cintura, apoyando la barbilla en su hombro.

—¿Te gusta?

—Es cojonuda. —Ambos rompen a reír.

Héctor le da un beso en el cuello mientras abre las puertas al jardín. Clara aspira por un momento el agradable olor, tirando después de él para salir al exterior.

Hay unas hamacas junto a la piscina. El jardín está muy cuidado, observa Clara, seguro que José y Nieves son muy buenos en su trabajo. Hay setos que bordean la propiedad y en el fondo unos árboles robustos. Se ven las montañas y la paz y tranquilidad del lugar envuelven a Clara que cierra los ojos un momento.

—Es precioso Héctor, me encanta.

Héctor la atrae más a él, abrazándola con fuerza.

—Es otro sitio para desconectar.

Ella se gira y se va a por su boca.

—Te voy a enseñar el resto de la casa —dice al separarse de ella.

Clara asiente.

Arriba hay tres habitaciones, cada una con su baño propio. Donde han dejado sus cosas es la más grande y del estilo de Héctor. La cama es enorme y orientada hacia la cristalera que va desde el techo al suelo. Hay una pequeña terraza.

—Las vistas son mejores que desde el jardín —dice Clara en alto.

Héctor asiente.

—Supongo que habrá bañador en esa maleta que me habéis hecho —Y mira de reojo a Héctor que sonrío ante el comentario de ella.

—Me apetece un baño, aunque... no sé si estará fría.

—No te preocupes por eso. Espero que no te importe, pero tengo que llamar a Marco.

—En absoluto, me iré adelantando —le contesta acercándose a él.

Le besa para añadir:

—Pero no tardes.

Al separarse ambos suspiran y sonrían por coincidir en el gesto.

Ya a solas, Clara abre la maleta y saca la ropa. Hace una mueca al comprobar lo que hay dentro. Nada es suyo salvo un par de camisetas y sus zapatillas. Cuando encuentra los bikinis arruga la frente, pero al no ver nada mejor se dice que tendrá que conformarse. Se pone encima el albornoz y baja.

Cuando prueba el agua de la piscina sonrío, Héctor tenía razón, tiene la temperatura perfecta. Se mete en ella y comienza a nadar.

No sabe cuánto tiempo lleva haciéndolo cuando advierte movimiento en el borde de la piscina. Al tocar el filo se para. Está jadeando por el esfuerzo. Le cuesta respirar.

—Nadas muy bien, Clara —le dice un Héctor en pantalón corto.

Se sienta en el borde y mete los pies en el agua. Clara apoya los codos fuera junto a él y este le ofrece un botellín de agua. Ella bebe.

—Llevaba tiempo sin nadar —contesta al fin.

Héctor se mete en el agua y se acerca a ella. Clara se agarra a su cuello. Él le toca la mejilla y le dice:

—Siento haber tardado tanto. Estamos en medio de cerrar un acuerdo con el que llevamos tiempo trabajando. Está costando más de lo previsto.

—No tienes que darme explicaciones Héctor, tu trabajo es importante. Aunque... me tendrás que compensar. —Y sonrío traviesa.

—Por supuesto —contesta él de forma pícara.

—¿Dónde aprendiste a nadar? —añade Héctor.

Clara hace una mueca por lo que sigue preguntando.

—¿Qué? —Y le toca con un dedo el lugar donde Clara frunce el ceño.

—Estuve mucho tiempo yendo a nadar. Iba dos o tres veces en semana y pasaba horas y

horas. En mi época rebelde...

—¿Tuviste una época rebelde? —le interrumpe Héctor.

—Sí.

Ambos sonríen y ella continúa hablando:

—Tras la separación de mis padres estaba un poco alterada. No me malinterpretes, no más que cualquier adolescente. Les traía de cabeza y pasaba temporadas alternando entre ellos, me cansaba de estar mucho tiempo con el mismo. Cuando mi madre se fue a vivir con Carlos, Miguel también lo hizo y él fue el que me aconsejó que hiciera algo, necesitaba quemar energía. Empecé a nadar. En ningún momento tuve malas compañías ni fui una chica

de esas incomprendidas ni nada, simplemente necesitaba actividad y al hacerle caso, enseguida me encontré mejor. Seguí discutiendo con mis padres, pero no en el mismo nivel.

Héctor vuelve a grabar en su mente que debe hacer algo por Miguel. Se ha portado muy bien con ella y de alguna forma tiene que agradecersele. Clara le saca de sus pensamientos.

—Tengo que regañarle, señor Extremera. Otra vez todo nuevo.

Héctor la mira sin comprender a qué se refiere.

—La maleta, no has cogido mi ropa.

Entonces él sonríe.

—Es más fácil así, aunque... sí que hay cosas tuyas.

—Dos camisetas no cuentan.

—Y tus zapatillas.

—Ah y mis zapatillas, gracias.

Héctor rompe a reír.

—Supongo que los bikinis...

—¿Qué pasa con los bikinis?

—¿No los has visto?

Héctor niega con la cabeza y entorna los ojos. Clara le coge las manos y las coloca en sus pechos. Se pone de pronto muy serio.

—Sabía que no los habías elegido tú.

—No te verá nadie, pero están confiscados a la vuelta.

—¿Y si me gustan?

—Los quemaré.

Clara rompe a reír y Héctor la imita, aunque ambos saben que lo hará nada más subir las maletas al ático.

Esa noche a Clara le suena el móvil, no lo tenía en la habitación así es que ve las llamadas perdidas por la mañana, es un número desconocido. Fueron a las tres de la madrugada...

Llama de nuevo a la compañía para bloquear el número. Menos mal que Héctor no se ha

dado cuenta de nada, suspira aliviada, no le apetece tener que contárselo.

Están desayunando cuando Héctor le comenta a Clara:

—Necesito trabajar otro rato. Lo siento, no era mi intención al venimos el fin de semana, pero es que...

—No te preocupes guapo, seguro que encuentro algo que hacer. —Y le sonrío ampliamente.

Héctor se acerca a ella y la besa dulcemente en los labios.

—Vete ya, o no voy a ser tan comprensiva.

Héctor suelta una carcajada, antes de añadir:

—Me voy, me voy.

Clara se pone otro de los bikinis de la maleta y coge una toalla.

Se tumba un rato al sol, hace muy bien tiempo. Decide nadar un rato.

Después, cansada de estar tumbada se pone a cotillear un poco por el jardín. Se encuentra con el garaje abierto y entra. Es una estancia grande en la que está el coche en el que vinieron y las cosas del jardín. Descubre un par de

motos de gran cilindrada y cuando está viéndolas de cerca...

—Siento haber tardado tanto.

Clara se sobresalta, Héctor ha entrado en el garaje.

—¡Joder! Qué te gusta darme sustos. —Sonríe—. ¿Sabes llevar una de estas?

—Sí. Cuando vengo suelo darme una vuelta. ¿Te apetece?

—Me gustaría, sí.

—¿Estás segura? —dice ahora Héctor juguetón.

—Sí, aunque creo que me voy a poner algo de ropa.

Ambos sonríen. Héctor se acerca a ella y la atrae para sí.

—Siento tener que trabajar, cariño.

—Lo entiendo, de verdad, no te preocupes —le dice ella con la voz entrecortada por la proximidad de los labios de él.

Se acerca a ellos y comienza a besarlos. Los saborea, y él se deja hasta que no puede controlarse más y le responde. Cómo le gustan los besos de Clara, piensa Héctor mientras pega más su cuerpo al de ella.

Van en una moto los dos bien preparados. Pese al cuero de sus chaquetas y el casco, Clara siente el cuerpo de Héctor perfectamente. Está cogida a su cintura y nota cómo los músculos de su abdomen se mueven conforme toman una curva. Se aferra más a él. Cierra los ojos un instante para saborear el momento. La velocidad y el ruido del motor hacen que levante la mirada. El paisaje es maravilloso. Las curvas se suceden una tras otra, las montañas se van revelando conforme avanzan. El viento les golpea con fuerza, incrementándose al ganar velocidad. Es una sensación tan diferente... se siente libre, piensa Clara que sonríe. Entiende el motivo de que Héctor haya elegido ese sitio y le guste escaparse para desconectar.

No se han encontrado muchos coches en su camino. Siguen por la carretera

hasta que de pronto se abre una un pequeño ramal y ante ellos aparece una venta. A Clara le ruge el estómago, debe ser tarde, se dice.

Héctor aparca en el lateral de la venta y apaga el motor. Se quita el casco y se arregla el pelo. Clara no se ha movido, observando cada movimiento de él.

—Clara, ya puedes soltarte. —Sonríe.

Ella también sonríe y se activa, separando sus brazos de él pese a que no le apetece hacerlo. Se quita el casco y agita el pelo. Se baja de la moto y Héctor la sigue. Se gira para verle la cara a ella y la interroga con la mirada. Como no dice nada le pregunta:

—¿Y bien?

—Umm, creo que necesito comer algo.

Héctor frunce el ceño, no es lo que esperaba escuchar. Él se sentía tan bien conduciendo y notando el cuerpo de Clara a su espalda... cogida a su cintura, como si solo estuvieran la carretera y ellos. Conscientemente ha exagerado algunas curvas para que ella se aferrara con más fuerza, le gustaba sus reacciones.

Clara, al ver la cara que ha puesto se acerca a él. Le pasa la mano por su pelo, su mejilla y la deja en su pecho. Héctor no se ha movido. Se acerca más.

—Nunca había montado en moto y creo que...

No termina la frase, se ha pegado a él por completo y se ha perdido con sus labios. Al separarse ambos suspiran, están sin aliento.

—Ha sido cojonudo, cariño.

Héctor sonríe y ella le imita.

—Anda, vamos a comer algo o montaremos todo un espectáculo en la puerta.

Entran en la venta mientras ambos se ríen.

En el camino de regreso, Héctor se para en un recodo. Hay unas vistas increíbles y coincide con la puesta de sol. Ha parado el motor y tras quitarse el casco, le ha tendido la mano a Clara para que le acompañe. Ella se ha quedado sin palabras, el lugar es precioso.

Él se pone detrás de ella y la abraza.

—Clara, puedes hacer que un simple paseo en moto sea el mejor paseo en moto que recuerdo. Cada vez que te muestro algo de mi mundo... consigues que lo disfrute como nunca antes lo había hecho.

Un escalofrío recorre la espina dorsal de ella que no puede más que sonreír ante esas palabras. Se gira y busca los labios de Héctor, esos labios que la vuelven loca. Se aferra a su cuello y se engancha con una mano en su pelo.

Cuando vuelven a subirse en la moto, Clara le pide hacerse una foto, le gusta esa imagen de los dos. Él aprovecha para hacerle una a ella sola, aunque protesta.

CAPÍTULO 24

Héctor lleva un rato despierto viendo cómo Clara duerme acurrucada en su pecho. Esa sensación al despertar es tan agradable... no recuerda haberse sentido así antes, piensa mientras empieza a darle besos en el cuello y a acariciar su espalda.

—Ummm... Héctor...

Él se estremece. Sabe que ya está perdido. Es oírle decir así su nombre... todo su cuerpo se activa, pidiéndole más de ella. De nuevo nos levantaremos tarde, piensa Héctor con una gran sonrisa.

—Por sexta vez no te preocupes, lo entiendo. Además, no me dejas tirada sin nada que hacer. Me voy a ir a la piscina, baño, sol, no creo que pueda quejarme.

—Dicho así... no suena tan mal, Clara. Aunque cuando venga Marco...

—¿Sí?

—Ese bikini...

Clara sonríe y se acerca a Héctor.

—Lo que tú has escogido —lo dice mientras se ajusta la parte de arriba.

Él hace una mueca y piensa que lo tiene bien merecido.

Cuando Marco llega es la una y Clara está sentada en la terraza leyendo un poco. Tras saludarla, los dos hombres se encierran en el despacho. Ella decide hacer de comer. Abre el frigorífico y, con los ingredientes que ve, se pone a preparar unos macarrones y pimientos rellenos. No es una gran cocinera aunque no se le da mal. Espero que me salgan bien, piensa Clara al meter todo en el horno.

Coge el móvil y llama a Lorenzo. Se siente culpable por dejarlo solo el fin de semana. Se había servido una copa de vino y se la toma dando una vuelta por el jardín mientras habla con él. Lo ha despertado. Salió a cenar con unos amigos y se acostó tarde. Parece que está de buen humor, eso hace que Clara se quede más tranquila.

Llama ahora a Miguel, espera que esté mejor y que hayan superado el susto inicial de saber que esperan otro hijo.

—Amigo... esa mujer te tiene bien cogido.

—¿Qué? —le contesta Héctor a Marco algo confundido.

—No has dejado de mirar por la ventana todos sus movimientos. Nunca te había visto tan...

—Venga, terminemos ya con esto.

—Vale, vale. Pero que sepas que coincidimos Andrés y yo y que estás acabado.

Héctor hace una mueca y coge otra pila de papeles que tiene que firmar.

Suspira.

—Esos son los últimos y da gracias a que por fin lo hemos cerrado.

Asiente, su amigo tiene razón. No creía que le iba a costar tanto trabajo cerrar ese acuerdo.

Al bajar las escaleras se encuentran con el olor a comida. Héctor sonrío por la cara que ha puesto su amigo.

Clara está sacando las fuentes del horno. Él se le acerca y la mira con orgullo, además hace de comer, se dice mientras le da un beso en la mejilla. Ella sonrío.

La mesa está preparada en la terraza y sobre la encimera tiene dos copas que Héctor coge y rellena, pasándole una a su amigo, que dice:

—Huele muy bien, Clara.

—¿Te quedas a comer, no Marco?

Este mira a Héctor como pidiéndole permiso. Clara se gira también hacia él y levanta una ceja, como amenazándole para que no se atreva a decir que no. Él sonrío, sobre todo por la cara que ella ha puesto.

—No sé si habrá suficiente para los tres, huele tan bien y tengo tanta hambre...

Clara sonrío y le da un manotazo en el hombro.

—¡Eh!

Marco sonrío ante la escena, le gusta ver a su amigo feliz y está convencido que lo es.

Se sientan fuera y degustan la comida.

—Buenísimo Clara.

—Gracias —le contesta esta con una sonrisa.

Pasan la tarde charlando animadamente. Clara le pide que le cuente anécdotas de su juventud, pero Marco es más receloso y prudente que Andrés, aunque alguna que otra le termina contando.

—Chicos, un placer pero tengo que irme ya. Mañana tramito la documentación sin falta, Héctor. Gracias Clara por el almuerzo, estaba riquísimo.

Esta sonrío y se dan dos besos para despedirse. Piensa que le caen muy bien los amigos de Héctor, pese a que Marco le pareció muy estirado cuando lo conoció.

Mientras los dos hombres se despiden, Clara se sienta en el sofá. Héctor, al volver coge dos copas y se sienta junto a ella, ofreciéndole una. Se relame, es licor de almendras. Se acerca a él y coloca sus pies por debajo de sus piernas, juntándose más. Héctor pasa el brazo por los hombros de Clara, haciendo más intenso su acercamiento.

—Tienes en el bolsillo a mis amigos.

Ella sonrío.

—Al único que quiero en mi bolsillo es a ti.

Héctor la mira fijamente a los ojos y contesta:

—También me tienes. —Le coge su copa y deja las dos sobre la mesa.

Clara se coloca encima de él y este le acaricia la mejilla.

—Estás morena.

Dicho esto empieza a besarla, primero en la frente, después en la punta de la nariz. Clara se estremece en sus brazos.

—¿Paseo en moto? —dice Clara mientras se despereza.

Héctor la mira de reojo y añade:

—¿Estás segura? ¿No prefieres piscina? Al final me gustan tus bikinis.

—Como quieras guapo, pero que sepas que me están dejando marca y puede que hoy tome

el sol sin nada.

—Ni hablar. Paseo en moto, decidido.

Ambos sonrían.

A última hora de la tarde regresan a la ciudad.

—Me lo he pasado muy bien Héctor, es un sitio cojonudo.

Héctor sonrío.

CAPÍTULO 25

El martes llega Clara al trabajo y se sienta en su silla. Se queda un rato mirando la pantalla del ordenador sin encenderlo. Está feliz por pasar el fin de semana con Héctor y siente que... Clara a trabajar, se recrimina, no pienses más en él. La está volviendo loca. Acaba de dejarlo y ya le echa de menos. ¿Sentirá él lo mismo? Alguien la saca de sus reflexiones, es Ana que ha entrado en el despacho.

—Buenos días, Clara. ¡Qué morena estás! Cuéntame inmediatamente lo que has hecho el

fin de semana, seguro que ha sido mucho más interesante que el mío. —Y le sonrío ampliamente.

—Buenos días, Ana. Me ha llevado a una casita en la montaña. Ha sido maravilloso.

—El hombre de la cesta te ha llevado de fin de semana romántico. Empieza a contar más detalles... —Clara rompe a reír.

Aún no le ha mencionado a su compañera que está saliendo con Héctor y se siente un poco culpable por ello, aunque prefiere no decir nada por el momento. Que él sea tan conocido no le agrada, pero tampoco es excusa para no decirle ni su nombre.

—Héctor, el hombre de la cesta se llama Héctor.

—Bueno, algo es algo. Un momento... ¿Héctor, Héctor?

—Sí, Héctor, Héctor.

—Madre mía, Clara. Me alegro... Se te ve muy bien.

—Lo estoy Ana, gracias.

Es hora de ponerse en marcha así es que decide encender por fin el ordenador. Por primera vez en mucho tiempo no le apetece nada trabajar. Siempre se ha encontrado con fuerzas, su trabajo le gustaba... ¿Gustaba? Sí, tiene que reconocerlo, le gustaba. Todo el lío de Raquel y ese capullo... están desquiciándola. Basta, deja de pensar, se recrimina de nuevo antes de sumergirse en la bandeja de entrada de su correo electrónico.

Es miércoles y Clara sale pronto de trabajar. Hace la compra. Le apetece cocinar lasaña y ha comprado los ingredientes. Es el plato preferido de Lorenzo y sabe o cree que a Héctor también le gusta, por lo menos así lo dijo la otra vez que la hizo. También ha comprado un par de botellas del vino que más le gusta a su amigo, quiere que se sienta a gusto. Es la primera vez que va a llevar a alguien al ático y está nerviosa.

Sonríe al recordar cómo se lo dijo a Héctor, o mejor cómo él se lo sacó, pues no se atrevía, le daba vergüenza. No arrancaba y él, tan intuitivo como siempre, le preguntó qué pasaba. Al pedirle permiso para organizar la cena para Lorenzo, Héctor puso los ojos en blanco. No supo al principio a qué se debía esa reacción, pero cuando él se acercó y la cogió por la cintura atrayéndola hacia él... cualquier sombra de duda se esfumó. Sabía que le iba a decir que sí y así se lo confirmaron las palabras que dijo.

Le hacía mucha ilusión la cena y que su amigo viera por fin dónde vivía y

cómo no, que se sintiera a gusto con ellos.

Tenía dudas sobre la velada, era tan importante que sus dos personas se llevaran bien, que preparaba la lasaña y daba sorbos a su cerveza mirando constantemente el reloj. Quedaba ya poco para que llegara Héctor que se había ofrecido a recoger a Lorenzo al salir del trabajo.

Marga les había dejado una tarta para el postre.

Estaba aliñando la ensalada cuando escucha la puerta. Ante ella aparecen los dos hombres.

Sonríe al verlos. Héctor se le acerca y le da un beso suave en los labios. Le sonrío de una forma que hace que Clara note una oleada de electricidad recorrerle todo el cuerpo.

—La tierra llamando a Clara...

Ella sonrío, es Lorenzo reclamando su atención. Se separa de Héctor y sale de detrás de la encimera, lo abraza.

—Hola, capullito.

Este sonrío y le da un sonoro beso en la mejilla.

Héctor tose a su espalda haciendo que ambos se vuelvan a mirarlo.

—Sin pasarse —añade, lo que hace que los tres rompan a reír.

—Voy a ponerme algo más cómodo —dice saliendo de la cocina y guiñándole un ojo a Clara, que no ha dejado de observarlo.

—Por mí no te molestes Héctor, creo que ese traje...

Clara le pega un manotazo a su amigo interrumpiéndolo.

—Sin pasarse... —Vuelven a reírse.

Antes de perderse de vista, Héctor le echa una última mirada de arriba abajo

que hace que a ella se le corte la respiración. Lleva unos vaqueros desgastados y una camiseta. Va descalza, le encanta ir así en el ático. Notar el tacto del suelo de madera bajo sus pies.

Clara mueve la cabeza y se acerca a la encimera, tendiéndole una copa de vino a Lorenzo.

Este le da un buche saboreándolo.

—Lo echaba de menos —dice él.

—Y yo a ti, capullo. —Y Clara siente cómo su amigo la abraza de nuevo.

Una vez en la mesa cenan tranquilamente.

Al terminar, Clara se levanta para recoger los platos, pero Héctor la interrumpe.

—Me toca a mí —le dice.

—Ya puedo yo.

—Tú has hecho la cena, yo recojo —insiste él.

Clara levanta las manos y se sienta, dedicándole una tierna sonrisa.

Se acoplan en el sofá y cuando llevan un rato hablando de cuadros, ella comenta:

—Es tan interesante esta conversación que en un ratito creo que voy a caer fulminada en un profundo sueño.

—¡Pero si ya has dado un par de cabezaditas! —le replica Lorenzo.

Los tres rompen a reír y siguen con la animada charla.

CAPÍTULO 26

Clara llega al ático. Está cansada, anoche terminaron tarde y no durmió

mucho. Escucha a Héctor en el salón y entra. Está con Marga.

—Hola —saluda.

—Hola, Clara —contestan ambos casi a la vez.

Él se acerca y le planta un beso en los labios haciendo que ella se sonroje, no están solos, piensa con un poco de vergüenza.

—Siéntate por favor, Clara —añade Héctor tras separarse.

Ella obedece mientras pasa la mirada de uno a otro interrogándolos.

No tiene tiempo de pensar, Héctor empieza a hablar:

—Marga está preocupada. Piensa que...

—Señor, por favor —le interrumpe ella.

—¿Qué pasa, Marga? —pregunta ahora directamente Clara.

Esta baja la mirada. Parece que no quiere hablar, deduce ella que vuelve a preguntar.

—¿De qué se trata? ¿Qué he hecho?

—¡Señora! No ha hecho nada...

—¿Señora? Ui, ui, ui... ¿Me tengo que preocupar?

Clara se levanta y se cruza de brazos.

—¿No le gusta cómo trabajo? —suelta al fin Marga.

Clara se le queda mirando y contesta con otra pregunta:

—¿Por qué dices eso?

—Creo que... bueno, puede decirme lo que no le gusta e intentaré mejorar,

pero si prefiere a otra persona...

Clara mira sorprendida a Marga, no entiende de qué está hablando. Vuelve la mirada a Héctor que no ha dicho nada, pero no encuentra en él algo a lo que agarrarse.

—Necesito que me ayudéis, creo que me he perdido —dice Clara bastante confusa.

Marga suspira para añadir:

—Si no se encuentra cómoda conmigo solo tiene que decírmelo y...

—¿Por qué no iba a estar cómoda contigo? ¡Joder! Pero si me preparas tápers para que coma en el trabajo, Marga. No entiendo a qué viene todo esto.

Héctor interviene:

—Lo que yo no entiendo es dónde lavas la ropa, Clara.

Se queda callada de pronto. Le han sorprendido las palabras de Héctor, ha notado el enfado contenido en ellas. Pero por fin lo ha comprendido.

—Necesito que me expliques dónde la lavas porque cuando Marga me lo ha contado... la

verdad es que no me lo podía creer.

—¿Todo este interrogatorio va de dónde lavo mis bragas?

Héctor aguanta una carcajada y Marga mira de nuevo al suelo.

—Estoy esperando una respuesta —dice él aunque el tono ha sonado superior al que esperaba.

—Me da vergüenza que alguien me lave la ropa, eso es todo. —Y ahora es Clara la que

mira al suelo.

Entonces Héctor no puede contenerse más y rompe a reír. No se da cuenta que a Clara no le sienta nada bien su reacción.

—Esto... —empieza a decir Marga para suavizar el momento y añade—: No tienes que preocuparte Clara. Yo cuido del señor desde hace años y me gustaría cuidar de ti. Si me permites... —Clara la interrumpe.

Está enfadada. Héctor no deja de reír aunque sabe que se está conteniendo, eso la pone de peor humor.

—Está bien Marga y perdona si te he molestado —dice cogiendo su bolso, lo había dejado en el suelo.

Se marcha hacia la habitación.

—Héctor, si pretendíamos que Clara se sintiera como en su casa creo que hemos tenido el efecto contrario —le dice Marga echándole una mirada cargada de reproche antes de salir del salón.

Cuando Clara llega al dormitorio le vibra de nuevo el móvil.

—Dime.

—Tú no eres la amiga paciente y yo no soy la amiga simpática.

—Me has llamado cuatro veces seguidas, pareces mi madre.

—Un día muy largo y muy malo.

—Sí.

—¿Mañana?

—No será ese pintor amigo tuyo de gustos raros, ¿no?

—¿Algo?

—Vale, te apoyaré.

—Se lo diré.

—Lo intentaré.

—No se me ocurren más “aré”.

—Este rollo de amigo necesitado se te acabará pronto.

—¿Ahora eres mi amiga víctima?

—Joder, estás fatal tío. Déjate de chorradas que no tengo...

—Sí, mamá.

—Mi padre, él fue el que me pagó el colegio.

—No, mejor lo podría haber invertido en uno de esos cuadros de tu amigo.

—Te he dicho que se lo diré.

—Te odio.

Cuando Clara cuelga refunfuña. Está sentada en el suelo mirando por las cristaleras. Deja el móvil en el suelo y suspira.

—Lo siento.

Gira la cabeza para mirar un momento al dueño de esas palabras y luego sigue con la vista en las cristaleras.

—Lo siento de verdad.

Ahora sí decide hablar:

—¿El qué exactamente?

Héctor hace un amago de sonrisa y se sienta junto a Clara, muy cerca de ella pero sin tocarla.

—Toda la conversación. No ha sido mi intención molestarte.

—¿Y por qué crees que me has molestado?

—No creo haber dicho nada que no lo haya hecho.

Clara suaviza la expresión de su cara y de su cuerpo. Él lo nota y se siente enseguida mejor, no le gusta hacerle daño.

—Mira Héctor, llevo mucho tiempo fuera de mi casa y siempre me he encargado yo de mis cosas.

—Pero sé que tienes a alguien que limpia tu piso.

Clara asiente.

—Así es. Cuando no tenía tiempo para hacerlo contraté a alguien y se encarga también de plancharme la ropa. Me costó adaptarme, pero al final lo hice.

—Sigo sin ver cuál es el problema de que te laven la ropa.

—Es algo más íntimo, ¿no?

—Te da vergüenza. Clara, eres increíble.

—Me he venido a vivir contigo, Héctor. He cambiado todo. Si hago la compra os enfadáis,

si cocino parece que a Marga le va a dar algo. No paras de regalarme ropa y cosas. Ahora esto. Necesito tiempo para adaptarme.

Clara se siente abatida. No se esperaba esa conversación tras el duro día de trabajo.

Héctor se da cuenta y se acerca más a ella.

—Clara, no estás sola. Tienes que dejar que cuidemos de ti. Aún no sé cómo lo has hecho, sacar tiempo para hacer la colada... Eres increíble de verdad.

Ella sonríe. Al fin, piensa Héctor, que se siente un poco más aliviado.

—Necesito hacer cosas. Cocinar si me apetece, alguna compra, no s e, relajarme o distraerme después del curro, eso es todo.

—Pero me controlar  —añade tras unos segundos de silencio.

—Clara, lo que quiero es que te encuentres como en tu casa. Lo necesito.  Lo entiendes?

Ella asiente y se acerca a él. Le besa en los labios.

—No quiero que te arrepientas cariño —le dice él casi en un susurro.

—No lo hago, créeme —le contesta ella y sonríe.

Le gusta que le diga cariño, es como una pequeña broma entre ellos desde que se lo soltara por primera vez en la fiesta de Alexandra.

La abraza y le da un pequeño beso en el cuello para, casi en un susurro volver a hablarle:

—Lo siento, Clara.

— Y ahora?

—Por re irme de ti. A veces eres tan directa que...

— Solo a veces?

Ambos sonríen. Clara clava la vista de nuevo en el suelo algo avergonzada, pero él la coge de la barbilla, obligándola a que lo mire a los ojos. Acerca lentamente sus labios a los de ella y antes de que se toquen le dice:

—Te quiero, Clara.

Ella abre los ojos y le mira sorprendida. Se ha quedado sin palabras. No se lo esperaba.

En realidad, él tampoco se esperaba soltárselo así. Llevaba unos días queriéndoselo decir y le ha salido en ese momento, justo cuando los dos están sentados en el suelo tras una discusión. No entiende cómo ha podido decirlo de esa forma. Sabe que ella no le va a contestar, por ahora no. Lo ve en sus ojos. Conoce el daño que le hicieron en el pasado, pero espera que pueda superarlo y contestarle cuando esté preparada para ello.

Termina de acortar la distancia entre sus labios y empieza a besarla con dulzura. Siente cómo ella se estremece. Le gusta cómo le afectan sus besos a esa mujer. A él le pasa lo mismo.

Clara nota cómo se le hace un nudo en la garganta, aunque lo lleva mejor desde que él la está besando. Se derrite en sus labios. No estaba preparada para la bomba que le acaba de soltar Héctor y, aunque se siente feliz, también tiene miedo. No es capaz de decirle nada

aunque sabe que, desde el día en que apareció en su trabajo, ya estaba perdida.

CAPÍTULO 27

Cuando Clara se despierta nota enseguida que está sola en la cama. Mira el reloj y aún le queda un poco para empezar el día. De pronto se acuerda de la llamada de Lorenzo y que casi le prometió que acudirían a la exposición. El que Héctor aparezca es importante para la imagen del pintor, le había dicho su amigo. Bueno, se lo comentaré, si no ha salido corriendo, piensa mientras recuerda las palabras de Héctor antes de fundirse en un maravilloso beso.

—Hola, Clara.

Escucharlo ha hecho que reaccione, estaba perdida en los recuerdos de todo lo ocurrido la noche anterior. Desde que entró en el ático.

Héctor lleva una bandeja con el desayuno y se acerca a la cama con una sonrisa.

—Qué madrugador —dice ella.

—Quería despertarte, pero te has adelantado.

—He notado...

—¿Sí?

—Que no estabas.

Héctor sonríe. Apoya la bandeja en la cama y degustan el desayuno. Antes de que él termine con su tostada, Clara se acerca lentamente y le besa en los labios, relamiéndoselos después.

—Ummm —dice ella, tenía mermelada de fresa.

Él la mira con esos ojos marrones cargados de deseo que hacen que ella piense que va a empezar muy bien la mañana.

—Tenemos que ir esta noche a una exposición de pintura —dice Clara terminándose de vestir.

—De eso iba la conversación con Lorenzo.

—¿Espionando? —Ella lo dice sin reproches y con una sonrisa en los labios.

—En realidad... bueno, dame más detalles.

—No me apetece mucho, pero dice que tengo que apoyarlo aunque lo que quiere es que

vayas tú. Tu presencia...

—Vaya, con tu amigo.

Ambos sonríen y se dan un beso antes de salir de la habitación.

—¡Hola cariño! Habéis venido.

—Te dije que lo haríamos.

Lorenzo sonríe a su amiga y le da dos besos.

—Est s incre ible.

—Pelota...

Héctor se ríe y atrae la atención de él, estrechándose las manos ambos hombres.

—Un rato y nos vamos —dice Clara mirando a su alrededor.

—Relájate, guapa —le contesta su amigo.

—Un rato y nos vamos, Clara.

Ella pone una mueca ante esas palabras de Héctor, el cual sonríe y le besa en la mejilla.

Clara se ha despistado un momento para coger una copa de vino y se ha separado de Héctor. Mira a su alrededor y de pronto se fija en alguien. Esa mirada... es Alberto. Ha sido un segundo, pero está segura de que era él. Se ha puesto de los nervios. Alguien toca su espalda y ella pega un salto.

— Est s bien, Clara? —le dice Héctor preocupado.

Ella intenta disimular su turbación.

—S , es que estaba... concentrada en ese cuadro —consigue decir Clara al cabo de unos

segundos.

—Vamos, que Lorenzo va a presentarnos al artista y así podremos irnos.

Ella sonríe y asiente, no quiere estar mucho más tiempo all .

Se bebe de un trago la copa de vino. Héctor la mira de reojo pero no dice nada. Sabe que no le gustan los actos sociales, pero algo más le pasa, est  seguro de eso. Le pone la mano en la espalda y ella consigue respirar

aliviada. Solo su contacto hace que se tranquilice de inmediato.

Pasa un camarero y él coge una copa, ofreciéndosela a Clara que le sonrío agradecida.

Clara no deja de mirar a su alrededor. Sigue preocupada, no quiere encontrarse con él de nuevo. Está convencida de haberlo visto y no puede quitárselo de la cabeza y mucho menos la mirada que le ha echado.

Siguen hablando con el artista, el cual, no es el amigo raro de Lorenzo, pero ella no estaba muy desencaminada.

—Clara, ¿seguro que estás bien? —le dice Héctor cerca del oído.

Ella asiente, aunque a él no le convence. Le toca la mejilla suavemente.

—Vale tortolitos, me vais a dejar tirados, lo sé —dice ahora Lorenzo.

—No te pongas víctima, anda. Sacadme ya de aquí —suelta Clara, que añade —: Por favor. —Mirando a ambos hombres.

—¿Mucho arte para ti, amiga?

—Mucho artista para mí, amigo —le contesta.

Los tres rompen a reír.

—Sé de un sitio que han abierto nuevo, seguro que este tiene un pase vip. — Y le sonrío a Héctor.

—Dime el sitio y...

—Sois imposibles. Sé que de esta saldré perdiendo. Os vais a confabular contra mí.

Habéis empezado por el arte, pero...

Héctor la interrumpe con un beso y dice casi en un susurro:

—Calla, que ya nos vamos.

Consigue que Clara sonría y Lorenzo ponga una medio sonrisa, ese hombre sabe manejar a su amiga, piensa mientras empieza a salir de la galería.

—Aún no sé cómo me has convencido para quedar tan temprano en sábado.

—Piensa en nuestro día de chicas.

—Sí, eso hago y por eso ya me estoy arrepintiendo.

—Me tocaba, hoy solo para mí. No hay quien os despegue cariño, te vendrá bien mi compañía.

Clara pone los ojos en blanco ante ese último comentario de Lorenzo. Han dejado el coche en el parking y están entrando en el salón de belleza.

—Hola preciosa, Clara y Lorenzo —se presenta él a la chica del mostrador.

—Sí, han reservado... ¿para el pack princesa?

—Sí, ese mismo —le contesta Lorenzo sonriendo ampliamente.

—Acompañenme.

Lorenzo guiña un ojo a la chica. Clara sonrío y le da un manotazo a su amigo, el cual hace una mueca para recomponerse y dejar que pase primero.

—El pack incluye masaje, limpieza... —les empieza a contar mientras los lleva a una de las habitaciones del salón.

—Estoy como nuevo. Adoro los pack princesa —dice Lorenzo al llegar al coche.

Clara sonrío y mueve afirmativamente la cabeza. Busca las llaves y saca el móvil. Lo está mirando cuando su amigo se lo quita guardándoselo de nuevo en el bolso.

—Nada de mensajitos ni llamadas a tu novio, ¿está claro, Clara?

—Odio cuando dices eso —le contesta con cara de enfado.

—Lo sé cariño por eso lo he hecho, pero me debes el día. —Le sonrío y hace que ella no pueda hacer otra cosa más que imitarle.

—Está bien, pero en la comida una llamadita corta, porfi, porfi... —Y le pone morritos a su amigo.

Lorenzo rompe a reír.

—Eres una cría... está bien, acepto.

Clara le da un beso en la mejilla para añadir:

—Umm, qué suave estás, guapo.

Lorenzo suelta una carcajada.

—Eso creo yo. Ya me hacía falta una sesión de estas. Tenemos que repetirlo más a menudo.

—Sí, mientras que no te vayas del país...

—Golpe bajo, sí señora. Anda llévame a comer a uno de esos sitios que ahora frecuentas.

Clara emite un gruñido.

—Mira que eres imposible, amiga.

—Nuestra pizzería y así encargamos la cena.

—Está bien, pero me debes una en un restaurante de cinco estrellas por lo menos.

—Eso se lo dices a tu nuevo mejor amigo. —Y ambos sonrían.

Al salir del restaurante, Clara recibe un mensaje; al final no había conseguido hablar con Héctor, cosa que le había puesto un poco de mal humor. Hasta

Lorenzo se lo había comentado, pero no podía evitarlo.

Héctor, aprovechando que Clara pasaría el día con su amigo había decidido ir a trabajar, desde que está con ella tiene todo un poco abandonado.

“Estaba en una reunión, lo siento. En realidad sigo en ella y no tiene aspecto de acabar pronto”.

“No importa, solo quería... no era nada. Ánimo en la reunión. Besos”. Le contesta Clara que solo quería oír su voz.

“¿Estás bien?”. Le responde él algo preocupado por la contestación.

“Sí perdona, es que no quería interrumpirte. Solo... te echo de menos”.

“En cuanto salga te llamo”.

“Ok, guapo” y le pone un emoticono de cara sonriente.

—Deja el móvil ya, Clara.

—Sí, ya lo dejo. De todas formas estamos mirando ropa, ¿qué más te da?

—No me prestas atención.

—Sí lo hago, todo es super fashion como tú.

Lorenzo suelta una carcajada, su amiga sabe cómo ganárselo.

—Paciencia cariño, solo llevamos una hora y no he visto ni la mitad. Lo que no sé es cómo no quieres comprar nada para ti.

—Es que... bueno, el señor Extremera me tiene el armario demasiado lleno.

—¿Qué? ¿Cómo? Cuenta, cuenta.

—No me mires así. Yo saco por la mañana un traje y por la noche cuando llego tengo dos en ese espacio. Es como si la ropa se multiplicara dentro del armario. Creo que voy a tener que empezar a llevarme ropa a mi piso.

—Eso es maravilloso Clara, se preocupa hasta de tu ropa, de tus cosas... seguro que además todo es de marca. No como esa ropa que sueles llevar.

—¿Qué coño le pasa a la ropa que suelo llevar?

—Cuando te pones tu uniforme de vaqueros y zapatillas... por no hablar de tus encantadoras camisetas.

—Adoro mis camisetas.

—Y yo, pero...

—No sigas anda, estoy cada vez más convencida de que haríais muy buena pareja.

—Y yo. —Ambos rompen a reír.

Clara habla de nuevo:

—No pienso comprar nada, si quieres puedo regalarte algo, por eso de gastar.

Lorenzo sonrío travieso y asiente.

—Me gusta cómo ha sonado eso. Sabes que además estoy un poco...

—Sí, que no tienes un puto duro, vamos.

—Tú siempre tan fina, cariño.

Se vuelven a reír.

Cargados de bolsas llegan al piso de Clara. Lorenzo se va al suyo para soltarlas mientras ella se pone cómoda y empieza a preparar la sesión de películas que van a ver. Cuando su amigo vuelve y la ve, le dice:

—Siempre me ha gustado esa camiseta.

—¿Ahora sí te gustan mis “encantadoras” camisetas?

—Sí, además esa te la regalé yo.

En ella puede leerse: “mi mejor amiga es él”. Tiene una flecha apuntando abajo a la derecha.

—La verdad es que nos hemos reído mucho con ella —dice Clara.

En ese momento se acoplan en el sofá con cervezas, patatas fritas y demás chucherías mientras recuerdan anécdotas del pasado.

Están viendo una película cuando Clara mira el móvil, Héctor aún no la ha llamado.

—Llamará.

—Joder, Lorenzo no me regañes, solo lo miraba.

—Sí, como las últimas diez veces. Estoy preocupado por ti. Te ha dado muy fuerte, amiga.

—Le sonrío.

—Calla, capullo —le dice devolviéndole la sonrisa.

Cuando están abriendo la primera pizza llaman a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —dice Lorenzo levantándose para abrir la puerta.

Ella está negando con la cabeza cuando Héctor aparece en el umbral con bolsas en las manos.

—Lo sé, no he podido resistirme a la noche de chicas —dice divertido a un Lorenzo que, tras la sorpresa inicial, coge una de sus bolsas viendo su contenido y haciendo que pase.

Clara sonrío al verlo. Este va a por un beso y es Lorenzo el que los interrumpe:

—Está bien chicos, creo que es hora de que me vaya.

—No seas melodramática, anda —le suelta Clara haciendo que los tres rompan a reír.

—Solo he traído provisiones —dice Héctor señalando las bolsas.

Lorenzo, que ha revisado el interior de ellas, añade:

—Te aceptamos en la noche de chicas, ¿puedo echarte, Clara? Sus cosas molan más.

—Puto traidor —dice ella sonriendo.

Lorenzo muestra las botellas de champán y los bombones que ha traído Héctor, el cual habla al ver la cara que ha puesto ella al ver las botellas.

—Sé que no te gusta mucho cariño, pero este te va a encantar.

Lorenzo exclama:

—¡A mí me encanta! Buena elección. Te ha debido costar una pasta. Dicen que...

—Eso sí que no. Una disertación sobre este champán como anoche con el vino, no. A comer y a callar. Sigamos con las pelis de tíos buenos.

—Me encantan las pelis de tíos buenos —añade Héctor con una sonrisa.

Los tres rompen a reír a carcajadas.

Clara se ha quedado dormida tumbada en el sofá. Está echada sobre Héctor pero con los pies sobre su amigo.

—Ya es hora de que me vaya. Gracias Héctor, por prestármela —le dice mientras se levanta y se va hacia la puerta.

Héctor le guiña un ojo para añadir:

—Mañana comemos aquí y hablamos, tengo algo que ofrecerte.

Lorenzo sonríe y cierra la puerta.

Héctor lleva a Clara en brazos a la cama y ella solo abre un ojo para darle un beso y seguir durmiendo.

Es tarde cuando se levantan. Mientras Clara se ducha, Héctor encarga comida por teléfono y le manda un mensaje a Lorenzo para que vaya al piso. Entonces le cuenta que al día siguiente empieza su nuevo trabajo, lo hará para él como marchante de arte. Necesita alguien de su confianza para seguir con las inversiones de ese tipo. Deciden no contarle nada a Clara. Por un lado, Héctor sabe que ella no lo aprobaría, solo mencionar la oferta de trabajo para que se una a su empresa... le cambia la cara; y, por otro lado, Lorenzo conoce muy bien a su amiga y lo poco que le gusta que le den algo sin que se lo merezca.

Total, piensan ambos hombres, va a estar a prueba un tiempo, si lo consigue será cuando se lo cuenten y eso acuerdan.

Disfrutan los tres del almuerzo y luego se despiden de Lorenzo para regresar al  tico.

CAPÍTULO 28

A Héctor le suena el móvil. Mira la hora que es y algo confuso lo coge, no sin antes ver el nombre de Lorenzo en la pantalla. No sabe que querrá, solo lleva dos días trabajando para él y no cree que haya nada tan importante como para llamarlo a las dos de la mañana.

Piensa rápidamente que debe haber pasado algo y como Clara no tiene el móvil en la habitación lo ha llamado a él.

No se han dicho mucho pero antes de salir ha dejado a Clara una nota por si se despierta y no lo ve junto a ella. Alguien ha intentado entrar en su piso. No ha querido despertarla y que se preocupe por nada. De hecho, iba a decirle a Emilio que fuera él solo y se encargara de todo, pero Lorenzo parecía algo nervioso y ha decidido ir también.

Al llegar ve cómo Lorenzo se est  despidiendo de la policía. Héctor y Emilio

entran y hablan con él. Les cuenta cómo el intruso no ha llegado a robar nada, aunque sí que consiguió abrir la puerta. Según la policía le pilló justo en ese momento. Si no llega él a aparecer... También les explica que ha tenido suerte porque al verlo salió corriendo sin golpearle, no debía ir armado. Suspira aliviado y les termina de contar que es algo un poco raro, no ha habido ningún otro incidente en el bloque.

Héctor habla con Emilio para que se encargue de la instalación de un sistema de seguridad en el piso de Clara y de paso en el de Lorenzo.

—Héctor, no es necesario...

—Sí, sí lo es. No sé cómo no lo teníais antes. Hablaré mañana con Clara cuando esté instalado. ¿Seguro que no han entrado? ¿Has revisado que no le falte nada?

—Sí, la televisión, el ordenador, los relojes... está todo.

—¿Los relojes?

—Bueno, Clara no tiene muchas cosas de valor, pero su colección de relojes sigue en su sitio.

—¿Tiene una colección de relojes? —dice ahora Héctor muy confuso, no puede creerse que ella no le haya contado nada de ellos.

—Tiene unos cuantos. Algunos no son buenos, pero otros... en fin sobre todo los que les hemos regalado. Ya sabes que no le presta mucha atención a esas cosas. Por tu cara...

deduzco que no sabías nada de su existencia.

Héctor niega con la cabeza para preguntar a continuación:

—¿Por qué no me lo ha dicho?

—¿En serio me haces esa pregunta? —le dice Lorenzo con una media sonrisa.

—Tú lo sabes, dímelo.

—Ella no me ha comentado nada en concreto sobre los relojes, pero... supongo que si haces eso con su ropa... entiendo que no te lo dijera.

—¿Su ropa?

—No paras de regalarle cosas, ¿no es así?

La pregunta hace que asienta y piense en la cara que pone cada vez que ve algo nuevo en su armario, o cuando deja una caja encima de la cama con un vestido.

—Héctor amigo, ya sabes, es Clara —le dice sacándolo de sus pensamientos.

—Sí, es Clara, aun así...

—Seguro que se cabrea si se los llevas.

Héctor compone una sonrisa traviesa que hace que esa idea sustituya una parte del enfado que tiene. Imaginarse la expresión de ella al ver sus relojes...

—Eh, no la castigues mucho hombre, o va a salir corriendo —le suelta de pronto Lorenzo.

—¿Tú crees? —pregunta ahora un Héctor asustado que no quiere que eso ocurra.

—No, no lo creo. Era una forma de hablar. Ella está...

—Está... —repite animándolo a que continúe.

—Creo que me va a matar, pero nunca la había visto tan feliz.

Héctor sonrío ante esa afirmación y un escalofrío le recorre el cuerpo. Él también se siente feliz a su lado y ahora más al saber que a ella le pasa lo mismo. El que no dijera nada la otra noche...

CAPÍTULO 29

—Vamos a salir —dice de pronto Héctor.

Acaban de terminar de comer en la terraza y están tumbados en las hamacas, tomando el sol.

—¿Ahora? —pregunta Clara sin abrir los ojos.

—Esta noche. He reservado mesa... no pongas esa cara, te va a gustar.

Le toca con un dedo la punta de la nariz y añade:

—Lo sé.

Clara asiente.

Se está duchando y cuando sale hay un vestido rojo encima de la cama. Evidentemente es nuevo, piensa Clara que arruga la frente. Otro más, se dice acercándose de todas formas a él. Al verlo de cerca sonrío, es precioso y muy sencillo, le gusta.

Cuando está lista sale al salón y se encuentra con Héctor que la está esperando.

—Estás muy guapo, caballero.

Él sonrío. Le gusta que ella le piropée, hace que tenga más sentido arreglarse. Esperar su reacción y la cara que pone al verlo... un escalofrío recorre su espalda.

—Estás preciosa, señorita —atina a decir.

Ambos sonrían y acortan la distancia que los separa. Ella pone sus manos en los brazos de él y se acerca hasta tocar sus labios. Se funden en un beso dulce y apasionado.

—¿Seguro que tenemos que salir? —dice ella casi en un susurro.

Él sonrío.

—Sí, no seas mala. —Y tira de ella hacia la puerta del piso.

Han llegado. Clara sale al exterior y se encuentra mirando un edificio antiguo y alto.

Cuenta siete plantas. Héctor la ayuda a bajar del coche y la coge de la mano, animándola con la mirada para que se ponga a andar. Enseguida aparece un hombre con traje que les sonríe.

—Señor Extremera, señorita. Por favor, síganme.

Ambos le hacen caso y acompañan al recién llegado. Les sube por un ascensor panorámico que da al lateral del edificio. Clara no para de mirar a su alrededor y él no se pierde detalle de las expresiones de ella. De pronto las puertas se abren y dejan paso a una enorme estancia. Hay una recepción y puede verse un salón con mesas. Es un restaurante, aunque para ser ya la hora de la cena no hay nadie. No se ven ni camareros ni... todo esto lo está pensando Clara hasta que llegan a la terraza. Ante ella parece abrirse la ciudad.

—¡Guau! —exclama.

Héctor sonríe, sabía que le gustaría.

En toda la terraza solo hay una mesa justo en un lateral, lo bastante cerca del borde como para tocar el poyete, pero no tanto como para que le impida ver las vistas en su totalidad.

Cientos de bombillitas cuelgan de unas guirnaldas de luces que decoran el techo, aunque más que techo parecen flotar en el aire, es una terraza descubierta. El hombre que los había acompañado hace un intento por ayudar a Clara a sentarse, pero Héctor hace un gesto y el hombre se aparta. Prefiere ser él el que la ayude. Ella sonríe y le guiña un ojo, gesto que hace que él sonría y se pase la mano por su pelo.

—¿Y bien? —dice Héctor una vez que se han quedado solos.

—Me gusta. ¿Es todo para nosotros?

—Sí, solo para nosotros —le responde con una amplia sonrisa.

—¿Y qué celebramos?

Héctor coge una botella de champán de su lado derecho, Clara no había reparado en ella.

Llena las dos copas y alza la suya para brindar.

—Hoy, hace justo dos meses que irrumpiste en casa de mis padres con aquella camiseta.

Brindo por las casualidades. —Ella asiente sonriente y le imita.

Cuando beben se sorprende de lo dulce que está.

—Dos meses... parece que hace más —suelta tras beber.

—¿Más? —pregunta Héctor algo confuso.

Quizás le esté diciendo que estar con él le está resultando pesado o algo así. ¿Se habrá cansado? Todo lo piensa sin apartar los ojos de Clara.

—No me mires así. Es como si el tiempo pasara muy deprisa, pero a la vez muy despacio.

No sé... parece como si te conociera desde hace mucho tiempo, estar contigo es...

No han dejado de mirarse y ella advierte que sus palabras no están haciendo que él ponga buena cara, debe no estar expresándose muy bien.

—Lo que quiero decir... —añade algo preocupada— es que han sido dos meses

cojonudos.

—Ahora sí te entiendo —le contesta Héctor algo más relajado.

Ambos rompen a reír.

Al cabo de unos segundos comienzan a servirles la cena. Charlan y se besan durante el transcurso de la misma.

En el postre, Héctor se levanta y se acerca a una Clara que no sabe qué hacer, si levantarse o esperar a que él la ayude. Se coloca a su espalda y ella nota algo frío en su cuello.

Instintivamente lo toca. Él termina de abrochárselo y se arrodilla a su lado.

—Espero que este tenga el tamaño perfecto —le dice cerca del oído.

Ella se estremece y sonrío, recordando la piedra exageradamente grande que quería que llevara en la fiesta de su ex.

Agacha la cabeza para verlo mejor y se sorprende al ver una piedra circular de un intenso color rojo.

—Es precioso —dice casi en un susurro.

Héctor le da un beso y se sienta. Suelta el aire que tenía contenido en los pulmones, no estaba seguro de que le gustara. Sonrío triunfal.

—Me gusta mucho pero no tenías que regalarme nada —le dice ella.

—Lo sé —le contesta él que no ha dejado de sonreír.

Es tarde cuando deciden marcharse. Han permanecido un rato de pie apoyados el uno en el otro mirando la ciudad y el cielo estrellado. Clara no ha dejado de pensar en el poco tiempo que en realidad ha pasado y lo maravilloso que ha sido todo. En escasos dos meses ese hombre le ha conseguido robar el corazón. Por otro lado, Héctor no ha dejado de pensar en lo que le gustaría repetirle las palabras “te quiero” y que ella le contestase con otro “te quiero”. Escuchárselas oír por primera vez, pero teme forzarla y eso es lo último que pretende.

Al montarse en el coche para volver al ático, Clara mira a su alrededor. Por primera vez repara en que se trata de una limusina. Su interior es de cuero

negro y tiene los cristales tintados. En un último vistazo, observa cómo hay un cristal de separación con Emilio, que conduce el vehículo. Sonríe pícaro ante sus propios pensamientos. Tiene el brazo de Héctor en sus hombros y permanecen con las manos cogidas. No se han soltado desde que terminaran de cenar. Decide lanzarse al ataque. Pasa una pierna por encima de Héctor, poniéndose a horcajadas sobre él. El cual, primero se sorprende para después reaccionar rápidamente y moverse apretando un botón que hace que el cristal de separación se oscurezca.

—No había montado nunca en limusina —dice Clara rozando con sus labios el cuello de

Héctor—, y tampoco...

Ya no puede seguir hablando, Héctor la interrumpe con un beso apasionado.

Héctor ha subido en brazos a Clara al ático y ambos no han dejado de sonreír en todo el trayecto.

—Me encanta la celebración de los dos meses... espero con ilusión la de los tres —suelta de pronto sobre el cuello de él.

Ambos rompen a reír. Esa risa... piensa Clara que no deja de mirarlo.

La echa sobre la cama y ella nota cómo ha chocado con algo. Se suelta de los brazos de Héctor y se gira, encontrándose con una caja envuelta. Frunce el ceño, aunque no dice nada.

—Ábrelo —le apremia él.

Asiente y al hacerlo descubre el joyero que tanto le gustó el primer día que quedaron en el puerto. Sorprendida se gira para encontrarse con la mirada de Héctor que, expectante, espera la reacción de ella.

—Catalina... —Héctor asiente y sonríe, pensando que sí que se ha acordado de cuando lo vieron.

—Catalina Mendoza. Ella era una noble de la época del siglo XIX. Dice la leyenda que se enamoró de un joven aprendiz de carpintero el cual le hizo el

joyero. Su padre, al enterarse de que estaba enamorada de un joven sin recursos, la obligó a casarse con un noble algo mayor y mandó hacerlo desaparecer para que no interfiriera en la vida de su hija.

Mientras habla, Héctor se acerca a ella y abre una serie de cajoncitos que no se ven a simple vista. Continúa:

—Ella guardó los escasos recuerdos que tenía de él en estos compartimentos secretos. Los encontraron años después, cuando ella ya había fallecido. Dicen que por amor.

Clara vuelve la vista del joyero a Héctor.

—Es precioso y una historia muy triste —dice acercándose a él.

Añade:

—Gracias. Es... —No termina de hablar, los labios de Héctor han chocado con los suyos

y ya se han perdido en un beso.

—No te duermas —dice Héctor tocando con el dedo la punta de la nariz de Clara—, tengo un último regalo.

Ella va a protestar, pero solo le sale un gruñido. Él sonrío y se despega un poco para coger un paquetito.

—Venga, ábrelo —apremia a una Clara que hace una mueca de fastidio.

Muy lentamente se separa de él y se incorpora para abrirlo. Cuando lo hace se queda con la boca abierta.

—Joder Héctor, te has pasado. —No se atreve ni a sacarlo de la caja.

Él sonrío, Lorenzo tenía razón, le gustan los relojes y parece que lo ha reconocido.

—No lo quiero.

—¿Qué? —dice Héctor algo confuso.

—Que no lo quiero. Esto es demasiado —vuelve a decir Clara incorporándose más.

Se levanta de la cama y se mete en el baño. Ha dejado la caja junto a Héctor.

Cuando vuelve él, sigue en el mismo sitio al igual que el regalo.

—Sigue ahí. ¡Mierda! —dice ella casi en un susurro.

—No se va a mover de ahí hasta que lo abras y te lo pruebes.

—Joder Héctor, es una edición limitada, te ha debido de costar una pasta. Yo no...

—Tú, sí. Es tuyo y no se puede devolver, tú verás.

—¿Por qué me haces esto?

—¿Un regalo? —Sonríe de forma inocente.

—Eres imposible. Es una pasada —termina diciendo Clara mientras lo abre.

Examina el reloj con cuidado y sin dejar de sonreír. Él no deja de observarla, sabe que ha acertado de pleno con el regalo, aunque sea reacia a aceptarlo.

—No me lo puedo poner, así como así. Me va a dar miedo llevarlo puesto.

Héctor suelta una carcajada. Ella le golpea el hombro y añade:

—Gracias. —Se acerca y le besa en los labios.

—De nada. Creo que deberías guardarlo en su sitio.

Clara no sabe por qué ha dicho eso último, pero se levanta y abre su vestidor. Al ponerlo sobre el tocador ve su caja de relojes. Gruñe. La abre para comprobar que, efectivamente, es su caja y contiene sus relojes. Coloca la nueva adquisición y se vuelve a la cama. Se tumba, quedándose a la altura de

Héctor que no ha dicho nada.

—Supongo que el cotilla de mi ex mejor amigo tiene algo que ver en este último regalo...

y en mi caja.

Héctor asiente.

—No entiendo por qué no me lo habías dicho.

Clara sonríe y pone los ojos en blanco.

—Te lo advierto señor Extremera, no voy a aceptar más regalos.

Él sonríe ampliamente, se ha salido con la suya, no ha dicho nada más de los que le acaba de hacer.

CAPÍTULO 30

Clara está en la barra del bar La luna, frente a su trabajo, bromea con el camarero. Es martes y se ha escapado un rato para tomarse un respiro.

—Eres un capullo —le dice Clara.

—Anda, venga, no te vas a arrepentir —le contesta él.

—No me tienes más...

Héctor que escucha la conversación se pone celoso. No le gusta el tono que hay entre ambos. La coge de la cintura y al darse Clara la vuelta, él la besa apasionadamente. Ella responde y se ruboriza al separarse.

El camarero añade divertido:

—¿Algo más, señor?

Héctor no le devuelve la sonrisa. Clara no sabe qué decir, pero se recompone y se ríe por la situación.

—Anda, ponme solo ese chocolate que decías, pero nada de churros, donuts ni bocatas.

Ah y un café. —Vuelve a mirar a Héctor y le sonrío, este compone una mueca a modo de sonrisa.

—Hola guapo, me has sorprendido gratamente. —Y lo coge del brazo llevándoselo a una

mesa.

Cuando se sientan, ella se toca la frente con la palma de la mano, acaba de caer en una cosa.

—Joder Héctor, ya veo. Acabas de mearme, ¿no es así?

—¿Mearte? —La mira sorprendido y no dice nada más.

—Marcar territorio, ya sabes.

Ahora sí que la entiende y sonrío.

—Culpable.

El mismo camarero se acerca y deja el chocolate y el café. No dice nada aunque sonrío a la pareja. Héctor aprovecha para sacar algo de la chaqueta y dejarlo encima de la mesa. Lo acerca a Clara que alarga la mano para ver de qué se trata. Pone cara de fastidio, pero sigue leyendo.

—Ya veo, no solo se trata de una visita sorpresa. Terreno público. No tengo dudas de lo bueno que eres en tu trabajo, pero...

Héctor tiene una sonrisa de suficiencia y va a hablar cuando ella le interrumpe:

—¿En tu casa?

Él asiente para añadir:

—Tenemos que ir —lo dice sin dejar de mirarla, no quiere perderse ningún detalle de sus expresiones.

Clara suspira.

—Bueno, parece que no tengo más remedio —dice atacando su chocolate.

—No te preocupes Clara, no será como la otra fiesta, de verdad. Mi madre es la mejor anfitriona y... —Ella no le deja terminar.

—No me vendas la moto...

Héctor no puede más que ampliar su sonrisa.

—Esta tarde irán a casa, Amanda y alguien de su equipo. Tú eliges todo, cariño.

Clara frunce el ceño, no le hace gracia pensar en el “equipo” de Amanda en especial...

—Ella no estará. No te preocupes por nada, de verdad —dice Héctor que se ha dado cuenta de por dónde iban sus pensamientos.

Esta mira fijamente a Héctor y piensa que de nuevo parece como si le leyera la mente.

—Señor Extremera... muy buena jugada. ¡Joder! No me pongas encima esa cara de corderito eres... imposible.

Héctor sonrío, ella se derrite ante esa sonrisa. Sabe que desde el momento “beso” ya estaba perdida, le dijera lo que le dijera, aceptaría. La tiene en el bote. Sonríe ante el hecho de que ha tenido que pensar en la forma de decírselo y montar toda una estrategia.

—Vale, pero yo también tengo que darte una noticia. Este fin de semana tengo a mis sobrinas.

Al salir del trabajo, Clara llega al ático y al entrar oye ruidos en el salón. Se acerca y ve todo un despliegue de medios. Hay una mujer y un hombre,

varios percheros, toda clase de complementos sobre la mesa y unas maletas y bolsas repartidas por aquí y por allá.

—Hola señorita Jiménez, soy Amanda...

—Clara por favor, nada de formalismos. Ante todo, quiero darte las gracias Amanda por la ropa tan... maravillosa que me eliges siempre.

Esta asiente y sonrío agradecida por el comentario.

Se acerca a Clara y le tiende la mano.

—Eres muy amable Clara, te lo agradezco. Este es Frank, mi ayudante. Es uno de los mejores estilistas que hay. Él se encargará de arreglarte el día del baile si te parece bien, por supuesto.

Clara asiente y le tiende la mano a su ayudante. Inmediatamente se le viene a la cabeza Lorenzo y piensa que ambos harían muy buena pareja.

Se ponen manos a la obra y, cuando le muestran los vestidos a Clara, esta no puede más que decir:

—Guauuu, joder vaya vestidos... —Se calla de golpe, se le ha escapado hablar así.

Ambos sonrían y piensan en lo diferente que es Clara, están acostumbrados a personas mucho más estiradas. Amanda medita en el hecho de lo bien que le ha caído y no entiende cómo Lorena pudo hacerlo tan mal y provocarle malestar.

—Si te parece bien podrías empezar probándote uno de los vestidos y vamos viendo los complementos —dice Frank.

Clara asiente pero se queda quieta. Tiene ante sí un montón de vestidos y no le apetece nada probárselos todos. Pasa la mirada por los dos percheros y coge el que más le ha llamado la atención desde que reparó en ellos. Se trata de un vestido blanco sin mangas, con escote en uve y espalda cubierta. Al tenerlo en la mano comprueba que de la cintura le sale a modo de reflejos rojos y naranjas unas tiras de la misma tela, cayendo hacia abajo.

—Este me encanta —añade.

—Empecemos por él —dice una sonriente Amanda.

Cuando Clara se mira al espejo se sorprende de dos cosas. La primera es de lo cómodo que es, se le ha ajustado al cuerpo y parece llevar una camiseta. Lo segundo es que las tiras que había apreciado son lo único que tapan en parte la pierna, al hacer el vestido ahí un corte que se la deja al descubierto.

—Es precioso —dice mirándose de nuevo.

Ha salido al salón y los dos estilistas la observan, pero permanecen en silencio.

Ella algo confusa añade:

—Demasiado para mí, ¿no?

Frank reacciona primero.

—En absoluto, estás increíble Clara.

—Lo siento —añade ahora Amanda—, a veces no sé qué decir cuando veo cómo puedo

acertar tanto con la talla de un cliente, parece que está hecho para ti.

Clara sonríe.

—Sobre todo sin conocerme. Quiero ponerme este.

—Debes probarte los otros, si no... ¿qué vamos a hacer nosotros, querida?

Clara se ríe y añade:

—Os queda lo peor. Complementos.

Todos se ríen.

—En serio Héctor, aún estamos a tiempo para decirles que las lleven a mi casa —dice Clara.

—No. Ya está preparada la habitación de invitados y la contigua será la nuestra.

—Está bien, pero estaría más tranquila si nos quedáramos en la mía.

—Clara...

—Muy bien, tú lo has querido.

Ambos sonríen.

Llaman al portero y bajan para recogerlas.

—¡Hola, tita! —gritan a la vez las niñas.

Miguel sale del coche y le da la mano a Héctor y besa a Clara en la mejilla.

—Os lo agradezco de verdad y os recuerdo que ya es tarde, no se admiten devoluciones hasta el domingo por la tarde.

Todos se ríen.

—Vamos, chicas Edice ella ayudándolas a salir del coche.

Ambas la abrazan. Mientras, Miguel saca del maletero las cosas de las niñas y empieza a dárselas a Héctor con instrucciones. Éste pone cara de sorpresa y levanta una ceja.

—Vale, vale, mi hermanita sabrá qué hacer con todo esto. Me callo y me voy.

—Sonríe ante la expresión que tiene puesta y se compadece de él.

—Subamos. Adiós, Miguel.

—Sí, adiós Miguel —dicen las niñas.

Todos se ríen y los cuatro suben al piso.

Terminan de cenar y Clara pone una película de dibujos a las niñas. Héctor se queda en la cocina y ella aprovecha para decirles a sus sobrinas:

—Debéis tener cuidado con las cosas de la casa del tito, algunas son tesoros muy valiosos.

—¿El tito es un pirata? —dice la pequeña.

Se ríen.

Cuando termina la película las niñas ya se han dormido y Héctor coge a la mayor y Clara a la pequeña. Al dejarlas en la habitación se despiertan y le piden que les lean un cuento.

—Eso tito, léenos un cuento —dice sonriendo Clara y añade:

—Se me ocurre un libro...

Él sonrío y niega con la cabeza.

—Eres imposible, Clara.

—¡Venga! —dice la mayor algo desesperada.

Héctor les cuenta un cuento y apaga la luz, aunque las niñas protestan y les dejan una pequeña encendida y la puerta abierta.

Al meterse en la cama, Héctor le dice a Clara:

—No me importa que las niñas puedan romper algo.

—Lo sé, pero las niñas no se sentirán bien y yo mucho menos. Tienes cosas muy valiosas y...

—Sí, tesoros, ¿no? —Clara sonrío y asiente.

Héctor la atrae hacia él y la besa.

—¿De verdad crees que me importa? —le dice ahora muy serio.

—A mí me importa.

—Están para decorar. —Y antes que ella le replique le vuelve a dar un beso.

Es tarde cuando Clara mira el reloj, aunque le parece que solo han pasado cinco minutos desde que se durmiera. Vuelve a escuchar a Paula y Andrea, la pequeña está llorando. Se levanta y se cerciora de que Héctor sigue durmiendo.

Tras una cabezadita se vuelve a su habitación, las niñas duermen profundamente.

No ha cerrado aún los ojos cuando nota un susurro y un golpe en su brazo. Es Paula que está cogida de Andrea.

—Tita...

—Ssst. Vais a despertar al tito.

—¿Qué pasa? —dice él.

—Ella tiene miedo, dice que ha visto a un monstruo —contesta la mayor.

—Lo has visto tú —protesta la otra.

—Anda, subid —dice Héctor.

—¿Seguro? —le pregunta Clara por encima de las cabecillas de sus sobrinas.

—¿Quieres dormir?

Entonces ella levanta las manos y las ayuda a subirse a la cama.

Cuando Clara se despierta está sola, ni rastro de las niñas ni de Héctor. Sale y le asalta el olor a chocolate. Se acerca a la cocina y allí están sus sobrinas con Marga.

—Hola, chicas —dice.

—¡Estamos haciendo tortitas!

—Umm, me encantan las tortitas —les responde.

Desayunan y se les une Héctor. Deciden ir a la playa.

Disfrutan del día. Comen en un chiringuito y luego van a pasear al parque. Héctor se pregunta si no es demasiado, pero Clara le dice que las niñas tienen que cansarse. Ambos se ríen y se vuelven al ático. Esta vez deciden que no merece la pena que se acuesten en la otra habitación así es que lo hacen en la misma y se ponen a ver la televisión. Clara pasa el brazo por encima de las niñas y le da la mano a Héctor. Enseguida se duermen, ha sido un día muy intenso.

De nuevo se despierta Clara y está sola en la cama. En la cocina pilla a Héctor con las niñas, sonrío ante esa imagen. Están los tres muy entretenidos haciendo el desayuno y se ríen mucho. A Clara se le contagia la risa. La escuchan, se dan la vuelta y la saludan. Ella besa a los tres.

—¡Se han dado un beso en la boca! —suelta la pequeña al verlos.

Los tres se ríen, sobre todo la mayor.

—¡Eh! ¿Tú de qué te ríes? —dice Clara.

Se va a por ella haciéndole cosquillas.

—¿Tú también quieres? —le dice a la otra, que se pone a correr.

Se van al cine y comen palomitas. Luego almuerzan y llevan a las niñas en el coche de vuelta a casa.

Al llegar los padres los están esperando en la puerta. Al bajarse las niñas se abrazan a ellos.

—Lo hemos pasado muy bien, titos.

—Nosotros también —dice Clara sonriendo.

—Gracias chicos, ha sido un fin de semana muy... bien aprovechado. — Miguel habla guiñando el ojo.

—Sí, ya, seguro que te lo has pasado durmiendo —le responde Clara.

Todos se ríen. Julia se acerca a sus cuñados y les da unos besos para añadir:

—Gracias de verdad. Cansan, ¿eh?

—Estamos hechos polvo —responde Clara.

La pequeña coge de la mano a Héctor y tira de él que se agacha. Ella le da un beso.

—Gracias, tito. —Él la coge en brazos y le hace cosquillas.

A Clara se le cae la baba.

Como las niñas no han comentado nada de su futuro hermanito, Clara deduce que Miguel aún no ha hablado con ellas. Decide dejarlo pasar, aunque tiene que hablar seriamente con él, ya mismo no podrán ocultarlo.

En el coche de vuelta ella le dice a Héctor:

—Gracias, cariño. —Y sonríen.

CAPÍTULO 31

—No sé cómo no te maquillas más, podrías sacar mucho partido con poco que te pusieras

—dice Frank, el estilista que la está preparando para el baile de máscaras.

—Mucho esfuerzo para ir a trabajar o para salir simplemente a la calle —le contesta una Clara que está nerviosa por verse en el espejo.

—Desperdicio, a eso yo lo llamo desperdicio. Si yo pudiera...

—¡Pero si ya puedes! —le suelta Clara.

Ambos se ríen. Él lleva un poco de rímel y de lápiz de ojos, aunque muy disimuladamente.

—Bueno, ya estás lista —le dice mientras la levanta y la pone frente al espejo.

Añade:

—¿Te gusta?

Clara se observa y sonrío, se reconoce. La ha peinado con el pelo liso y le ha cortado un poco las puntas, dejándoselo más largo por detrás. Y lo mejor, la ha maquillado y apenas se nota, aunque le resalta sus ojos y sus labios.

—Me encanta Frank. Muchas gracias —le dice a un expectante estilista.

Él también admira su creación y le pregunta:

—¿Te ayudo a vestirte, Clara?

—No, gracias —le contesta esta.

Él asiente y termina de prepararle el vestido y los complementos que se los deja sobre la cama. Todos menos el colgante que tenían pensado para la ocasión, Clara se ha negado a quitarse el que le regaló Héctor en la terraza del restaurante. Después recoge todas sus cosas y se marcha.

Clara se quita la bata y se queda mirando todo lo que le ha puesto sobre la cama. Suspira y piensa que de nuevo está ahí parada preparándose para lo que parece el matadero. Sonríe ante esa ocurrencia, por lo menos esta vez es diferente, se encuentra mejor y más segura.

Héctor llama a la puerta.

—Dame cinco minutos, ya casi estoy —le dice Clara sin darle permiso para entrar.

No han pasado ni dos cuando él abre la puerta, la sorprende con el vestido a medio poner.

—¡Clara! Es tarde.

—No tardo, aunque quizás podrías...

—Es tarde —la corta él.

—Vale, gruñón. Solo quería que me ayudaras con la cremallera, iría más rápido.

—Lo siento Clara, estoy nervioso.

—¿Nervioso? ¿Por qué? —le pregunta ella que le ofrece su espalda para que le suba el vestido y por fin puedan irse.

—No quiero fastidiarla esta noche. —Y suspira.

Clara se gira y le pone la mano en la mejilla sonriéndole.

—Cariño, soy yo la que debo estar nerviosa. Vamos a otra fiesta, esta vez en casa de tus padres y no sé cuántos invitados habrá. Menos mal que esta vez he empezado bien y me han arreglado a mi gusto.

Sonríe y Héctor la imita, piensa que lo ha dicho sin rencor, como si esa otra vez en la que aquella estilista la arreglara ya estuviera superado, menos mal.

—Lo siento cariño. —Ambos sonríen—. Además, estás preciosa —lo dice acercándose a

ella y besándola en los labios.

—Aún estamos a tiempo de no ir... —empieza a decir ella casi en un susurro, aunque se

pone a reír ante la cara que él pone.

—Es broma, guapo. Cojo mis cosas y... espera, tengo algo para ti.

—¿Para mí? —pregunta Héctor curioso.

Ella se va a la cómoda y abre un cajón. Se gira y se lo entrega a él que sonrío.

—¿No pensarías que ibas a ir con esa aburrida máscara, no?

—Esta es la máscara del zorro, Clara.

Ella se ríe.

—Es chula, ¿no?

Ahora duda de si a él le va a gustar, la cara que ha puesto... Él ante la pregunta y las dudas que ve en Clara se la pone y sonrío.

—¿Y bien? —le pregunta.

—Guapísimo, eres mi superhéroe.

Rompen a reír. Clara coge la suya y se la pone.

—Estás... que quemas.

La máscara es roja con lenguas imitando a fuego de colores amarillo y naranja. Tiene unas plumas en un lateral para hacerla aún más llamativa. Ambos se están mirando en el espejo cuando Héctor dice:

—Estás loca, cariño. —Y rompe el contacto visual para besarla con máscara incluida.

Al separarse, Clara emite un leve suspiro y añade:

—Bueno, no es necesario que te la pongas si no te gusta, de verdad, pero que sepas que estás muy guapo.

—Llegamos tarde. —Y le tiende el brazo para que ella se lo coja y así bajar al coche.

Emilio los deja justo en la puerta de acceso y abre la puerta a Héctor, el cual hace lo propio con la de Clara. Ella no deja de mirar la casa.

—Está increíble —dice maravillada ante el aspecto que tiene.

Héctor sonríe. Su madre es la mejor organizadora de fiestas y ahora Clara lo va a comprobar.

Suben las escaleras y en la entrada hay un fotógrafo que les hace un par de fotos a los recién llegados. Aparece Mercedes, la madre de Héctor. Clara se pone muy tensa.

—Cariño, por fin estáis aquí —dice acercándose primero a su hijo al que le da dos besos.

—Clara, estás muy guapa.

—Mamá, espera que os presente formalmente. Mamá, ella es Clara Jiménez, Clara, ella es mi madre Mercedes.

Ambas sonríen y se dan un par de besos.

—¡Por fin un par de besos bien dados! —exclama la madre.

Se ríen ante el comentario y Clara sabe muy bien por qué lo dice. En la otra fiesta parecían besos de mentira, no llegaban ni a rozarse, pensó en lo raro que resultaban.

—Tu casa está increíble Mercedes. Si era bonita sin decorar para una fiesta...

—Gracias Clara, recuerdo que te gustó. Bueno, sigo con mis invitados. Espero que os lo paséis bien y, Héctor cariño, recuerda dejar tu cheque antes de irte.

—No te preocupes, mamá.

Dan un par de pasos hacia delante y Clara sonrío:

—Primera prueba superada.

—¿Mi madre?

Ella asiente. Él le aprieta la espalda en señal de confirmación y le dice cerca del oído:

—Pues vamos con la segunda. —Y la lleva ante su padre, presentándolos.

—Hola Héctor, me alegro de que vengas acompañado. —Y le da un codazo cariñoso a su

hijo.

Clara sonrío, aunque deja de hacerlo cuando añade:

—Habrá muchas chicas en la fiesta que se lleven una gran desilusión. —Y guiña el ojo.

Héctor sonrío, por lo que Clara no puede controlarse y salta:

—Espero no tener que marcar mi territorio.

—¿Qué? —pregunta el padre que cree no haber escuchado bien el comentario.

Héctor se gira para ver lo que Clara va a decir a continuación.

—Espero no tener que quemar a ninguna con mis llamas —dice poniéndose la máscara.

Ambos hombres rompen a reír.

Aparece Borja, el hermano de Héctor.

—Hola hermanito, ¿quién es tu acompañante? —Héctor se pone serio por lo que añade—:

Es broma. Hola, Clara. Sofí me dijo que estabais juntos, fue una sorpresa la verdad.

Sonríe y le da dos besos.

—Supongo que somos algo así como hermanos y cuñados —dice Borja.

—¿Estáis otra vez juntos? —pregunta ella.

—Bueno, no exactamente. Ahora mismo no. —Se sonroja—. Nos acabamos de pelear, pero...

—Oh, lo siento Borja. —Y mira a Héctor poniendo los ojos en blanco.

Este se acerca y le susurra cerca del oído:

—No seas mala, tengamos la fiesta en paz.

—Será mejor, sí —contesta ella.

—Espero poder bailar contigo Clara, estás muy guapa —dicho lo cual le guiña un ojo y se marcha.

Ramón, el padre de Héctor se ha puesto a hablar con alguien por lo que se han quedado solos.

—Pruebas dos y tres también superadas. ¿Podemos irnos ya? —dice Clara.

—¿Quieres irte ahora? —le responde Héctor con otra pregunta.

—En realidad no, estoy bien. —Y le sonríe.

—Entonces vamos a bailar.

—¿Bailar? —pregunta una Clara muy sorprendida.

—Sí, recuerda, es un baile de máscaras.

—Pero... creía que era el nombre, nada más.

—¿No sabes bailar? —pregunta ahora un Héctor muy divertido.

—¿Tú, sí? —Clara no puede creérselo.

Héctor suelta una carcajada, pero la irrumpe al ver la cara de ella.

—Lo siento, creía que con el nombre no necesitabas más pistas.

—¡Joder! Esto te va a costar caro, señor Extremera.

Héctor la abraza y le susurra al oído:

—Recuerda que tengo mucho dinero.

—No estaba pensando en dinero... aunque... no pienso bailar.

—Lo harás, todo el mundo lo hace.

Clara gruñe y eso hace que Héctor no pueda aguantar más la risa.

—Uno y contigo —añade ella.

—¿Pensabas bailar con alguien más? —Y pone cara de enfado.

—No pensaba bailar. —Suspira.

—No te preocupes, te llevaré.

—El que te tienes que preocupar eres tú, pero de tus pies.

Él se ríe para añadir:

—Va a ser una gran fiesta.

Entonces alguien los interrumpe. Son dos chicas iguales que si no fuera por el color de la máscara no sería posible identificarlas.

—Hola, Héctor. Por fin te encontramos. —Y lo saludan muy efusivamente.

No dejan de hablar y Clara se está cansando, además no entiende la mitad de lo que dicen, son muy estiradas. Ve a Mercedes y decide que ya se ha acabado el tiempo de hablar con estas dos.

—Disculpadnos, mira Héctor tu madre. —Y tira de él, alejándose de las chicas.

Mercedes que los ve acercarse sonrío.

—Lo siento Mercedes, te acabo de usar para escapar de las hermanas...

—No pasa nada Clara, cariño —dice amablemente y sin dejar de tener una sonrisa en la cara.

—Es que de verdad, ya me estaban sangrando las orejas.

Primero se quedan sorprendidos y después Héctor y su madre rompen a reír.

—¿Cuál es el chiste? —interrumpe la ex de Héctor.

—Ah, Alexandra, ¿conoces a Clara la novia de Héctor?

Al oír esas palabras la chica se tensa para luego recomponerse y contestar:

—Sí, nos conocemos. —Y se vuelve para saludarla.

—Es muy divertida —añade Mercedes.

—Sí, ya veo —contesta Alexandra que la coge del brazo.

—Ven Mercedes, mi madre preguntaba antes por ti. —Y se despiden.

—Vamos, es hora de ese baile.

Clara pone una mueca ante el comentario de Héctor, pero lo sigue hasta el jardín donde está instalada la pista de baile.

—Nada mal, señorita Jiménez.

—Gracias señor Extremera, pero me temo que se debe a su gracia y elegancia en el manejo de los pasos de baile.

Ambos ríen.

Se acercan a un camarero y Héctor coge dos copas de champán.

—Pruébalo, te gustará —le dice guiñando un ojo a Clara.

—Tienes razón, está muy bueno. Además, tenía sed.

—¿Quieres comer algo? —dice señalando la carpa donde están las mesas con la comida.

—No, no quiero explotar el vestido.

Él se ríe.

—Estás preciosa, cariño —se lo dice en el oído y Clara tiembla ante las palabras y su cercanía.

—No seas malo... —Y le roba un beso.

Ambos sonrían y siguen caminando.

Se encuentran con un grupo de personas ataviadas con sus máscaras y saludan. Se los va presentando, aunque Clara no recuerda ninguno de sus nombres. Se estrechan las manos y cuando se apartan, suspira.

—Esto cansa —dice muy bajito, para que solo él pueda oírla.

Héctor sonrío y asiente, le da la razón, cuántas veces no ha pensado él lo mismo.

En ese momento aparece ante ellos Alonso, el “amigo” de Héctor que conoció en la anterior fiesta y hermano de Alexandra.

—Hola Clara, estás maravillosa. —Y se acerca plantándole dos besos en los que ella cree que se ha recreado demasiado.

Héctor, que no la ha soltado ni un momento, tira de ella levemente alejándola de Alonso.

Ha aprendido muy bien la lección y no piensa dejarla ni un segundo.

—Hola, Héctor.

—Hola, Alonso.

—Clara, ¿me concederás un baile? —dice mirándola descaradamente, desafiando por completo a Héctor, el cual contesta por ella.

—Los tiene todos solicitados.

Este le va a contestar algo cuando aparece Alexandra, que interrumpe preguntando:

—Bueno Héctor de qué vas, ponte la máscara.

Él le hace caso y se la pone.

—Soy el zorro. —Y sonrío.

—Entonces... ¿tú vas a juego, Clara? —dice maliciosamente.

Los dos hombres se quedan muy serios pero no les da tiempo a contestar nada, Clara

rompe a reír a carcajadas. Tanto que ellos no pueden más que imitarla.

Alexandra está a punto de interrumpir las risas con otro comentario cuando Clara habla:

—Eres muy graciosa Alexandra y no, no voy de Catherine Z Jones. Soy un Ave Fénix, ya sabes... resurjo de mis cenizas. —Y se pone su máscara.

—Muy poético —dice Alonso.

—Muy triste diría yo —replica ahora Alexandra.

—Bueno, en realidad no tiene nada de triste, es un pájaro inmortal.

—Entonces como yo, que voy de Ave del Paraíso. —Y se pone su máscara.

—¿También es un pájaro? —dice Clara antes incluso de pensarlo.

—¿También? —pregunta la aludida algo confusa.

—Es una planta —le responde.

Alexandra se gira a su hermano y al ver la cara que ha puesto bufa y se marcha de la reunión, disculpándose con la excusa de tener que saludar a alguien.

Alonso mira a Clara como para regañarla, pero en su lugar termina diciendo:

—Adiós diversión. Eres la primera que le ha dicho la verdad. —Sonríe—. Voy a buscarla a ver si se le pasa el enfado.

Hace un gesto con la cabeza y se va en busca de su hermana.

—Creo que he metido la pata —dice Clara sonriendo.

Se vuelve para mirar a Héctor que está con una sonrisa puesta.

—Creo que nunca me lo había pasado tan bien en una fiesta.

Ambos rompen a reír.

—Creo que podríamos hacer una “cenicienta” —dice Clara al cabo de un rato.

—¿Una cenicienta? —le pregunta Héctor.

—Sí, marcharnos antes de las doce.

Sonríe y asiente con la cabeza, él también cree que ya han cumplido en la fiesta.

Están a punto de salir cuando son alcanzados por los hermanos Zavala, que vuelven al ataque.

—Héctor, ¿ya te vas? —dice Alexandra.

—Sí, nos vamos ya —contesta él.

Hace una mueca pero se compone.

—Esperaba que pudiéramos bailar juntos.

—Venga Héctor sácala a bailar y yo mientras lo haré con Clara —interviene Alonso.

—Es que ya nos íbamos chicos. —Sonríe, aunque ella sabe que está a punto de perder la

paciencia.

—Pero si es muy pronto —vuelve a insistir Alexandra.

—En otra ocasión.

—No tendrás miedo que a Clara le guste más como bailo yo, ¿no?

—Es que no quiero que la pises, es por su bien.

Sonríe y hace ademán de irse, pero Alexandra, aun no satisfecha, vuelve a intentarlo.

—Solo un baile, ¿qué puede pasar? —y lo dice aleteando las pestañas.

Clara pone los ojos en blanco, por favor, se dice, menuda cara tiene esta mujer.

—Que perdamos el avión, salimos en media hora —contesta Héctor que da

por concluida

la conversación y se despide con un gesto de cabeza.

Al salir Clara le pregunta:

—¿Avión?

—Me han fastidiado la sorpresa, pero es que si no, no nos iban a dejar en paz. Le gustas.

—No, solo quiere fastidiarte. Tú sí que le gustas a ella y eso no podrás negarlo —lo dice mirándolo de frente y Héctor se encoge de hombros.

Se meten en el coche, Emilio ya los estaba esperando. Sin decir nada arranca y se van.

—Bueno, segunda fiesta superada.

—Esta ha ido mucho mejor, además has bailado.

—Eso me recuerda que tengo que cobrarme el baile. —Sonríe pícaro.

—Tendrás tiempo ahora... —Y no termina la frase.

Clara lo mira intrigada y se acerca lentamente. Casi sus labios se rozan cuando sonríe.

—¿Dónde vamos?

—Eso sí va a seguir siendo una sorpresa. —Le sonríe.

Una vez el coche se ha parado, Emilio abre la puerta a Héctor y los dos hombres intercambian unas palabras. Ese momento lo aprovecha Clara para salir. Héctor hace una mueca y se acerca a ella.

—Joder, por fin veo tu juguetito, aunque... ¿no se moverá mucho? —dice buscando la mirada de él, que niega con la cabeza y sonríe.

—Vamos. —La coge de la mano y la ayuda a subir.

Una azafata los espera y los acomoda mientras no deja de sonreír a Héctor. Clara frunce el ceño.

—Gracias, Laura.

—En cuanto despeguemos vendré para ver si necesitan algo.

Le pone ojitos... por favor, se dice Clara que refunfuña. Él la mira divertido. Entonces es el turno del piloto, el cual se presenta a Clara mientras estrecha la mano de Héctor.

—Encantado señorita Jiménez y no se preocupe, es seguro viajar con este avión y conmigo. —Le muestra una amplia sonrisa y ahora el molesto es Héctor, el cual le da una palmadita al piloto en el hombro para que se marche.

—Joder, joder.

—Ya lo has dicho, Clara.

—Lo sé, es que es tan... me gusta. —Y Héctor sonríe satisfecho.

Cuando el avión ha despegado, vuelve Laura para preguntarles si necesitan algo más, les ha dejado una botella de champán y dos copas. Clara piensa no quitarle el ojo a la azafata coqueta.

—Gracias Laura, eso es todo. —Héctor se lo dice sin mirarla, pues se ha concentrado en Clara y en su vestido.

Ella se despide y Clara sonríe, por fin, anda vete ya. Niega ahora con la cabeza.

—Estoy fatal.

—¿Por qué? —le pregunta Héctor que no ha dejado de observarla.

—No quería decirlo en alto, pero es que... nada, nada.

Entonces él sonríe y se quita el cinturón de seguridad, después el de Clara y se levanta, cogiendo la botella y las dos copas y tendiéndole la mano.

—Ven, tengo algo que enseñarte.

Clara se la da y le sigue hasta el fondo del pequeño avión. Allí hay una puerta que abre Héctor, dejando que ella pase primero.

—¡Guau! —suelta Clara.

Él termina de pasar dentro y cierra la puerta, echando el pestillo.

—No te voy a dejar salir hasta que lleguemos. —Y sonríe travieso.

Clara no ha dejado de mirar por la ventana del coche que los ha recogido en el aeropuerto.

Héctor la observa de reojo, no quiere perderse ninguna de sus expresiones. Le fascina sobre todo cuando ella ve algo nuevo y le gusta, cómo se sorprende ante lo que va descubriendo. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto y mucho menos de las pequeñas cosas de la vida. Un paseo en moto, las vistas desde su ático, la casa donde se crio... Cada paso que dan juntos es como si fuera el primero. Clara es como una niña maravillada ante lo que el mundo le ofrece, lo que él le ofrece. Le gusta...

—¡Eh! ¿Qué piensas, guapo? —le dice Clara cortando sus pensamientos.

Añade ante el silencio de él:

—Creo que el paisaje de fuera es más interesante que mi oreja.

—Discutible —le contesta Héctor con una sonrisa.

CAPÍTULO 32

—Vamos dormilona, o no te voy a poder enseñar nada de la ciudad.

—Tenemos tiempo —contesta Clara sin abrir los ojos.

—No te creas. El horario está muy ajustado. Visita al Louvre, reserva en el restaurante...

es una sorpresa, compras, ópera, cena en...

—Ssssst, para, para, que me estás estresando —dice Clara que ahora sí que ha abierto los ojos.

Le mira directamente. Héctor se acerca y empieza a besarla en el cuello para susurrarle en el oído:

—¿No te gusta mi plan? —Ella se estremece, esa proximidad...

—No hagas eso, o esta habitación es lo único que vamos a ver de París.

Héctor se ríe y va a buscar sus besos. Le encanta provocarla y que ella responda de esa forma.

—A ver Clara, qué quieres hacer.

—Nada de museos, ni de ópera, ni de restaurantes pijos...

—¿Nos vamos? —dice él divertido.

Ella le da un manotazo.

—Quiero conocer la ciudad a pie, callejear, que me enseñes los lugares típicos parisinos, los bohemios, y sobre todo, la Torre Eiffel. Es tan... — Héctor la corta dándole un beso.

—Entendido, exigente señorita.

Ella sonrío y añade:

—¡Ah! Y por supuesto nada de tiendas de esas en las que te asustas al ver las etiquetas. —

Héctor rompe a reír.

—Señor Extremera... esa risa provocadora va a hacer que al final no veamos nada.

Cuando consiguen ponerse en marcha ya es tarde. Héctor marca en su móvil para anular todos los planes del día. Sonríe. Clara es tan diferente a las mujeres que ha conocido... Sin ir más lejos, quiere ver el París auténtico y él sabe muy bien qué enseñarle. Ha estado en varias ocasiones en la ciudad y se ha dejado llevar por ella, por sus calles, por su encanto.

Va a ser todo un reto el paseo, pero espera no defraudarla.

—¿Preparada? —le dice a Clara con una sonrisa.

Ella asiente y le coge de la mano.

Llevan unas horas andando cuando encuentran unos puestos de souvenirs. Clara tira de

Héctor acercándose a ellos.

—¿No habías dicho “nada de tiendas”? —dice Héctor imitando la voz de Clara.

—Este no es tu concepto de tienda. —Ambos se ríen.

Clara compra una camiseta para su colección, tiene una caricatura de la Mona Lisa.

Héctor no ha dejado de sonreír mientras el proceso. Sí que va a ser fácil de complacer, piensa mientras que vuelve a sentir el tirón de Clara, ha visto otro puesto que ha llamado su atención.

Siguen andando y disfrutando de la ciudad y de su clima. Han tenido suerte, no está lloviendo. Para ser mediados de junio no hace demasiado calor, pero al menos el sol ha salido y hace brillar las calles. Los numerosos jardines por los que van pasando están florecidos y los animan a seguir su camino.

Héctor de pronto siente un nuevo tirón de Clara. Va a preguntarle qué ha visto cuando se encuentra con un carrusel.

—No querrás... —Clara le interrumpe con una sonrisa.

Sabe enseguida lo que van a hacer a continuación. Montar en uno de los caballitos.

Cuando se bajan, Clara, que no ha parado de sonreír en todo el trayecto, se acerca a Héctor para besarlo. Antes de hacerlo, le habla casi en un susurro:

—Gracias. —Y ahora sí que va a por sus labios.

—Cariño estás tan concentrada que no has visto...

—¡La Torre Eiffel!, qué cerquita estamos ya. —Y tira de Héctor con más fuerza.

Están cada vez más cerca de ella y entre los edificios pueden verla.

La distribución de las calles de París es perfecta, tan simétrica... sorprende a Clara que no deja de mirar a uno y otro lado siguiendo los comentarios de Héctor, el cual demuestra los conocimientos que tiene sobre la ciudad.

Salen al Sena y lo cruzan a través de uno de sus puentes. Algo llama la atención de Clara.

En un lateral del puente, miles de candados están sujetos a él formando una foto muy singular. Héctor le dice cerca de su oído:

—Los enamorados ponen sus candados y tiran la llave al río, sellando así su amor. —Clara le mira y sonrío.

—¡Qué romántico! —exclama.

—Cariño, por algo la llaman “la ville d l’amour” —responde él en un perfecto francés.

Clara sonrío y se acerca a un hombre que vende candados. Después lo ponen en el puente.

Se hacen una foto tirando la llave y se besan, así sellan su amor, piensa Clara

con una amplia sonrisa.

Llegan al Arco del Triunfo. Se están haciendo una foto cuando Héctor detecta que Clara no presta mucha atención, pese a ser una maravilla. Le sigue la mirada para darse cuenta que ella no deja de observar la Torre Eiffel, sonrío. Está como hipnotizada, piensa mientras hace que se pongan en marcha para llegar pronto, pues todavía hay un buen paseo hasta ella.

Están muy cerca cuando Héctor mira el reloj, es tarde. Se les ha pasado la hora de la comida. Miran a su alrededor y se deciden por una tiendecita donde compran unos crepes.

Se los toman sentados en un banco viendo las increíbles vistas de la torre.

Una vez que Clara se termina el suyo, se acerca más a él apoyando la cabeza en su hombro. Le gusta sentir el contacto de Héctor, el cual pasa su brazo por los hombros de ella. Así están cuando descubren que en los jardines hay mucha gente y que no todos son turistas. Muchos parisinos están aprovechando el buen tiempo para hacer un picnic sentados en el césped.

—¿Crees que podremos subir y ver la torre? —dice casi en un susurro Clara.

Pese a encontrarse muy a gusto, se muere por llegar y ver aún más de cerca su esperada torre.

—Cariño... no dudes de mí.

Ambos sonrían.

Héctor hace un rato que mandó un mensaje y ya los están esperando.

—Visita especial para la señorita.

Clara se vuelve para mirar la cara de Héctor. Sonríe y le da un beso rápido, para añadir:

—Pues no la hagamos esperar más.

CAPÍTULO 33

Clara está embobada mirando la pantalla de su ordenador recordando que, hace tan solo unas horas, estaba degustando la mejor cena que recuerda. Héctor la sorprendió con una reserva en el restaurante de la segunda planta de la mismísima Torre Eiffel. Aún no se lo puede creer. Fue alucinante. En realidad, todo el fin de semana lo ha sido. Sus paseos, el chocolate en las cafeterías más auténticas de la ciudad, los gofres en los puestos ambulantes... todo, absolutamente todo fue maravilloso. Así piensa que le va a resultar mucho más fácil afrontar la semana de duro trabajo que le espera. Y por supuesto, las chorradas que se le puedan ir ocurriendo a su jefa.

Tres semanas habían pasado desde el baile de máscaras benéfico y todo iba sobre ruedas entre Héctor y Clara. Habían celebrado su tercer mes desde que se conocieran en un hotelito en la playa. Clara pensaba en esos días y sonreía. Estaba convencida que le habían servido de desconexión y así coger fuerzas para poder superar la semana de trabajo.

Además, de afianzar su relación.

Habían quedado un par de veces con Lorenzo. Ella se sorprendía mucho de que su amigo estuviera aun manteniendo en secreto el trabajo que había conseguido. Era muy misterioso cuando hablaba sobre él y solo le decía que le iba bien pero que no quería gafarlo. Estaba muy intrigada sobre eso, pero no quería insistir mucho. Al fin le iba bien y parecía gustarle, eso era suficiente para ella.

Con Sofí había quedado un día para comer, confirmándole que había vuelto de nuevo con Borja. Todo seguía igual en la cabecita de su hermana, había pensado Clara para sí misma.

También se habían visto con los amigos de Héctor en una cena muy divertida, en la que él había sido el blanco constante de las bromas de sus amigos.

Además, Clara había empezado a darse cuenta de la repercusión que Héctor tenía en la prensa. Se había filtrado la foto de ellos en el baile de máscaras, la que se habían hecho con ellas puestas en la entrada de la casa. Lorenzo se había reído mucho y la había llamado en repetidas ocasiones “la chica misteriosa” como rezaba en los titulares. Pero ella había tomado conciencia

por primera vez de lo que era ir a un acto público con él y lo que eso conllevaba.

Lo único que evitaba que Clara fuera completamente feliz en esos momentos era el trabajo. Nada había mejorado, incluso podía decirse que la relación entre ella y su jefa Raquel estaba llegando al límite. Esta insistía en molestarla y atacarla descaradamente, buscando cualquier fallo que ocurriera por la empresa para adjudicárselo a ella, que no podía más que intentar solucionarlo y callarse. El colmo de todo es que no se había cansado de insistir en que realizara el trabajo para el capullo de Alberto y eso la tenía preocupada, porque cada vez hablaba de él con más familiaridad como si... no puede ser, se corregía Clara mentalmente, no pueden estar saliendo. Aunque... el colmo fue cuando una mañana Raquel le había preguntado directamente cómo iba su relación con Héctor.

Hasta ahí podíamos llegar, había pensado rápidamente Clara que, sin mirarla siquiera, no le había contestado y continuado con su trabajo. La situación había resultado de lo más extraña.

CAPÍTULO 34

—¿Tenemos que ir a la comida? —pregunta Clara sin levantarse de la cama.

—Tú verás, es tu familia —dice Héctor riendo.

Clara gruñe y él se acerca divertido. Comienza a besarla por la cintura y sube lentamente.

—Umm... Así no pensarás que voy a querer levantarme, ¿no?

Clara nota cómo Héctor se ríe, le encanta cuando está de tan buen humor.

—Van a anunciar su embarazo, ¿no quieres ir? —le susurra él cerca del oído.

—Ya lo sabemos así es que podemos no ir —dice muy bajito, está perdida en los besos de Héctor.

De pronto para y ella protesta.

—Venga levanta, si te portas bien a la vuelta sigo por donde lo he dejado. —
Y se aparta de la cama metiéndose en el baño.

Clara protesta y, al escuchar los grifos de la ducha, se levanta rápidamente siguiéndolo.

—La comida ha ido bien, ¿no te parece? Todos se han tomado muy bien lo del embarazo

de tu hermano —le pregunta Héctor a una Clara que no ha hablado mucho desde que se

montaran en el coche para volver al ático.

—Sí —contesta ella con un monosílabo.

—Miguel parece más contento...

—Lo está, se ve que algo tienes que ver tú.

Héctor se calla, seguro que se ha enterado que le está dando trabajo a su hermano para que se saque un dinero extra, piensa mientras la mira de reajo.

—Y Lorenzo también está muy bien, se ve que de nuevo algo tienes que ver tú —dice recalcando las palabras.

Héctor suspira, le ha descubierto. Se ha enterado del nuevo trabajo de su amigo y parece que no le ha sentado muy bien, lo sabía, se dice mientras aparca el coche.

Clara sale sin esperarlo y él aprieta la mandíbula, ¿por qué engañarme?, se dice. Sabía que se iba a enfadar y por eso se lo había ocultado.

Ella le espera en el ascensor y sin mirarle en el trayecto entra al piso. Va directa al cuarto y se encierra en el baño. “Capullo” es lo único que ha escuchado Héctor antes de que se encerrara dentro.

Llama a la puerta. Intenta abrir, pero tiene echado el pestillo. Vuelve a pegar.

—Clara, por favor.

—Capullo. —Es lo único que vuelve a escuchar.

—Eso ya lo has dicho cariño, abre la puerta, por favor.

No le contesta, en su lugar escucha los grifos de la bañera. Vuelve a pegar en la puerta, esta vez con más fuerza. Nada.

—Ni se te ocurra darte un baño sin mí Clara, abre la puerta.

Silencio.

—No me hagas que la eche abajo. No quiero tener que llamar para que arreglen una puerta porque mi novia no la abría.

Se queda callado esperando y piensa en lo que ha dicho, mi novia... Repite la palabra y sonrío, le gusta cómo suena.

Clara abre la puerta. Él entra.

—Te lo puedo explicar, cariño.

—Deja de decirme cariño.

Él sonrío, sabe que puede hacer que se olvide del enfado y pasar un final de día agradable, muy agradable.

—Lo siento, Clara.

—Por favor no lo digas más, lo entiendo.

—Lo sé, pero es que... odio tener que salir de viaje cuando teníamos pensado hacer cosas juntos. Estas reuniones urgentes... además, siempre se complican y termino pasando más tiempo fuera del previsto.

—No te preocupes cariño, a tu vuelta celebramos el reencuentro. —Sonrío acercándose a él de forma seductora.

—Creo que necesito que me des una pequeña muestra de lo que vamos a hacer a mi vuelta... —No puede terminar de hablar, Clara se ha quedado desnuda ante él.

CAPÍTULO 35

—Estás muy guapa, Clara.

—Tú también, Lorenzo. No sé cómo me has convencido pero... nada, aquí estamos.

—Es un restaurante precioso, relájate por favor, cariño. No está mal salir sin él, ¿sabes?

Tras horas intentando convencer a Clara para que salga, al fin lo ha conseguido.

Héctor sigue de viaje. Salió para el fin de semana y ya lleva cuatro días fuera.

Su amiga no contesta así es que añade:

—No es una catástrofe que salgamos un ratito, ¿no?

—No, pero...

—Sin peros, Clara.

Cuando están leyendo las cartas alguien se les acerca.

—Hola, Clara. Hola...

—Lorenzo —responde él.

Clara se levanta y lo saluda y vuelve a notar que se regodea en los besos, no le gusta nada en absoluto.

Al separarse le tiende la mano a Lorenzo y se presenta.

—Soy Alonso Zavala. ¿Ya te has cansado de mi amigo Héctor? —Y le sonrío

divertido.

—Tu “amigo” está de viaje.

Este asiente sin dejar de sonreír cuando le interrumpen dos hombres que han llegado hasta su mesa.

—Vamos Alonso, es imposible salir contigo. Te paras en todas las mesas en las que hay chicas guapas —dice uno de ellos.

Alonso sigue sonriendo y se acerca a ella.

—En todas no, solo en las que hay chicas guapas e interesantes.

Se incorpora sin perder la sonrisa y les pregunta si quieren cenar con ellos.

Lorenzo muy calmado le dice que no, que tienen unas cosillas de que hablar y se disculpa.

Una vez solos, le pregunta a Clara de quién se trata y, tras contarle esta quién es, siguen con una velada tranquila.

Al final de la misma los interrumpe el camarero que les lleva una botella de champán.

—No hemos pedido champán... —empieza a decir Clara.

El mismo camarero la interrumpe señalando la mesa de Alonso:

—Detalle del caballero, quiere que brinden a su salud.

Ella mira al tal caballero y sonríe, haciendo un gesto con la copa cuando la tiene llena.

Se gira hacia Lorenzo.

—Amigo... esta cena me va a costar cara, lo sé. —Y le pone una pequeña mueca.

—Mira que eres fatalista, hija.

Ambos se ríen, aunque en el fondo Clara sabe que va a ser así.

—Aún no sé cómo has conseguido que venga a este antro.

—Desde que tienes novio rico no te gustan los mismos sitios, llamar antro a esto...

Lorenzo ha convencido a Clara para tomarse una copa en uno de los bares a los que solían ir.

Un grupito de chicas se acerca a ellos y los saludan. De pronto, Clara se queda un poco cortada, entre ellas está con la que Alberto intentó ponerla celosa. Se saludan. No está enfadada con la mujer y mucho menos tiene nada que reprocharle, pero esta se pone a hablar con ella como si nada. Aunque lo hace de forma rara, intuye que quiere decirle algo, pero no se atreve.

—Inma, no quiero hablar contigo, lo siento. No tengo nada que reprocharte ni...

—Lo siento Clara, no quería hacerte daño, solo...

—No me hiciste daño.

—Me utilizó para darte celos, luego me dejó. Lo siento Clara de verdad, yo no sabía...

Ella asiente y no dice nada, no se cree que esté teniendo esa conversación, ¿acaso no puede huir de él?, se pregunta mientras coge su copa y bebe. Lorenzo mira a su amiga y sabe que pasa algo. Se acerca.

—¿Estás bien cariño? —le dice al oído, pues hay mucho ruido en el bar.

Ella asiente y siguen hablando con el resto. En ese momento entra Alonso con sus dos amigos. Bien, lo que faltaba, piensa Clara mirando su copa.

Ve cómo se acercan y sus amigos se ponen a hablar con las chicas con las que ellos están.

Lorenzo busca a su amiga y repara en que Alonso está allí, hablando con ella. Se reprocha lo inocente que es a veces, si Clara le dice que hay que tener cuidado...

Respira aliviado, parece que al fin los tres hombres deciden marcharse. Bueno... no han ido muy lejos, solo a uno de los reservados del bar, piensa mientras ve cómo toman asiento. Han insistido en que los acompañaran y algunas de las chicas así lo han hecho, pero él, al ver la cara que le ponía Clara, ha rechazado la invitación aludiendo que esperaban a alguien. Notó cómo su amiga se relajaba en ese momento.

Es la segunda copa y nota cómo Clara no lo está pasando bien. Solo quería tener una

noche agradable con su amiga, como antes de que se fuera a Londres, pero al verla...

Intenta animarla.

—Chica, desde que tienes novio te has vuelto una aburrida. Mira, con lo interesante que está la noche...

—Yo cada vez me siento más incómoda —suelta Clara sin dejar de mirar a uno y otro lado.

Está esperando que, con la suerte que parece tener esa noche, el capullo aparezca para terminarla de arreglar. No quiere decirle nada a Lorenzo pues todo eso pasó cuando él estaba fuera y desaparecido, pero sabe que su amigo se ha dado cuenta que algo más le pasa. La conoce muy bien.

—Venga Clara, una noche que salimos los dos solos... —insiste, a ver si así consigue cambiarle el humor.

—Yo no quería.

—Lo sé, pero no hacemos nada malo, solo recordar viejos tiempos.

Clara le sonrío a su amigo, él no tiene la culpa. Le da un beso en la mejilla.

—Eh, no te aproveches de mí, tengo una reputación que mantener. —Y ambos rompen a

reír.

Lorenzo respira aliviado, parece que al final ha conseguido que Clara se relaje.

Un par de amigos de Lorenzo se acercan a saludarlos. Están poniéndose al día cuando Alonso vuelve a aparecer.

—Te echamos de menos, Clara —dice señalando el reservado.

—Estoy bien aquí, gracias.

—Deja que te invite a otra copa.

—En realidad ya me iba Alonso, es tarde y tengo que trabajar mañana.

—¿También trabajas? Eres toda una chica buena, ¿eh? —dice acercándose más de lo que a Clara le gustaría y cogiéndole un mechón de su pelo.

Lorenzo que no se ha perdido detalle se acerca y dice:

—Bueno Clara, ya estoy cansado de estar aquí, vámonos.

Alonso parece que va a decir algo cuando Clara se despide rápidamente y se aleja seguida por su amigo.

Una vez fuera, Clara se vuelve a Lorenzo y le abraza, dándole las gracias por la velada.

—Espera que nos vamos.

—Quédate, que yo me vaya no quiere decir que tengas que hacerlo también. Me lo he pasado... muy bien.

—Mentirosa... —le dice su amigo.

Ambos sonrían y ella llama un taxi sin decir nada más.

Lorenzo vuelve al bar sin dejar de pensar en todo lo que ha pasado esa noche y lo poco que ha visto sonreír a su amiga. Mañana con más calma repasaré todo lo que ha ocurrido y hablaré con ella, pero eso será mañana, se dice antes de pedir otra copa.

Es temprano cuando Clara se despierta. Estaba inquieta, solo de pensar cómo se había desarrollado la noche... no le gusta lo más mínimo. Solo quería salir con el pesado de su amigo para pasárselo bien y le pareció que todo se alineaba en su contra. En el restaurante le había puesto un mensaje a Héctor y este no le había contestado, seguro que se había cabreado porque saliera.

Se mete en la ducha, necesita despejarse un poco antes de ir a trabajar.

Al llegar a la oficina y comprobar que Raquel no está, suspira. Tiene la sensación de que le espera un largo día por delante y piensa que será más soportable si ella no aparece.

Intenta animarse, Héctor vuelve y han quedado para comer en el ático. Bueno, una sombra de duda pasa por su cabeza, si sigue en pie el almuerzo porque no me lo ha confirmado.

No tiene noticias de él desde que hablaban ayer al mediodía.

CAPÍTULO 36

Clara, en cuanto abre la puerta del ático y entra en el salón se encuentra con Héctor de pie hablando por teléfono. Parece enfadado, pero... cuelga y se gira hacia ella. Va a acercarse, pero se lo piensa mejor, su cara...

—Que bien nos lo pasamos, en cuanto me doy la vuelta...

Clara se queda inmóvil y va a hablar, pero él no la deja.

—Me voy unos días y... no pierdes el tiempo, ¿eh Clara?

—No lo entiendo, te dije que salía a cenar con Lorenzo... —logra decir algo desconcertada.

—Sí, y yo voy y me lo creo. Cuánto te has debido de reír a mi costa. ¿No te he dado suficiente? Siempre diciendo que no querías nada, pero... se ve que no soy bastante para ti.

—Será mejor que me digas...

—¿Qué pasa?, ¿encima te lo tengo que explicar? Te has reído de mí todo este tiempo. Yo diciéndote que te quiero y tú... no solo te quedas callada, sino que me mientes.

Clara está confusa, no entiende nada y las palabras de Héctor le están haciendo daño y ni siquiera sabe qué es lo que ha hecho.

Héctor no se pierde detalle de los gestos de Clara y piensa que es muy buena actriz, hasta en eso la tiene que felicitar.

—Todo mentira. Las cosas que me contabas... me voy unos días y... —El enfado no lo

deja hablar con claridad.

En realidad, no sabe si está más enfadado con ella o con él por creerla. Por ser un estúpido y tragarse todo lo que le decía.

—Todas sois iguales. Al final solo es por el dinero y el interés.

—Héctor, no sigas...

—¿Qué? ¿Diciendo la verdad? Todas esas palabras de: solo me importas tú, estar contigo... mentiras y más mentiras. —Cada vez está más enfadado.

Se agarra a una de las sillas del salón, no quiere perder los nervios y hacer una tontería.

Por otro lado, Clara sigue sin entender nada. Las palabras de él la están destrozando, el corazón cree que le ha dejado de latir y por eso el pecho le duele tanto.

Consigue hablar y lo que sale de su boca no tiene la suficiente fuerza que le

gustaría, pero por lo menos la necesaria para que él la escuche.

—No sé de lo que hablas ni de qué me acusas, pero está claro que no has confiado en mí nunca, desde el primer día...

—No he encontrado motivos para hacerlo —le corta Héctor, que ha terminado escupiendo

las palabras.

—Vete a la mierda. —Clara se da la vuelta y se va del ático.

En el coche piensa que tiene que ir a trabajar, seguir, a ver si con la montaña de papeles que tiene consigue olvidarse de lo que ha pasado. No lo entiende, ni siquiera sabe lo que ha cabreado tanto a Héctor. Lo que más le ha dolido es que él no le preguntara primero por lo que se supone ha hecho, dando por cierto lo que ha escuchado o le que le han contado o... yo qué sé, piensa una Clara enfadada. Lo que sea lo ha dado por cierto sin confiar en ella. Se dice que no le puede estar pasando otra vez, se entrega a un hombre y... no quiere romperse en mil pedacitos, aunque es como se siente. Tampoco quiere llorar, así es que sigue con su intento de trabajar y olvidarse de las duras palabras de... ni su nombre se atreve a decir.

Al rato le vibra el bolso y busca su móvil, en el fondo guarda la esperanza que sea él el que la llame y le explique... no, es Lorenzo. No lo coge, no puede hablar con nadie en ese momento, solo quiere perderse.

Cuando entró por la puerta de la oficina se encontró con la mirada escrutadora de Ana y, pese a decirle que estaba bien, Clara nota que no le quita la vista de encima.

No quiere apartar la mirada de su pantalla, no cree que pueda soportar decir una palabra, seguro que las lágrimas... no, no pienso llorar ni darle más vueltas a esto, seguro que al volver... ¿volver?, se pregunta a sí misma. Nada de volver, sentencia. Me iré a mi piso...

nota cómo de nuevo le vibra el móvil y de nuevo es Lorenzo. Le cuelga, a ver si así se da cuenta que no puedo o no quiero hablar con él, joder, piensa

mientras se da cuenta de que se ha levantado de su sitio. Sin mirar a sus compañeras, seguro que están pensando en lo loca que está, se mete en el baño.

Lleva el móvil en la mano y ha tomado vida, su amigo la está llamando de nuevo. Le cuelga y le manda un mensaje: “No quiero hablar. No sé qué he hecho pero parece que la he jodido. Espero que lo pasaras bien anoche”. Se lo manda. Lo vuelve a leer y piensa en lo miserable que ha sido con él, no sabe lo que ha pasado pero seguro que él no tiene la culpa. Se echa agua en la cara, no cree soportarlo más, pero se mira un rato y se convence de lo contrario. Ya ha vivido esto antes y no está dispuesta a que le afecte como... vuelve a sonarle el móvil. Lo corta y apaga, no quiere saber nada de nadie.

Se vuelve a su sitio, pero recoge al cabo de unos minutos. Decide que ha llegado el momento de irse de allí, no puede soportarlo más.

—Clara, no estás bien... —empieza a decir Ana, que ve cómo Clara la interrumpe con la

mano.

—Nos vemos mañana. —No levanta la cabeza ni las mira mientras termina de coger el bolso para salir de la oficina.

Cuando baja y sale al portal no tiene claro dónde ir, pero desde luego no piensa quedarse parada y de brazos cruzados mientras él piensa esas cosas de ella.

Se acerca a su coche y cuando está solo a unos pasos se da cuenta de que hay alguien apoyado en la puerta del conductor. ¡Mierda!, se dice, es él, el capullo.

—Hola, Clara.

Ella no contesta y espera que se aparte, pero no lo hace y vuelve a hablar.

—Ya veo, ¿enfadada? Parece que a tu amiguito no le ha gustado mucho que anoche estuviéramos juntos.

—Anoche no estuvimos juntos —dice Clara ahora mirándole a la cara.

—Pues la prensa parece opinar lo contrario —le contesta con una sonrisa que hace que a ella se le pongan los pelos de punta.

—¿La prensa? ¿Qué tiene que ver la prensa...? ¿Tú? —pregunta, pero ya sabe la respuesta, algo ha debido de hacer porque sabe perfectamente que no estuvieron juntos.

—Yo. No me haces caso Clara, me he cansado. No coges mis llamadas, no me prestas atención, no quieres trabajar para mí... Tenía que hacerte ver que yo soy tu hombre. Te quiero Clara y quiero estar contigo.

Está sorprendida de lo que le ha dicho y siente un frío que le recorre todo el cuerpo y eso que están en julio, piensa ahora que entiende la situación. Seguro que Héctor ha visto la prensa y... no deja de mirar a Alberto y reflexiona sobre lo que está pasando. Se da cuenta que no tiene buena pinta... no hay nadie a su alrededor... Respira hondo y se arma de valor. Tiene que decirle algo, el muy capullo sigue esperando a que ella conteste.

—Yo no quiero estar contigo.

Él se estremece y se incorpora, pero sin despegarse de la puerta.

—Nos iba bien hasta que él llegó —suelta entonces.

—Eso no es verdad y lo sabes —le replica Clara.

—Ah, ya veo, ¿celosa porque me tirara a esa puta?

La forma de hablar... Clara cada vez está más preocupada, no le gusta nada ese hombre.

No sabe cómo pudo estar con él.

—La verdad es que no. Te había dicho ya que no quería volver a verte, pero tú insistías.

—No me diste una oportunidad, a él sí.

La forma en la que habla de él... Clara despierta, se dice, tienes que salir de aquí cuanto antes.

—No sé a qué viene todo esto, pero...

—Te quiero, Clara.

—Pero yo no, ¿no te das cuenta?

—La que no te das cuenta eres tú, me quieres pero te niegas a verlo. Vamos a estar juntos, me oyes. Juntos tú y yo.

—Yo creo que no y ahora óyeme tú. Solo fuiste un polvo que se repitió unas cuantas veces, pero desde el principio te dije que eras solo eso, un rollo. Lo pasamos bien y punto.

Nada más. No te quiero y estoy harta de esta conversación. Quítate de en medio.

Todo lo ha dicho Clara sin dejar de mirarlo y de un tirón, no creía que podría hacerlo, pero no le ha dejado más remedio. Además, se ha quedado a gusto, después de todo el día que lleva... encima sabe ahora que él es el culpable. Él no parece reaccionar ante sus palabras, así es que, como aún no se ha movido, lo aparta y se mete en el coche. La cara de él... deja de mirarle y se concentra en su coche y arranca, tiene que salir de allí ya.

No lleva mucho conduciendo cuando Clara se da cuenta que el capullo la sigue, pues al meterse en la autovía lo ha visto por el espejo retrovisor. Mierda, se dice, esto no es bueno.

Decide llamar a Héctor. Hace llamada pero no se lo coge. Empieza a asustarse, ve cómo él se pega a la parte trasera de su coche. Ella acelera despegándose un poco, pero solo unos segundos, él vuelve a acercarse. Le da a rellamada. Nada. Ahora no hace ni señal, seguro que lo ha apagado. Acelera y adelanta, sigue y cambia de carril volviendo a adelantar. No deja de mirar por el espejo retrovisor para comprobar que Alberto hace lo mismo, vuelve a tenerlo pegado a su coche. No sabe qué hacer.

Decide entonces llamar a Emilio, lo mismo está con Héctor. Vuelve a hacer la misma maniobra de adelantar y adelantar, va muy rápido, pero observa cómo él se coloca de nuevo detrás de ella y cada vez está más cerca.

—Sí, señorita Jiménez.

—Emilio, ¿está ahí, Héctor?

No le contesta inmediatamente, no entiende por qué ella le está llamando. Al no obtener respuesta Clara decide hablar.

—Emilio no tengo tiempo, ¡joder será capullo! ¡Mierda!

Tiene que dar un nuevo acelerón, pues Alberto le ha dado por detrás un par de veces. Son pequeños golpes pero que a esa velocidad hace que el impacto sea mayor.

—Clara, ¿te encuentras bien?

—Emilio no tengo tiempo, dile a Héctor que no le he engañado, que no sé lo que he hecho pero la culpa es de... ¡joder, será cabrón! Se trata de Alberto Muñoz. Emilio por favor, díselo.

Ella lleva el manos libres, así es que ambos hombres están escuchando los golpes. Emilio también lo había puesto en el momento que notó que algo no iba bien.

Héctor, desde que empezara a escuchar la conversación no ha dicho nada, pero cada vez está más preocupado. Al principio, cuando vio las llamadas de Clara no tenía pensado hablar con ella. ¿De qué serviría?, se había preguntado. Estaba cansado de tantas mentiras.

Pero ahora... al ir escuchando... se ha incorporado y pegado al asiento de delante, al que se aferra con fuerza.

—¿Qué pasa, Clara? —dice Emilio.

Están escuchando cada vez más ruidos y ella no deja de maldecir, pero realmente no

saben lo que está pasando.

—Voy por la autovía, iba para mi casa... ¡Mierda, otra vez! ¡Será cabrón!

Acelera de nuevo porque no para de darle pequeños golpes. Está jugando con ella, se acerca y se aleja repetidamente.

—Él me está persiguiendo, me esperaba...

—Clara dime dónde estás y...

—Emilio dile por favor que le quie... —Clara no puede terminar la palabra, un fuerte impacto la ha sacudido a un lado de la carretera.

Al otro lado de la línea los dos hombres escuchan atentos, pero tras el impacto, solo el pitido del corte de la comunicación consigue sacarles de la impresión inicial.

Héctor no puede moverse ni hablar, se ha quedado completamente congelado. Un fuerte dolor en el pecho le ha venido de golpe y una sensación de vértigo le hace tener que apoyar la cabeza en el respaldo del asiento delantero. Respira con dificultad y solo puede articular una palabra, la palabra que lleva un rato alojada en su cabeza, Clara.

Emilio reacciona y observa a su jefe por el espejo retrovisor. Entonces llama a la policía, conoce a alguien que puede ayudarlos. Habla con él, le cuenta lo sucedido y queda en volver a contactar con él más tarde. Sabe que no será buena idea ir donde ha ocurrido lo que le ha parecido un accidente, se encontrarían con el tráfico que seguro colapsará la autovía.

Héctor no ha escuchado nada, tiene un pitido que le zumba en los oídos y solo cuando Emilio le grita varias veces consigue levantar la cabeza y prestarle un poco de atención.

—Héctor, vamos a ir al hospital y allí la esperaremos. He hablado con un amigo de la policía y se encargará de todo. Seguro que está bien. —Debe estar bien, piensa mientras vuelve a mirarlo por el espejo interior, este parece perdido.

Héctor no le contesta, se echa para atrás en el asiento y deja que Emilio se encargue de todo, no puede pensar ni hacer nada, solo se le forma una pregunta en su cabeza, ¿por qué no le habré cogido el teléfono?

En el camino, Emilio decide llamar a Andrés. Le cuenta lo que ha pasado y quedan en el hospital.

CAPÍTULO 37

Clara se despierta, no puede moverse. Le duele la cabeza y... ¡Joder! Grita, acordándose de lo que le estaba pasando. Puede abrir los ojos, pero cuando lo hace ve que está atrapada en el coche. Ha saltado el airbag, ahora nota el dolor en el pecho. Le cuesta trabajo respirar y confirma alarmada que no puede moverse. Los flashes de lo ocurrido le vienen a la mente, hablaba con Emilio cuando notó el impacto del coche de él. El capullo ha terminado sacándola de la calzada. Algo caliente le baja por la mejilla, piensa que debe ser... ¡mierda!, sangre, dice en alto. Intenta sin éxito moverse. Sigue sin poder respirar con normalidad, aunque se dice que tiene que conseguir relajarse, de nada sirve alterarse... imposible. De pronto tiene miedo, no sabe si ese loco... Nota que alguien le grita, pero ella no le escucha. Gira la cabeza y se arrepiente enseguida, le duele el cuello.

Pierde el hilo de lo que está pasando y nota de nuevo una gota de sangre resbalarle por la cara. Ve borroso y empieza a ir todo como a cámara lenta. Le parece oír... ¿sirenas?, se pregunta. Fija su atención en el espejo retrovisor y alcanza a ver luces que se mueven. No es consciente del caos que hay a su alrededor.

Clara pierde y recobra el conocimiento. No sabe cuánto tiempo lleva así, pero a la zona del accidente han llegado ambulancias, los bomberos y un par de coches de patrulla.

Ahora los ve moverse de un lado para otro. ¿Todo esto es por mí?, se pregunta antes de volver a perder la conciencia unos segundos.

Varios conductores que estaban viendo cómo el coche de Alberto golpeaba al de Clara llamaron a la policía, de ahí que no tardaran mucho en llegar.

Hay un gran revuelo. Alberto tras golpear el coche de Clara no se detuvo. Se dio a la fuga, demasiados testigos.

Los bomberos consiguen sacar a Clara del amasijo de hierros, no sin esfuerzos, y los sanitarios la meten en la ambulancia.

Héctor no deja de mirar la puerta de urgencias. Aún no ha llegado la ambulancia de Clara.

No cree que pueda soportarlo más. Mira de nuevo el reloj. Treinta minutos y aún no ha aparecido.

Se abren las puertas y es Andrés, se acerca. Les hace una señal para que lo acompañen.

Emilio va primero, Héctor no se mueve. Ambos hombres al darse cuenta que no les sigue se vuelven a mirarlo, él niega con la cabeza. No piensa moverse hasta que no llegue ella.

Los dos vuelven a su lado y es Andrés el que empieza a hablar:

—Héctor amigo, no hacemos nada aquí. He hablado con el hospital y ya está la habitación preparada. Subamos, me llamarán en cuanto llegue y...

—No me muevo de aquí —le contesta, reafirmando con sus palabras sus actos.

—Está bien, la esperaremos. —Trata de calmarlo aunque cree que su amigo no lo va a

hacer hasta que la vea y puede que ni entonces, su aspecto... piensa su parte médica mientras se compadece de él.

—Un mensaje —dice Emilio rompiendo el silencio—, es mi amigo, ya la han sacado del

coche y llegará en unos minutos.

Héctor se estremece y vuelve a mirar hacia la puerta.

Andrés ha hablado con el hospital y les ha dicho quién es la paciente y la relación con su amigo. Héctor es, junto a su madre, la cual dirige la Fundación, uno de los colaboradores en las causas benéficas del hospital, así es que todo ha sido mucho más sencillo. Les ha explicado que no puede haber información en prensa, que si no, los abogados del señor Extremera se les echarán encima y que deben decir que solo ha sido un accidente de tráfico. Ha preparado todo el camino, no puede haber nada que moleste a su amigo en estos momentos, se debe concentrar en Clara.

Un movimiento de luces en el exterior atrae la atención de los hombres. Se vuelven los tres para ver cómo una ambulancia llega hasta las puertas. Se abren y los enfermeros empiezan a sacar una camilla. Héctor se ha quedado paralizado, cree que todo es una pesadilla, le cuesta trabajo respirar. Un puño le aprieta el pecho y cree que va a romperse de un momento a otro.

Todo se vuelve un caos. Los de la ambulancia empiezan a llevarla al interior mientras varios médicos y asistentes del hospital los ayudan. Cuando se cruzan empiezan a intercambiar datos y de pronto Héctor la ve, es Clara. No tiene dudas al respecto, aunque... se estremece. No puede ser, piensa. Sigue sin moverse, no le responde ninguna parte de su cuerpo, solo los ojos que la miran, no puede apartarlos de ella que parece...

dormida, está dormida, seguro que...

—Héctor, voy con ella. Yo me encargaré de todo y te iré informando —le dice Andrés que lo mira fijamente.

Vuelve a hablar:

—Emilio... —Ambos hombres asienten—, súbelo a la habitación. —Y se marcha,

desapareciendo con Clara y el resto de médicos.

—Vamos, Héctor —le dice ahora Emilio cogiéndolo del codo y obligándolo a caminar.

Se deja, no sabe cómo lo hace, pero se deja arrastrar por él.

Cogen un ascensor y suelta todo el aire que estaba conteniendo en los pulmones, no se había dado cuenta que lo hacía.

—Estará bien. —Emilio responde a ese gesto de su jefe.

No dicen nada más.

Una vez en la habitación, Héctor se pone de pie cerca de la puerta y no deja de mirarla.

Emilio en cambio se ubica cerca de la ventana. Nota cómo le vibra el móvil y lo coge

rápidamente. Es su amigo de nuevo, no tiene buenas noticias. Cuando cuelga habla con su jefe.

—Señor, era... —Se para, Héctor no ha reaccionado, parece que está en otro sitio.

Se le acerca y lo vuelve a coger levemente del codo.

—Héctor, siéntate —le ordena, sabe que en esos momentos es lo mejor.

Palabras sencillas y concisas.

—Acabo de hablar con mi amigo, lleva la investigación. No lo han encontrado, se dio a la fuga. Están terminando de tomar declaración en el lugar... del accidente y se están dirigiendo a su domicilio. Seguirá informándome.

Por fin un movimiento de su jefe, ha asentido con la cabeza. Otro más, Héctor parece un poco más relajado. Se ha acomodado en el sillón donde lo ha colocado Emilio y ahora echa la cabeza hacia atrás. Cierra un momento los ojos y suspira.

—Todo es culpa mía —dice sin abrirlos.

Emilio no sabe qué decir, por supuesto entiende que no es culpa suya pero no es el momento de hablar.

Clara nota todo a la distancia, como si estuviera observándolo desde algún punto alejado de ella misma, de su cuerpo. Es como si flotara. No consigue moverse ni decir nada, al menos ha dejado de sentir dolor. De vez en cuando abre los ojos y parece ver a Andrés, solo son escasos segundos hasta que los vuelve a cerrar. Escucha ruido a su alrededor, pero no es capaz de entender nada. Palabras sueltas llegan a su cabeza que vuelven a escapárseles. Que si clavícula, golpe, costilla, calmantes... sí calmantes, suena bien, se dice. En cuanto aquellos hombres la sacaron del coche le inyectaron algo y poco a poco pudo sentirse mejor, estaba muy alterada y nerviosa.

Abre los ojos y se encuentra rodeada de personas. Un hombre de bata blanca parece hacer algo en su cara. Se mueve y siente un pinchazo en... no sabe muy bien dónde. Le duele, aunque no distingue su ubicación. Intenta hablar, pero no puede, se pone nerviosa.

Alguien se le acerca y le dice que se calme, pero ¿cómo se supone que puedo hacerlo?, se pregunta Clara. No sabe qué está pasando. Se escucha un golpeteo rápido y fuerte, y el mismo que le ha dicho que se calme se acerca más. Es Andrés, ahora lo ve nítidamente.

Quiere sonreírle pero no puede, solo logra hacer una mueca, le duelen más partes de su cuerpo aunque aún no sabe identificar cuáles. Está cada vez más angustiada.

—Clara, relájate cariño.

Suspira y se dice, como si fuera tan fácil. Nota que lo va haciendo pese a no saber cómo.

Mira su brazo y tiene un cable... ya no es capaz de ver ni de sentir más. Todo se va apagando a su alrededor.

—Señor, su teléfono... —dice Emilio a Héctor que no ha dejado de mirar la puerta desde que llegaron a la habitación.

De eso hace ya una hora, piensa Emilio que siente que debe hacer algo.

Se le acerca y le toca el hombro. Por fin Héctor se mueve y lo mira.

—Tiene una llamada —le vuelve a decir, sabiendo que ahora sí le está prestando atención.

Héctor asiente y coge la llamada.

—Estoy preocupado por Clara. No me contesta el teléfono y he visto las fotos... —

Lorenzo se calla para darle tiempo a Héctor a que diga algo.

Al no recibir respuesta decide seguir hablando:

—¿Sabes dónde está? Creía que vendría a su piso, pero no ha llegado. ¿Estás con ella? ¡Di algo Héctor, por dios!

Sigue sin hablar, aunque suspira y Lorenzo se da cuenta.

—¿Héctor? —Conoce un poco ya al novio de su amiga y sabe que algo ha pasado.

De pronto siente que le fallan las piernas y debe sentarse, el silencio de él no es buena señal.

—Por favor Héctor, ¿qué pasa? —insiste ahora casi en un susurro.

—Es Clara, ha tenido un accidente de coche —dice.

Lo ha soltado de golpe, aunque creía que no iba a ser capaz de decirlo en alto. Enseguida se tapa la cara con la mano libre. Le ha costado pero la voz del amigo de ella...

Escucha un grito por la línea y a Lorenzo decir tacos y...

—Para, Lorenzo. Estamos esperando que nos digan algo. Necesito que me digas qué hicisteis anoche, con quién estuvisteis y si...

—¿Es por las fotos? ¿De verdad quieres hablar ahora de las fotos? — pregunta muy serio y sin entender nada.

—Es importante —le contesta Héctor que parece que se ha despertado de un mal sueño.

—Salimos a cenar y allí nos encontramos con un amigo tuyo, Alonso creo. Sí, Alonso. —

Y le cuenta lo que hicieron y hasta el ánimo que tenía su amiga, así entenderá que ella estaba en desacuerdo con la salida que realizaron.

Héctor ha escuchado atentamente todo lo que Lorenzo le ha contado y sin darse cuenta mira su mano libre, que permanece cerrada y apretada con fuerza. La relaja, tiene los nudillos blancos del esfuerzo.

—Te voy a enviar unas fotos, míralas bien y luego me llamas. —Cuelga el teléfono y le adjunta las fotos.

Una idea empieza a rondarle por la cabeza.

Al cabo de un minuto recibe de nuevo la llamada de Lorenzo.

—El de la primera foto se presentó como Alonso y nos lo encontramos en la cena y después cuando fuimos a tomarnos una copa. No sé quién es el de la segunda. De hecho...

no le vimos en toda la noche, de verdad Héctor. ¿Qué está pasando?

Entonces lo ve claro, le han engañado. El muy cabrón... piensa Héctor, mientras nota cómo la rabia va creciendo en su interior.

—Ahora te llamo y te cuento. —Cuelga y avisa a Emilio que ha seguido atento la conversación.

Este ve las fotos que le muestra Héctor y hace una llamada. Cuando cuelga asiente con la cabeza. Ya saben quién es el causante de todo. Puede por fin ponerle rostro a Alberto Muñoz, piensa Héctor mientras su expresión se vuelve severa.

Llama de nuevo a Lorenzo y le cuenta lo sucedido. Le promete que le informará cuando sepa el estado en el que se encuentra Clara.

Una hora más pasa, antes de que Andrés llame a Héctor, aunque a él le han parecido días.

Le informa que en un rato suben a Clara a la habitación. Le tranquiliza diciendo que no tiene nada grave y que no debe asustarse por su aspecto. Ha decidido prevenirle pues, aunque no tiene ninguna lesión interna importante, su exterior ha sufrido mucho. Héctor suspira algo aliviado, estaba empezando a desesperarse.

Pasan veinte minutos más antes de que la puerta de la habitación se abra. Héctor se levanta, pero no puede moverse. Empieza a ver la parte final de una cama y de pronto allí está Clara ante él, aunque le cuesta reconocerla. Está dormida. Andrés se acerca y le dice que todo está bien, que debe tranquilizarse. Héctor lo intenta, pero le resulta imposible. No ha dejado de mirar cómo llevan la cama de Clara hasta el lateral de la habitación y le colocan bien el brazo y el cable que sale de él. Ponen la bolsa de suero en su sitio y los celadores se marchan. Se quedan Andrés y otro médico, Emilio y Héctor, el cual cree que la habitación lo va a aplastar. Nota cómo se está haciendo cada vez más pequeña y los va a estrujar a todos. No puede respirar con normalidad.

—Héctor, siéntate —le ordena Andrés, que ve cómo su amigo está perdiendo el control.

Añade:

—Está sedada porque estaba muy nerviosa y cada vez que se despertaba no nos dejaba trabajar. Ahora te haremos el informe completo de sus heridas, pero lo más importante es que debe estar controlada esta noche. Hay que despertarla cada pocas horas, para que hable un poco, se ha dado un golpe en la cabeza y hay que vigilarla. ¿Me estás escuchando, amigo?

Héctor asiente con la cabeza, ha vuelto a respirar con normalidad, notando cómo la habitación poco a poco recuperaba su tamaño normal. No ha dejado de mirar la cara de Clara.

—Bien, de todas formas si quieres, puedo quedarme con ella y tú... —Héctor no le deja

terminar.

—No me muevo de aquí.

—Lo suponía, pero... en fin que mañana le repetiremos unas pruebas para ver su evolución, pero es más para asegurarnos. Quizás se sienta un poco desorientada cuando se

despierte. Llámame si necesitáis algo, estaré en el hospital —dicho esto último se acerca a Héctor y le pone una mano en el hombro.

Le habla cerca para infundirle ánimos:

—Amigo, todo va a salir bien. Ella está bien.

Héctor lo mira un segundo y se mueve rápidamente para ponerse junto a Clara.

Antes de salir de la habitación, Andrés ve cómo Emilio le acerca a su amigo el sillón y sonrío, estarán bien, se dice mientras se aleja por el pasillo.

Emilio mira cómo Héctor le coge la mano a Clara con mucho cuidado. Va a decir algo,

pero en el último momento se arrepiente y sale de la habitación sin hacer ruido, ya tendrá tiempo de hablar con él, se dice mientras pide una silla para ponerse en la puerta. Piensa pasar la noche allí mismo. Cuando una de las enfermeras le dice que no puede, mueve su mano en un gesto que no deja lugar a dudas de que se va a quedar sí o sí. Coge el móvil.

Tiene que ponerse las pilas y hacer algo. Han intentado matar a la novia de su jefe y pueden volver a intentarlo.

—Clara cariño, despierta —le dice dulcemente Héctor.

Sin abrir los ojos ella sonrío, le gusta despertarse escuchando su voz. Héctor se fija en su sonrisa, no cree que por la mañana haya nada mejor que verla despertarse, aunque no es por la mañana y tiene que espabilarla, piensa mientras consulta el reloj. Hace ya dos horas que está en la habitación.

—Cariño... despierta.

Clara abre por fin los ojos y agranda su sonrisa al ver a Héctor, aunque parpadea para acostumbrarse a la luz. De pronto no le parece conocido el lugar donde están, así es que mira a los lados y se asusta. Recuerda el accidente y...

—Cariño, mírame. Clara... respira. Estamos en el hospital, estás bien. Mírame, no tienes nada de qué preocuparte. Cariño, estoy aquí contigo... — le susurra Héctor en el oído.

Está junto a ella y no ha dejado de cogerle la mano.

Clara siente cómo su corazón se acelera, le cuesta respirar, cierra los ojos y se concentra en la voz de Héctor. Consigue poco a poco calmarse, aunque las lágrimas no dejan de brotarle, una tras otra.

—Mírame Clara, estoy contigo cariño, no tienes nada de que temer. ¿Me oyes?

Héctor no quiere dejar de decirle cosas para que se sienta tranquila. Piensa esperar un poco y no llamar a Andrés para que sigan sedándola, quiere hablar con ella, lo necesita.

Por su parte, Clara intenta serenarse y le cuesta más trabajo del que esperaba. Al fin consigue abrir los ojos y centrarse en el rostro de Héctor. Sus labios, su nariz...

—Sigue así cariño, poco a poco. Estás bien, te encuentras a salvo.

Se acerca más a ella, que ahora puede olerlo, sentir su aliento. No puede dejar de llorar, pero al menos sabe que está a salvo.

Héctor le pasa la mano libre por el pelo a Clara. Sigue hablándole cerca. Nota cómo se tranquiliza pero no para, él también necesita ese contacto.

Ella ahora está sollozando, pero las lágrimas no le caen. Le pasa despacio los dedos por la mejilla, limpiando a su paso las gotas que se le han quedado ahí. Ella cierra los ojos y respira hondo.

—Eso es, cariño. Todo está bien. No tienes nada por lo que preocuparte, voy a cuidar de ti.

Ahora descansa. —Acercas sus labios a los de ella y se los acaricia dulcemente, no se atreve a tocarla mucho.

Al cabo de un rato, Clara consigue dormirse de nuevo y Héctor se apoya en el respaldo del sillón. Cierra los ojos y se frota el puente de la nariz. Da gracias a Dios porque ella está bien, cree que no lo hubiera soportado.

Clara se despierta, va a decir algo, pero en el último momento se lo piensa mejor y aguarda, Héctor está junto a ella dormido. Le parece increíble, menuda postura. La mano izquierda la tiene sobre su mano y la otra descansa junto a su cara, la cabeza apoyada en la cama. Le mira, le gusta observarlo mientras duerme aunque no le pasa a menudo, siempre consigue levantarse antes que ella, es más dormilona, se dice sonriendo.

Sabe dónde está y lo que ha pasado, pero no quiere volver a ponerse nerviosa. Le tranquiliza verlo allí dormido, aunque se da cuenta de lo cansado que debe estar para haberlo hecho en esa postura. Además, no tiene el aspecto habitual de camisa impoluta y pantalones planchados. El pelo le cae por la frente y Clara siente el impulso de pasarle la mano por él, tiene que descartar esa idea. En realidad, se ha despertado por el dolor. Siente todo el cuerpo que le grita y que le pide que lo calme, no puede moverse y nota algo en el cuello que le impide mover la cabeza. De todas formas, no quiere despertarlo, decide cerrar los ojos y concentrarse en su respiración.

La puerta se abre y es Andrés el que entra. Lleva en la mano unas bolsitas y ella sonrío, calmantes piensa aliviada.

El médico la ve despierta y cómo le sonrío. La imita y la amplía aún más al ver a su amigo dormido a su lado.

—Menudo acompañante tienes, Clara.

Héctor se despierta de golpe y mira confuso a su alrededor. Primero ve a Andrés y va a sonreír, pero se acuerda de Clara y se gira, encontrándose con

su mirada y con sus labios.

—Clara...

—Anda que... Vengo a ponerte calmantes Clara, seguro que te molestan las heridas.

Ella asiente y Héctor se pone serio y de pie, aunque no le suelta la mano.

—¿Cómo te encuentras? Veo que estás más tranquila...

—Sí, siento lo de antes, Andrés yo... —lo dice con una voz pastosa, como casi si no le saliera de su cuerpo, de su boca, no parece su voz.

—No te preocupes cariño, todo está bien. Si te encuentras con ánimo te cuento...

—Será mejor mañana, Andrés —le corta Héctor.

Su amigo lo piensa unos segundos, pero finalmente asiente.

—Prefiero saber qué tengo, a ver si así reconozco lo que me duele de lo que no. Aunque la verdad...

Héctor se pone tenso y aprieta levemente su mano.

—Te duele todo. Es mejor que sepas lo que te pasa. Tienes dos costillas rotas y, lo siento, pero eso tardará en curarse. Además, tendrás que llevar el collarín unos días, ya veremos cuántos, pero queremos descartar cualquier lesión y también por tu comodidad. La clavícula te la hemos tenido que poner en su sitio así es que te dolerá y necesita recuperarse. Tienes...

—Joder Andrés, podrías haber dicho lo que tengo bien y hubiéramos terminado antes.

Se ríen aunque el cansancio y el verla en ese estado no dura mucho.

—Perdona, sigue —se disculpa Clara ante el silencio que se ha instalado.

Andrés suspira y continúa:

—Tienes cuatro puntos en la ceja, una buena conmoción en la cabeza y tu pierna ha visto tiempos mejores. Has sufrido un buen golpe y...

—Estoy hecha una mierda, lo sé.

Andrés la mira y le sonrío.

—Descanso y tiempo Clara, eso es lo que te hace falta ahora.

Ella va a asentir pero no puede, recuerda que lleva el collarín así es que le hace un gesto con la boca a modo de sonrisa.

—Es tarde así es que voy a seguir durmiendo y vosotros a descansar. ¿Necesitáis algo?

Héctor niega con la cabeza y Clara contesta:

—No doctor, y gracias.

Andrés se va no sin antes guiñarle un ojo.

Héctor se sienta de nuevo en el sillón y se acerca a ella.

—¿Por qué no me has despertado? —le dice a Clara.

—Me gusta verte dormir. —Sonríe tímidamente.

No parece que Héctor siga enfadado, pero no sabe aún cómo se habrá tomado toda esta

historia.

—Es tarde cariño, descansa y...

—Quiero hablar contigo.

—Ya tendremos tiempo, ahora ya has escuchado al médico, descanso.

—Prefiero hablar un poco. Bueno, si quieres hablar conmigo.

Él asiente y se pega más a ella.

—Clara, lo siento. Para ser un hombre que dice que las revistas del corazón mienten y que no hay que hacerles caso, parece que les presto demasiada atención. Tras el baile de máscaras benéfico publicaron una foto nuestra y la verdad es que me gustó. Salías como la mujer misteriosa que había cautivado al soltero de oro. Me hizo gracia verte como esa mujer y decidí no hacer nada. —Clara va a decir algo pero Héctor la interrumpe, haciéndole una señal con la mano.

Solo necesitaba tomar un poco de aire antes de seguir y poner en orden sus pensamientos.

—Cuando estuve fuera te eché tanto de menos que al encontrar la prensa del día y ver las fotos con Alonso y con ese otro hombre me enfadé. Tras leer todo lo que había en la red no sabía cómo hacer frente al hecho de que me engañaras. No podía pensar en otra cosa, me estaba volviendo loco. Cuando te vi en casa y tú estabas tan tranquila... como si no hubiera pasado nada... no pude más. En realidad, no quería ni escucharte, no te di esa posibilidad, para mí ya lo habías hecho. Soy un capullo, Clara.

Le cuesta trabajo respirar, todo lo que pasó, lo que le dijo... y encima lo que vino después... no sabe cómo digerirlo y si ella le perdonará.

—Yo sé que no te he dicho lo que siento, pero no estaba preparada, no quería meter la pata y echarlo todo a perder. No sé por qué no te fías de mí, pero de verdad que no te he engañado con nadie, yo... como quería decirte por teléfono, te quiero Héctor.

Las palabras le golpean el pecho, le retumban en los oídos y una sensación tan agradable se apodera de él que no puede más que sonreír como un tonto. Aunque lo de la llamada no tiene disculpa posible.

—Fui un estúpido por no cogerte el teléfono, lo siento y no sé si podrás perdonarme. Yo solo estaba enfadado y no cabía por mi cabeza otra cosa. Si te llego a perder...

Héctor se estremece ante ese pensamiento y añade:

—Yo también te quiero Clara y no sé cómo he podido ser tan imbécil. Iba en el coche con Emilio cuando él sí respondió tu llamada y puso el manos libres...

—No he pasado nunca tanto miedo, Héctor —dice ahora ella muy afectada, las lágrimas

vuelven a llenarle los ojos.

—Clara por favor, no llores. No tienes que preocuparte más por él, me encargaré de todo.

No volverá a acercarse a ti. —Lo ha dicho con tanta rabia, con tanta fuerza, que ella no puede más que creérselo.

—Tengo que contarte algo, Héctor.

—Es tarde, debes descansar —le dice él.

—Necesito contártelo.

Finalmente asiente y ella toma aire.

—Estabas de viaje la primera vez que me llamó. Aún no estábamos saliendo o bueno...

fue de los días que trabajaba para ti. Me despertó a las tres de la mañana y al ver de quién se trataba le quité la voz. Por la mañana tenía muchas llamadas y mensajes que borré sin leer. No quería saber nada de él. Así estuvo unos días hasta que llamé a la compañía y restringí sus llamadas...

Clara le cuenta a Héctor cómo se presentó en el trabajo, el número desconocido que empezó a llamarla, que sus jefes la presionaban para que trabajara para él, que cree que ha debido de verse con Raquel pues últimamente parecía muy interesada en su vida personal... Héctor no dice nada, solo asiente. Es más grave de lo que creía y está enojado en parte con él mismo por no darse cuenta y por supuesto con su jefe. Si antes no le gustaba

que ella lo pasara mal por su culpa ahora que sabe las razones de que le hicieran la vida imposible... y encima que todo lo ha provocado el mismo que ha terminado por estrellar su coche. Necesita respirar o la cabeza le va a explotar.

Decide que se encargará de todo a su tiempo. Ahora quién más lo necesita es Clara y vuelve a concentrarse en ella, la cual ha terminado de hablar y, mientras las lágrimas le brotan de nuevo, sigue esperando la reacción de él.

—Cariño, no sé cómo no me has contado nada, deberías haber confiado más en mí. Sé que tengo parte de culpa por presionarte, pero...

—Tú no tienes la culpa de nada Héctor, toda es mía. No podía mezclarte con nada anterior, quería... necesitaba que todo saliera bien contigo. No quería cagarla. Eres un hombre importante, muchas personas dependen de ti y yo no pretendía preocuparte por esto, me parecía una tontería, la verdad.

—El hecho de que me cuentes lo que te pasa no quiere decir que las cosas tengan que salir mal. Además, ya estoy yo para fastidiarla. —Ambos sonríen.

Héctor añade:

—Que sea un hombre ocupado no quiere decir que no tenga tiempo para ti, eres mi prioridad. Además, ¿cómo va a ser culpa tuya, Clara? Está loco y no sabe aceptar tu rechazo. No quiero que te preocupes más por él. No volverá a acercarse a ti. No tengas miedo.

Héctor limpia con los dedos el rostro de Clara y ella asiente agradecida.

Se acerca y le roza suavemente los labios, necesita su contacto y ella sonríe tímidamente.

Él apoya su frente en la de ella con cuidado y la mira a los ojos:

—Te quiero, Clara.

Ella sonríe y se tranquiliza. Al poco es presa del sueño, los calmantes ya han hecho efecto y no lo soporta más, se le caen los párpados.

—Duerme cariño, ya tendremos tiempo de hablar. —Y la vuelve a besar mientras Clara se duerme.

A Héctor le duele la cabeza, demasiadas cosas en las que pensar. Se apoya en el sillón y cierra los ojos. Enseguida se duerme, ha sido un día muy largo.

CAPÍTULO 38

Andrés los despierta temprano, hay que repetir un par de pruebas para ver si está todo bien. Debido al golpe, tienen que hacerlas para compararlas con las realizadas cuando llegó. Héctor le aprieta la mano y le dice que todo va a salir bien, antes de que a ella se la lleven.

Emilio entra en la habitación y le cuenta a Héctor lo que la policía ha descubierto en casa de Alberto. Todo un escalofriante material fotográfico de Clara. Sus movimientos diarios, en su coche, parking, por las afueras de su trabajo, del ático... todo sobre ella. En las fotos en las que sale con él, las tiene tachadas con rotulador e incluso algunas ha recortado su silueta. Héctor se estremece y Emilio lo entiende, estas situaciones no terminan nada bien.

El seguimiento exhaustivo al que ha sido sometida Clara... ese tipo está obsesionado con ella. También había varios teléfonos de prepago y herramientas para abrir puertas, por lo que relacionan esto con la denuncia que pusieron de su piso. Héctor se pasa una y otra vez la mano por el pelo, todo esto lo ha dejado exhausto. Es peor de lo que imaginaba.

Emilio le dice además que no hay señales de Alberto, ha desaparecido. Héctor piensa que espera que se meta en un agujero y no salga más porque como se acerque a Clara...

Le dice a Emilio que se encargue de la seguridad y que siga con la policía. Esta quiere hablar con Clara y, aunque le ha dicho que necesita recuperarse un poco, quieren detalles de lo que ella sabe. Además, le hace una lista de lo que van a necesitar para pasar las próximas horas, no sabe cuánto tiempo van a estar en el hospital, pero desde luego no piensa moverse de su lado.

Se sienta en el sillón y suspira, debe calmarse. No quiere transmitirle nada a Clara, ella debe estar tranquila y recuperarse. Coge el móvil, tiene que hacer

muchas llamadas.

Decide empezar por el trabajo para seguir con Lorenzo. Clara le había pedido que no le contara nada a su familia, pero tiene que avisarlos, puede que salga algo en prensa y no quiere que se preocupen. Después, llama a sus padres para contarle lo ocurrido y dónde va a estar los próximos días. Su padre se ofrece para ayudarle en el trabajo en todo lo que pueda. Luego vuelve a hablar con Lorenzo que va a llegar en una hora para quedarse con ella. Llama a Miguel, a Carlos y por último, al padre de Clara. Decide que ya puestos debe decírselo a Borja, para que hable con Sofí por si necesita algo. Les ha dicho que ha sido un accidente, pero les contará la verdad a su hermano Miguel y a Carlos. Ellos seguro que lo entienden y así podrán reforzar la seguridad para que ese hombre no se acerque a la familia. Tendrá que hablar con Emilio para que ponga a alguno de sus hombres pendientes de ellos. Todo esto lo va haciendo conforme se le van ocurriendo. Ese cabrón... piensa, mientras vuelve a marcar un teléfono en su móvil.

Llevaron a Clara a la habitación y Héctor piensa que parece muy cansada, no tiene buen aspecto, aunque ella le sonrío al verlo. Andrés la acompaña y cuando se quedan los tres solos le dice que en cuanto tengan los resultados volverá. Héctor le acompaña hasta la puerta y le da las gracias, en realidad no sabe qué hubiera hecho sin su ayuda. Su amigo le da una palmadita en la espalda y le sonrío antes de marcharse.

—¿Estás bien, Clara? —pregunta Héctor que la nota ahora agotada.

Se acaba de ir la enfermera que le ha ayudado a asearla. Al principio quería que él se fuera, pero al negarse en rotundo no ha podido más que aceptar su ayuda. Clara parecía incómoda pero no se puede mover. Él está preocupado, le ha tenido que doler y le tiene que estar doliendo todo.

Ella asiente como puede, aún lleva el collarín.

—Esto va a mejorar cariño, siento que...

—Estoy bien guapo, no te preocupes.

—Pareces muy cansada.

—Cualquier movimiento me cuesta la misma vida. Estoy hecha una mierda.
—Y sonrías.

—Cariño...

—No digas nada, lo sé.

Tocan a la puerta y Lorenzo entra en la habitación. Pasa de una cara de preocupación a una de horror, la pinta que tiene su amiga...

—No me mires así —dice Clara casi en un susurro.

—Lo siento nena, pero menuda pinta que tienes.

Clara sonrías aunque Héctor se pone tenso, no quiere que ella se siente mal. Sabe que verla así es duro, pero... deben controlarse para que no se les note. Lorenzo se acerca para abrazarla, pero entre el brazo en cabestrillo, el suero y el collarín, se lo piensa mejor y se pone a su lado.

—Héctor, estás horrible.

—Gracias, no esperaba menos de ti.

Clara mira a los dos hombres y sonrías.

—Chicos, por favor. Héctor, vete y date una ducha, desayuna en condiciones y ponte guapo para mí —le habla muy bajito.

Él se acerca y le da un dulce beso en los labios antes de marcharse. Les ha llevado su tiempo, pero al final lo han convencido, aunque Lorenzo le ha tenido que prometer que él se encargará de todo y que Clara va a estar bien.

Ella le ha guiñado un ojo antes de que se vaya, aunque se ha arrepentido enseguida, no se acordaba de los puntos de su ceja.

No han pasado ni veinte minutos cuando la puerta se abre y entran los tíos de Clara, sus padres y al final, Carlos y Esperanza. Ambos amigos suspiran ante la cara que van poniendo al verla. Clara se estremece cuando están todos juntos. No quería decírselo a nadie, pero Héctor al final la convenció, no era

buena idea mantener el secreto para la familia por si salía algo en prensa, se molestarían y se preocuparían demasiado. Pero el

verlos ahora a todos... se arrepiente de no haber seguido sus instintos en esto.

Cuando Héctor vuelve, Clara está sola en la habitación y las lágrimas caen por sus mejillas. Se asusta y se acerca a ella que intenta limpiarse y disimular.

—¿Qué pasa? ¿Y Lorenzo? ¿Qué te duele, Clara? —le salen todas las preguntas a la vez.

—Nada, estoy bien —contesta ella aguantando un sollozo.

—Clara... Voy a coger a ese amigo tuyo...

—Lorenzo se ha llevado a todos de aquí.

—¿Qué ha pasado? —Se sienta junto a ella y le coge de la mano.

Ya se le ha pasado el impacto inicial de verla sola y llorando.

—Mi madre... bueno, ella me ha dicho la verdad. Que todo es culpa mía, que voy como

loca y que...

—¿Y ahora resulta que estás de acuerdo con tu madre?

Ella sonrío y él le limpia las lágrimas.

—No llores por favor, no puedo con eso —le dice cerca del oído y continúa

—: Me siento mal al verte así. No quiero que sufras y por supuesto no es culpa tuya. Eso tenlo muy presente, Clara. Toda la culpa es de ese... —No puede decir el nombre y ella tampoco parece que quiera o pueda escucharlo, pues se ha estremecido.

Se acerca y le da un beso dulcemente.

—He hablado con Andrés, dice que todas las pruebas están bien.

Por fin una noticia buena, piensa Héctor.

—¿Cuándo podré volver a... salir de aquí? —dice Clara.

Héctor asiente, aunque le hubiera gustado que dijera la frase completa, que por fin llamara al ático su casa. Ha estado a punto, pero al final no lo ha hecho y sabe que la culpa es solo suya, enfadarse con ella como lo hizo... va a costarle mucho que vuelva a confiar en él.

—Andrés dice que tenemos que estar unos días, quizás una semana —lo dice sin perderse detalle de las expresiones de Clara.

Ella ha cerrado los ojos y suspira, no se esperaba tener que estar tanto tiempo en el hospital, aunque en realidad... se mira y no sabe cómo podrá salir de allí.

—Bueno, estoy hecha una mierda así es que me va a costar moverme... sí, será mejor permanecer aquí —dice algo resignada e intentando infundirse ánimos.

Sonríe al pensar en lo que le ha gustado el “tenemos” que ha usado él para decirlo.

Héctor sonríe también, contagiado por la expresión de Clara.

—No te preocupes por eso y por nada. Te quiero y todo va a salir bien.

Ella sonríe y reclama sus labios.

CAPÍTULO 39

Cinco días ha pasado al final Clara en el hospital. No le ha gustado permanecer tanto tiempo. Héctor no se ha separado de ella ni un momento y no quiere que siga descuidando su trabajo. Ahora tiene que adaptarse en el ático, le cuesta mucho moverse. Entre las costillas y llevar el brazo en cabestrillo... la pierna la tiene mejor y casi no le impide andar. La cabeza le duele aún un poco del golpe, pero tras recibir el alta, Andrés le dio toda una provisión de pastillas para los dolores. Está en el sofá del salón y respira con dificultad, no creía que le iba a costar tanto ir desde el dormitorio al salón, y

eso que se han instalado por unos días en el de abajo.

—¿Todo bien? —le dice Héctor sentándose a su lado.

Ella asiente y se recuesta apoyándose en él.

—¡Joder! —suelta Clara al notar sus costillas.

Cada vez que se mueve... Héctor la abraza.

—Poco a poco, cariño. —Ambos sonríen y se besan.

Clara no tiene muchas ganas de visitas así es que está hablando con Héctor para organizar una cena en el ático. Este tampoco ha querido que su familia la vea, por lo menos hasta que esté mejor de aspecto. Recuerda la visita al hospital y la charla de su madre... no va a permitir que la hagan sentirse peor.

—Si quedamos con mi familia también puede ser como una presentación oficial de nuestro noviazgo. —Sonríe Héctor.

—Creo que esa presentación ya no tiene gracia, todo el mundo lo sabe. Además, las revistitas se han encargado de confirmarlo —dice Clara con cara de pocos amigos.

Héctor sonríe aún más. Tras el accidente, mandaron desde su departamento de prensa una comunicación oficial a todos los medios de que estaban juntos, añadiendo las fotos del baile de máscaras. Así desvelaron la identidad de la “mujer misteriosa”. A ella no le hizo mucha gracia, pero él estaba decidido a acabar con los chismorreos en su contra.

—Sí cariño, pero seguro que nuestros padres disfrutan con esta cena mucho más si los reunimos a todos —dice él, reforzando su idea.

—Está bien, pero algo informal por favor, no tengo muchas ganas de meterme en uno de esos vestidos...

—Pero si no cabes —le contesta con una sonrisa.

—Capullo... no me estarás llamando gorda, ¿no?

Ambos sonríen, sabe que eso no es así, con tantas vendas es imposible ponerse otra ropa que una camiseta y unos leggins. Vestirse y asearse es, desde el accidente, una auténtica odisea.

—No tengo muchas ganas de nada recargado, algo tranquilo, ¿vale? —dice ahora Clara en

un tono que a Héctor no le pasa desapercibido.

Desde el accidente sabe que ella no está bien. Come poco y los dolores no ayudan mucho.

—No te preocupes, Marga se encargará de todo. ¿Te parece bien que se lo diga a Andrés y a Marco?

—Perfecto, tus amigos son como de la familia, lo único que te pido es que mantengas a ese matasanos lejos de mí. —Sonríe.

Andrés se ha portado muy bien con ella desde el accidente, aunque está cansada de médicos.

Héctor suelta una carcajada para añadir:

—Utilizaré esas mismas palabras.

Ambos sonríen.

Ahora Clara se tensa un poco y decide hablar de su trabajo.

—Sé que te estás encargando de mis bajas en el trabajo, pero te quiero pedir algo.

—Dime —dice él que ha notado su cambio de humor.

Se pone serio, no sabe de qué querrá hablar.

—Necesito que... le voy a pedir a Lorenzo que coja de mi piso los papeles del trabajo. El contrato y demás documentación, y que me los traiga. ¿Podría uno de tus abogados echarles un vistazo? No pienso volver allí. Cuando me

recupere buscaré un nuevo empleo.

Héctor suspira y cree que ha llegado el momento de contarle a Clara lo que ha hecho.

—No va a ser necesario. Voy a comprar la empresa —lo suelta sin dejar de mirarla a la cara.

Como ella no dice nada, él continúa:

—Tenía pensado contártelo llegado el momento. Nos quedaremos con los clientes y con cierto personal. Va a formar parte de mi grupo y se instalará en mi edificio, en una de las plantas. —Se toma unos segundos para ver si ella quiere decir algo, pero como no es así, continúa—: Dime qué piensas.

—No sé qué decir, la verdad es que no me lo esperaba. Pero... hay más, ¿no es así? —dice sabiendo la respuesta.

Clara no cree que solo lo haya pensado, conociéndolo...

—En realidad... ya lo he hecho. No te preocupes por nada. Ana, ayudada por Natalia y Silvia, se están encargando de avisar a todos los clientes y también realizarán la mudanza.

Querían venir a verte, pero yo no estaba seguro, podrían contarte algo y preocuparte.

Además, necesitaba confirmar que no sabían nada de lo sucedido antes de seguir contando con ellas.

Clara lo mira sorprendida y asiente a lo que va contándole Héctor.

—¿Cómo lo has hecho?

—Yo no, se ha encargado Marco. Si yo voy a esa empresa... no me hubiera controlado.

No quería correr ese riesgo. Hacerte lo que te han hecho...

Clara asiente y le pide a Héctor que se siente a su lado. Él le hace caso.

—Dime la razón principal de comprar la empresa. La verdad, por favor.

—Quería quitársela y mandarlos a...

Ella sonrío y le tapa la boca con un beso, para añadir:

—Calla, la de las palabrotas soy yo. —Ambos sonrían.

—Clara, te dije que me iba a ocupar de todo y eso incluía el lugar donde no te habían tratado bien. No te lo merecías. Ellos se han desembolsado una buena cantidad de dinero con el negocio, no tendremos que volver a verlos. He hablado con Carlos y le he dicho expresamente que así sea. Si quiere ver a ese exjefe tuyo que lo haga, pero que no estemos nosotros.

Ella lo mira con cariño y le vuelve a besar.

—Al final te has salido con la tuya, supongo que trabajaré para ti. —Y le dedica una tímida sonrisa.

—En realidad no directamente, pues serás tú la jefa de esta empresa. No tendrás que dar explicaciones salvo en las reuniones del grupo y la información que solicitamos a todas.

Será una más, sin privilegios de ningún tipo. Te he puesto a Estefanía por ahora como tu secretaria y ayudante, espero que no te importe. Cuando empieces a trabajar, decide si la mantienes o quieres otra.

—¿U otro, no?

—Eso no es negociable.

Clara rompe a reír aunque tiene que parar y cogerse las costillas.

—Cariño...

—Sé por tu cara que no querías contármelo por si no me lo tomaba bien, ¿no es así?

Él asiente.

—He aceptado el hecho de que no quiero estar lejos de ti, Héctor. —Sonríe antes de añadir

—: Por lo que me gusta la idea de trabajar en tu mismo edificio. A ver si así consigo que me enseñes tu despacho.

Héctor acaricia la cara de Clara y le devuelve la sonrisa. Se lo ha tomado mucho mejor de lo que esperaba. Tiene razón en lo del despacho, aunque no sabe si en realidad quiere enseñárselo, lo mismo se sorprende de su decoración...

—¿Qué piensas? —le corta ella.

—Cuando quieras te enseño mi despacho, aunque... hay más.

—¿Más, señor Extremera? —le dice ella, juguetona.

—Tendrás tu propio despacho así es que cuando estés mejor iremos para que decidas si te gusta o quieres algún cambio. Las obras ya se están realizando.

—Pero nada de secretario, ¿no?

—No entra dentro de la negociación —le dice muy serio, cosa que hace que ella sonría aún más.

—Hablando de otro tema... ¿mi coche? —pregunta ahora Clara.

Él niega con la cabeza para decirle:

—No te preocupes por eso.

—Muerto, ¿no?

Él asiente.

—El accidente lo dejó completamente destrozado.

Un escalofrío recorre a Clara al recordarlo. Él la abraza y le da un beso en la frente.

CAPÍTULO 40

Marga ha dispuesto la mesa del salón y la ha llenado de comida. Ha preparado todo para que sea informal, como en un buffet. Clara observa cómo ha quedado y sonrío. No quería una cena todos sentados alrededor de la mesa.

—¿Te gusta, Clara? —le pregunta la mujer.

—Sí, además huele de maravilla. Te doy las gracias por prepararlo todo y por quedarte, sé que es viernes noche y...

—No te preocupes, además le tengo que dar el toque final al postre. —Sonrío satisfecha, no le ha dicho a Clara lo que es, pero sabe que le va a gustar.

Llaman a la puerta y Héctor aparece para abrir. Lleva unos vaqueros y una camisa negra por fuera. Clara se le ha quedado mirando embobada y decide que los trajes le gustan, pero cuando va informal... Este hombre consigue que se me olvide todo, piensa mientras le sigue con la mirada.

—Esto, Clara... —le dice Marga.

Ella parpadea y la mira sorprendida. Marga le sonrío.

—Será mejor que me vaya. —Le guiña el ojo y se pierde en la cocina.

Entonces aparecen su madre con Carlos y sus tíos, entran en el salón.

Al final están todos menos sus sobrinas. Miguel les cuenta que las han dejado con sus primas. Clara no quería que la vieran así, podían preocuparse y son muy pequeñas. Como le cuesta trabajo moverse, se sienta en el sofá y son los invitados los que desfilan por allí para hablar con ella. Héctor cada poco va a comprobar cómo está y revisa que se tome las pastillas. También se encarga de su refresco y comida, quiere que se recupere y que no le falte de nada.

Sofí ha llegado sola. De nuevo se ha peleado con Borja, el cual no ha tenido

otra cosa que hacer que aparecer con una pelandrusca, piensa Clara en cuanto los ve. Nota cómo su hermana lo esquiva y evita, tendrá que hablar luego con ellos, no es una situación cómoda para ninguno.

En un momento de la velada, Miguel hace que todos cojan sus copas y brinden por su mujer y el hijo que esperan. Aunque, había dado la noticia, parece que ya han tenido tiempo de madurarlo y ver que es una alegría para todos. Clara mira a Julia cómo se toca la barriga, está empezándosele a notar el embarazo. Por fin, piensa Clara contenta. Cuando vuelve a hablar pillada a Clara desprevenida, tiene una segunda noticia. Se mudan a la ciudad antes de empezar el próximo curso escolar. Tiene un nuevo trabajo. Clara suspira, es en una de las empresas de Héctor y piensa en que al final ha conseguido que todos trabajen para él. Este, que se da cuenta de los pensamientos de Clara, se acerca a ella, agachándose para ponerse a su altura.

—¿Todo bien? —pregunta acariciándole la mejilla.

Ella cierra un momento los ojos antes de contestarle.

—Eres increíble. Ya nos tienes a todos trabajando para ti. Al final...

—Solo quiero lo mejor para mis empresas. —Ambos sonríen y se besan.

Los interrumpe Lorenzo.

—Venga, que corra el aire, estáis de un empalagoso que...

—Envidioso —le suelta Clara.

Los tres rompen a reír.

—¡Joder! No quiero más Sofí, de verdad, cómetelo tú —dice Clara perdiendo la paciencia.

Están sentadas juntas en el sofá.

—Yo no quiero tampoco. Lo pongo ahí, es tu madre que no para de decir que te ve muy

delgada.

—Vale, pero no voy a coger todo el peso hoy, dejemos algo para mañana.

Ambas se ríen.

—Clara, me voy a ir pronto, no me encuentro muy bien —dice su hermana con la voz apagada.

Clara mira a Borja que no ha parado de coquetear con la tía que ha llevado y para ella de forma... demasiado exagerada. Se ríen tan alto que resulta sospechoso y muy evidente la intención que tiene, provocar a Sofí. Busca la mirada de Héctor que ahora está fija en su hermano. Estaban pensando lo mismo, sonrío un poco Clara, aunque al encontrarse por fin, este se encoge de hombros. En realidad, no puede hacer nada. Siempre intenta que su hermano se comporte, pero está empezando a pensar que va a ser una misión imposible, piensa Héctor preocupado.

Sofí está mirando a sus padres y Clara busca a Antonio, les gusta lo que ven. Ha resultado buena idea unir a las dos familias, así no es tan raro que sus padres separados estén con sus respectivas parejas en la misma habitación. Los padres de Héctor son un encanto, piensa Clara mientras ve a su madre hablar con Esperanza. Ella ha permanecido siempre junto a su padre, pero nunca habían coincidido todos juntos y la ve integrada. Le ha llevado a Clara un pastel de chocolate como los que le hacía para animarla tras la separación de sus padres, sonrío, va a terminar por montar una pastelería.

La hermana decide que ha llegado el momento de irse y se despide de todos menos de Borja, el cual sigue refugiado en un rincón con su acompañante.

Al poco, este decide marcharse también.

Cuando se despide, Clara lo acompaña hasta la puerta y lo coge del brazo.

—Los dos sois tontos. No sé qué coño pasa entre vosotros pero desde luego no está solucionado —le dice a su cuñado pasando de la que lo acompaña.

—Déjame, ¿no me ves qué bien estoy? —Y hace un amago de acercarse a la

chica.

Clara se pone en medio.

—No sé en qué pensabas, pero te has pasado. Eres un capullo. ¿Cómo se te ocurre traerte esta a mi casa?

La acusación hace que Borja se enfade y le suelte:

—No es tu casa. Que yo sepa es la de mi hermano y puedo venir con quien quiera —dicho lo cual, Clara suspira y se da la vuelta, regresando al salón.

Héctor que ha estado escuchando la conversación aparece ante su hermano en cuanto ella se ha ido.

—Ni se te ocurra volver a decirle algo así a Clara, ¿me oyes? Esta es su casa y tú eres un capullo. —Se vuelve y va detrás de Clara.

Ella se ha sentado en el sofá de nuevo, parece cansada. Cuando Héctor se acerca... lo que le pasa es que está triste. Piensa en matar a su hermano. La primera vez que ha escuchado a Clara decir “mi casa” y él va y le suelta que no es suya. Se ha enfadado, aunque consigue recomponerse, la cara que tiene puesta Clara... Se sienta a su lado y le coge la mano.

—Cariño, es un capullo —sus palabras hacen que Clara sonría.

Héctor hace una señal a Marga y esta sale con el postre, es hora de que se olviden de Sofí y de Borja. Es una gran tarta de chocolate y Clara sonríe nada más verla. Mejor así, piensa Héctor mientras la ayuda a levantarse.

—¡Marga, es perfecta! —exclama ahora, Clara.

Todos tienen sus copas llenas de champán salvo Clara, que lleva toda la noche bebiendo agua. Todavía tiene un arsenal de pastillas para el dolor. Héctor les dice que se van a tomar unos días libres y que se van de viaje. Clara no lo sabía y sonríe ante la sorpresa, necesita desconectar de todo y descansar junto a Héctor. Su madre protesta un poco, alegando que debe reposar tranquila, pero Héctor la corta y le dice que no se van de excursión, sino de relax. Sabe cómo tratar a su madre, piensa Clara mientras ataca su

segundo trozo de tarta.

Está feliz rodeada de su familia y Héctor suspira aliviado por eso, al principio de la velada no las tenía todas consigo.

CAPÍTULO 41

Héctor entra en el salón y se encuentra a Marga. Esta se levanta nada más verlo y duda si salir de la habitación o...

—Hola Marga, ¿va todo bien? —le pregunta rápidamente.

La conoce hace mucho tiempo y enseguida ha notado que le pasaba algo. Ante las dudas que parece tener la mujer y que aún no ha contestado...

—¿Es Clara? ¿Se encuentra bien?

—Señor... Héctor, ella está... bien. —No sabe cómo decirle lo que piensa sobre el estado de Clara.

—Siéntate y cuéntame qué pasa. Estoy empezando a preocuparme. —Le hace una señal a

Marga que le obedece.

Entra en el dormitorio sin hacer ruido, no quiere despertarla aunque... la conversación con Marga le ha dejado más preocupado de lo que estaba. Ya ha pasado un mes y medio desde el accidente y Clara aún permanece de baja. Hasta ahí es normal, el golpe que recibió de ese... piensa apretando con fuerza los puños. Se detiene y coge aire, necesita serenarse.

No quiere que ella note su estado de ánimo. Suspira. Ha llegado pronto del trabajo, no puede permanecer mucho tiempo alejado de ella. Sabe que no lo está pasando bien.

La habitación está en penumbra, ni siquiera ha subido las persianas. No le gusta, sobre todo sabiendo lo mucho que Clara disfruta con la luz del ático. Encuentra en la mesa del escritorio la bandeja de comida que Marga tuvo que dejarle hace unas horas, sigue intacta junto con la del desayuno. Niega con la

cabeza, Clara, Clara... piensa mientras sube las escaleras y se acerca a la cama. Nada, no percibe ni un movimiento de ella. Sigue en el mismo sitio que cuando la dejó por la mañana. Esto no es buena señal.

—¿Eres tú, Marga? —dice de pronto Clara haciendo que Héctor se sobresalte.

—Hola, Clara —responde acoplándose a su lado en la cama.

—Has llegado muy pronto... —Va a incorporarse pero queda atrapada en los brazos de él.

—No tenía mucho trabajo y... quería ver cómo estabas —casi le susurra Héctor.

Se ha pegado a ella y ahora ambos se miran fijamente.

—Estoy bien —dice, no se encuentra muy cómoda con el escrutinio al que la está sometiendo la mirada de Héctor.

—No lo estás. Hoy no te has levantado de la cama...

—Estoy de baja, ¿lo recuerdas? Ese amigo tuyo...

—Sé lo que Andrés dijo, pero no puedes pasarte todo el día en la cama, Clara.

—Entiendo. Luego llamaré a Lorenzo para que mañana me recoja...

—¿Lorenzo? ¿Te recoja? No, no lo entiendes. No vas a llamarlo y no vas a salir de aquí —

dice tajante Héctor.

No le ha gustado por dónde se ha encaminado el pensamiento de Clara. Bajo ningún concepto permitirá que se marche de su lado, ya lo hizo una vez y... Un escalofrío recorre su espalda.

—¿Entonces? —le pregunta ella con apenas un hilo de voz e

interrumpiéndolo así.

—No puedes pasarte todo el día en la cama. Desde que volvimos... —Se calla ante las expresiones que va poniendo.

Toma aire y continúa en un tono más suave:

—Cariño, solo quiero que estés bien. Ni has comido... —Pasa su mano por la mejilla de

Clara y la deja ahí.

Ella cierra un momento los ojos y parece relajarse de nuevo. Héctor sabe cómo seguir la conversación, lleva unos días madurando una idea y decide que ha llegado el momento de ponerla en práctica.

—De todas formas, no sé si es pronto, pero... te he traído unos archivos que Ana quiere que revises. No estoy del todo de acuerdo, aunque... —Sonríe mentalmente, Clara parece reaccionar positivamente ante sus palabras.

Intuía que al ocupar su mente en el trabajo y sentirse útil de nuevo, podía mejorar su ánimo. Tras regresar de las vacaciones él no ha querido hablarle de la empresa para no preocuparla con nada, pero se ha dado cuenta de que tiene que cambiar de estrategia. Ella parece algo deprimida y Marga no ha hecho más que afianzar sus sospechas.

Poco a poco se ha ido recuperando de los daños físicos, los dolores disminuyen, pero quedan las secuelas psíquicas. Pensar que ese capullo estuvo a punto de... Héctor no puede ni terminar de pensar la frase. Se estremece y se pega más a ella.

Incluso hace unos días estuvo hablando con Andrés. Su amigo le dejó algo más tranquilo, aconsejándole que tuviera paciencia con ella para que pudiera recuperarse. Necesita un poco de tiempo... recuerda Héctor sus palabras y suspira. Paciencia... no tengo mucho de eso, sobre todo cuando la veo que le sigue costando moverse, el dolor que siente, las veces que ella se despierta por la noche con pesadillas... Tiempo... eso es lo que necesitan.

Tengo que...

—Héctor por favor, no me regañes y no me mires así. No tenía ganas de levantarme, solo es eso, de verdad.

Asiente y busca sus labios, no quiere hacer nada que pueda molestar más a Clara.

—Esta tarde tienes visita —dice Héctor al llegar a casa para almorzar.

Han pasado un par de días desde la conversación con Clara y, gracias al trabajo, parece que ella se encuentra mucho mejor. Ha reaccionado favorablemente pero no es el momento de quedarse ahí.

—¿Visita? Esa cara... ¿qué has tramado?

—Vendrán Amanda y Frank... no es negociable, Clara. Necesitas ropa para tu nuevo trabajo.

—¿Más ropa? ¡Pero si ya no cabe en el armario!

—Vendrán a las seis y Marga se encargará de ordenar...

—Héctor...

—Clara...

—Por favor, tengo ropa más que suficiente.

—Tienes que renovar tu vestuario, ahora eres la jefa. —Héctor sonrío mientras se acerca a ella.

—Jefa... me gusta cómo suena. —Ambos sonrían.

Ahora Héctor la coge con cuidado de la cintura y la acerca a él. Acaricia su mejilla y se detiene en sus labios.

—Vas a ser la jefa más guapa que dirija una de mis empresas.

—¡Joder! ¡Un halago! Aunque no creas que con un pequeño piropo te vas a salir con la tuya tan fácilmente.

—Puedo seguir diciéndote lo preciosa que eres, aunque también puedo demostrarte lo mucho que me gustas... —Héctor le sonrío de una forma que ella sabe que ya está perdida, tendrá renovación de armario le guste o no.

Cuando por fin Héctor consigue salir de la habitación ya es tarde, en un rato llegarán los estilistas con la nueva ropa para Clara. Ella ha llamado a su amigo Lorenzo, está convencida que hará buena pareja con Frank. Pone los ojos en blanco, siempre está intentando animar a su amigo para que salga, cuando todo esto lo ha montado para, precisamente, animarla a ella. Es increíble.

CAPÍTULO 42

Es lunes y Héctor decide quedarse en casa. Ha sido un fin de semana muy tranquilo y está contento de ver que Clara va mejorando. Resultó buena idea darle trabajo pero quiere permanecer más tiempo con ella.

—Me alegro de que te hayas tomado el día libre, pero... no hace falta que hagas de niñera, de verdad. Estoy bien.

Héctor hace una mueca mientras deja una bandeja con el desayuno encima de la cama.

—Aunque pensándolo mejor... —dice ante el pastel de chocolate que le ha dejado—, no

ha sido tan mala idea. Despertador personalizado, desayuno...

Héctor sonrío y se acopla a su lado.

—Solo necesitaba pasar un día más entero contigo.

—Ummm, creía que se ajustaba más a la palabra “control” anotada en mi lista...

—¿Aún tienes esa lista?

Clara asiente, por lo que él añade:

—Creía que ya te habías cansado de ella o que no tendrías espacio suficiente.

—Sonríen.

—Es larga, pero aún caben más cosas. Te puedo hacer un resumen si quieres.

A ver...

manos bonitas, cuerpo perfecto...

—Vale, vale, de nuevo sé que solo estás conmigo por mi cuerpo.

—No seas tonto, también me gusta tu sonrisa, tu voz, tu forma de... —Héctor la coge de la cintura interrumpiéndola.

Ella suspira.

—Me gustan muchas cosas de ti, Héctor. Eres tú el que nunca quiere oírlos.

—No estoy cómodo, la gente siempre me halaga y ni me conoce.

—Entiendo, pero ni yo soy la gente ni... ah, voy a anotarlo en mi super lista “no le gustan los piropos”. —Héctor rompe a reír.

—Sabes que yo también empecé una lista, así es que...

—Miedo me das.

—En ella solo hay cosas como “dice tacos”... —Clara le pega un manotazo interrumpiéndolo.

Cuando Héctor vuelve a hablar se pone serio y se separa levemente de ella.

—A mí me gustan tus pies... tus piernas... tu cintura... —lo ha ido diciendo mientras acariciaba cada parte que iba nombrando.

Al llegar a sus labios la ha besado, perdiendo así el hilo de la conversación.

—¡Hola, Clara!

—Hola, Andrés —le contesta ella con una mueca y mirando de reojo a Héctor.

—¡Menuda cara! ¿No te alegras de verme? Creo que eres la primera paciente que no lo hace. Las demás siempre me llaman para que las visite a domicilio y cuando voluntariamente vengo a verte a ti...

—¿Voluntariamente? ¡Ya! —Y vuelve a mirar a Héctor.

—¿Problemillas en el paraíso? —dice.

Su amigo reacciona rápido golpeándolo suavemente en el estómago.

—Bueno doctor y... ¿qué quiere verme primero? —suelta de pronto Clara, haciendo que

los dos hombres se vuelven para mirarla.

Es Andrés el que rompe a reír antes que su amigo, el cual no puede más que imitarle. Al fin algo de humor en Clara, piensa en ese momento. Le gusta que vuelva a ser ella y sonrío satisfecho, ha acertado al quedarse en casa. Necesita que la cuide.

—El brazo y las costillas van mucho mejor. Tu pierna ya mismo como nueva. Es el momento de empezar la rehabilitación. A partir de mañana vendrán a darte unos masajes y a ejercitar tu dolorido cuerpecito. Tienes que recuperar la movilidad completa y coger fuerza. Con los masajes minimizaremos las posibles secuelas y dolores del accidente, suelen dar al tiempo.

—Espero que me mandes a un chico guapo y así de camino me alegre la vista.

—Eso duele, ¿ya te has cansado de mí, Clara? —dice Andrés poniendo cara de enfado.

—Sí, demasiada belleza para soportarla mucho tiempo. —Los tres rompen a reír.

Al día siguiente, Clara está en el sofá cuando llaman a la puerta. Marga aparece con una chica que lleva una maleta.

—Hola...

—Hola señorita Jiménez, me llamo Sonia.

—Hola Sonia, soy Clara. Supongo que eres mi nueva fisio... —La chica asiente—.

Vamos, que te enseñe nuestro lugar de trabajo —le dice mientras se levanta y la lleva al gimnasio.

En él han habilitado una zona con todo lo que puedan necesitar, con un par de camillas para los masajes en una de las esquinas.

Cuando Sonia se marcha, Clara le pone un mensaje a Héctor.

“Capullo”.

Héctor le contesta al momento.

“¿Qué he hecho ahora?”.

“Pagar a tu amigo el médico para que me mande a Sonia. Quería un chico”.

“Ya me tienes a mí”.

“Pues eso, capullo”.

Héctor no puede dejar de sonreír, por fin está volviendo la Clara divertida, señal de que se siente mejor.

“Eso también lo tenías en la lista”.

“Cierto, aunque creo que lo voy a poner otra vez”.

—Ya voy, me levantaré de la cama. Esto es un complot, ¿no me vais a dejar ni un día tranquila?

—Mira guapa, aparte de que estamos preocupados por ti y bla, bla, bla, estoy cansado de venir y que siempre estés en chándal.

—No estoy en chándal —protesta Clara—. Llevo unos...

—Sé perfectamente cómo se llama lo que llevas... siempre lo mismo. Así es que ya estás poniéndote algo de esa bonita ropa que tienes que vamos a salir.

—¿Salir?

—Sí, hay vida tras este piso. Es mono, pero tanto como para no salir... Vamos a comer en nuestro restaurante preferido y después...

—Después, ya veremos —protesta Clara mientras se pierde en el baño.

—Estoy agotada. Ese amigo tuyo...

—¿Desde cuándo Lorenzo es amigo mío?

—Desde que te lo presenté. En ese instante lo perdí, se fue a tu bando.

Héctor sonríe mientras termina de quitarse la corbata y acoplarse en el sofá junto a Clara.

—¿Te lo has pasado bien? —dice cerca de su oído, besándola en la mejilla.

—Sí, aunque... seguro que ya lo sabes. —Él asiente y Clara sonríe intentando parecer molesta.

—Pues tengo que hacer algo para que mañana estés en forma, vamos a ir a ver tu despacho.

—¿Mañana sábado? Ya empezamos con la explotación laboral...

Héctor se ríe mientras pasa el brazo por detrás de Clara, haciendo que ella se acople en torno a él.

—Tienes que dar tu visto bueno, cuando empieces a trabajar todo tiene que estar perfecto.

—Seguro que ya lo está, me fío de ti.

—¿No quieres verlo?

—Sí, tengo ganas, aunque...

Héctor no dice nada, pero la interroga con la mirada. Le deja tiempo para que sea ella la que vuelva a hablar.

—Cada vez que cojo el coche... —Se calla de pronto y mira sus manos.

La toma de la barbilla y dulcemente hace que lo mire.

—Clara cariño, no tienes de qué preocuparte. Emilio estará pendiente en todo momento...

—Ya lo hemos hablado, Emilio es tuyo y...

—¿Mío? —Sonríe.

—Sabes lo que quiero decir.

—Está todo solucionado. Se encargará de tu seguridad y ese... no va a volver a acercarse a ti.

Clara sonríe tímidamente y descansa su cabeza en el pecho de Héctor. Él acaricia su pelo mientras intenta no pensar en ese cabrón.

Clara no dice nada mientras va paseando por las nuevas oficinas. No hay nadie y, aunque el personal ya está trabajando, todo está muy ordenado. Le gusta la distribución... sabía que todo iba a ser perfecto. No se esperaba un espacio tan amplio para trabajar, pero tratándose de él...

Héctor por su parte no deja de observarla. No sabe qué pensar. Ella permanece callada, cosa que no es muy habitual en Clara cuando ve algo que le gusta. Se está poniendo nervioso, no parece buena señal...

—Este es tu despacho —dice intentando que rompa así su silencio.

No lo hace, por lo que decide abrirle y quedarse junto a la puerta. Sigue sin querer perderse detalle de sus movimientos, los cuales le han llevado al enorme ventanal que da al exterior.

—¡Joder! Ya no puedo más. ¡Coño, es perfecto!

Se vuelve para mirar a un Héctor que sigue con la mano en el pomo de la puerta. Le sonrío y se acerca a él, más bien se abalanza sobre él. Se aferra a su cuello y le besa.

—Me tenías preocupado, no decías nada...

—Es mejor de lo que me imaginaba, gracias. Aunque creo que hay algunas cosas que deberíamos cambiar...

Héctor se pone serio y se separa un poco de ella.

—¿Qué cosas? —dice sacando el móvil del bolsillo.

Clara rompe a reír.

—Eres imposible. Guarda ese móvil tuyo, eres un peligro. Ni se te ocurra llamar a nadie ahora mismo, era solo una broma.

—¿Seguro? Si hay algo que no te gusta... —Clara no le deja terminar dándole un beso en la boca.

Se separa de él y va hacia su mesa. Su escritorio es enorme y... una idea aparece por su cabeza. Se gira hacia Héctor y se sienta en el filo.

—Creo que debo probar este mobiliario antes de empezar a trabajar aquí. No sé... no parece muy resistente...

Héctor sonrío y se acerca a ella despacio, cómo le gusta su chica.

—¿Sabes que estás en pelotas no? —dice Clara con una sonrisa.

—Solo me quieres por mi cuerpo —contesta Héctor con otra sonrisa.

—Si no fuera por tu cuerpo... —deja la frase ahí, él se ha acercado seductoramente.

—Si no fuera por mi cuerpo...

—Creo que...

—Sí...

—¿De qué estábamos hablando? —termina diciendo Clara al tener a Héctor justo delante de ella.

Él suelta una carcajada.

—Vamos a dormir que es tarde y mañana empiezas a trabajar...

—Aguafiestas... —suelta Clara.

Héctor sonrío mientras termina de acercarse a ella. Le gusta esa forma que tiene de mirarle. Además, se ha acordado de otra ocasión en la que ella también le llamó aguafiestas, justo al principio de su relación.

CAPÍTULO 43

Clara lleva una semana trabajando. Estoy hecha polvo, piensa mientras recuerda su cita con Sonia para que le dé un masaje. Le ha costado más de lo que pensaba. No tanto por el trabajo en sí, ya había conseguido ponerse al día antes de empezar, sino por tener que permanecer tanto tiempo sentada. Algunas veces ha estado tentada a ponerse el cabestrillo, desistiendo siempre antes siquiera de cogerlo. No le gusta sentirse débil.

Solo trabaja por las mañanas, Héctor no ha consentido de ninguna forma que lo haga a jornada completa. Y, ahora que se prepara para salir, piensa que menos mal, no lo hubiera soportado. Permanecer en la oficina un par de horas más... El cuello le duele y... le suena el móvil, sacándola así de sus pensamientos. Es Héctor, la espera en el parking para llevarla a comer.

Está delante de la mesa de la cocina repasando lo que Marga le ha preparado. Botella de vino, copas, pan, un montón de comida con la que cree que pueden

invitar a todo el personal de la planta de Héctor y el postre. Aunque ella tiene en mente otro tipo de postre... Se regaña a sí misma y coge todas las cosas saliendo del ático. Emilio la espera para llevarla al despacho de él.

Pese a que no tenía concertada cita la dejan pasar sin problemas, parece que Héctor tiene instrucciones sobre ella, es prioridad máxima. Sonríe, le gusta esa expresión. Al abrir la puerta casi choca con Héctor, estaba saliendo a su encuentro.

—No te esperaba, pero... —se interrumpe para darle un beso a la recién llegada.

—Me alegro de verte, cariño —dice ahora ayudándola con la cesta que lleva.

La pone sobre la mesa y se vuelve, interrogándola con la mirada.

—Picnic. He decidido que de hoy no pasaba. Quería ver tu despacho.

—¿Y?

—Me gusta aunque me ha sorprendido gratamente, ya estaba empezando a imaginarme cosas raras.

—¿Cosas raras? Miedo me das. Por cierto... ¿qué celebramos? —esto último lo dice ya pegado totalmente a ella.

La coge de la cintura y acaricia su mejilla.

—Me siento bien.

Ambos sonríen.

Al separarse, ella sigue con el escrutinio del despacho mientras Héctor saca las cosas de la cesta.

—Tengo hambre —dice abriendo la botella de vino.

Al no escuchar a Clara se gira y se la encuentra mirando la foto. En la parte central del

despacho tiene colgada la fotografía de ella montada en la moto, se la hizo tras dar una vuelta el fin de semana que pasaron en su casa...

—No sabía que la tenías puesta.

—Me gusta, me gustas.

Clara sonríe y se acerca a él.

—Yo prefiero la foto en la que estamos los dos —es lo último que dicen antes de fundirse en un beso de los que a ambos deja sin respiración.

Lleva un rato mirando la pantalla del ordenador. Tiene que revisar una documentación, pero no logra concentrarse. Una idea le ronda por la cabeza... sabe que tiene que rendirse a ella. Cuando eso le pasa es mejor aparcar lo que esté haciendo y dejarla salir.

Revisa lo que ha escrito y al cabo de unos minutos se regaña así misma, tengo que empezar por el principio y a partir de ahí desarrollarlo.

Al final decide que para ser un borrador no está mal, aunque tendrá que perfilarlo. Mira el reloj y piensa que no le dará tiempo, es la hora de comer y Lorenzo la recogerá en... le suena el móvil. Su amigo la recogerá ya. La está esperando abajo.

Cierra los ojos mientras se apaga el ordenador. Lleva un tiempo trabajando y se encuentra recuperada, pero... piensa con fastidio, sigue con un punto débil, aún no ha vuelto a conducir. Intenta coger el coche lo menos posible pero no puede estar todo el día en casa.

En eso tienen razón Héctor y su amigo Lorenzo, a pesar de que se enfada con ellos pues no dejan de llenar su agenda de eventos. Que si una cena, cine, teatro... necesito volver a tomar las riendas de mi vida, piensa decidida mientras coge su bolso para salir. Ya ha recibido un segundo toque de su impaciente amigo.

CAPÍTULO 44

—Andrés, necesito verte.

—No creí que llegara este momento...

—En serio, mi hermana...

—¿Qué le pasa a tu hermana, Clara?

—Acabo de hablar con ella y dice que en dos días la operan. Le han detectado un bultito en un ovario... ha empezado a decir cosas raras...

—Tranquilízate por favor. Tráela a mi consulta con todas las pruebas que le han hecho.

Las reviso y ya vemos.

—Gracias Andrés, me ha puesto nerviosa aunque he intentado que no se me note mucho.

—Has hecho bien. No lo dejéis y venid cuanto antes. No necesitáis cita.

—Gracias de nuevo.

Clara se queda mirando la pantalla del móvil hasta que Héctor se lo quita de la mano.

—Todo va a salir bien, cariño. Andrés es un gran médico y...

—No le va a pasar nada, ¿verdad?

—Clara... —Hace que lo mire—. Todo va a salir bien.

—No, no quiero que más gente lo sepa.

—Sofí, eres terrible. Tus padres...

—Ya sabes cómo se va a poner mamá, y...

—Sí, pero eso no quita que no deban saberlo.

—¿Te vas a quedar en el hospital conmigo?

—Por supuesto y de acuerdo, haremos esto solas. ¿Se lo has dicho a Borja?

—No, eres la única. Aunque ahora lo saben Héctor y Andrés... no se lo habrás contado a Lorenzo, ¿no?

—No, pero aunque lo hubiera hecho sabes que él no diría nada.

—No puedo con esto Clara y no quiero...

—Lo sé Sofí, no te preocupes por nada. Además, si quieres...

—¿Qué?

—Puedo hablar con Andrés para que, una vez que entres en el quirófano, te arregle la nariz o te ponga tetas.

—¡Clara! —intenta hacerse la ofendida pero no puede resistirse por más tiempo y rompe a reír.

Clara la imita, sabe cómo hacer que su hermana se ría un rato.

Sofí deja de reír y se pone seria, añadiendo:

—De todas formas, no sé qué tiene de malo mi nariz o mis tetas, son perfectas.

Entonces, sí que ambas chicas se destornillan de la risa.

Clara no se siente bien desde que la llamara, pero necesita mantener el humor. No quiere que le pase nada malo y mucho menos verla sufrir. Una cosa es su carácter y otra bien distinta que sufra.

Sabe que ha vuelto a verse, al menos en varias ocasiones, con Borja aunque no quiere insistir en el tema.

Ya ha hablado con Héctor en que se quedará con ella esa noche y luego ambas volverán al ático. Quiere cuidar de su hermana. Ya se ha encargado de

todo en el trabajo.

Clara respira aliviada al oír las palabras de Andrés, la operación ha salido bien y, pese que aún tienen que analizar el bulto, no han encontrado indicios de que sea maligno.

Como tenían pensado, Sofí se queda con ellos un par de días. Al final han tenido que organizar una cena en el ático para hablar con la familia. Sofía, la madre de ellas, no dejaba de llamarlas preguntando qué pasaba. No le gustaba lo más mínimo que su hija pequeña se hubiera marchado de casa así, casi sin avisar. Temiendo que de un momento a otro se presentara, no les quedó más remedio que invitarlos, pese a protestas y pocas ganas de Sofí.

Están en el salón y llevan un rato discutiendo acerca de la cena. Queda poco para que lleguen sus padres y tíos al ático y Sofí sigue empeñada en no salir si Borja se presenta.

Clara decidió invitarlo pese a su oposición y en realidad también a la de Héctor que, aunque interviene de vez en cuando para mediar entre ambas hermanas, no quiere terminar pagando el pato en la discusión.

Cuando suelta la noticia a los presentes, inmediatamente su madre se pone a llorar y Carlos intenta acercarse a ellas para abrazar a Sofí. Esta se pega más a Clara en un instinto de protegerse, no quería contárselo a nadie y mucho menos que le regañen ahora por no haberlo hecho antes.

—No entiendo cómo no nos lo has dicho Sofí... —empieza a decir su padre.

Clara lo para con la mano e incrementa su posición de dura, lo ha meditado muy bien y sabe qué hacer para parecer la mala y que sea a ella a quien le dirijan sus protestas.

—Decidí que era mejor para ella. Y escuchadme bien todos, solo lo voy a decir una vez.

Ya está hecho y Andrés ha confirmado que todo está bien. Solo ha sido un pequeño susto y... —Vuelve a hacer el gesto anterior con la mano, su tía estaba a punto de interrumpirla.

Continúa hablando:

—No queríamos preocupar a nadie y si lo estamos contando es para que os deis por enterados y nada más. Sofí volverá a casa en un par de días, solo necesita descansar y

olvidarse de todo esto. Ahora a cenar y... deja de llorar, madre. Tu hija está bien y punto.

Le hace un gesto a Héctor para que empiece a moverse hacia la mesa y poner fin a la escena. Este le hace un leve movimiento de cabeza en señal de reproche, no está de acuerdo con sus duras palabras. Pero ella mejor que nadie sabe cómo tratar a su madre en estos momentos. Si no lo hace así, puede tirarse un par de horas o incluso toda la noche llorando, piensa mientras vuelve a insistir con la mirada.

El resto parece reaccionar y empiezan a seguir a Héctor a la mesa. Ella da un leve empujoncito a Sofí para que se mueva, consciente de que Borja ha dado un par de pasos hacia ellas. No se ha perdido detalle de él mientras la noticia y, aunque no ha vuelto a coincidir con él desde la otra cena en el ático en la que apareció con aquella mujer, sabe que está afectado por lo de la operación. Se separa de su hermana dirigiéndose a Miguel, necesitan un poco de espacio para hablar.

Su hermano ha venido sin su mujer Julia, que se ha quedado con las niñas. Además, como le cuenta más tarde a Clara, necesita descansar. Ha sido duro compaginar la mudanza con el embarazo, aunque están muy contentos con el nuevo trabajo. Las niñas se han acoplado mejor de lo que esperaban en el nuevo colegio y todo va viento en popa.

Al acostarse, Clara está muy cansada pero contenta por cómo ha resultado al final todo.

CAPÍTULO 45

—No te ha gustado.

—Marco lo estudiará.

—Eso ya lo has dicho antes.

—¿Qué quieres que te diga, Clara?

—En realidad... nada Héctor. —Ella suspira y se gira para mirar por su ventanilla.

Regresan a casa tras el trabajo. Han tenido una reunión. Clara la había convocado, ilusionada con un nuevo proyecto. Ha estado trabajando en él las dos últimas semanas.

Tras la recuperación total de Sofí necesitaba un poco de rutina en el trabajo. Lo había repasado una y otra vez, retocándolo y por fin se había atrevido a exponerlo. Creía que era buena idea, pero ahora... Todo el esfuerzo... no se ha visto recompensado. La cara que puso Héctor cuando empezó a hablar... Marco parecía más entusiasta con la idea y al final resultó ser el único interesado. Incluso hizo preguntas durante la reunión y se quedó con el dossier que ella había preparado, a diferencia de Héctor que lo dejó encima de la mesa.

Están llegando al ático y Clara cada vez se siente más estúpida... seguro que ha sido la peor idea que él ha escuchado. Debo concentrarme en mi trabajo y no intentar... esto lo está pensando mientras Emilio ya ha aparcado. Héctor se baja del coche y ni siquiera la espera. ¡Mierda! Dice Clara antes de salir corriendo detrás de él. Cuando entra en el ascensor se centra en sus zapatos. Que Héctor no la haya mirado en todo el tiempo... Él se va directamente para el dormitorio y Clara lo sigue a cierta distancia. No soporta más la situación.

—Héctor por favor, ¿tan mala idea ha sido? Creo que... quizás pueda... ¿y si olvidamos

que he presentado ese proyecto?

Por fin Héctor se gira y la mira directamente a la cara.

—No entiendes nada —suelta con cara de enfado.

—Obvio que no —le responde esta, intentando mantener la compostura.

—La idea es buena, aunque...

—Di la verdad, por favor. Es una mierda —en cuanto lo dice deja el contacto visual y se va hacia el vestidor, no quiere seguir con la conversación.

Empieza a cambiarse de ropa.

Oye suspirar a Héctor a su espalda y de pronto lo tiene frente a ella.

—No es una mierda, solo es...

—Ya, que Marco la tiene que estudiar.

—No entiendo por qué no me habías hablado de ella. Me he tenido que enterar en una

reunión que tú has convocado y a la misma vez que Marco.

—Necesitaba que fueras imparcial. No darte el coñazo en casa y que cuando te la contara fuera de forma profesional. En realidad... solo quería...

—¿Qué querías Clara?

Ella mira al suelo y no contesta. Héctor sabe que cuando hace ese gesto es que le cuesta hablar, como si no pudiera abrirse a él, como si le diera vergüenza lo que está sintiendo.

Tiene la sensación de que tiene miedo a hacerlo.

Le da unos segundos para que continúe, pero como sigue sin contestar, se acerca más a ella.

—Dime qué querías por favor —le dice ahora en un tono más suave.

Pone una de sus manos en la mejilla de Clara, lo que hace que ella cierre un momento los ojos. Cuando los vuelve a abrir lo mira directamente a los suyos.

—Quería impresionarte. Suena estúpido, pero... se me ocurrió la idea hace

algún tiempo y he estado trabajando en ella para presentarte un buen proyecto. Necesitaba que te sintieras orgulloso de mi trabajo, que no te arrepintieras de haberme dado el puesto, de montar la empresa, de...

Héctor acorta la distancia entre ambos y apoya su frente en la de ella.

—Clara, ¿qué voy a hacer contigo?

—Necesitaba demostrarte que no te habías equivocado al apostar por mí. Siento que no te haya gust... —Él la interrumpe con un beso.

Cuando se separan, Héctor habla:

—Es una gran idea, Clara.

—No me mientas...

—Me gusta de verdad. Solo es que creía que no confiabas en mí. Que tenías que presentar el proyecto a Marco porque él tenía mejor criterio, porque piensas que él... —Ahora es ella la que lo corta con un beso en los labios.

—Lo siento, primero debería habértelo contado a ti.

—Lo siento yo, no tenía motivos para cabrearme y es genial, seguro que Marco le da luz verde al proyecto.

Clara por fin sonrío y Héctor le acompaña.

CAPÍTULO 46

Clara está esperando en el coche de Héctor. Está nerviosa. Lleva unos días un poco extraños. Tras presentarle el proyecto y el enfado de él... bueno siente que aún no han recuperado la confianza anterior. Tiene la sensación de haberla cagado y que sigue enfadado con ella. Ha intentado hablar con él de este tema un par de veces, pero ha obtenido la misma respuesta, “ya está olvidado, todo está bien”. No sabe por qué, pero no le cree, no está convencida de ello.

Héctor abre la puerta y se sobresalta, estaba perdida en sus pensamientos y no

lo había visto acercarse. Él, antes de hablar le da un beso, lo que hace que ella pierda de nuevo la noción del tiempo.

—Siento el retraso. Tenía unos papeles que firmar...

—No te preocupes. ¿Tienes hambre?

—Hablamos de comida, ¿no? —lo dice mirándola de lado y con una sonrisa que hace que

Clara sonría.

—Me temo que sí. Tenemos un poco de prisa...

—¿Prisa?

Ella sonrío, pero sin decir nada.

El coche se para y, tras unos minutos en los que no han dejado de mirarse, llaman a la ventanilla de Clara. La abre y Héctor mira divertido cómo Emilio le pasa unas bolsas de comida y refrescos. Entonces se gira y observa para comprobar que se han parado en una calle cercana al piso de Clara, bueno a su antiguo piso, piensa con una sonrisa. Están en el puesto de perritos al que una vez ella le llevó.

Clara saca la comida de las bolsas y le pasa su parte a Héctor, que no tarda en hincar el diente a uno de ellos. Mientras, nota cómo el coche ha arrancado de nuevo.

—No me vas a decir nada de lo que tienes pensado, ¿verdad señorita?

—Cierto, señor Extremera. Deberá tener un poco de paciencia... le va a gustar, así es que...

Para cuando el coche se detiene de nuevo, ya han terminado de comer.

—¿Salimos de viaje? —Clara no contesta, sino que se baja del vehículo.

Están junto al avión privado de Héctor que los espera. Ven cómo Emilio lleva

las bolsas del equipaje. Mientras, Clara sonríe agradecida. Fue llamar al ayudante personal de Héctor y este se encargó de organizarlo todo.

Una vez instalados en su interior, aparece la azafata. Clara intenta recordar su nombre, pero solo puede pensar en lo mucho que miraba a Héctor y...

— D nde vamos?

—Es una sorpresa, cariño —le dice ella concentrándose de nuevo en él.

Cuando el avión ha despegado y están ya en vuelo, Clara desabrocha su cinturón.

—Dame cinco minutos y ven —le dice con una sonrisa traviesa a Héctor.

No han pasado ni dos cuando él aparece en la puerta. Clara sonríe, le gusta su impaciencia.

— D nde vamos?

—Sorpresa.

Se acerca a ella, estaba preparando ropa en un lateral. La coge de la cintura y la pega totalmente a él.

—Anda, dime dónde vamos.

—Es una sorpresa, ya te lo he dicho...  no te f as de mí? —añade ante la cara de Héctor.

Este arquea una ceja para después sonríe.

—No seas malo, p rtate bien y...

— Y?

—Se te hará el vuelo muy corto —le contesta cerca del oído.

Le rodea con sus brazos y, tras darle un pequeño beso en los labios, comienza

a atacar su cuello.

—Tienes que ponerte esa ropa, Héctor.

—No sé qué estás tramando, pero...

—Déjate llevar.

Este asiente y se acerca a la ropa. Comienza a revisarla y sonrío. Son unos vaqueros, una camiseta negra, zapatillas... incluso ha encontrado una cajita debajo de todo. Mira de reojo a Clara que se está vistiendo. Agita su regalo para que ella le preste atención. Repara en el gesto y le guiña un ojo.

—No pensarás que vas a ser el único con derecho a hacer regalos.

Héctor sonrío aún más y se pone a vestirse.

Como termina antes que él, Clara se acerca.

—El toque final... ¿Te gusta? Creo que...

—Me gusta —dice Héctor poniéndoselo, es un anillo para el dedo gordo.

Clara, viéndolo así piensa en cómo la ropa puede cambiar a una persona. Aunque... este hombre se ponga lo que se ponga...

—¿Qué? —la irrumpe Héctor.

—Nada, nada. Es que... estás guapísimo.

—Halago, un regalo... no sé yo si fiarme mucho...

Rompen a reír.

—Estamos en Londres, ¿no es así? Vamos al concierto de estos —dice señalando su camiseta.

Héctor al verla ha pensado en lo que puede ser la sorpresa, pues es de su grupo preferido.

Aunque... yo no tengo ninguna camiseta de ellos, bueno tenía, piensa con una sonrisa.

Ahora observa a Clara mejor, tiene otra a juego. Están vestidos con la misma pinta. Ella sonríe, confirmando así su sospecha, se van de concierto.

—Creo que nunca había estado en un concierto de esta gente.

— Esta gente? Un poco de respeto, señorita...

Salen de la habitación entre risas.

Un coche los está esperando. Cuando llegan al concierto tienen pases vips y Lorenzo sale a recibirlos.

— Ya era hora, tortolitos! Este sitio es genial. Menudas vistas tenemos y...

—Ya no le escuchan, han entrado en una zona cercana al escenario.

Héctor no ha dejado de sonreír. Está disfrutando como nunca había hecho en un concierto.

No han parado de bailar, saltar... y de besarse. Agradece el gesto de Clara, sabe que a ella no le hace mucha gracia el grupo, aunque parece... s , sabe que ha disfrutado igual que él.

—Gracias Clara —le dice en el oído mientras van camino de la fiesta post concierto.

El pase vip lleva incluido cena y fiesta con los artistas.

Están tomando algo y charlando de las canciones que han tocado cuando se acerca a saludarlos un conocido para todos.

—Hola, Clara —se dirige a ella primero.

De nuevo le da dos besos de esa forma que cabrea a Héctor que solo puede tirar de ella para acercarla más a él, no la había soltado.

—Hola Alonso, qué suerte tenemos al encontrarnos contigo. —Héctor lo dice

de una forma que hace que el aludido sonría.

—Héctor, cuando te he visto he pensado lo mismo. Menos mal que a ella sí que merece la pena ver. —Gira la cabeza para mirar a Clara, provocándolo aún más.

Lorenzo, que ya sabe de qué va todo, se mete en medio y le tiende la mano.

—Hola, yo también me alegro de verte... o no. —Clara se ríe ante el comentario de su amigo.

Entonces escuchan que alguien habla, comienzan las subastas de objetos del grupo. Van a recaudar fondos para su fundación. Se giran y se acercan al lugar de donde proceden las voces.

Clara pone los ojos en blanco, entre los asistentes hay personas muy diferentes pero ambos hombres, Héctor y Alonso, han sabido llamar la atención de todos desde el principio. Con la primera cosa con la que empieza la subasta ya se han puesto a pujar de forma...

—¡Joder! —suelta de pronto, está atónita con el importe que ha alcanzado la lucha entre

ambos.

Se acerca al oído de Héctor.

—Déjale que gane, pero hazle pagar caro.

El comentario hace que Héctor sonría. Alonso que lo toma como un desafío más, vuelve a subir la puja.

—Tenía que habérmelo quedado yo, la cara que ha puesto ese...

—Déjalo que disfrute, para lo que ha pagado...

Ese nuevo comentario de Clara hace que Héctor sonría. Su chica tiene razón, ha pagado mucho dinero por un objeto que no lo merece.

—Lorenzo, puja por algo del grupo y luego yo te lo pago. Si este vuelve a fijarse en otra cosa seguro que la noche se hace interminable —le dice ahora Clara cerca del oído para que Héctor no pueda oírle.

Su amigo asiente con una sonrisa, Alonso sigue pendiente de Héctor y no va a dudar en aumentar lo que él ofrezca, sea lo que sea.

Durante la fiesta, los miembros del grupo saludan a los asistentes. Así es cómo los tres se han podido hacer unas fotos con ellos. Incluso Lorenzo algo más, pues se ha ido con uno de los artistas.

—Parece que se han caído muy bien esos dos —dice Clara sin dejar de mirar a su amigo.

—Sí, eso parece. Cuando ha dicho que pintaba y que quería hacerle un retrato ha sido cuando a Lorenzo...

—Sí, se le ha terminado de caer la baba. —Ambos se ríen.

—Gracias Clara, ha sido una noche genial. Me lo he pasado muy bien y...

—Y aún no ha terminado —le dice antes de atacar sus labios.

El domingo por la mañana deciden ir a pasear por Candem Town Market. Héctor vuelve a pensar en lo diferente que es Clara. De nuevo ha preferido que le enseñe la parte de la ciudad más caótica y diferente, alejada de tiendas de moda y restaurantes caros. No puede resistirse a sus caprichos. Así es como han terminado cogiendo el metro y llegando a una zona muy bonita de Londres, pero a la vez muy bulliciosa, donde pueden verse todo tipo de personas y objetos. Las diferentes tribus urbanas intentan reafirmarse en este espacio en el que todo tiene cabida y donde puedes encontrar de todo.

—¡Eh! No me estás haciendo ni puto caso, Héctor —dice una Clara que intenta que él se fije en algo que está señalando con la mano.

—Perdona, pero es que...

—Nada, es perfecta.

—¿No decías que no te cabía nada más en tu armario? —le dice ahora Héctor con una sonrisa.

—Mi colección de camisetas siempre tendrá espacio en mi armario. Además... creo que esta en concreto puede que se convierta en mi favorita... creo no, seguro.

—Eres imposible.

—Esa palabra la apunté yo primero en mi lista.

Héctor rompe a reír contagiando a una Clara que ya ha cogido la camiseta.

No han dado ni dos pasos cuando decide ponérsela, haciendo que él le ayude con sus cosas.

—Hazme una foto, este sitio me encanta —le dice ahora a Héctor que vuelve a sonreír.

La camiseta que acaba de adquirir Clara tiene una enorme rana verde y en ella puede leerse “I prefer my prince is green” (Prefiero que mi príncipe sea verde).

—Ese capullo no ha aparecido en todo el fin de semana y ahora llega tarde... se va a quedar en tierra.

Héctor se ríe, pero al ver la cara que pone se acerca a ella y la besa.

—Ha llamado que llegará, le daremos unos minutos. ¿No querías que se lo pasara bien?

Clara tuerce el gesto y lo suaviza antes de hablar.

—Espero que no sea el único que lo haya pasado bien.

—En realidad... más que bien —añade ante la expresión seria de ella.

Vuelven a besarse.

Clara está mirando el reloj cuando aparece Lorenzo en la puerta del avión.

—¿Nos vamos?

—Capullo —suelta Clara, que piensa que menos mal que no tiene nada a mano para lanzarle a su amigo, si no... sabe que no se hubiera contenido.

Los dos hombres sonrían mientras se abrochan el cinturón de seguridad.

CAPÍTULO 47

—En cuanto pasen las fiestas se pondrá en marcha.

—Es más de lo que había pensado. Esto es...

—Sí, una planta entera. —Sonríe Héctor satisfecho.

Le está mostrando a Clara las oficinas donde van a dar el nuevo servicio, el proyecto que ella presentara.

—Pero... ¿cuántas personas van a trabajar aquí?

—La idea es empezar con menos e ir aumentando conforme tenga éxito. Que lo tendrá —

añade ante la cara que ha puesto ella.

—Es demasiado...

—Cariño, es una buena idea y ya se ha avisado internamente. Se han recogido muchas solicitudes... no te doy las cifras para que no te emociones.

Clara sonrío y se vuelve hacia Héctor. Se acerca a él y se aferra a su cuello.

—Todo lo que haces lo construyes a lo grande, ¿no? —dice con una sonrisa.

—Todo. —Sonríe satisfecho Héctor antes de cogerla por la cintura y besarla.

Atrás quedaron los miedos de Clara por la situación extraña en la que estaba

su relación tras presentarle la idea. Ha sido un mes de mucho trabajo para ambos, pero están muy bien y ella se encuentra como en una nube. Feliz, sí, esa es la palabra.

—¿Qué? —le pregunta él ante la expresión que ha puesto, no sabe a qué se debe ni cómo interpretarla.

—Estoy feliz.

—Supongo, la idea...

—No tonto, no es por esto. Es...

—¿Sí?

Le besa antes de decirle al oído:

—Por ti, por lo nuestro, por... —Héctor no la deja terminar, fundiéndose de nuevo en un beso.

Están saliendo de las nuevas oficinas cuando a Clara le llega un mensaje.

—¡Héctor!

—¿Qué pasa, Clara?

—Tenemos que irnos al hospital, tengo... tenemos otro sobrino —dice ahora con una gran sonrisa.

Cuando bajan, Emilio los está esperando para llevarlos al hospital, Miguel ha vuelto a ser padre.

—No os preocupéis, nosotros las recogemos y si es lo que queréis la llevamos con los abuelos. Aunque podrían quedarse con nosotros.

—Es demasiado Héctor. El horario de las niñas con el colegio, las actividades... además, así ellos se sienten mejor. Sois nuestro plan B si acaban con ellos.

Todos rompen a reír.

—¡Eh, hermanito! No hables así de mis sobrinas —suelta ahora Clara con el pequeño Nico en brazos.

—No cariño, este año prometo que no me pierdo vuestra fiesta de fin de curso ni tu baile, Paula.

—Pero... —empiezan a decir las niñas, Clara las interrumpe.

—Y no, no voy a querer más a vuestro hermano que a vosotras, pero... ¿me dejaréis que

lo quiera igual, verdad?

Las niñas asienten con la cabeza mientras Héctor sonrío a Clara, se entiende perfectamente con ellas. En el fondo hubiera preferido que las niñas se quedaran con ellos, sabe que a Clara le gusta pasar tiempo con ellas. Desde que se mudaran se han visto más a menudo y, además, él les ha cogido mucho cariño.

CAPÍTULO 48

Se está dando un último vistazo en el espejo mientras recuerda con una sonrisa los últimos meses, han sido una auténtica locura. Desde que naciera su sobrino Nico... el tiempo ha pasado muy rápido, demasiado para su gusto. Han disfrutado con ellos sus primeras Navidades juntos. Han sido inolvidables... Días de comidas familiares, paseos por la ciudad con el típico ambiente navideño... incluso Héctor la sorprendió con una escapada a París, quería que ella la viera adornada. Recuerda esos días y no puede más que volver a sonreír, fueron maravillosos. El cambio de la ciudad, sus calles, las luces... mueve la cabeza apartando esos pensamientos, no puede seguir divagando.

Tras volver a trabajar tuvo que ponerse las pilas, sobre todo con la puesta en marcha del nuevo proyecto. Desde entonces, sí que ha ido todo muy rápido. Ya estamos a mediados de febrero y... dentro de poco... no pienses más en eso, se recrimina Clara volviéndose a mirar en el espejo. Ya es la hora de que

busque a Héctor, vamos a llegar tarde.

Clara no solo se encarga de supervisar su oficina, sino que desde que se pusiera en marcha el nuevo proyecto, pasa también mucho tiempo en esa otra planta del edificio. Han establecido un sistema de declaración de la renta para el personal de las empresas de Héctor, de forma que si un trabajador lleva clientes, obtienen una serie de ventajas y beneficios. A la par, Clara que es bastante inquieta, habló con una empresa de reciclaje y han instalado contenedores pequeños en todo el edificio. Empezó solo por sus oficinas, aunque al dar resultado se ha extendido al resto. Es otra empresa de Héctor la encargada del reciclaje. Y, pese a que al principio este se quejaba a Clara de la implantación de este sistema, debía pensar dónde tirar la basura en su propio despacho, era solo para picarla. La idea además de rentable, ha convertido el edificio en uno de los más preocupados por el medio ambiente de la ciudad, teniendo gran cobertura mediática ese hecho. También le ha valido el reconocimiento social el cuidar a sus empleados con su programa de ayuda a la renta, mostrando al resto que se preocupa por sus trabajadores. Todo esto lo está pensando Héctor terminándose de vestir para una gala benéfica. La ha organizado su madre, aunque la idea ha sido de Clara. Se sorprende de su capacidad de trabajo. Ha revisado personalmente un gran número de declaraciones y en ellas ha detectado un par de casos que llamaron su atención, volcándose completamente en estos. Uno de sus empleados tenía problemas económicos por malas decisiones de inversión y le puso a uno de sus trabajadores para ayudarlo en un plan de acción y poder salir de su situación. Y el otro y más llamativo, del que además nadie sabía nada salvo sus compañeros más cercanos, es el de una trabajadora cuyo hijo tiene una enfermedad de las consideradas raras. Sin ayudas para la familia ni para el cuidado del hijo, Clara intervino y movió cielo y tierra para cambiarlo. El final de la campaña es la gala benéfica.

Es muy lista, trabajadora y tiene un gran sentido de la responsabilidad para con sus trabajadores y en general con los que la rodean, siendo cualidades que admira y, que de seguir con la lista sobre lo que le gusta de ella, las tendría anotadas al principio de la misma. Todo esto lo piensa mientras vuelve a intentar hacerse el nudo de la pajarita, está

distraído y no consigue uno decente. Además, el hecho de que haya

contactado con la mejor organizadora de fiestas benéficas, mi madre, así lo demuestra, piensa con una sonrisa.

—¡Eh! ¿Aún estás así? —dice Clara con una mueca en la boca desde la puerta.

Esta vez ella le ha ganado al arreglarse, no como las otras veces...

—¿Nerviosa? —añade Héctor buscándola en el reflejo del espejo.

Ella se acerca y se pone a ayudarle con el nudo.

—Sí, muy nerviosa. Aunque tenemos todavía... quizás cinco minutos...

Héctor quita sus manos para dejarle espacio para que se lo haga, mientras suelta una carcajada.

—No seas mala, que después...

Clara vuelve a hacer una mueca y protesta. Le dura poco, dándole un beso rápido en los labios.

—Bonita fiesta.

—Gracias Alexandra, el mérito es de Mercedes. Se ha encargado de todo.

—Ya me extrañaba a mí... solo mentes inquietas y brillantes son capaces de ocuparse de los grandes problemas del mundo y ayudar a los que más lo necesitan. Aunque en este caso la gala es solo para una familia... — Clara no la deja terminar.

—Mercedes es la mejor organizadora de fiestas y la acción merece todo el apoyo. Las mentes menos brillantes solo somos capaces de centrarnos en problemas más cercanos.

—Sí, es mejor así, no puedes salvarlos a todos. En mis últimas fiestas recaudé dinero para erradicar el hambre en el mundo, para los niños de la guerra, para...

—Grandes proyectos, sí. En nuestro caso es para un niño que necesita que investiguen su enfermedad, si no...

—Sí, pero las mías han servido para...

—¿Para qué Alexandra? ¿Sabes las cifras de los proyectos en los que has ayudado? —Está cansada de hablar con ella así es que decide poner punto y final.

Alexandra insiste:

—Resulta que haces una fiesta en la que ni siquiera la organizas y ahora va a resultar que eres la experta...

—No, no te equivoques, yo no he dicho nada de eso. Solo que la reina de las galas benéficas seguro que no sabe ni un dato de para lo que ha servido su aportación, ni has visto llegar el dinero, qué se ha hecho finalmente con él... yo soy mucho más modesta. Si con la fiesta organizada por Mercedes conseguimos ayudar a este pequeño y a su familia... créeme, seré feliz. No necesito grandes proyectos mundiales de los que no sé nada. El dinero será para que un grupo de médicos puedan investigar las causas y consigan una cura para él. Además, se sufragarán todos los gastos de la familia mientras dure el proceso. Vivienda, alimentación... que puedan ocuparse de su hijo y sacarlo adelante, no

tengan que preocuparse más por el dinero. No se trata de ponerse una medalla por la acción sino de... —Se calla un momento, a su alrededor hay un gran número de personas, incluidos Héctor y Alonso, que la escuchan con atención.

Toma aire y termina la frase:

—Se trata de dar esperanzas a una familia para que pueda superar los obstáculos que la vida le ha puesto, nada más.

Todos permanecen en silencio unos segundos. Héctor se acerca a ella y la besa dulcemente, está sorprendido de sus palabras. El resto empieza a hablar y se acercan a Mercedes que sonríe ante la escena. Ha activado el corazón de

los asistentes y su bolsillo.

Alexandra no sabe qué ha pasado, pero está enfadada, esta Clara... cada vez la odia más, piensa antes de dar un bufido y darse la vuelta.

CAPÍTULO 49

Clara está conduciendo de regreso al trabajo. Acaba de tener una comida con un cliente y va maldiciendo por lo bajo. Ha resultado ser un auténtico coñazo, prolongándose más de lo esperado. Está cada vez de peor humor y se está pensando en ir directamente al bar donde ha quedado con Marco y Lorenzo. Consulta el reloj, aún es pronto. Para en un semáforo y vuelve a intentar hablar con Héctor. Lleva tres llamadas perdidas, no ha conseguido que se lo coja.

Sigue con el móvil en la mano cuando le llega un mensaje. De nuevo un número desconocido, lleva unos días recibíéndolos. Un escalofrío recorre su espalda al pensar en Alberto. Esto provoca que su mal humor aumente, sobre todo al ver el contenido del mismo. Son un par de fotos de Héctor ayudando a entrar en su coche a una mujer. En esta ocasión lleva un vestido negro. Vuelve a maldecir, aunque esta vez en alto. El mal humor se ha convertido en cabreo. Intenta calmarse sin mucho éxito.

Se sobresalta, le están pitando. Levanta la cabeza y mira el semáforo, ha cambiado de color y la gente en sus coches está perdiendo la paciencia. Arranca cuando vuelve a recibir un mensaje. Duda en mirarlo o no pero finalmente lo hace, en la pantalla ve una dirección.

Está tentada a no hacerle caso... ¿qué coño hago? Piensa mientras sigue escuchando pitidos y algún que otro insulto de los coches que pasan a su lado. Sin darse cuenta ha girado en una calle, sus manos han sido más rápidas que su cabeza.

Parada en otro semáforo observa el tráfico de coches que circula delante de ella. De pronto le parece ver a Héctor en uno de ellos. Mira automáticamente el reloj, debería estar en su oficina. En cuanto puede gira por donde lo ha hecho el coche, quiere comprobar si efectivamente es él. Le vuelve a dar a llamada y obtiene el mismo resultado, nada, no se lo coge. Está cerca de la

dirección que ha recibido, no tiene dudas, es él.

El coche aparca y Héctor se baja, confirmando así sus peores presentimientos. Se va hacia el copiloto abriendo la puerta y ayuda a la mujer de las fotografías, con su elegante vestido negro. Clara se ha parado en mitad de la carretera y no deja de observar cómo ahora él le pone su mano a la espalda. Se acercan a una casa y ella abre la puerta con las llaves que saca del bolso. Ambos entran.

Llegados a ese punto, Clara tiene que respirar hondo un par de veces, no se cree lo que acaba de ver. No quería hacer caso a los mensajes pues sabía muy bien quién los mandaba y sus intenciones, pero ahora... no es posible que... Héctor... apoya su cabeza en el volante que golpea con las manos en reiteradas ocasiones. Se dice que tiene que haber una explicación, convincente o no, pero al fin y al cabo una explicación. No puede ser que él... no es capaz de pensar en más, ni puede terminar las frases. Las dudas, los miedos y todos los sentimientos anteriores y otros nuevos se agolpan en su pecho, en su garganta y en su cabeza, que parece que le va a explotar.

Oye un pitido de un coche y reacciona, tiene que quitarse de en medio. Aparca cerca pero no demasiado, no quiere que él la vea. Necesita... ¿qué? Esto no me puede estar pasando.

Se da cuenta que le tiemblan las manos y que respira con dificultad.

No sabe cuánto tiempo lleva allí parada cuando decide que no puede seguir así. No quiere verlo de nuevo con ella. Esa mujer... intenta recordar su aspecto con la esperanza de averiguar quién es. No te engañes a ti misma Clara, sabes lo que es esto y lo que significa y cuanto antes lo reconozcas... mejor. Es la misma mujer de todas las fotos que ha recibido y sabe perfectamente que no pertenece a su oficina. Además, el tiempo que llevan dentro... hace una mueca ante la imagen de Héctor con esa... ¡Mierda!, dice en alto.

No sabe cómo, pero de pronto se ve inmersa de nuevo en el tráfico de la ciudad. Se ha puesto en marcha, no podía seguir allí. Tan cerca de... ellos. Una lágrima cae por su mejilla. ¡Detente! Se dice, no puedes llorar, otra vez no. Voy a hacer como si no lo hubiera visto y... sin darse cuenta ha aparcado

delante del bar donde ha quedado con Marco y Lorenzo. Al entrar decide que no ha sido buena idea y coge su teléfono dispuesta a llamarlos, no quiere ver a nadie. Entonces oye su nombre y, al girarse, ve a Marco que la está saludando con la mano. Está de pie junto a la barra. Se acerca, le dirá que...

—Clara... ¿qué te pasa? ¿No te encuentras bien? —le dice nada más verla.

Ella no puede contenerse y una nueva lágrima cae por su mejilla. Este que se da cuenta se acerca y la abraza.

—¿Qué te pasa, Clara?

Esta no puede hablar, tiene un nudo en la garganta que le impide hacerlo. Se refugia en su pecho y rompe a llorar. Marco confuso aguanta pacientemente, no sabe qué le pasa a la novia de su amigo pero solo quiere ayudarla. Es la primera vez que la ve en una situación así y, aunque le ha pillado por sorpresa, debe hacer que se sienta mejor. Le acaricia el pelo.

—Lo siento. —Escucha que intenta decir Clara.

—No te preocupes, no sé qué te pasa, pero todo va a salir bien. —De pronto piensa en Sofía, la hermana de Clara, lo mismo de nuevo...

—Lo siento, yo... tengo que irme, lo siento Marco. Esto es...

Clara se aparta del abrazo de Marco y hace el intento de irse. Este vuelve a abrazarla con más fuerza, siente que ella no está bien. Su forma de hablar... algo gordo le ha tenido que pasar. La conoce hace un tiempo y no es de esa clase de mujeres que se asusten con facilidad.

—Tranquila Clara. —Y ahora tira de ella llevándola a una mesa apartada del bar.

Intenta recomponerse, pero no deja de mirar al suelo. Se seca las lágrimas con las manos.

Él le tiende unas servilletas y ella hace un gesto para agradecérselo.

Cuando al fin pude hablar le cuenta a Marco lo de los mensajes y cómo lo ha

podido comprobar con sus propios ojos. Él no sabe nada y no cree que Héctor haya hecho una cosa así, engañar a Clara... no ve a su amigo haciéndole daño. Cree que es la primera vez que lo ve enamorado de verdad y que es incapaz de engañarla, aunque... no le cuadra nada de lo que le ha contado. Pone la mano en la mejilla de Clara que no deja de intentar no llorar, tiene hipidos y le parecería divertido en otras circunstancias, siempre había creído que era una mujer fuerte y de armas tomar. No podía imaginarse una escena como esta.

Sobre todo, porque la razón de quedar con ella y con Lorenzo era organizar el cumpleaños

de Héctor. Se acerca la fecha y ella estaba cada vez más nerviosa, quería que todo saliera perfecto.

—Lo siento, Marco. No quería darte el coñazo...

—¿El coñazo? Clara, seguro que todo esto tiene una explicación.

—Sí, que se ha cansado de mí.

—No Clara, eso es imposible. Mira, voy a llamar a Lorenzo para que no venga, ya nos vemos otro día para ultimar los detalles. Necesitas aclarar con Héctor todo este tema. De verdad que tiene que haber una explicación... lógica —añade ante la cara de esta.

Ella mira por la ventana y suspira, lágrimas silenciosas vuelven a caer por sus mejillas.

—Vete a casa y espéralo, seguro que cuando lo habléis resulta todo un malentendido y luego nos reímos con esta situación.

Clara le mira directamente y asiente, cree que ya ha dado suficiente espectáculo y que es mejor que se vaya a casa. Lo esperará y... bueno que pase lo que tenga que pasar.

Por otro lado, Héctor al salir con su acompañante ve un coche pasar y se da cuenta que es el de Clara. Confuso mira su reloj, ¿qué hace ella a estas horas

fuera del trabajo? Sabe que tenía un almuerzo con un cliente, pero debió terminar hace rato. Se echa la mano al bolsillo, pero no tiene el móvil, se lo ha dejado en la guantera del coche, recuerda con cierto desagrado. Había vuelto a recibir un mensaje de un número desconocido. Era la segunda vez que le mandaba fotos de Clara con su amigo Marco.

Su primer pensamiento había sido borrarlo y no hacerle ningún caso, pero lo pensó mejor.

La idea de que Clara le engañara... Hablaría con ella y lo solucionarían, seguro que el capullo de Alberto había vuelto a las andadas intentando separarlos. Varias veces había intentado sacarle el tema a Clara, pero al final no se había atrevido. La notaba algo distante y rara, quizás... El paso de los días no había hecho más que acrecentar ese temor, haciendo que se sintiera inseguro. ¿Y si era verdad que lo estaba engañando? Necesito averiguarlo, se dice mientras arranca el coche y se dispone a seguirla.

Ve cómo ella aparca y entra en un bar. Se coloca mejor y entonces la descubre dentro, está abrazada a su amigo Marco. La forma en la que están... él le toca el pelo... Marco... esa

es mi novia. No entiende nada, pero nota cómo la sangre le hierve en las venas. Ella parece separarse de él, pero vuelve a abrazarla, esta vez con más fuerza... Marco... Duda si entrar y pillarlos desprevenidos... desiste, no cree que pueda soportar verlos juntos. De nuevo le engañan y... golpea con rabia el volante. Su novia... su mejor amigo... la historia más vieja del mundo. Se maldice por ser tan imbécil. ¿Cómo no me he dado cuenta?, se dice mientras intenta controlar la rabia que va creciendo en su interior. Ahora ve cómo él le pone la mano en su mejilla y es la gota que colma su paciencia, no puede soportarlo más. Sale a toda velocidad de allí sin mirar siquiera el resto de coches. Uno ha tenido que frenar para no golpearlo.

CAPÍTULO 50

Clara se despierta sobresaltada. Mira confusa a su alrededor para comprobar que está tumbada en el sofá del salón. Escucha cómo Marga le da los buenos días pero solo consigue saludarla con la mano. Acaba de recordar qué es lo que hace ahí. Se debió quedar dormida esperando a Héctor. Héctor... no ha

regresado. Niega con la cabeza y se levanta, no escucha a Marga que le está hablando. Coge el bolso y se va al parking, tiene que salir de allí.

Lleva un rato conduciendo, bueno, unas horas se dice al mirar el reloj del coche. No sabe dónde está y no le preocupa lo más mínimo. Necesita poner distancia.

En un momento determinado debe parar, se ha encendido el indicativo de la gasolina.

Algo contrariada se detiene en la primera gasolinera que ve. Es tarde y le ruge el estómago, aunque no le presta atención, no hay suficientes kilómetros entre ella y lo que hasta ahora había sido su mundo. Sigue sin saber el lugar en el que se encuentra, pero no le importa, no va a detenerse en un tiempo. Ha llenado el depósito.

Mira la carretera concentrada y lleva la música a todo volumen. Intenta no pensar en nada ni en nadie.

Un camión pita cerca y es así cómo descubre que las luces del día van llegando a su fin.

Al subir el parasol su cuerpo protesta, lleva mucho tiempo en la misma postura. Tiene agarrotados los hombros, el cuello... tengo que parar, se dice siendo consciente por primera vez de que lleva todo el día conduciendo.

Se detiene un momento en el arcén y estira las piernas y los brazos. Debo buscar un lugar cercano donde poder pasar la noche, piensa mientras decidida vuelve al coche.

Al final ha encontrado un buen hotel no muy lejos de la pequeña parada que realizó. Entra en la habitación y se tumba en la cama. No quiere pensar en nada y, además, no se encuentra bien. Está muy cansada. De pronto la imagen de Héctor con la mujer del vestido negro le llega nítida. Empieza a imaginárselos..., de un salto se pone de pie. No puede seguir por ahí. ¡Mierda, mierda! Dice en alto mientras da una vuelta a la habitación.

Entonces descubre el mueble bar. Confirmado, no ha sido mala idea parar

aquí. Por fin una buena noticia, dice abriéndolo y sacando todas las botellas de alcohol que encuentra.

Necesita una dosis de él. Un buen cóctel que le haga olvidar todo.

Es tarde cuando se levanta. La cabeza parece que le va a estallar, pero como puede, se mete en el baño. Hay una enorme bañera. No sabe qué hora es y cuando va a mirarlo desiste, no le importa. En realidad, no le importa nada en estos momentos, se dice mientras abre los grifos dispuesta a sumergirse en el agua caliente.

Se pone la misma ropa del día anterior, no había cogido nada más que su bolso al salir corriendo. Repasa mentalmente esos instantes y cae en la cuenta que ni de Marga se despidió... ¡Sal corriendo!, le gritó una vocecita en su cabeza. La misma que de nuevo le urge a que se ponga en marcha. Así es como baja a la recepción y sale del hotel tras pagar

la factura.

Le pega de frente el sol cuando recorre el parking en busca de su coche, no recuerda dónde lo dejó aparcado al llegar. Se mueve lentamente sin dejar de mirar de un lado a otro, no da con él. Parece como si le golpearan la cabeza con un martillo, piensa mientras intenta encontrarlo. Si alguien me viera en este estado...

Algo llama su atención, más bien alguien. De nuevo... niega con la cabeza y cierra un momento los ojos. No se cree lo que acaba de ver. Todo parece una pesadilla. Al abrirlos descubre que es verdad, no le estaba engañando su subconsciente. Alberto la ha encontrado y está parado a escasos metros de ella, como la otra vez, apoyado en la puerta de su coche. Le tiembla todo el cuerpo y piensa que la historia vuelve a repetirse.

CAPÍTULO 51

Héctor sigue sentado bebiendo en el mismo bar que entrara tras ver a Clara y Marco juntos. Estuvo un rato conduciendo, pero enseguida paró, necesitaba una copa. Después de una, vino otra y otra... y así hasta que intenta ponerse de pie. Se tambalea pero no se cae, Emilio lo sujeta a tiempo de que pierda

totalmente el equilibrio.

—Te dije que te fueras y me dejaras solo.

No obtiene respuesta. Emilio no piensa decir ni una palabra, pero algo tenía claro, no iba a dejar solo a su jefe. No sabe qué le ha podido pasar, pero no le gusta nada, no es de esa clase de hombres que suelen tener ese comportamiento. Pensándolo bien... nunca lo ha visto en ese estado.

—Suéltame. Voy a ir a...

—¿Dónde quieres que te lleve? —dice Emilio quitándole de las manos las llaves a Héctor.

—Puedo...

—Ni hablar.

—Quiero ver a ese cabrón...

Casi sin esperar a que se pare, Héctor se baja del coche. Tropezaba y Emilio teme que se caiga, aunque finalmente no lo hace. En su lugar llega a la puerta de casa de Marco y la aporrea. No solo eso, ahora escucha cómo grita su nombre. Aparca el coche y se acerca a él. Justo en ese momento se encienden las luces del porche y Marco abre la puerta de su casa.

—Héctor... ¿qué pasa amigo? —dice alarmado al ver el estado en el que se encuentra este.

—¿Amigo? Serás cabrón. —Hace un amago de preparar el puño para pegarle pero en el

último momento lo baja.

Suspira con fuerza.

—Solo quiero... quería pegarte una paliza.

Entra en su casa apartándolo de un empujón. Marco mira sorprendido a

Emilio que le responde con la misma expresión. Le hace un gesto con la mano para que entre y ambos hombres siguen a Héctor por la casa. Se desploma en el sofá y le pide una copa.

—Creo que ya has bebido demasiado... un momento, ¿no has ido a casa? —
Una idea se le

forma en la cabeza, no ha hablado con Clara.

—¿A casa? Oye... ¿la quieres?

—¿Tu casa? —le responde confuso Marco.

—Sabes muy bien de qué te estoy hablando. Le he dado vueltas al asunto y... si os queréis, ¿quién soy yo para meterme en medio? Si ella te prefiere a ti...

—¿Qué estás diciendo, Héctor? ¡Por dios, espabila! Creo que sin darte cuenta la has liado buena, pero que muy buena.

No sabe si su amigo ha escuchado eso último, pues se ha quedado dormido en el sofá en una postura un tanto extraña. Menuda borrachera lleva, piensa mientras le hace señas a Emilio para que le ayude a acostarlo.

—¡Ahhh! —protesta Héctor al abrir los ojos.

—Espero que tengas un buen dolor de cabeza, te lo mereces. —Escucha decir a alguien, aunque aún no puede enfocar la mirada.

Al fin ve al dueño de esas palabras y, sorprendido, intenta incorporarse, aunque desiste rápidamente. La cabeza parece que le va a explotar. Marco se acerca a él con una enorme taza de café.

—No sé qué te pasó anoche, pero creo que debes tomarte esto antes de que empecemos a hablar tú y yo.

—¡Mierda! Soy idiota.

Marco le deja el móvil y llama a Emilio, necesita ir a su casa lo más rápido posible.

Tardaré en llegar... es lo último que escucha antes de apagar el teléfono, no tiene tiempo para eso. Marco que sigue su pensamiento va a por sus llaves.

—No voy a dejarte conducir en ese estado, amigo.

Héctor asiente, no piensa discutir, no hay tiempo para eso tampoco. Además tiene razón, cada movimiento le supone un gran esfuerzo, se pasó con las copas. Lo que le ha activado es saber la verdad y que la ha dejado sola.

No espera que Marco aparque, se baja del coche y se dirige al ático. Una vez sale del ascensor descubre a Marga y a Emilio que lo esperan en la puerta.

—No está. Salió esta mañana temprano y no contesta el teléfono —le espeta Emilio nada más aparecer.

No le da tiempo de asimilar las palabras de su ayudante cuando Marco habla.

—Estoy llamando a Lorenzo...

Impaciente y con la cara desencajada, Héctor escucha la conversación entre ambos, no sabe nada de Clara. De hecho, al preguntarle se ha preocupado, exigiendo saber lo que estaba pasando.

—¿Puedes comprobar que no esté en su piso? —Es Emilio el que se mete en la conversación.

—¿Qué ocurre? ¿Estás ahí, Héctor? Espero por tu bien que no le haya pasado nada...

Héctor no puede escuchar más. Se mueve impaciente por la entrada y apoya la cabeza en la pared, como le haya pasado algo...

—No está. —Es lo último que escucha antes de entrar en su casa.

Emilio decide tomar las riendas de la situación.

—Voy a comprobar el GPS de su coche, la localizaremos —dice antes de perderse de vista.

Marga se mete en la cocina y prepara café, vendrá bien. El cariz que está tomando la situación...

Al cabo de lo que a Héctor le han parecido horas, Emilio afirma:

—La hemos encontrado. Tardaremos un poco en llegar...

—Salimos —dice su jefe sin dar opción a que ninguno de los presentes le replique pues ya se ha puesto en marcha.

Así es como los tres hombres bajan al parking. Héctor está inquieto, no sabe muy bien por qué, pero tiene un mal presentimiento. Como le pase algo... es lo último en lo que piensa antes de arrancar el coche. Se ha puesto a conducir como loco en busca de Clara.

CAPÍTULO 52

Clara se ha quedado helada. Lo último que se esperaba era encontrarse de nuevo con él.

Tras unos segundos que le han parecido horas, Alberto sonrío y no le quedan dudas de que debe tener cuidado. Su cara... un escalofrío le recorre la espalda. Todo su cuerpo está en alerta. Este hombre emana peligro, piensa mientras decide que ha llegado el momento de hablar.

—Hola —consigue decir al fin.

¿Hola? Se regaña mentalmente, aunque... por algo debía empezar, se dice mientras se pone aún más nerviosa ante el silencio de Alberto.

—Me has encontrado... —añade casi en un susurro.

Este reacciona y le habla. Sigue devorándola con la mirada, lo que hace que Clara cada vez esté más segura de las no muy buenas intenciones que lleva.

—¿Lo dudabas?

La forma de decirlo... no, en su fuero interno algo le dice que no tenía dudas de eso. Que por muy tranquila que estuviera... nunca le salen las cosas bien.

Temía que un día se volvieran a ver las caras y ese día ha llegado. No esperaba que fuera en ese momento, cuando él la ha engañado, pero... cuando las cosas están mal siempre van a peor.

Echa un vistazo a su alrededor, el parking está desierto. Intenta respirar con normalidad, debe analizar la situación. No va a ser fácil salir de esta, piensa mientras que vuelve a concentrarse en Alberto. Respira hondo, tiene que conseguir hacerle ver... una idea empieza a formársele en la cabeza. Debe probar...

—En realidad no, pero has tardado —responde con algo más de seguridad.

Clara sonríe mentalmente, ha visto una duda en la mirada de Alberto. Él siempre se ha mantenido confiado en su relación y ha recreado una falsa ilusión en la que los dos estaban locamente enamorados. En eso debe basar sus siguientes palabras, piensa mientras intenta trazar un camino a seguir en su mente. Tiene que hacerle entender que ella está loca por él. Adulación...

—Creía que ya te habías rendido —añade.

—Eso nunca —le contesta con fuerza Alberto dando un paso hacia ella.

Clara tiene que contener las ganas que tiene de salir corriendo en la dirección contraria.

—Eres mía —añade él casi en un susurro.

Un escalofrío recorre ahora todo su cuerpo. Se estremece, pero intenta disimular. Tiene que seguir hablando, solo así podrá distraerlo para que no note la verdad de sus sentimientos.

—Pues para ser tuya tienes que estar, ¿sabes? Me has dejado sola durante mucho tiempo.

—¿Sola? —La duda sigue reflejada en el rostro de Alberto.

Debo seguir por ahí, piensa Clara mientras intenta mantener una postura creíble.

Él añade:

—Sola no, con él.

Clara vuelve a estremecerse. La forma de referirse a Héctor... Aprieta la mandíbula e intenta concentrarse en respirar, debe relajarse.

—Creía que era lo que querías —continúa él.

—Creías, pero... te estoy esperando desde la última vez que nos vimos.

Estas palabras de Clara arrancan a Alberto una sonrisa, aunque le dura poco.

—La última vez me dijiste... —Ella lo interrumpe, no puede dejar que sus pensamientos

vayan por ahí.

—Tenía miedo.

—¿Miedo?

—Sí, tenía miedo de ti, Alberto.

Clara... cuidado, piensa rápido tus siguientes palabras, se dice. Es consciente que tiene toda la atención de él.

—No sabía lo que buscabas. Me acosabas, pero sin decirme abiertamente lo que querías de mí.

—Te lo dije.

—Sí, pero me soltaste una bomba y después...

—No tuve más remedio Clara, no entrabas en razón.

—Estaba asustada de lo que sentía, de lo que tú sentías. Me hiciste daño al liarte con ella.

Todo esto lo está diciendo Clara casi escupiendo las palabras, necesita impregnarlas de rabia para que parezca que las siente de verdad.

—Clara no creí que... pensaba que no te importaba.

—¿Que no me importaba que me pusieras los cuernos en mi cara? Teníamos algo y tú...

Él se acerca vacilante, sorprendido de la declaración de Clara. Además, ha sido lista y ha utilizado las mismas palabras que él le dijera en aquella otra ocasión.

Entonces Alberto sonrío.

—¿Me quieres? —pregunta abiertamente sin dejar de observar sus expresiones.

Clara traga saliva y medita por unos segundos la respuesta. Por la cara de Alberto y la situación en la que se encuentra... no hay otra posible.

—Sí.

Lo ve sonreír. Ella lo intenta, pero no puede. Ahora se da cuenta que él... algo no le cuadra. Su mirada está cargada de odio y parece estar pendiente de un punto más alejado de ella.

—¡Clara! —Oye a su espalda, alguien ha susurrado su nombre.

¡Mierda!, piensa sin volverse. Sabe de quién es esa voz. En ese momento se da cuenta que Héctor ha escuchado la conversación. Este le ha hecho confesarse para que él lo oiga de sus propios labios. Solo espera que... un movimiento de Alberto hace que se concentre de nuevo en él. Se le ha abierto la chaqueta... Clara se queda paralizada. No puede ser... ¿De verdad lleva...?, ni la frase puede terminar en su cabeza. No puede dejar de preguntarse si es real o no lo que ha visto. De pronto descubre una sonrisa en los labios de Alberto. Sabe con certeza lo que va a hacer a continuación. Está mirando a los ojos de un asesino.

Ahora todo pasa como a cámara rápida. Alberto coge la pistola y Clara sabe

que va a dispararle a Héctor. Un movimiento a su espalda... él se dirige a ellos. Alberto apunta y...

—¡No! —grita Clara que se lanza a por él, interponiéndose en la dirección de la bala.

Un ruido ensordecedor, un dolor lacerante en el costado... ve borroso y lleva sus manos al lugar donde ha sentido el impacto. Nota sus manos húmedas y calientes. Escucha otro fuerte ruido antes de desplomarse y que el suelo la acoja en un abrazo.

CAPÍTULO 53

Clara se despierta y, confusa, mira a su alrededor. Una enfermera acude a su lado y empieza a hablarle. Está en la sala de recuperación del hospital, no hay nadie más en ella.

Entró en urgencias con una bala en el costado y... empieza a ponerse muy nerviosa, recuerda todo lo que pasó.

—Tranquilízate Clara, la operación ha salido bien y te recuperarás —empieza a darle más detalles, aunque ella no está preocupada por eso.

Intenta hablar, pero no puede, tiene seca la garganta y comienza a tiritar. Nota un frío que le cala hasta los huesos. La enfermera desaparece un momento de su vista y cuando regresa lo hace con una manta, se la echa por encima.

—Esta sala parece muy fría, pero en realidad es que estás recuperando tus constantes y la temperatura de tu cuerpo. No te preocupes, es normal.

Clara asiente, de pronto siente que nada de eso está pasando. Cierra un momento los ojos y... las imágenes en el parking del hotel... quizás... ¿cómo me encontró Héctor? ¿Me lo

habré imaginado todo? ¿Estaré en una de esas pesadillas que parecen reales? Todas estas preguntas se las está haciendo Clara cuando detecta movimiento a su alrededor. Abre los ojos y se encuentra con la mirada de la enfermera y de dos hombres más, no los había visto antes.

—Hola, Clara —dice uno de ellos.

Entonces lo recuerda, es el policía amigo de Emilio. Cierra de nuevo los ojos, el cariz que está tomando la situación no le gusta lo más mínimo. Seguro que ese cabrón...

—No te preocupes Clara, estás bien. El impacto fue muy limpio y no te ha dañado nada, pero...

—¿Pero? —pregunta rápidamente ella, hablando por primera vez.

Cada vez está más preocupada. No ha visto a Héctor y...

—Pero necesitamos hablar contigo. Que nos cuentes lo que pasó.

Clara respira con fuerza y empieza a detallarles la historia desde el momento que cogió el coche, aunque omite los motivos por los que se puso a conducir. Se detiene cuando llega al dolor que sintió al recibir el impacto.

—No me acuerdo de nada más, caí al suelo.

La enfermera permanece a cierta distancia de los tres, pero no le quita el ojo de encima a Clara. Parece muy nerviosa, tiene la obligación de cuidar de su paciente tras la operación.

No le hace ninguna gracia que aquellos hombres estén allí, no obstante...

Se hace el silencio en la habitación. Los dos policías se miran y Clara ya no tiene dudas, ese hijo de puta acabó con Héctor. Una lágrima empieza a caer por su mejilla.

—Siento que tengas que recordar todo esto Clara, pero...

Hay algo más y seguro que es... cada vez está más nerviosa. A punto de romper a llorar, el policía conocido vuelve a hablar:

—Tienes que hacer un último esfuerzo. ¿Seguro que no oíste nada más?

Clara lo mira confusa y...

—Sí. Oí un fuerte ruido como un disp... por favor, necesito saberlo ya. ¿Ese cabrón ha...

ha matado a Héctor? —consigue preguntar al fin.

Le ha costado la misma vida formular la pregunta. Todo su cuerpo empieza a temblar. Un nudo en la garganta le impide...

—No, no, Clara. Héctor está bien, solo necesitamos saber...

—Héctor está bien... ¿de verdad? —No se lo cree.

—De verdad, Clara. —El otro policía asiente, confirmando así las palabras de su compañero.

—Teníamos que confirmar lo que pasó. Saber tu versión de los hechos. Ya te dejamos que te recuperes, aunque quizás tengamos que volver a hablar contigo más tarde.

Clara aún no sabe si creerles o no, lo mismo la están engañando para no preocuparla, pero... no está segura de nada. Hablar más tarde... Cierra los ojos y escucha cómo la puerta de la habitación se abre. Ya me despediré de los policías en otro momento, ahora solo quiero...

—Clara... —Escucha su nombre, es Andrés.

Abre los ojos y no puede contenerse más, se pone a llorar.

—¿Qué te pasa, Clara? —le dice su amigo antes de acercarse a ella.

Intenta consolarla, pero como no deja de llorar, añade preocupado:

—¿Qué te duele? Enfermera...

Esta se acerca rápidamente.

—Héctor... ¿está bien? —Es lo único que Clara atina a decir.

Andrés suspira aliviado. Entiende al fin lo que le pasa, ella está preocupada

por él. Sonríe.

Le encanta saber que después de todo lo ocurrido lo único que les importa a sus amigos es la salud del otro. La observa de reojo mientras la abraza. Está hecha una pena y solo piensa en Héctor. Siente un poco de envidia, no de la situación en sí, sino de no haber encontrado aún a una mujer que lo quiera de esa forma. Su amigo es afortunado.

—Andrés por favor, sácame de aquí.

—Hay un protocolo...

—Por favor...

Andrés asiente. Es una tontería permanecer más tiempo allí. No va a estar tranquila hasta que no esté junto a Héctor. Llama a la enfermera y se encarga personalmente de ayudar en su traslado.

—Ya estamos listos. ¿Todo bien?

Clara asiente. Desde que se desahogara con el médico y este le confirmara que Héctor estaba bien, solo quiere verlo.

Al llegar a la habitación, al primero con el que se encuentra es con Marco, está cerca de la puerta. Le sonrío, pero sigue buscándolo a él. Se está poniendo nerviosa. Las palabras que le dijo a Alberto... me escuchó, se dice mientras intenta concentrarse en no perder los nervios. Lo ve al fondo de la habitación junto a la ventana. Sus miradas se encuentran y Clara sonrío. ¡Por fin!, piensa aliviada mientras vuelve a perderlo de vista. Están colocando la cama en su sitio.

Andrés comienza a hablar, está contando los detalles de la situación de Clara. Que si necesita descansar...

—Por favor doctor, no me estoy enterando de nada —dice ella con una sonrisa.

—Ya veo... —le contesta con otra sonrisa.

Entonces se escucha un gritito ahogado. Es Lorenzo que acaba de entrar en la habitación.

—¡Clara, cariño! —dice alarmado.

Va a acercarse a ella, pero es interceptado por Marco, que aún permanecía cerca de la puerta.

—Creo que será mejor que salgamos un momento...

—Solo quiero... —empieza a decir Lorenzo.

—Es mejor que nos tranquilicemos un poco. Además... —Ahora todos tienen sus miradas

clavadas en él, todos menos Héctor que sigue con la suya cada movimiento de Clara.

Marco, consciente de lo que su amigo necesita, añade:

—Debemos dejarlos solos.

Andrés asiente y Lorenzo se da cuenta entonces de lo que está pasando en la habitación.

Clara sonrío agradecida y es la señal para que los tres amigos salgan en silencio.

Héctor no se ha movido en todo el tiempo. Ella suspira, entiende perfectamente que él no quiera acercarse. Tiene la culpa de lo ocurrido, pero necesita hablar con él. Toma aire y empieza a hacerlo, tan bajito que es ahora Héctor el que tiene que dar un par de pasos para acercarse.

—Lo siento Héctor, lo que dije... yo solo...

—¿Que tú lo sientes? —Mueve la cabeza abatido pero con una pequeña sonrisa en los labios.

Lo último que esperaba escuchar de Clara era que lo sentía, piensa mientras

acorta la distancia entre ambos. No lo puede soportar más. Se pone junto a ella. Le pican las manos, necesita su contacto. En el último momento duda y las deja cerca, sobre la cama pero sin tocarla. No está preparado para su rechazo. Ella en cambio las observa, le hubiera gustado

que le cogiera la mano. Tan cerca... Cierra un momento los ojos antes de volverlos a abrir y encontrarse con la cálida mirada de Héctor.

—Cariño, soy yo el que lo siente. Te he vuelto a dejar sola y... Él se ha acercado a ti...

¡Por dios, Clara! ¡Te ha disparado! No sé si podrás perdonarme alguna vez, yo seguro que no. Ese cabrón... —Héctor respira con dificultad.

Ella aprovecha el momento y mueve su mano apretando una de Héctor.

—Clara, ¿por qué te pusiste en medio? Creías que te había puesto los cuernos y haces eso...

—No podía permitir que te hiciera daño. Una vez te dije que era mi problema y... ¿creía?

Héctor intenta sonreír, aunque no puede. Desde que vio cómo Clara se interpuso entre la bala y él... un escalofrío le recorre la columna solo recordarlo. Cuando la vio caer nada más le importó. Corrió a su lado sin darse cuenta que Alberto seguía allí delante con el arma en la mano. Recuperado del primer disparo y de comprobar lo que había hecho, vio en su mirada cómo el odio aumentaba. Ella le había salvado a él comprendiendo entonces que nada de lo que le había dicho momentos antes era verdad. Le había engañado. Preparó el arma de nuevo, pero a él no le importó, tenía que ver cómo estaba Clara. Se agachó a su lado y le cogió la mano. Empezó a susurrarle cosas, seguro que ella le escuchaba, no podía ser de otra forma. Ella tenía que salir de esta, estaba bien y... un fuerte ruido le hizo apartar la mirada de Clara. Vio la cara de Alberto, estaba confuso, no sabía que le había salido mal. La sangre empezó a caer por su mejilla antes de que impactara contra el suelo.

Emilio apareció en escena con un arma en la mano. Había acabado con él, por

fin. Volvió a concentrarse en Clara, ella seguía inconsciente. Entonces el parking se volvió un caos.

Llegaron ambulancias, la policía, los curiosos se agolpaban... él solo podía ver a Clara. Se montó con ella en la ambulancia y tuvo que separarse de su lado cuando Marco tiró de él, se la llevaban a quirófano. Fue entonces cuando se miró, estaba lleno de sangre, de la sangre de Clara. Alarmado tuvo que apoyarse en su amigo para no caer.

Clara no deja de mirarlo y Héctor aparta esos pensamientos, tiene que contarle lo que de verdad pasó.

—No era mi amante, cariño. Es agente inmobiliario. Quería... era una sorpresa, Clara. Me gusta el ático y sé que a ti también, pero quería una casa de los dos.

Ella suspira aliviada y sonrío. Menos mal, piensa antes de preguntar:

—¿Por qué no volviste a casa?

—Fui un idiota Clara, ese es mi sino contigo. No sé cómo me soportas. Te vi con Marco y pensé... los dos recibíamos mensajes de ese capullo y de verdad creí que estabas con él.

Los celos...

—Ambos caímos en su trampa.

Los dos asienten. Héctor se acerca a Clara. Le da un beso en la mejilla.

—Lo siento de verdad, cariño. No he sabido llevar esta situación. Nos relajamos al pasar el tiempo y no tener noticias de él, pero cuando recibí los mensajes... debí prever que aparecería, que no tramaba nada bueno. No supe...

—Por favor Héctor, no te culpes. Yo solo... cuando caí al suelo escuché un ruido... pensé que había vuelto a disparar... que tú... —Una lágrima cae por su mejilla, Héctor la intercepta.

—Clara, no lo había pasado tan mal en mi vida. Bueno, el accidente... Yo te quiero, Clara.

Esta no puede más que sonreír y entre sollozos habla:

—Yo te quiero, Héctor.

Los labios de él buscan los suyos y ambos se funden en un ansiado beso.

CAPÍTULO 54

—Siento que tengamos que celebrar aquí tu cumpleaños.

—No se me ocurre un mejor sitio para hacerlo —contesta Héctor con una sonrisa.

—Estábamos preparando...

—¿De verdad ibas a montarte en barco por mí?

—En realidad... bueno, Andrés me iba a ayudar dándome algo para que no me mareara,

y...

—Prefiero celebrarlo aquí —lo dice mirando a su alrededor.

Están en el jardín de su nueva casa. A su alrededor todo está preparado para recibir a sus familias. Se oye a Marga en la cocina y la barbacoa está encendida y a punto, en breve llegarán los invitados.

Al final no pudo ser una sorpresa para Clara, pero así ella ha podido participar en la elección de la casa. Fue ver unas fotos y Héctor supo en ese instante cuál era la elegida.

Después había sido muy fácil, unas llamadas y... se habían encargado de todo. Al salir del hospital estaba la mudanza terminada.

Clara está sentada en una hamaca. Aunque está ya casi recuperada, aún le

duele el costado. Tardará un poco en estar bien por completo. Héctor se acopla a su lado y la abraza.

Ahora le mira y divertida añade:

—¿Te gusta mi regalo?

—Creo que voy a empezar también una colección de camisetas...

Ella suelta una carcajada y Héctor la imita. Están mirando la que él lleva puesta. Su amigo Lorenzo se la llevó el día anterior a Clara para que tuviera un regalo que hacerle, ella aún no puede salir de casa. En ella se lee el mensaje: “Prefiero que mi princesa diga tacos” a juego con la que ella adquirió en el mercadillo de Londres “Prefiero que mi príncipe sea verde” y que también se ha puesto para la ocasión.

—Lorenzo es un capullo, recuérdame que se lo diga.

—Debe saberlo, se lo dices muy a menudo.

El comentario de Héctor hace que Clara sonría y añade:

—Tienes razón, pero... la camiseta...

—¿Qué le pasa a mi camiseta? —dice Héctor arqueando una ceja.

—No me veo muy princesa.

Héctor la toma de la barbilla con cuidado y hace que lo mire.

—Ni yo soy tu príncipe verde... ¿no?

Le da un beso evitando así que Clara conteste. Sonríen.

Ella piensa en lo feliz que se siente. No hace ni dos semanas del disparo, pero él ha permanecido a su lado en todo momento. Atrás quedaron las dudas de su relación y ahora se ha afianzado, no piensa permitir que nada más se interponga entre ellos.

—Una camiseta no sé si puede considerarse el inicio de una colección —
añade Clara mientras apoya su cabeza en el hombro de Héctor.

—Es la segunda... la del concierto de mi grupo preferido fue la primera —
dice él.

Clara asiente y sonríe, recordando lo bien que lo pasaron en aquel concierto.
De eso parece que hace una eternidad.

Así permanecen un rato hasta que oyen un ruido. Los primeros invitados ya
han llegado y por el revuelo que escuchan... han sido sus sobrinas. Héctor se
pone de pie y ayuda a Clara a que se levante. Le da la mano y sonríe.

—¡Tita, tita! —dicen las niñas al entrar al jardín.

Lo han hecho corriendo y gritando. Además, no dejan de hablar, aunque
Clara no entiende bien qué le están diciendo...

Héctor se pone delante justo cuando las niñas se iban a abalanzar sobre ella.
Lo impide y las coge en brazos para acercarlas a Clara. Siguen hablando a la
vez hasta que este le pide a Paula, la mayor, que hable despacio.

—Tita, nos hemos encontrado... ¡es precioso! Yo lo quiero.

—Sí tita, nosotros lo cuidaremos.

—De qué habláis chicas... —empieza a decir Clara cuando ve aparecer a
Miguel.

Lleva una cuerda y tira de...

—¡Héctor! —Se vuelve a él con una sonrisa.

Miguel suelta la correa y un perro labrador blanco aparece corriendo por el
jardín. Héctor baja a las niñas que se ponen a perseguirlo y a jugar con él, es
un cachorro.

Clara no deja de observar la escena cuando Héctor se acerca. Ella lo abraza y
le susurra en el oído:

—Gracias, te has acordado... —Le sonríe antes de besarlo.

Clara recuerda la vez que comieron con su padre y Esperanza. Este contó la anécdota de su infancia en la que se fue de casa porque no le compraban un perro.

Cuando sus labios se separan, Héctor pone su mano en la mejilla de ella.

—No quiero que te escapes de casa. —Sonríe y vuelve a buscar sus labios.

De fondo escuchan un gran revuelo. Por un lado, a las niñas con el perro que ladra

jugando con ellas; por otro, a la madre de Clara hablarle a su pequeño nieta, sus amigos que entran en escena... pero ellos no se detienen. Necesitan sentir sus labios.

Cuando se separan, Héctor apoya su frente en la de Clara, haciendo que ambos sonrían.

Son felices y todo a su alrededor es perfecto.

—Te quiero, Clara.

—Te quiero, Héctor. —Y ella vuelve a buscar sus labios.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A mis padres que permanecen juntos pese a todo,
estando ahí inalterables ante el paso del tiempo.

Para nosotros.

Para mí.

Table of Contents

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

Document Outline

- [CAPÍTULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [CAPÍTULO 14](#)
- [CAPÍTULO 15](#)
- [CAPÍTULO 16](#)
- [CAPÍTULO 17](#)
- [CAPÍTULO 18](#)
- [CAPÍTULO 19](#)
- [CAPÍTULO 20](#)
- [CAPÍTULO 21](#)
- [CAPÍTULO 22](#)
- [CAPÍTULO 23](#)
- [CAPÍTULO 24](#)
- [CAPÍTULO 25](#)
- [CAPÍTULO 26](#)
- [CAPÍTULO 27](#)
- [CAPÍTULO 28](#)
- [CAPÍTULO 29](#)
- [CAPÍTULO 30](#)
- [CAPÍTULO 31](#)
- [CAPÍTULO 32](#)
- [CAPÍTULO 33](#)

- [CAPÍTULO 34](#)
- [CAPÍTULO 35](#)
- [CAPÍTULO 36](#)
- [CAPÍTULO 37](#)
- [CAPÍTULO 38](#)
- [CAPÍTULO 39](#)
- [CAPÍTULO 40](#)
- [CAPÍTULO 41](#)
- [CAPÍTULO 42](#)
- [CAPÍTULO 43](#)
- [CAPÍTULO 44](#)
- [CAPÍTULO 45](#)
- [CAPÍTULO 46](#)
- [CAPÍTULO 47](#)
- [CAPÍTULO 48](#)
- [CAPÍTULO 49](#)
- [CAPÍTULO 50](#)
- [CAPÍTULO 51](#)
- [CAPÍTULO 52](#)
- [CAPÍTULO 53](#)
- [CAPÍTULO 54](#)